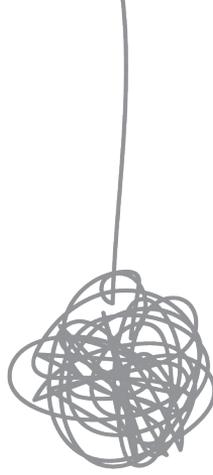


Memorias:

conceptos, relatos
y experiencias compartidas

Patricia Nieto
Editora académica





Memorias:

conceptos, relatos
y experiencias compartidas



**Memorias:
conceptos, relatos y experiencias
compartidas**

Patricia Nieto
Editora académica

© Patricia Nieto. Juan David Londoño Isaza. Judith Nieto López. Luz Amparo Sánchez Medina. Catalina María Puerta Henao. Raúl Osorio Vargas. Yhobán Camilo Hernández. Rubén Chababo. Pedro Adrián Zuluaga. Sol Astrid Giraldo Escobar. Roberto Herrscher. Matthias Kopp. Sandra Patricia Arenas Grisales. Natalia Quiceno Toro. Liza Acevedo Sáenz. Isabel González Arango. Manuel Alberto Alonso Espinal. Irene Piedrahíta Arcila. Pablo Emilio Angarita Cañas. Rafael Grasa Hernández.

© Universidad de Antioquia, Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones

© Co-edición: Hacemos Memoria

ISBN: 978-958-5596-49-8

Primera edición: enero de 2020

Impresión y terminación: Panamericana Formas e Impresos

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones

Coordinación editorial y corrección de textos: Maribel Berrío

Moncada, Selnich Vivas Hurtado, Juan Felipe Varela García

(574) 2195926

fondoeditorialfc@udea.edu.co

Hacemos Memoria

Proyecto con respaldo de DW Akademie y del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)

Coordinación: Víctor Andrés Casas Mendoza

(574) 2195918

proyecto hacemos memoria@udea.edu.co

www.hacemosmemoria.org

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de Hacemos Memoria.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Nieto, Patricia

Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas / Patricia Nieto, editora académica. – 1. Edición. – Medellín: Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia;

400 páginas.

Incluye bibliografía, índices y fotografías.

ISBN: 978-958-5596-49-8

1. Memoria - Memoria colectiva - Memoria histórica. 2. América Latina - Colombia - Víctimas

Contenido

Prólogo

Ejercicios de memoria

Maribel Berrío Moncada

Selnich Vivas Hurtado

17

Articulaciones conceptuales

La memoria histórica: una oportunidad para el cultivo de la ciudadanía

Juan David Londoño Isaza

27

Memoria, campo de tensión en un mundo de diferencias

Judith Nieto López

43

De la memoria manipulada y del deber de memoria

Luz Amparo Sánchez Medina

65

Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia

Catalina María Puerta Henao

81

Habla agua, habla agua, habla. Oralidad, eje articulador entre periodismo y memoria <i>Raúl Osorio Vargas</i>	103
El periodismo y sus trabajos por la memoria <i>Patricia Nieto</i> <i>Yhobán Camilo Hernández</i>	123
Lugares de refugio: el arte frente a la guerra	
Imagen y poder: borrar/mostrar lo que no debe ser visto <i>Rubén Chababo</i>	153
El cine y la guerra en Colombia: las imágenes, a pesar de todo <i>Pedro Adrián Zuluaga</i>	175
Medellín (1980-2013): Las grietas del espejo. Arte, violencia y memoria <i>Sol Astrid Giraldo</i>	199
De <i>¡Basta ya!</i> a <i>¡Nunca más!</i> <i>Roberto Herrscher</i>	225
Balacera en Balboa. Periodismo, antropología y memoria <i>Matthias Kopp</i>	253
Experiencias recientes para vencer el miedo	
Resistir al miedo <i>Sandra Patricia Arenas Grisales</i>	279
Víctimas, tejidos y legados políticos <i>Natalia Quiceno Toro</i> <i>Liza Acevedo Sáenz</i> <i>Isabel González Arango</i>	295

Formas para narrar. Sobre las memorias asociadas a las violencias en Medellín	
<i>Manuel Alberto Alonso Espinal</i>	
<i>Irene Piedrahíta Arcila</i>	319
Medellín entre memoria y olvido: cuarenta años de violencia (1975-2015)	
<i>Pablo Emilio Angarita Cañas</i>	333
Construir la paz es mucho más que implementar el <i>Acuerdo</i>	
<i>Rafael Grasa Hernández</i>	351
Índice onomástico	371
Índice temático	383

Autores

Patricia Nieto

Doctora en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Magíster en Ciencia Política y Comunicadora Social - Periodista de la Universidad de Antioquia. Profesora titular de la misma Universidad. Autora de los libros *Llanto en el Paraíso* (Fondo Editorial Universidad de Antioquia), *Relatos de una cierta mirada* (Alcaldía de Medellín) y *Los Escogidos* (Sílabo Editores). Directora de Hacemos Memoria.

Juan David Londoño Isaza

Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Docente investigador y coordinador del pregrado en Periodismo de la Universidad de Antioquia. Fue Visiting Research Scholar en la Lawrence Technological University (MI, USA). Autor del libro *Ciencia, libertad y formación ciudadana: Un estudio sobre Paul Feyerabend* (Universidad del Rosario, 2016).

Judith Nieto López

Doctora en Ciencias Humanas de la Universidad Austral de Chile. Magíster en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Colaboradora de revistas académicas, culturales y de divulgación científica. Autora de los libros *Todo enfermo es un hombre* (Publicaciones UIS, 2016) y *Pluma derrotada* (Editorial Universidad de Antioquia, 2011).

Luz Amparo Sánchez Medina

Antropóloga de la Universidad de Antioquia, con estudios de posgrado en Filosofía. Investigadora en Corporación Región. Coinvestigadora de proyectos como “Dinámicas de guerra e iniciativas de paz en la Comuna 13 de Medellín” (2008) y “De la gestión de conflictos a la construcción de una cultura de paz en Medellín” (2013). Docente del Diploma en Memoria Histórica organizado por Hacemos Memoria.

Catalina María Puerta Henao

Magíster en Historia y Candidata a Doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Abogada egresada de la Universidad de Antioquia. Fue investigadora del Museo Casa de la Memoria de Medellín y de la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín. Docente del Diploma en Memoria Histórica ofrecido por el proyecto Hacemos Memoria.

Raúl Osorio Vargas

Doctor y magíster en Comunicación, área de concentración epistemología del periodismo, por la Escuela de Comunicaciones y Artes (ECA) de la Universidad de São Paulo. Profesor en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Autor de *El reportaje como metodología del periodismo. Una polifonía de saberes* (Editorial Universidad de Antioquia, 2018).

Yhobán Camilo Hernández

Magíster en Ciencia de la Información con Énfasis en Memoria y Sociedad y Periodista de la Universidad de Antioquia. Autor del libro *Niños de carbón* (editorial OjoXoyo, 2010). Docente del Diploma en Memoria Histórica ofrecido por Hacemos Memoria. Periodista del proyecto Hacemos Memoria.

Rubén Chababo

Profesor de Letras. Secretario de Derechos Humanos en la Universidad Nacional de Rosario. Exdirector del Museo de la Memoria de Rosario, Argentina. Miembro del comité asesor del Centro Nacional de Memoria Histórica de Colombia. Docente del Diploma en Memoria Histórica organizado por el proyecto Hacemos Memoria de la Universidad de Antioquia.

Pedro Adrián Zuluaga

Magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana y Comunicador Social - Periodista de la Universidad de Antioquia. Autor de los libros *¡Acción, cine en Colombia!* (Museo Nacional, 2007), *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935* (Pontificia Universidad Javeriana, 2012) y *Cine colombiano: cánones y discursos dominantes* (Idartes, 2013). Docente del Diploma en Memoria Histórica ofrecido por Hacemos Memoria.

Sol Astrid Giraldo Escobar

Filóloga Clásica de la Universidad Nacional y Magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Coautora de *Violencia política y de género en Latinoamérica: representaciones desde el arte y la fotografía* (Santiago de Chile) y *Como Bálsamo de Fierabrás. Cultura en tiempos y territorios en conflicto* (Sevilla). Asesora temática del informe *Medellín, ¡Basta ya! Memorias de una guerra urbana*.

Roberto Herrscher

Sociólogo de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Profesor de Periodismo de la Universidad Alberto Hurtado de Chile, donde dirige el Diplomado de Escritura Narrativa de No Ficción. Autor de *Los viajes del Penélope* (Tusquets, 20017). *Periodismo narrativo: Cómo contar la realidad con las armas de la literatura* (Ícono, 2018) y *El arte de escuchar: Viajes por la música clásica* (Universidad de Barcelona, 2015).

Matthias Kopp

Magíster en Antropología de la Universidad Libre de Berlín. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia. Durante veinte años trabajó como reportero *freelance* en muchos países del mundo. Desde 2014 es representante de Deutsche Welle Akademie en Colombia y profesor invitado en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Sandra Patricia Arenas Grisales

Doctora en Memoria Social de la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro. Magíster en Ciencia Política y bibliotecóloga de la Universidad de Antioquia. Profesora de la Escuela Interamericana de Bibliotecología. Coinvestigadora del informe *Medellín, ¡Basta ya! Memorias de una guerra urbana* (CNMH y Corporación Región, 2017). Docente del Diploma en Memoria Histórica organizado por el proyecto Hacemos Memoria.

Natalia Quiceno Toro

Doctora en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Magíster en Ciencia Política y antropóloga de la Universidad de Antioquia. Profesora del Instituto de Estudios Regionales. Autora de *Vivir sabroso: Luchas y movimientos afrotrateños en Bojayá, Chocó, Colombia* (Universidad del Rosario, 2016).

Liza Acevedo Sáenz

Comunicadora audiovisual de la Universidad de Medellín y antropóloga de la Universidad de Antioquia. Miembro del grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia. Premio Medellín Investiga 2017 de la Alcaldía de Medellín como estudiante destacada vinculada a la investigación.

Isabel González Arango

Magíster en Ciencia de la Información con Énfasis en Memoria y Sociedad, Especialista en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario y Antropóloga de la Universidad de Antioquia. Docente e investigadora.

Manuel Alberto Alonso Espinal

Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Ciencias Sociales de Flacso. Docente e investigador del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Coinvestigador del informe *Medellín, ¡Basta ya! Memorias de una guerra urbana* (CNMH y Corporación Región, 2017). Docente del Diploma en Memoria Histórica organizado por el proyecto Hacemos Memoria.

Irene Piedrahíta Arcila

Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Docente e investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Coinvestigadora del informe *Medellín, ¡Basta ya! Memorias de una guerra urbana* (CNMH y Corporación Región, 2017). Analista de esclarecimiento para Antioquia en la Comisión de la Verdad.

Pablo Emilio Angarita Cañas

Doctor en Derechos Humanos y Desarrollo de la Universidad Pablo Olavide. Profesor titular e investigador en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Coordinador del grupo de investigación sobre “Conflictos, Violencias y Seguridad Humana” del Instituto de Estudios Regionales. Docente del Diploma en Memoria Histórica, organizado por el proyecto Hacemos Memoria.

Rafael Grasa Hernández

Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Barcelona, primer presidente del Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP; 2008-mayo 2016). Consultor en temas de construcción de paz en Colombia (PNUD, Federación Colombiana de Municipios/UE, Javeriana).

Ejercicios de memoria

Ejercitar la memoria trae enormes beneficios para la salud individual y colectiva. Activar la memoria permite la formación de nuevas y complejas redes de sinapsis, por medio de las cuales el sentir y el pensar se preparan para comprensiones más amplias del mundo y del conocimiento. Lo que a la postre fortalece el movimiento y la actividad de órganos y células en todo el cuerpo. Así mismo cuando los individuos, unos a otros, se acompañan en los ejercicios de memoria sobre el territorio y los seres que lo habitan, el tejido social y natural recibe un espacio para su participación en lo que ha sido la vida, la convivencia, el compartir. Una sana memoria colectiva ayuda a valorar el territorio como un tejido de seres en mutua interdependencia y lo dota de sentido para la existencia. Con estos propósitos, se han reunido en este libro académicos, artistas, periodistas e investigadores para invitarnos a practicar juntas la memoria. Los ejercicios que nos proponen tienen la finalidad de reconstruir los caminos que nos lleven a reencontrarnos. Saber dar y recibir un abrazo, entender y comprender las circunstancias de los otros, son procesos cognitivos y emocionales de alto rango.

Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas abre con el apartado “Articulaciones conceptuales”, donde los autores, desde diferentes experiencias y formaciones disciplinarias, empiezan a dilucidar cómo la memoria contribuye a la sanación de las múltiples violencias por las que Colombia ha tenido que atravesar desde el mismo momento de su fundación. Las dolencias provienen de los olvidos inducidos en la idea imaginada

de nación. Juan David Londoño, en el capítulo *La memoria histórica: una oportunidad para el cultivo de la ciudadanía*, nos interpela al preguntarnos si es posible derivar conocimientos válidos empleando la memoria histórica. La respuesta es completamente afirmativa. Otra manera posible de hacer ciencia proviene de la comprensión de los múltiples relatos subjetivos de las víctimas y los victimarios. Testimonios que nos permiten comprender las causas de la guerra, nos acercan a la empatía con el otro, nos obligan a no optar por la indiferencia y, consecuentemente, por la complicidad del silencio que concede la razón a los más violentos. Por eso mismo, la memoria histórica se debe “elaborar de manera ejemplar, esto es, dando lugar a reflexiones que podrían además de cultivar los sentimientos morales que fortalecen la democracia, como son la empatía, la solidaridad y la cooperación, llevar a acciones que buscan proteger la vida de las personas” (p. 36). De allí surgen nuevos impulsos, nuevos cuestionamientos: ¿Para qué la memoria? ¿Cómo nos ayuda a la salud colectiva y a la restauración de la vida? Judith Nieto, en *Memoria, campo de tensión en un mundo de diferencias*, a medida que nos guía en el desarrollo que ha tenido el concepto de memoria, nos alerta que el olvido no es la salida a la reconstrucción de la paz. Al contrario, remediaremos los lazos sociales y de fraternidad desde que “el acceso a la memoria sea desde el lenguaje, por la vía de la narración” (p. 57). El recuerdo verbalizado nos devuelve a las víctimas nuestra dignidad, nuestro ser ciudadano, “la memoria se transforma en conciencia, se vuelve fuente de reflexión, de pregunta, de querer saber: ¿qué pasó?, ¿cuándo? y ¿cómo pasó? (p. 60). Pero la memoria es de fácil manipulación nos advierte Luz Amparo Sánchez en *De la memoria manipulada y del deber de memoria*. Las estructuras de poder de una nación eligen cuáles serán los relatos que determinen la identidad colectiva y, la mayoría de las veces, “los recursos de manipulación que ofrece el relato se hallan movilizados fundamentalmente en el plano en el que la ideología actúa como discurso justificativo del poder, de la dominación” (p. 70). Las memorias de las injusticias, legitimadas por estos actores del poder, logran dislocarse si se acude a la formación de una cultura de la memoria que nos aleje de “relatos, sentimientos de miedo y negación de otras memorias, memorias heridas, menores, locales” (p. 76). La tragedia narrada crea conciencia del ser en un ayer y le hace posible un futuro. Catalina Puerta, en *Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia*, nos presenta la historicidad del concepto de víctimas como punto clave para la comprensión y no repetición de sociedades enfermas. Es a partir de los testimonios de las víctimas que puede saberse la dimensión de sus pérdidas

y dolores. Estos relatos, en su mayoría elaborados por iniciativas comunitarias, “han salido a la luz, para darle lugar al reconocimiento de memorias colectivas que durante mucho tiempo habían sido silenciadas a sangre y fuego” (p. 94). El miedo —que sin duda ha sido el arma al cuello de todos los colombianos—, puede ser contrarrestado si le damos cabida a otras posibilidades de hacer ciencia, a otras epistemes que dialoguen con los territorios y sus pobladores. Y decimos que la memoria histórica nos devuelve porque, como señala Raúl Osorio en *Habla agua, habla agua, habla*, hay una urgencia de la historia oral de vida que nos involucre a todos para la sanación. Involucrarse, sentirse y abrazarse a partir de la escucha de los testimonios de los otros son dimensiones epistémicas para un vivir distinto. La “filosofía de la escucha es vivir en el tiempo de la narración del otro, del diferente, del parecido, del lejano, del cercano, del contrincante, del amigo” (p. 104). Y es el periodismo, entre otras disciplinas, el más abocado a acompasarse al tiempo narrativo del otro. Osorio subraya que el periodista, superando los límites de la objetividad que la técnica le ha impuesto, a partir del reportaje-historia oral debe “ir más allá del estudio sujeto-objeto, para caer en la imprescindible relación sujeto-sujeto traspasada por el tamiz de las realidades” (p. 104). Y para la formación de una memoria que nos sane Patricia Nieto y Yhobán Hernández, en *El periodismo y sus trabajos por la memoria*, cierran este apartado vislumbrando que la violencia política colombiana, muchas veces legitimada por los medios de comunicación, requiere de un periodismo narrativo donde haya un “trabajo participativo entre reporteros y personajes” (p. 143). La divulgación de la verdad debe acudir a la memoria de los desoídos, pues “es a través de la constatación del daño infringido que surge la consideración del testimonio como instrumento pedagógico” (p. 142) para la no repetición, para el ¡nunca más!

Esta urgencia inaplazable de la memoria —de ser reconocida y empleada como una herramienta pedagógica para la convivencia en sociedad— también ha sido narrada a través de otras formas simbólicas. Las imágenes, los colores y el movimiento de nuestras memorias han sido registrados en la fotografía, el cine, las esculturas y otras expresiones del arte. “Lugares de refugio: el arte frente a la guerra”, el segundo apartado del libro que nos ocupa, usando un tono más ensayístico, revisa la participación de artistas latinoamericanos en el ejercicio de contar lo que nos ha pasado y hemos permitido que pase. Rubén Chababo, en *Imagen y poder: borrar/mostrar lo que no debe ser visto*, a partir del análisis de una serie de fotografías sobre la Argentina de los años setenta y ochenta del siglo XX, hace hincapié en cómo los fotógrafos documentalistas, amparados en las violen-

cias del Estado, manipulan sistemáticamente la memoria colectiva borrando a “hombres y mujeres que ocupan un lugar no asignado en la sintaxis del sistema, que perturban el orden imaginado, cuyas presencias deben ser alejadas de nuestra vista” (p. 154). Esos cuerpos no siempre estarían en el olvido o en la exclusión si no hubiera una aceptación de los observadores. El arte está llamado, por eso mismo, a desactivar este mecanismo de manipulación socialmente aceptado. En el arte contemporáneo por suerte ya hay reporteros gráficos que desde su lente reparan simbólicamente a los invisibilizados y les dan “el justo lugar que los vencidos siguen reclamando como propio, desde su ausencia, en el inmenso corazón de la Historia” (p.172). Tarea a la que también se han sumado los cineastas. En *El cine y la guerra en Colombia: las imágenes, a pesar de todo*, Pedro Adrián Zuluaga, retomando cuatro producciones audiovisuales sobre la guerra colombiana, nos constata que hay realizadores comprometidos con la memoria histórica. En sus películas las imágenes se vuelven un acto político reparador de las víctimas. Por eso tales “trabajos se entrelazan con varias tradiciones y emergen a partir del giro que ha dado la producción cultural, para poner en primer término la subjetividad de las experiencias y lo performativo en la manera de organizarlas y ofrecerlas para el público” (p. 176). El arte, como vemos, nos ha servido para ocultar o para hacer visible lo oculto, lo indeseado. Doble ejercicio que Sol Astrid Giraldo retoma en *Medellín (1980-2013): Las grietas del espejo. Arte, violencia y memoria*. Así nos expone cómo el arte repercutió, entre 1980 al 2013, en una de las ciudades más violentas de Colombia. Medellín, aún en contra de su cultura masculina, blanca y católica de su fundación, propendió por reconstruir una sociedad progresista, abierta a las expresiones del arte. Su proyecto cultural creó instituciones artísticas y simbolismos que le dieran a la ciudad este aire en oposición a esa otra realidad, difícil de esconder, la del narcotráfico y la de las amplias desigualdades sociales. Memorias que otros artistas no pudieron obviar “logrando todo lo que la forma cerrada y completa no pudo: dialogar con su entorno, narrar un momento, resistir a la lógica de la muerte, recordar” (p. 205). El arte va a las calles, a los espacios públicos, donde conjuntamente, artistas y víctimas, reparan simbólicamente las violencias de la guerra. Contar es crear. El lente, el pincel, el escoplo o la tinta traen lo ausente para revisar el presente y, colectivamente, decidir ir o no ir a los mismos lugares. Invitación decida que nos plantea el siguiente capítulo de esta sección. Roberto Herrscher, en *De ¡Basta ya! a ¡Nunca más!*, aludiendo a una serie de periodistas narrativos latinoamericanos, nos muestra una forma de contar que “clama por el fin de la guerra y la violencia” (p. 226). Y para definir y entender estos

procesos dirigidos a nuestras sociedades en camino al post-conflicto, el periodismo narrativo ha dado obras que investigan lo que realmente pasó, cuentan las historias de las víctimas y no exclusivamente los relatos oficiales engañosos. Narrar sanando implica un periodismo investigativo que aporte piezas claves para la sentencia de los victimarios, una historia que “ nombra, recuerda, hurga, presenta al mundo el mal hecho y en cierta forma lo repara” (p. 242), un periodismo que aboga por la reconciliación de víctimas y victimarios. Esta sección cierra con *Balacera en Balboa*, reflexiones de Matthias Kopp sobre el valor de los aportes del periodismo a la memoria colectiva. Reconstruyendo su propia memoria, como periodista extranjero que documenta la violencia colombiana, demuestra que el periodista es “portador de memoria” (p. 254) subjetiva que desplaza los imperativos de objetividad de la noticia, y lo ubica como un sujeto que le imprime a los relatos sus convicciones. Este periodismo comprometido con la memoria para la sanación elabora la noticia “en un espacio donde se entretejen la memoria colectiva y la memoria individual” (p. 257).

Para resistir y vencer el miedo es necesario que todos nos vinculemos, que busquemos alternativas para narrar, recordar juntos. Con esta intención se abre la última sección del libro: “Experiencias recientes para vencer el miedo”. Sandra Patricia Arenas, en *Resistir al miedo*, comienza analizando los espacios de sociabilidad que la gente del común, los ciudadanos víctimas de los enfrentamientos de las distintas fuerzas de poder de Medellín, instauraron de manera férrea. Los barrios se armaron de propuestas artísticas donde el baile, el teatro, los payasos, los poetas protestan, buscan otras opciones de vida para los jóvenes. La fiesta “era una forma de romper con los controles, de reactivar redes, de unirse” (p. 283). La ciudad no tenía, para entonces, más lugares de refugio que la esquina o la cancha, espacios connotados de violencia o sicariato. De ahí que, señala la autora, se crean políticas para la convivencia dando lugar a foros comunitarios, casas de la cultura, grupos juveniles y bibliotecas donde había otras opciones de vida ligadas al arte y al conocimiento. La gente no estaba dispuesta a olvidar. Por iniciativas propias o barriales, las calles de Medellín se inundan de “altares espontáneos” donde “las personas encontraron los mecanismos de expresión de sus memorias, tal vez no a través de grandes acciones, sino de pequeños gestos que evidenciaban un esfuerzo por retornar a una cierta cotidianidad y sobreponerse al dolor” (p. 290). Las resistencias han encontrado otros lenguajes, igualmente legítimos, para narrar el dolor. Natalia Quiceno, Liza Acevedo e Isabel González en *Víctimas, tejidos y legados políticos* nos describen la iniciativa de tejer de los familiares de personas desa-

parecidas y de mujeres víctimas. Tejer es reelaborar la violencia y neutralizar el olvido. El tejido y el bordado son, “no solo como trabajo narrativo para testimoniar acontecimientos violentos, sino como apuesta creativa en términos sociales y políticos, una apuesta para sanar, reparar y promover la movilización de la palabra-imagen de la experiencia femenina del conflicto armado” (p. 305). Recordar y narrar las violencias también ha implicado que coexistan distintos relatos que se complementan o contradigan. Manuel Alonso e Irene Piedrahíta, en *Formas para narrar*, concluyen —al revisar las variadas interpretaciones de los motivos de la violencia en Medellín, contadas con tanto interés por los narradores— que “aparecen hipótesis que a fuerza de repetirse ya forman parte de los lugares desde los cuales se explica la violencia en la ciudad” (p. 320). Los autores nos invitan a revisar las interpretaciones sobre el origen de la violencia: la exclusión y la marginalización de poblaciones periféricas, la incapacidad del gobierno de garantizar la norma y seguridad en todo el territorio y la crisis del modelo cultural y de valores antioqueños. La idea del progreso económico a toda costa dio lugar a que el narcotráfico, en su promesa de ascenso social, ganancia de poder y consumo, se instalara con tanto éxito en los planes de vida de los jóvenes. Esa realidad extensamente narrada y casi idealizada ha ocultado otras manifestaciones de violencia que podrían conocerse si se va de nuevo a los relatos conservados en la memoria de los habitantes de los barrios de la ciudad. Pablo Angarita, en esta misma línea, revisa en *Medellín entre memoria y olvido* cuarenta años de violencia donde actores legales e ilegales han usado la violencia para asumir el control urbano. “Medellín se ha venido construyendo en medio de agudos conflictos de intereses contrapuestos, con momentos más intensos, expresados a veces con silencios, con protestas, con movilizaciones y en no pocos casos tratados de manera violenta” (p. 335). Memorias construidas desde la inmediatez de los medios de comunicación que “manipulan el dolor para batir récord, pese a que la repetición de tanta calamidad humana pareciera producir efectos somníferos en una sociedad que se muestra con escasa sensibilidad frente a la tragedia” (p. 344). Construir la paz implica acciones conjuntas. Rafael Grasa, a medida que analiza, en *Construir la paz es mucho más que implementar el Acuerdo*, reflexiona y problematiza los *Acuerdos* firmados en La Habana. Si bien la sociedad colombiana avanzó en gestos de confianza al firmar la paz, ahora requiere formar a la ciudadanía para “resolver, reconstruir, reconciliar” una paz duradera. Y un factor clave “será el énfasis territorial: lo que cada comunidad, vereda, pueblo, ciudad y departamento añada a la agenda nacional” (p. 355).

Este conjunto de ejercicios para la memoria son herramientas pedagógicas en el sentido estricto. Proviene de algunos de los profesores que han pasado por los diplomados y otras actividades de formación de Hacemos Memoria desde el año 2014. Este proyecto de la Universidad de Antioquia investiga, discute y propone un diálogo público sobre el conflicto armado y las graves violaciones a los Derechos Humanos ocurridas en Colombia. Sus propuestas requieren de implementaciones en la vida cotidiana, en el hogar, en la pareja, en los medios, en la política, en el arte, en la escuela y en la universidad. De no ser así quedarán ancladas a un desiderátum que no es posible hacer amanecer en una sociedad más justa y digna. Ahora nos corresponde a sus lectores la decisión de poner en práctica estas lecciones de afecto.

Maribel Berrío Moncada
Selnich Vivas Hurtado

Fondo Editorial
Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

Articulaciones conceptuales



La memoria histórica: una oportunidad para el cultivo de la ciudadanía

Juan David Londoño Isaza

Desde el comienzo de los diálogos de paz entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el tema de la memoria histórica ha ganado protagonismo. Se ha constituido en el mecanismo con el que las víctimas han conseguido un lugar visible frente a la sociedad colombiana y en un medio para solicitar la restitución de muchos de los derechos que les fueron arrebatados. En el ámbito académico, la memoria histórica se consolidó como un objeto de estudio, del cual se ha buscado estimar tanto su naturaleza como sus límites (Rieff, 2012) y alcances (Giraldo, Gómez, Cadavid y González, 2011). En este nuevo contexto, también se trataría de dilucidar si el acceso y el uso de la memoria histórica podrían ser benéficos para el cultivo de la ciudadanía en general, además de las posibilidades que ya representa específicamente para las víctimas.

La epistemología del siglo XX (Machamer, 2008) se ha ocupado de delimitar aquello que puede tomarse como conocimiento y aquello que no lo es. Mientras unos afirman que para considerar una práctica como científica ella debe acogerse a la idea según la cual el método científico es universal y sus resultados son excepcionales, verdaderos, objetivos y mejores frente a cualquier otra práctica humana; otros afirman que la ciencia ni se sirve de un método universal ni ofrece resultados exclusivamente excepcionales, verdaderos y mucho menos objetivos. A pesar de la existencia de estas discusiones epistemológicas, es corriente encontrar tanto en medios de comunicación como en el contexto académico y científico la creencia en que el conocimiento científico es preferible (Seethaler, 2013) frente a otras prácticas humanas. A la luz de estos paradigmas epistemológicos, es difícil plantear la posibilidad de que a partir de la memoria histórica se pueda derivar conocimiento, pues ella se ocupa no de hechos empíricamente demostrables, sino de las subjetividades de personas que son estimuladas a raíz de hechos pasados que, para el caso del conflicto armado colombiano, son adversos. Así las cosas, ¿es posible derivar conocimientos válidos empleando la memoria histórica?

La respuesta a esta pregunta será el interés de este capítulo. Para tal propósito, se abordará lo que, según la filosofía de la ciencia, son los límites del conocimiento científico para proponer, seguidamente, una concepción de conocimiento más amplia que dé lugar a otros conocimientos acaso tan valiosos como los científicos. Para finalizar, se presentará una respuesta tentativa, donde la memoria histórica tiene valor epistemológico, en tanto abre la posibilidad de generar en las personas conocimientos que se materializan en la capacidad crítica, la empatía y la solidaridad, que sostienen

y fortalecen la democracia por cuanto cultivan y permiten la convivencia ciudadana.

La visión científica del mundo

En la Antigüedad griega, la epistemología versaba sobre todo fundamento que sustentara cualquier tipo de conocimiento, de suerte que las justificaciones resultaran satisfactorias no solo para la comunidad que lo respaldaba, sino también para aquella que lo ponía a prueba. Lo que se buscaba era conocer, de manera pasiva, la naturaleza, esto es, intentar describirla a través de la observación con un único propósito: satisfacer el deseo natural de conocer. No en vano el primer libro de la *Metafísica* de Aristóteles comienza de la siguiente manera:

Todos los hombres desean por naturaleza saber. Así lo indica el amor a los sentidos; pues, al margen de su utilidad, son amados a causa de sí mismos, y el que más de todos, el de la vista. En efecto, no solo para obrar, sino también cuando no pensamos hacer nada, preferimos la vista, por decirlo así, a todos los otros. Y la causa es que, de los sentidos, éste es el que nos hace conocer más, y nos muestra muchas diferencias (1998, p. 2).

Tal idea de epistemología predominó hasta el inicio del Renacimiento, esto es, hasta el siglo XV europeo, cuando, con este, nació otra idea de conocimiento que, por fortuna, no solo apeló al deseo de saber sino que, además, abrió la puerta a otra concepción más amplia de la epistemología, que se concretó en el siglo XVII, la cual retomó con algunos matices la concepción aristotélica y adujo que el conocimiento debía responder a problemas de orden social (Turró, 1985, p. 344). Comprender la naturaleza, tal y como ella es, fue la meta que la modernidad se propuso, y el discernimiento del camino que debía transitarse para lograrlo derivó en discusiones filosóficas que dieron lugar a diversas posturas que, en vez de constituirse en un problema, enriquecieron la discusión y la problematización del conocimiento demostrable.

La ciencia ha buscado presentar una imagen de sí misma como la práctica intelectual por excelencia, principalmente porque su método tiene la pretensión de ser universal y los resultados que ofrece son excepcionalmente mejores frente a aquellos de otras prácticas humanas (Feyerabend, 1998, pp. 114-122). Dicha imagen nace de esfuerzos genuinos, en principio, por hacer de la ciencia una práctica preferible a otras en tanto apela a

esfuerzos que cualquier hombre podría hacer sin recurrir a la opinión de autoridades —como Platón y Aristóteles—, tal y como se venía haciendo hasta el Renacimiento (Shapin, 2000, p. 104). No obstante, el siglo XVII se caracterizó por indagar el camino más adecuado para la consecución demostrable del conocimiento. Por ejemplo, Francis Bacon consideró que el conocimiento debía conseguirse a través de la sistematización de la experiencia, buscando privilegiar el contacto directo con la naturaleza para evitar la especulación que nacía de la autoridad. Otro ejemplo es Descartes, quien planteó que la razón, a través de sus capacidades (intuitiva, analítica, sintética y deductiva) inspiradas en el orden con el que proceden las matemáticas, podía develar las propiedades reguladoras de la naturaleza (1996, p. 82). Su confianza en la razón estaba originada en que ella, además de ofrecer argumentos demostrables, se constituye, como la experiencia baconiana, en una capacidad humana que puede ser aplicada por cualquier persona sin necesidad de respaldarse en opiniones de terceros.

El interés por establecer el método ideal de la ciencia perduró hasta el siglo XX. El Círculo de Viena afirmó en su manifiesto (Hahn, Neurath y Carnap, 2002, p. 305) que la experiencia, acompañada del propósito de establecer un lenguaje universal susceptible al análisis lógico, debía regular la consecución del conocimiento demostrable, que para este momento ya se comenzaba a llamar científico. Sin embargo, Karl Popper agregó, con su racionalismo crítico, que la ciencia debía servirse en principio de las conjeturas en vez de la experiencia, pues a su juicio el conocimiento comenzaba con problemas y no con la sola observación, como lo había sugerido Bacon (1994, p. 81).

Se observa, entonces, que en diferentes momentos históricos la ciencia se ha servido de distintos caminos para conseguir el conocimiento científico. Así lo enseña la historia de la ciencia y así lo explica, concretamente, Paul Feyerabend, cuando dice que

uno de los rasgos más sorprendentes de los recientes estudios de historia y filosofía de la ciencia es la toma de conciencia de que fenómenos tales como la invención del atomismo en la antigüedad, la revolución copernicana, el nacimiento del atomismo moderno (Dalton, la teoría cinética, la teoría de la dispersión, la estereoquímica, la teoría cuántica) o la progresiva aparición de la teoría ondulatoria de la luz, únicamente pudieron ocurrir porque algunos pensadores decidieron no respetar ciertas reglas ‘obvias’ o porque las trasgredieron involuntariamente. A la inversa, se puede demostrar que la mayor parte de las reglas que en la actualidad los científicos y los filósofos de la ciencia consideran piezas de un ‘método

científico' uniforme son inútiles —no producen los resultados que deberían— o empobrecedoras (1998, p. 114).

Cada reto que ha asumido la ciencia lo ha resuelto con base en métodos concretos que en nada se corresponden con su pretensión de apelar a un método universal, como sí a la consideración de que cada problema o reto al que se enfrenta la ciencia tiene aspectos particulares que demandan de los científicos creatividad para resolverlos: si les fuera impuesto un camino para resolver todo su quehacer científico, nunca hubieran logrado transitar del geocentrismo al heliocentrismo, o de los espacio y tiempo absolutos a los relativos (1998, p. 114).

En ese contexto, si la ciencia busca la verdad con base en un método universal pero la historia de la ciencia demuestra que ella no se ha servido del mismo método todo el tiempo, ¿hasta qué punto podemos hablar de verdad científica? ¿O de objetividad? Es preciso aclarar que no se pretende desestimar ni el quehacer científico ni mucho menos los resultados que de la ciencia se derivan, como sí, en cambio, problematizar su valor científico de veracidad —con base en el cual se han marginado otras prácticas humanas (Feyerabend, 1998, p. 87)—para sugerir una concepción de conocimiento más amplia, tal como la sugiere el mismo autor:

Concebido de esta forma, el conocimiento no consiste en una serie de teorías autoconsistentes que tienden a converger en una perspectiva ideal; no consiste en un acercamiento gradual hacia la verdad. Por el contrario, el conocimiento es un océano, siempre en aumento, de alternativas incompatibles entre sí (y tal vez inconmensurables); toda teoría particular, todo cuento de hadas, todo mito, forman parte del conjunto que obliga al resto a una articulación mayor, y todos ellos contribuyen, por medio de este proceso competitivo, al desarrollo de nuestro conocimiento [...]. La tarea del científico no ha de ser por más tiempo 'la búsqueda de la verdad', o 'la glorificación de dios' o 'la sistematización de las observaciones' o 'el perfeccionamiento de predicciones' (2007, p. 14).

El conocimiento no puede reducirse entonces al científico, toda vez que su pretensión de unidad de método para la consecución de la verdad no se cumple, lo cual abre la posibilidad para que la concepción de conocimiento se amplíe, dando lugar así a otros conocimientos derivados de prácticas humanas que divergen del quehacer científico, como es el caso de la memoria histórica que, de hacerse de manera ejemplar (Todorov, 2000, p.

24), podría conducir al desarrollo de sentimientos morales en las personas que, de alguna manera, dan lugar y sostienen la democracia.

¿Tiene valor epistemológico la memoria histórica?

Así como la ciencia, la memoria histórica tampoco se escaparía de estudios sobre su estatuto epistemológico. Podría comenzarse por sugerir que su principal objeto de estudio no es tanto los hechos del pasado, como sí las experiencias que se derivan de ellos:

La memoria, por el contrario, tiene un sesgo militante, resalta la pluralidad de relatos. Inscribe, almacena u omite, y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente. La memoria requiere del apoyo de la historia, pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos (o su reconstrucción) como dato fijo sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo (Sánchez, 2006, p. 22).

Sin embargo, a la memoria histórica se le podría restar importancia toda vez que, desde el espíritu positivista, no se la puede demostrar de manera objetiva e, inclusive, no conduce a ningún conocimiento que dé cuenta de la realidad. En el caso de los testimonios o relatos de víctimas y victimarios, nos enfrentamos a su estatuto epistemológico, pues, ¿cómo asegurar su veracidad? En muchos casos, los testimonios pueden confirmarse a través de otros relatos: por ejemplo, algunos testimonios de las víctimas del conflicto armado colombiano solo fueron valorados y reconocidos como verídicos cuando los testimonios de los victimarios puestos en común ante los estrados judiciales coincidieron con aquellos. El periodismo, en muchos casos, ha logrado a través de la contrastación de fuentes confirmar la veracidad de muchos relatos. Si bien esta circunstancia es favorable para valorar

¹ En su texto *Contra la memoria*, David Rieff explica una de las limitaciones de la memoria histórica, según la cual no nace de hechos objetivos como sí de apreciaciones subjetivas, refiriéndose a la construcción del nacionalismo irlandés que transitó del fracasado nacionalismo constitucional, al nacionalismo cultural romántico, “privilegiando el trauma de la destrucción de la nación irlandesa y la emocionante posibilidad de resucitarla” (2012, pp. 30-31): “A esto se reduce exactamente la esencia de la memoria histórica: identificación y proximidad psicológica, en lugar de precisión histórica, y menos aún hondura política. La cuestión de si la memoria histórica se construye o imagina, es mero invento o se lega, tiene, con toda razón, gran importancia para los historiadores profesionales, pero, como la mayor parte de ellos comprende cabalmente, resulta intrascendente” (p. 31).

epistemológicamente un relato o un testimonio como ejercicio de memoria histórica, puede haber otros testimonios cuya verificación sería difícil de lograr en tanto la demostración de los hechos a la luz del espíritu positivo resulta, sino difícil, imposible de conseguir, frente a los cuales solo resta darles crédito con base en la confianza, advirtiendo, por supuesto, las dificultades que podría conllevar su legitimación¹. En un caso extremo, puede mencionarse la novela del periodista Javier Cercas (2014), *El impostor*, que reconstruye la vida y la inverosímil condición de víctima de Enric Marco, quien se ha presentado como víctima de los campos de concentración nazi en la Segunda Guerra Mundial, con lo cual ha conseguido, además de réditos políticos, una popularidad inmerecida. Aun con estas advertencias y, dada la posibilidad de ampliar el marco conceptual de lo que se considera conocimiento, podría decirse que la memoria histórica, más que conocer de manera veraz los hechos del pasado, busca conocer cómo las personas los asumieron, cómo enfrentaron dichas circunstancias, por qué decidieron relatar esas experiencias concretas del pasado y no otras. Alejandro Martínez explica en su libro *La paz y la memoria*:

Constantemente, considerar el pasado significa mancharse las manos, establecer juicios y valoraciones. [...] [E]n resumen, no significa poner en práctica un ejercicio de imparcialidad y objetividad, sino elaborar un discurso que incluye posicionamientos morales entre sus fundamentos. En pocas palabras, podríamos decir que toda referencia al pasado constituye una acción moral. [...] En este sentido, cabe incluir todavía un último giro, una última adenda: y es que toda acción moral es, en cierto sentido, una acción política, puesto que se inscribe en un contexto público de decisiones, valoraciones e intervenciones (2011, pp. 21-22).

Tener entonces la posibilidad de conocer las elecciones que víctimas y victimarios comparten a través de sus relatos significa conocer sus intenciones, sus acciones morales, sus posturas políticas que explican —no necesariamente justifican— su accionar en tanto víctimas y victimarios. Las experiencias del trauma en el caso de la víctima y la culpa en el del victimario tienen diversas enseñanzas. De una parte, se observa cómo ellas son capaces de trascender las adversidades del pasado, esto es, cómo las víctimas fueron capaces de adaptarse a los cambios que les impuso el conflicto en sus vidas, cómo fueron capaces de reconocer sus virtudes para ponerlas a su propio servicio con el propósito de sobreponerse, de qué manera interpretaron los efectos del conflicto armado en sus vidas para asumirlos como una oportunidad de crecimiento. A través de sus relatos o testimonios, dan lugar a que otras personas accedan al contenido de dichas experiencias, abriéndose la

posibilidad de que se las comprenda (Nussbaum, 2014, p. 132). Cuando no se sobreponen, conocer sus relatos también es valioso, pues permite no solo comprender las circunstancias concretas de un ser humano que dificultan su resiliencia, sino también despertar en otros la compasión y la solidaridad.

Respecto de la culpa de los victimarios, acceder a sus relatos abre la puerta para conocer las posibles causas del conflicto, esto es, por qué hicieron lo que hicieron, cómo lo hicieron, cuáles fueron las circunstancias que dieron lugar para que estas personas se volvieran victimarios y de qué manera se relacionan con el pasado del cual se deriva su culpa. En suma, conocer estas experiencias permite acercarse a ‘formas de percibir una realidad’ que son susceptibles de ser interpretadas de diversas maneras y, lejos de representar esto un problema, constituye una posibilidad: la de *imaginar* lo que víctimas y victimarios sintieron respecto de sus experiencias concretas, hecho que posibilita una reflexión interna en quien accede a los relatos de los actores del conflicto armado. Sobre los relatos, Martha Nussbaum señala lo siguiente en su obra *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*: “mediante una gran variedad de relatos, [una persona] debe aprender a identificarse con los demás, a ver el mundo a través de los ojos ajenos y a sentir mediante la imaginación el sufrimiento de las otras personas” (2010, p. 68).

La memoria histórica, cuando se la utiliza de manera responsable, esto es, cuando busca no traer las experiencias del pasado al presente de manera literal sino guardar un propósito reflexivo, logra desenvolver la capacidad de imaginar² la realidad desde la perspectiva del otro y, con esta capacidad, la de comprender que “el mundo es un espacio en el que todos tenemos debilidades y, por lo tanto, necesitamos apoyarnos mutuamente” (p. 133). En otras palabras, una memoria histórica hecha de manera ejemplar posibilita vislumbrar horizontes que buscan el bienestar humano. Tzvetan Todorov, en *Los abusos de la memoria*, aborda brevemente el caso de David Rousset, quien fue un prisionero político deportado a Buchenwald que logró sobrevivir y que, a causa de su experiencia, se interesó por comprender los campos de concentración nazi y emprendió la escritura de varios libros, con los cuales consiguió alguna popularidad que le permitió llamar la atención sobre la actividad de los campos de concentración soviéticos después de acabada la Segunda Guerra Mundial, esto es, el 12 de noviembre de 1949. Lo valioso de esta circunstancia es que su denuncia la hizo sensibilizando a antiguos deportados de los campos nazis para que indagaran sobre este hecho, con lo cual logró un debate relevante que permitió, después de

muchas dificultades, salvar vidas y acabar con la práctica de los campos de concentración³. El valor de este ejemplo lo explica Todorov:

Al inclinarse por la memoria ejemplar, [Rousset] escogió utilizar la lección del pasado para actuar en el presente, dentro de una situación en la que él no es actor, y que no conoce más que por analogía o desde el exterior. Es así como él entiende su deber de antiguo deportado, y por ello se dirige antes que nada, esto es esencial, a otros antiguos deportados. ‘Vosotros no podéis rechazar este papel de juez —escribe—. Para vosotros, antiguos deportados políticos, es precisamente la labor más importante. Los demás, aquellos que no fueron nunca recluidos en campos de concentración, pueden argüir la pobreza de la imaginación, la incompetencia’ (2000, pp. 43-44).

Con este caso histórico se quiere señalar la relevancia de la empatía que puede desarrollarse a través de un uso ejemplar de la memoria histórica. Si bien Rousset no fue víctima de los campos de concentración que denunció, sí fue deportado y, apelando a la imaginación y a la solidaridad de otros deportados, consiguió sensibilizar a la sociedad europea sobre la continuidad de los campos de concentración soviéticos, hecho que dio lugar a la defensa de la dignidad humana, y que, además, logró despertar en otras personas, a través del uso de la memoria, la imaginación, la empatía y la cooperación.

La historia del inglés Nicholas Winton, reportada por la BBC en 1988 es, además de ejemplar, especial e inspiradora: salvó la vida de 669 niños judíos de la antigua Checoslovaquia del holocausto nazi, sacándolos de este país por tren hacia otros países del continente europeo, especialmente Inglaterra (BBC, 2016). A pesar de las vicisitudes, su compromiso con la vida, una vez su historia fue conocida y difundida, obtuvo no solamente amplios y merecidos reconocimientos en Europa, sino que también sirvió de ejemplo e inspiración para cultivar la solidaridad y la cooperación, hoy tan necesarias entre la comunidad internacional dada la guerra de Siria en

² En su obra *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, Martha Nussbaum explica el sentido de la imaginación literaria en la vida pública y en la educación superior: “Defiendo la imaginación literaria precisamente porque me parece un ingrediente esencial de una postura ética que nos insta a interesarnos en el bienestar de personas cuyas vidas están tan distantes de la nuestra” (1997, p. 18).

³ Para enfatizar la orientación humanista de la memoria, Gonzalo Sánchez menciona: “La memoria es una nueva forma de representación del decurso del tiempo. Mientras los acontecimientos parecen ya fijos en el pasado, las huellas son susceptibles de reactivación, de políticas de memoria. El pasado se vuelve memoria cuando podemos actuar sobre él en perspectiva de futuro” (2006, p. 23).

la actualidad: países como Canadá y Alemania han acogido a refugiados sirios.

Pero la memoria histórica no solamente ayuda a denunciar casos del presente con base en las reflexiones de las huellas que se derivan del pasado, sino que también comparte elementos que ayudan a orientar el mismo presente: los distintos conflictos armados que ha vivido Colombia y con ellos circunstancias específicas como canje de prisioneros, términos de negociación, despejes de territorios, entre otras, contribuyeron a diseñar el escenario que hizo posible la firma de los acuerdos entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) (Aguilera, 2001, pp. 8-13). Conocer nuestro pasado hizo posible que evitáramos los errores ya cometidos y se propusieran nuevos escenarios que, si bien no se habían explorado, fueron adecuadamente planeados: las guerras del pasado y sus dinámicas permiten comprender las actuales, inclusive, a darles fin, si así se quisiera interpretar el pasado para el futuro, si así llegaron a coincidir la guerra, la memoria y la política.

Con base en los elementos anteriores, a continuación se argumentará en favor de la hipótesis que se propuso al inicio de este capítulo: Estos ejemplos enseñan que la memoria histórica se puede elaborar de manera ejemplar, esto es, dando lugar a reflexiones que podrían además de cultivar los sentimientos morales que fortalecen la democracia, como son la empatía, la solidaridad y la cooperación, llevar a acciones que buscan proteger la vida de las personas. Para esto, es relevante estimular la imaginación de la ciudadanía, y la memoria histórica, haciendo posible traer el pasado al presente, lo consigue: “La aptitud para imaginar una variedad de cuestiones complejas que afectan la trama de una vida humana en su desarrollo y de reflexionar sobre la infancia, la adolescencia, las relaciones familiares, la enfermedad, la muerte y muchos otros temas, fundándose en el conocimiento de todo un abanico de historias concebidas como más que un simple conjunto de datos” (Nussbaum, 2010, p. 49).

La memoria histórica cultiva, como la literatura, y en general las artes, la capacidad de imaginar las experiencias adversas de víctimas, haciendo pensar a todo aquel que se acerca a aquellas en la posibilidad de vivir esas mismas circunstancias, lo que le hace comprender que podría compartir con las víctimas sentimientos, emociones, problemas, motivos, oportunidades y propósitos:

El arte de la narrativa tiene el poder de hacernos ver las vidas de quienes son diferentes a nosotros con un interés mayor al de un turista casual, con un compromiso y entendimiento receptivos y con ira ante la forma en que nuestra sociedad rehúsa a algunos la visibilidad. Logramos ver cómo las

circunstancias condicionan las vidas de quienes comparten con nosotros algunas metas y proyectos generales; y vemos que las circunstancias no solo condicionan las posibilidades de las personas hacia la acción, sino también sus aspiraciones y deseos, sus esperanzas y temores (Nussbaum, 2005, p. 121).

La memoria histórica nos pone en contacto con la vida de otras personas: nos hace visible, con su narrativa, la vida interior de personas desconocidas, que, de otra manera, tal vez no podríamos siquiera considerar su existencia. Que los colombianos entonces podamos imaginar la vida de víctimas y victimarios del conflicto armado nos abre la oportunidad, de una parte, de conocer, comprender y sentir (hasta cierto punto) sus motivos, emociones, oportunidades y propósitos y, de otra, hacer conscientes a aquellos que no han vivido tales circunstancias pero que se acercan a la memoria histórica, desde su propia vulnerabilidad y falibilidad (Mill, 2007), lo cual significa mucho para la democracia, pues mientras las personas proyectemos las vidas de otras personas podremos paulatinamente desenvolver la compasión en nuestras vidas, esto es, comenzaremos a identificarnos con el dolor de otros, lo cual abre el camino para la solidaridad y la cooperación:

Al responder con compasión al sufrimiento ajeno, uno comprende que el hecho de ser una persona próspera o poderosa no lo excluye de las filas de la humanidad necesitada. Tales recordatorios, argumenta la tradición, probablemente conduzcan a un tratamiento más caritativo con el débil. En la obra de Sófocles, Filoctetes pide ayuda recordando a los soldados que ellos mismos podrían pasar por lo que él padece. Y estos aceptan porque son capaces de imaginar su difícil situación (Nussbaum, 2005, p. 125).

La memoria histórica pone de presente las diferencias que existen entre las personas, y tales diferencias se ubican no solamente en asuntos de raza, género o religión, sino también en circunstancias concretas que, de una manera u otra, determinan los motivos, sentimientos y emociones de las personas. Por ejemplo, el afrocolombiano Leyner Palacios, habitante del municipio de Bojayá, Chocó, fue víctima del conflicto armado, toda vez que perdió treinta y dos familiares cuando, en enfrentamientos que sostuvieron guerrilleros de las FARC con paramilitares, un mortero cayó en la iglesia de su municipio, lugar en el que sus familiares y otros habitantes habían buscado protección (Colprensa, 2016). Probablemente muchos colombianos no se sentirán identificados con las circunstancias de Leyner porque no las han vivido; sin embargo, si conocieran de cerca ese relato, y si esa

narración fuera lo suficientemente vívida comprenderían que ellas determinaron nuevas circunstancias para él, y quizás aprehenderían emociones y sentimientos que los podrían llevar a entender la fragilidad de la vida y la necesidad de cuidarla entre todos. Más aun, la historia de Leyner no solo podría estimular la imaginación, sino también la actitud crítica, pues quien se acercara a ella podría hacerse preguntas como: ¿Cuáles fueron las circunstancias que dieron lugar a los hechos del 2 de mayo de 2002 en Bojayá, Chocó? ¿Qué pensó, sintió e hizo Leyner una vez dimensionó su adversidad? ¿Qué lo condujo a perdonar a los victimarios? ¿De qué manera determinaron el futuro de Leyner los hechos que lo convirtieron en víctima del conflicto armado? Todas estas preguntas no solamente podrían alimentar la comprensión del conflicto armado en general, sino que también cultivarían los sentimientos morales como la capacidad crítica, la empatía, la solidaridad y la cooperación, todos ellos relevantes para la convivencia ciudadana.

Algunas conclusiones

Con este capítulo se pretendieron varios propósitos: uno de ellos consistió en enseñar que inclusive la ciencia, que ha oficiado como modelo para determinar qué debe ser considerado conocimiento y qué no, tiene limitaciones en tanto ella misma no cumple con sus pretensiones de verdad y objetividad, así que basta con pedirles a otras prácticas humanas o tradiciones que acojan las dinámicas científicas.

En segundo lugar, con base en la crítica a la ciencia, se propuso una idea de conocimiento más amplia, la cual no se reduce al conocimiento científico fundado por el modelo europeo, sino que permite que otras prácticas humanas puedan decir algo sobre sus objetos de estudio. ¿Se reduce la realidad a un único mapa? ¿La realidad solo responde a los estímulos de la ciencia? ¿Es la realidad el único objeto de conocimiento? A todas estas preguntas, una respuesta sencilla, pero contundente es ¡No! De la realidad puede decirse cuanto se desee, y ella parece indiferente en la mayor parte de los casos frente a los estímulos que le imponemos (Rorty, 1991). La realidad, la naturaleza o el mundo, como se quiera llamar, no puede ser el único objeto de conocimiento; es apenas uno que guarda interés para el deseo natural de saber del hombre. Así las cosas, ¿por qué no estudiar las experiencias de personas que se derivan de hechos del pasado y que la memoria histórica se encarga de presentar? A pesar de la eventual dificultad que representa asegurar la veracidad de algunos relatos o testimonios de víctimas y victimarios, sus experiencias nos legan respuestas valiosas ante inquietudes legítimas:

¿De qué manera relacionarse con el pasado? ¿Cómo sobreponerse ante los hechos adversos del pasado? ¿Puede el dolor de otra persona sensibilizarme y, a causa de este, solidarizarme con aquella? En la entrega del Nobel de Paz del año 2016, las víctimas del conflicto armado, Leyner Palacios y Héctor Abad Faciolince, que de alguna manera representaron a las víctimas del conflicto armado colombiano, fueron ejemplos encarnados de que es posible seguir adelante, aun con las tragedias que les impuso el conflicto. Sus testimonios enseñan —cada uno con sus actividades personales, Leyner con sus iniciativas sociales y Héctor Abad con sus obras literarias— cómo la resiliencia es posible, y una manera de acceder a sus experiencias es a través de la memoria histórica que podamos hacer de ellas. La memoria histórica pone de presente aquellas circunstancias que la vida real, entendida como actualidad presente, no nos ofrece, y tal posibilidad redundante en el reconocimiento de la diferencia, esto es, de aquel que es diferente de mí, “tanto en circunstancias concretas como en la manera de pensar y sentir” (Nussbaum, 2005, p. 148), lo que posibilita el cultivo de aquel conocimiento que facilita la convivencia entre las personas: la capacidad crítica, la solidaridad, la cooperación y la empatía. Desde luego, no se trata de un conocimiento perfecto o último: el resultado del cultivo de la imaginación de los ciudadanos que hace la memoria histórica es limitado, ya que los grados de sensibilidad y los prejuicios son distintos en cada persona (Nussbaum, 1997, pp. 19-21; Rieff, 2012, p. 60). No obstante, y a pesar de esta limitación, la esperanza de una vida social amable descansa, entre otras oportunidades, en la de persistir en el cultivo de las acciones, capacidades y conocimientos humanos que tienden puentes de comprensión y solidaridad respecto de otros: la memoria histórica ejemplar es una de ellas.

Referencias bibliográficas

- Aguilera, Mario (2001). Amnistías e indultos, siglos XIX y XX. *Credencial Historia*, n. 37, pp. 8-13. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo2001/137amnistias.htm>
- Aristóteles (1998). *Metafísica de Aristóteles*. Valentín García Yebra (ed.). Madrid: Gredos.
- BBC (2016). ¿Quién era Nicholas Winton, el hombre que salvó a casi 700 niños judíos de los nazis? Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/video_fotos/2016/05/160520_video_nicholas_winton_nazis_holocausto_lp
- Cercas, Javier (2014). *El impostor*. Bogotá: Random House Mondadori.
- Colprensa (2016). Leyner Palacios, la víctima del conflicto que el mundo conoció por el Nobel de Paz. *La Patria*. Recuperado de <http://www.lapatria.com/nacional/leyner-palacios-la-victima-del-conflicto-que-el-mundo-conocio-por-el-nobel-de-paz-338159>
- Descartes, René (1996). *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid: Alianza.
- Feyerabend, Paul (1998). *La ciencia en una sociedad libre*. México: Siglo XXI.
- Feyerabend, Paul (2007). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos.
- Giraldo, Marta Lucía; Gómez, Jaime Alberto; Cadavid, Beatriz Elena; González, Marcela (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto. Colombia, 2000-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hahn, Hans; Neurath, Otto; Carnap, Rudolf (2002). La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena. *Redes. Revista de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología*, Vol. 9, n. 18, pp. 103-149. Recuperado de <http://www.unq.edu.ar/advf/documentos/51d5b6f1e5991.pdf>
- Machamer, Peter (2008). A brief historical introduction to the Philosophy of Science. En Chamer, Peter y Silberstein, Michael (eds.). *The Blackwell Guide to the Philosophy of Science*. New York: Blackwell Publishers, pp. 1-17. Recuperado de <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/9780470756614.ch1/summary>
- Martínez, Alejandro (2011). *La paz y la memoria*. Madrid: Catarata.
- Mill, John Stuart. (2007). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza.
- Nussbaum, Martha (2005). *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Paidós.

- Nussbaum, Martha (2014). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires, Madrid: Katz.
- Nussbaum, Martha (1997). *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- Nussbaum, Martha (2014). *Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Paidós.
- Popper, Karl (1994). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Barcelona: Paidós.
- Rieff, David (2012). *Contra la memoria*. Barcelona: Debate.
- Rorty, Richard (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Sánchez, Gonzalo (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín, La Carreta Histórica.
- Seethaler, Sherry (2013). *Mentiras descaradas y la ciencia: Cómo no tragar entero todo lo que dicen los medios sobre el calentamiento global, la salud y demás controversias científicas de actualidad*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Shapin, Steven (2000). *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Turró, Salvio (1985). *Descartes. Del hermetismo a la nueva ciencia*. Barcelona: Anthropos.

Memoria, campo de tensión en un mundo de diferencias

Judith Nieto López

Desde hace más de veinte años los problemas relacionados con la memoria han ganado un lugar privilegiado en debates asumidos por el mundo de las ciencias; en particular, las sociohumanísticas, para las que la razón del auge de este tipo de estudios se haya en la urgencia de redefinir a sujetos, comunidades y entidades políticas desde lo histórico, especialmente en América Latina, que pasó por periodos de dictaduras y totalitarismos durante gran parte del siglo XX. Igualmente, esta aproximación a contextos históricos ha sido vista por los estudiosos como una necesidad de tratar, mediante el recuerdo, los traumas que provocan los sistemas instaurados en sociedades expuestas y las víctimas de regímenes no democráticos. Así, el tema de la memoria en estas sociedades debe abordarse científicamente desde el horizonte transdisciplinar y a partir de enfoques médicos y psicológicos, en particular en intervenciones a víctimas afectadas y traumatizadas por hechos y recuerdos de experiencias vividas durante regímenes dictatoriales y posdictatoriales; también, debe enfocarse en el análisis de las formas de conservación de la memoria de dichas sociedades. Algo similar debe proponerse para el conflicto armado colombiano, porque, como se lee en *La última posada*, la “historia no la escriben los pueblos que provocan la catástrofe, sino los que la padecen” (Kertész, 2016, p. 31).

Las líneas que cierran el párrafo anterior invitan a señalar cómo a la hora de recuperar la memoria se acude a revisiones y análisis de su simbolismo, en particular en lo referente a las narrativas y a los textos de ficción producidos a manera de representaciones de la memoria; en particular, las representaciones externas al terreno histórico en el que surgieron los traumas y sus víctimas. El caso de Kertész y su obra lo ilustran bien. Son considerables las ideas que llegan al pensamiento cuando se quiere adelantar una reflexión a propósito del problema de la memoria, independientemente de su carácter histórico-individual o colectivo; o cuando, como en este caso, se busca conseguir algunos desarrollos conceptuales en torno a su noción. Para ello, es necesario un acercamiento teórico de dos voces: memoria y memoria histórica. Al tomarlas de manera conjunta se conoce su cercanía y sus implicaciones en actos que buscan recuperar el pasado de sociedades que lo quieren conservar o que necesitan modificarlo, debido a sus dolorosas huellas.

Del acercamiento teórico surgen principalmente dos ideas. Una que lleva a pensar que la reconstrucción de las épocas difíciles por las que ha pasado la humanidad de todos los tiempos y de las más diversas geografías es, en gran medida, el resultado de un ejercicio de memoria individual. En términos filosóficos y según Locke, la *memoria* consiste en la conciencia que

acompaña al pensar “en tanto esa conciencia se extiende hacia atrás a toda acción o pensamiento pasados” (Locke citado por Rabossi, 1989, p. 9). Esto indica que la identidad personal se explica en términos de pasado, es decir, en términos de memoria. Así, hablar de memoria es hablar de identidad.

La segunda idea se refiere a la memoria colectiva y a sus alcances para la construcción de la historia. En el levantamiento y la conservación de una historia cuyo relato se establece sobre un recuerdo colectivo, el pasado se presenta en registros, en testimonios gloriosos y dolorosos; pero, ante todo, en testimonios incesantes de lo que fuimos y de aquello a lo que nos debemos. Ahora, cuando en la recuperación del pasado intervienen otros agentes, se puede hablar de su reconstrucción colectiva, de la que solo pueden dar cuenta las obras y los trabajos de los historiadores, e incluso, ocasionalmente, de los novelistas, muchos de ellos preocupados por llevar el pasado a la ficción para reconstruir la memoria. Así, las obras históricas y las de ficción narrativa suelen retomar el pasado tras una labor de memoria que lleva a los lectores a un pasado posible de entender, aun si ellos se encuentran ubicados en un presente y circunstancias lejanas.

Por otra parte, es posible que lo anterior lleve a pensar que la memoria y sus estudios hacen parte de problemáticas que están a la orden del día, o como expresa Manuel-Reyes Mate: “Es indiscutible que el interés por la memoria cotiza al alza. Resultaría abusivo decir, sin embargo, que la nuestra es una era de la memoria, pero sí que cada vez está más presente. Habida cuenta de que lo que ha dominado durante siglos era el olvido, este cambio puede considerarse epocal” (2012-2013, p. 5).

Indiscutiblemente, se aprecia un cambio en torno a la atención demandada por los estudios relacionados con la memoria, y entre ellos sobresale el relacionado con su sentido. Al ser objeto de atención por diferentes campos del saber, esta noción permite apreciar que hoy es posible registrar distintos tipos de memoria, según la fuente interesada. En efecto, de memoria “habla la historia, la literatura, el arte, la teología o el psicoanálisis. Ahora bien, donde se ha producido el gran cambio ha sido en la filosofía, por eso hay que relacionar el prestigio actual de la memoria con sus nuevos contenidos y cometidos filosóficos” (p. 5). Manuel-Reyes Mate reitera que la memoria es una actividad del pensamiento cuando este se ocupa de hacer presente el pasado; para, en esa medida, reconocer la idea del conocimiento que le subyace.

Las primeras consideraciones conducen a exponer la perspectiva desde la que será abordada la preocupación sobre la memoria y la conceptualización de lo conocido como memoria histórica. Se desarrollará, enton-

ces, una revisión del concepto de memoria, búsqueda que tendrá como referente inicial el filosófico; posteriormente se trabajará en términos del ‘deber’, es decir, se mostrarán los alcances éticos de la memoria y su manifestación en tales alcances. De igual manera, se avanzará en desarrollos necesarios basados en las relaciones, contrastes y dialéctica de los términos historia y memoria. Para terminar, se hará una reflexión que permita entender la noción de memoria histórica, mediante una aproximación teórica que consiga relacionar ambos tipos de memoria: la memoria y la memoria histórica, sus cercanías y distancias en un contexto de conflicto, a partir de referentes históricos internacionales, así como los propios y actuales de la situación colombiana.

La temática anunciada será atendida teóricamente, desde estudiosos y pensadores como Platón, Johann Baptist Metz, Pierre Nora, Paul Ricoeur, Manuel-Reyes Mate, Yosef Hayim Yerushalmi, Françoise Vergès, Elsa Blair y Albert Noguera, entre otros.

Para abordar la noción de memoria

El concepto memoria es un referente obligado de la doctrina platónica de la *anamnesis* o la rememoración. Esta noción se encuentra en el diálogo el *Menón*, en el que además se exponen las ideas en torno a la razón de ser y el principio del conocimiento ‘racional’. Frente a la fuente de dicho conocimiento, Johann Baptist Metz dice que la “*anamnesis* o rememoración es considerada por Platón como problema de la constitución de la razón. La fundamentación del conocimiento racional a partir de la verdad previamente conocida —previamente conocida al modo de olvido y por ello reme- ‘morizada’ con ayuda del método mayéutico— introduce la metafísica ‘apriorística’ de la razón y del conocimiento” (1999, p. 3).

Lo expuesto por el teólogo alemán indica que en Platón la memoria remite a un *a posteriori*, a un después del conocimiento. Esta condición se presenta en el *Menón*, en el que también se encuentran intenciones explicativas del problema del conocimiento humano, entendido como un re-conocimiento y explicado con la doble idea que considera que el alma inmortal se conoce desde su experiencia mítica y que en el lenguaje está todo sabido. Así, lo estimado hasta el momento en uno y otro caso apunta a plantear que el conocimiento es *re-conocido*, como lo demuestra el esclavo del *Menón*, quien, por medio de preguntas bien formuladas, termina

por arreglárselas con aquello que sabe del lenguaje. Para Sócrates, el aprendizaje es anamnético, es reminiscencia. La *anamnesis*, dice Mate al evocar a Lledó, “es algo más que repetición de lo ya sabido, pero empieza siendo una huella que deja en nosotros lo ya sabido” (Mate, 2012-2013, p. 6).

Los términos memoria y reminiscencia, centrales en el sistema filosófico de Platón y en particular en sus propuestas acerca del conocimiento, han sido objeto de atención por parte de posteriores estudiosos interesados en el problema de la memoria y sus alcances en el siglo XX. Con ello se confirma que la empresa de recordar no es simple y, según insistencia de Ricoeur (citado en Aranzueque, 1997), implica que la dimensión del tiempo y la memoria atiendan a tres enigmas: el del tiempo, el del pasado y el del olvido. Sin quitar importancia a los dos primeros, me detendré en el último, en cuanto es la otra cara de la memoria. Desde la Antigüedad griega se sabe que alrededor del olvido hay toda una atmósfera de mitos y ruinas; y que su carácter destructor explica en parte el temor a recordar cada vez que él hace sus demandas. Esa especie de ‘miedoso fantasma del recuerdo’ ha dejado de ser un síntoma de la modernidad donde ‘todo pasa’, donde siempre ha estado el deseo de no volver a lo vivido, a lo materializado y a la rememoración cumplida, como un deber o como amenaza en alguna forma de amnesia.

Se debe pensar en la memoria como un acto que remite inevitablemente a pensar en el olvido. Memoria y olvido conducen a un ejercicio de recuerdo en el que se envuelven una y otra noción. ¿A qué apunta esto? Yosef Hayim Yerushalmi, historiador judeo-estadounidense del siglo XX, es quien ayuda a responder a dicho interrogante: “No se puede hablar con pertinencia de ‘olvidar’ sin interrogarse al mismo tiempo sobre el sentido que damos a ‘recordar’. Por lo tanto, haré una distinción provisional entre la memoria (*mnemne*) y la reminiscencia (*anamnesis*). Llamaré memoria a aquello que permanece esencialmente ininterrumpido, continuo. La *anamnesis* designará la reminiscencia de lo que se olvidó” (1989, p. 16).

Además de contar con una nueva noción de la voz memoria, entendida como lo que “permanece ininterrumpido”, conviene destacar en este momento lo impensable que resulta tomar por separado la memoria y el olvido. De igual manera, y según la cita anterior, es importante apreciar nuevamente la evocación de términos griegos y en particular a Platón, de quien ya se ha destacado que todo conocimiento es reminiscencia, es *anamnesis*, y en la misma dirección, que todo aprendizaje remite al esfuerzo que requiere recordar lo olvidado.

En aras de avanzar un poco más en la precisión de la voz memoria como condición de conocimiento, debe mantenerse que esta “es un *a priori* porque el punto de partida del nuevo conocimiento no es el razonamiento sino el conocimiento. Ese es el que da qué pensar” (Mate, 2012-2013, p. 6). Además, el conocimiento da qué recordar en cuanto se recuerda. Se hace memoria de lo que se conoce.

¿Qué es, entonces, aquello que un pueblo recuerda? En paráfrasis de Yerushalmi, los pueblos recuerdan un pasado que fue transmitido activamente a las generaciones posteriores, por medio de lo que para Pierre Nora son “los lugares de la memoria”; un pasado que al difundirse se recibe lleno de sentido propio. Por tanto, y si se retoma lo ya considerado acerca del olvido, se debe tener presente que un pueblo olvida ante la ausencia de la transmisión del pasado por parte de la generación que lo posee. En consecuencia, puede afirmarse que los pueblos no ‘olvidan’ lo previamente recibido.

Planteamientos como los anteriores indican que estamos ante una manifestación de la memoria, conocida como memoria colectiva, aquella que en palabras de Yerushalmi es definida “como movimiento dual de recepción y transmisión, que se continúa alternativamente hacia el futuro” (1989, p. 19). La memoria colectiva demanda una vuelta al pasado para suponer el futuro. Una vez más encontramos la instancia del tiempo, que en términos de memoria representa una noción esencial para hablar de su vigencia y de su importancia.

Ahora bien, así como hay memoria colectiva, existe el olvido colectivo, que, en palabras de Yerushalmi, “aparece cuando ciertos grupos humanos no logran —voluntaria o pasivamente, por rechazo, indiferencia o indolencia, o bien a causa de alguna catástrofe histórica que interrumpió el curso de los días y las cosas— transmitir a la posteridad lo que aprendieron del pasado” (1989, p. 19). Los relatos del pasado tienen efecto en la memoria en cuanto entran a hacer parte de la tradición, en la medida en que lo retenido constituye la historia de un pueblo, de un grupo. Lo demás está destinado a ser olvidado.

Son históricos y bien ilustrativos los ejemplos de olvido colectivo, como el caso de la tragedia de Frínico en el mundo griego, pieza ante la cual los atenienses manifestaron una aflicción que se les tornó insoportable. “Habiendo hecho representar Frínico una tragedia, *La toma de Mileto*, que él había compuesto, el teatro entero prorrumpió en lágrimas; en cuanto a él, le infligieron una multa de mil dracmas por haber[les] recordado desgracias que les concernían solo a ellos [...] y ordenaron que en lo sucesivo

nadie volviera a hacer uso de esta tragedia” (Loraux, 1989, p. 29). Se trata, de una declaratoria colectiva de la desmemoria, de una prohibición a recordar, pues para los atenienses del año 494 era insoportable ver representado en escena aquello que los afectaba trágicamente; así, sumieron en el olvido la pieza de Frínico, como bien declara Loraux.

Este caso no es el único en el mundo griego; también allí se imploró la desmemoria como forma de exorcizar el temor. Tal fue el asunto de la invocación al olvido hecha por el coro de *Antígona*, ante los cadáveres de los hermanos caídos en mutuo ataque: “De los combates que acaban de tener lugar, que se haga el olvido” (Sófocles, 2000, v. 150). Frente a lo terrible de la existencia, algo similar ocurre con héroes de la tragedia y, por qué no, con hombres no partícipes del drama; unos y otros acuden al olvido para condenar el pasado, que, de manera irrenunciable, ha determinado la vida, la suerte de la dicha y el sino del sufrimiento. *La toma de Mileto* escrita por Frínico, montada en Atenas en el año 494, y *Antígona* fueron sumidas en el olvido por el pueblo que las vio en escena; en cambio, el nombre de un gobernante del siglo XXI que intentó decretar el olvido de un pasado terrible para los colombianos es y tendrá que ser un nombre imposible de olvidar.

La necesidad de la memoria

A propósito de pensar la memoria en términos de necesidad, si se quiere de urgencia, la politóloga contemporánea Françoise Vergès advierte que tal exigencia no es exclusiva de un país, ni de un acontecimiento trágico. La historia cuenta con una larga lista de

peticiones de reconocimiento respecto a los diferentes dramas vividos: la esclavitud, la colonización, las dictaduras y sus desaparecidos, el genocidio armenio, el de las víctimas del holocausto. Quizá porque cada uno de estos acontecimientos ha respondido a una voluntad de avasallar o destruir a personas por el color de su piel, su pertenencia a una raza tildada de inferior, su filiación política o confesión religiosa y, con ello, se ha pretendido marginarles cuando no borrarles de la sociedad a la que pertenecían tanto como a la historia común, los supervivientes o bien sus descendientes reclaman hoy día un ejercicio de memoria para paliar el daño padecido pero, sobre todo, porque su recuerdo es el mejor antídoto para que esto no vuelva a ocurrir (2010, p. VIII).

A este pasaje se le pueden agregar los crímenes ocurridos durante la guerra librada entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército Popular (FARC-EP), a lo largo de más de cincuenta años. Un conflicto que en medio de una patética polarización de la población, la nación intenta resolver hoy, y frente al que los trabajos de memoria han ganado un lugar privilegiado, pues han sido construidos y defendidos en forma denodada por académicos, periodistas y líderes sociales, quienes, junto con las víctimas, para reiterar la cita anterior, “reclaman hoy día un ejercicio de memoria para paliar el daño padecido pero, sobre todo, porque su recuerdo es el mejor antídoto para que esto no vuelva a ocurrir”.

Lo acabado de plantear contribuye a aclarar que la historia de un territorio, de un país —en paráfrasis de Vergès—, está levantada sobre pilares de gloria y de páginas poco dignas de admiración. Ello también da cuenta de la dificultad de hacer frente a la memoria en procura de recobrar para el relato de una nación las huellas borradas por el olvido y por quienes quieren manipular el recuerdo. Esta posición lleva a colegir que el punto final de una larga temporada de violencia solo se puede marcar una vez se haya revisado el pasado, labor posible mediante un trabajo de memoria, el cual sirve de guía cuando se tratan de rescatar los hechos históricos; terreno al que hay que ingresar pese a su condición resbaladiza.

Además de necesaria, la memoria reta a la escucha de aquello que no ha sido escuchado. Escuchar a quienes por razones de miedo, desaparición, desplazamiento o muerte —como bien se registra en el caso colombiano— se han silenciado en medio de un panorama que apenas hoy, frente a restos de cadáveres incompletos, se intenta reconstruir. En palabras de Vergès, una ausencia es la razón de por qué la memoria está a la orden del día. “En realidad, el llamamiento a la memoria viene a colmar la ausencia del pasado en los relatos y en el discurso social [...]. Nada se ha olvidado verdaderamente, nada ha sido recordado verdaderamente” (2010, pp. 60-61). La ausencia de memoria indica que lo ocurrido hace parte del pasado y cobra vigencia en cuanto es recordado; por ejemplo, por medio de un relato o de la palabra. “*Contar para* remite a la existencia social” (p. 66) es una forma de legitimar lo ya ocurrido y a los protagonistas de la memoria en el discurso actual.

Alcances morales de la memoria. ¿La memoria como deber?

Para la historia de un hombre, un pueblo o una nación, no puede haber un acontecimiento tan conmovedor como la pérdida de la memoria; o en su

defecto, la incapacidad para retener aquello que ha sido motivo de la razón de ser de su existencia. Por esto, mantener vigente la memoria es estar frente a una batalla con el tiempo, tantas veces guardián del pasado; y tantas otras, responsable único de ocultar lo acontecido. Con lo anterior, reitero que reflexionar acerca de la memoria y de la memoria histórica, en un escenario para nada exento de conflictos y de sus efectos, ha sido el motivo orientador de estas páginas. Aunque no puede excluirse la mirada de perplejidad ante situaciones propias del panorama político nacional, se asiste a una realidad extraña, pero con un común denominador: cercanías de procesos de paz que siempre se abortan —a excepción del que se acaba de firmar y que ha tomado el rumbo hacia el posconflicto— y que siempre, siempre, se olvidan. Así, la desmemoria tiene la propiedad de obrar como castigo fatal, máxime cuando es colectiva, pues es admitido que algunos olviden, pero es imperdonable que todos, sin excepción, lo hagan; y menos aún, que en medio de tal situación se pretenda continuar la historia de una nación.

Ahora bien, merece destacarse que en la revisión de fuentes hecha por autores del siglo XX, referentes a la memoria asociada con aquello que deja huellas, llama la atención la remisión casi exclusiva a Auschwitz, o el “laboratorio del mal” como lo califica Mate. Allí, la memoria *a priori* parece tener fuertes raíces en ese hecho inolvidable marcado por el horror, cuyo protagonista y mayor victimario fue el Estado alemán de su época. Auschwitz, el laboratorio del mal, fue un experimento que dejó en evidencia —como expresan las víctimas de esta práctica de muerte selectiva— dos leyes del funcionamiento de la historia, aplicadas en confrontaciones de diferentes geografías. En primer lugar, y siguiendo a Mate: “La ley de la doble muerte en el mismo crimen: muerte física y hermenéutica. El nazismo, lo sabemos, reducía a polvo o cenizas los cuerpos de los judíos, para no dejar huella, pero también se afanaba en no darle importancia. Es el momento del discurso invisibilizador” (2012-2013, p. 6). Es un debate de victimización y muerte a la comunidad judía que ha continuado hasta hoy desde el periodo de 1933-1945, cuando se llevó a cabo el genocidio nazi contra la población judía europea. La ley de la doble muerte también hace presencia y ha prosperado en el complejo conflicto colombiano, no es algo exclusivo del pasado nazi; esto es visible, por ejemplo, en una de las características de los crímenes cometidos en Colombia por grupos paramilitares, que consiste en desaparecer toda huella del hecho cometido y todo rastro del curso de los cadáveres, destinándolos incluso al lecho oscuro de los ríos.

En segundo lugar, está “la ley del deber de la memoria”, que en palabras de Mate se manifiesta cuando las víctimas son liberadas y gritan “nunca más”. Lo vivido ocupa el lugar de lo irrepentible, y para evitarlo, los lesiona-

dos invocan la memoria como deber, de ahí el “nunca más”. Esta súplica ocurre en cuanto se ha sido atormentado con lo impensable, lo injusto o con eso que imperativamente da qué pensar, según paráfrasis del mismo autor. Entonces, la barbarie se evita en términos de la no repetición si se tiene presente lo acontecido. Es allí donde descansa el alcance ético y moral de la memoria, en mantener presente aquello que deja huellas y que conduce a pensar en las líneas leídas en Kertész, cuando expresa que “reconocer el crimen y valorar el daño son el comienzo de cualquier vida a gran escala, también de las naciones” (2016, p. 29). De ahí que, si se insiste en la ley del deber de la memoria, se entiende que además de una dimensión de tiempo y una de orden hermenéutico, se trata de rescatar el pasado, y de ir en pos de lo oculto y de lo invisibilizado por el presente. Aquí, Mate aclara que la

tarea de la memoria no es solo histórica —traer el pasado al presente—, sino también interpretativa, esto es, amerita una pregunta por el sentido moral y político que ese pasado tiene para el presente. Todo ese territorio es competencia del deber de la memoria. En todos esos momentos estamos obligados a pensar teniendo como punto de partida la experiencia de la negación, llámese barbarie, holocausto, Hiroshima, injusticia o sufrimiento (2012-2013, p. 7).

Hoy se pueden nombrar ejemplos de exterminios similares y próximos en el tiempo actual, en los casos de Libia, Siria, Yemen o Turquía —por nombrar solo algunos de los territorios donde la guerra parece enquistada—. Se trata de mundos divididos desde los que surgen voces para denunciar los efectos materializados en exclusión y guerra; uno y otra encendidos por el fundamentalismo, por el silencio impuesto o por la palabra perseguida de una época terrible. Experiencias que traídas a geografías de este lado del océano pueden denominarse como desaparición forzada, secuestro, masacre o descuartizamiento. Todas estas son estrategias invisibilizadoras y propagadas en el presente en algunas ciudades colombianas, en particular en Buenaventura, donde fueron establecidas las denominadas ‘casas de pique’; o internacionalmente en Auschwitz, Hiroshima o Teherán, lugares en los que esa experiencia de la negación es palpable. Es una dolorosa práctica de injusticia prolongada y, por ende, de sufrimiento. El horror humano al que ha llegado el conflicto de todos los tiempos y en particular la confrontación nacional parece desconocer los límites.

Entonces, luego de las dos leyes expuestas y desarrolladas por Mate, quien fue víctima de la Segunda Guerra Mundial y un gran pensador del conflicto global y sus siniestros efectos humanos y sociales, se concluye que

el deber de la memoria es con las víctimas. Se hace memoria para recuperarlas y para devolverles el “ser ciudadano” que les fue arrebatado al sumirlas en la condición de ofendidas y de agredidas. Una forma de hacer justicia y hacerlo para la víctima, expresa el autor, es “reconocerle su pleno derecho de ciudadanía” (Mate, 2012-2013, p. 8).

Está bien: hay que recuperar a la víctima. Sin embargo, para restañar las heridas padecidas por la víctima es necesaria la recuperación del victimario, ¿cómo hacerlo? Mate entrega dos estrategias para lograrlo. La primera, marcada por el rumbo del derecho penal que impone el castigo y el cumplimiento de la pena como condiciones para conseguir la reinserción. La segunda consiste en la elaboración de la culpa, lo que permitiría una nueva presencia del victimario en la sociedad. Y, ¿cómo entender la culpa? Como un sentimiento que “no conlleva impunidad pero es mucho más que eso; el delito puede borrarse sin que la culpa se implique. Lo que aquí se dice es que la fractura social provocada por el terrorismo no se sustrae con el mero cumplimiento de las penas sino con la elaboración de la culpa” (Mate, 2012-2013, p. 8). El tema de la recuperación del victimario y de su inserción a la vida nacional, social y política no será desarrollado en este capítulo, pero se ha hecho presente dado que es un elemento por considerar en el reconocimiento de quién padece el dolor de la guerra, uno de los pilares de la memoria histórica.

Historia y memoria: una relación de contrastes y diferencias

Luego de la revisión adelantada a la noción de memoria, a sus particularidades y necesidades, especialmente en un contexto conflictivo y socialmente desventajoso como es el caso colombiano, se procede a considerar conjuntamente las categorías de historia y memoria. Este examen tendrá presentes los puntos de separación propios de estas acepciones a las que se les suele estudiar desde una aparente sinonimia, sin tener en cuenta sus diferencias, sus contrastes y dialécticas.

A la historia y a la memoria como categorías semánticas las asisten diferencias que ameritan ser conocidas. Un punto fundamental de tal distanciamiento conceptual parte de entender que “Historia no es memoria. Ambas trabajan sobre la misma materia, el pasado y el presente, pero desde reglas específicas que las enfrentan, las ponen en situación de crítica recíproca” (Rilla, 2009, p. 9). Aclaración que ayuda a entender la confusión que subyace a una y otra noción, una confusión que, según el autor, proviene del manejo que hacen de estos conceptos los formadores de opinión, los

historiadores y los periodistas, quienes no se han detenido a reparar en los claros contrastes entre historia y memoria. Estos elementos deben ser atendidos para evitar las imprecisiones en el uso de uno y otro término. ¿Dónde se encuentra una de las brechas entre historia y memoria? En la comprensión de que la “memoria funciona al margen de la historia aunque reclame de ella los lugares para su edificación” (p. 9). En palabras del historiador francés Pierre Nora: “memoria es vida encarnada en grupos, cambiante, pendular entre el recuerdo y la amnesia [...], siempre aprovechable, actualizable, particular, mágica por su efectividad, sagrada. La historia en cambio es representación, reconstrucción, desencantamiento laico de la memoria, destrucción del pasado tal cual es vivido y rememorado, traza consciente de la distancia entre el hoy y el ayer” (Nora, citado por Rilla, 2009, p. 9).

En paráfrasis de Nora, la memoria es vida encarnada, actualizable y sagrada, y la historia, en cambio, es “traza consciente de la distancia entre el hoy y el ayer”. Estas son algunas de las ideas que se retoman del pasaje anterior y que, dada la clara diferenciación entre memoria e historia, permiten preguntar: ¿Qué ahonda la división entre memoria e historia? Una respuesta que se acoge a la definición entregada por Pierre Nora y al contexto en el que se inscribe este capítulo es que la memoria se define como subjetiva y se asocia con poblaciones de víctimas o de grupos procedentes de la esclavitud. En tal sentido, y según Françoise Vergès, la memoria es definida “como subjetiva e instrumentalizada por una ideología victimaria” (2010, p. 40). La historia —también en palabras de Vergès—, es considerada científica y razonable, y se reserva a investigadores, con preguntas sobre certidumbres, atajos y simplificaciones; pilares que le conceden el carácter ya anunciado y ofrece referencias de alcance científico.

No obstante, la formulación dialéctica entre historia y memoria acabada de exponer, esta solo pretende mostrar que no hay equivalencias entre una y otra, mas no se profundiza en dicho contraste. Historiadores y periodistas “se preocupan por el papel que ostenta la memoria que estaría siempre y necesariamente sometida a reconstrucciones, revisiones, estaría abierta a manipulaciones, a excesos, abusos” (Vergès, 2010, p. 40). Con lo que se viene considerando, puede apreciarse que no son fáciles y, al parecer, tampoco son posibles las cercanías entre historia y memoria. Una y otra existen en cuanto son distantes, en cuanto la magia y lo sagrado propios de la memoria son desplazados por la reconstrucción y la representación características de la historia.

La memoria pendular entre el olvido y el recuerdo ocupa el centro del presente capítulo; esa memoria próxima a la “relación con pasados

recientes, traumáticos”, como bien lo expone Nora al referirse a la reflexión memorialística. Es la memoria de alcance traumático, la memoria encarnada en un grupo, el mismo que, además de las nociones que se han venido desarrollando, ahora se dedicará a revisar el concepto de memoria histórica.

Memoria histórica. ¿Por qué memoria? ¿Por qué histórica?

Antes de concentrarnos en las definiciones y respuestas, es oportuno destacar que aparte de los autores referenciados hasta ahora, existen otros pensadores —Marc Bloch, Henry Rousso, Julio Aróstegui, por nombrar solo algunos— que han hecho aportes considerables en torno a la diáda historia y memoria, y a una de sus diferencias sustanciales: su alcance cualitativo. Esto es, la historia se concibe como objetiva y en consecuencia se la ubica en el contexto de la ciencia; mientras que el alcance de la memoria es subjetivo e incontrastable, dado que esta no es ciencia. En consecuencia, y con el propósito de procurar una mayor claridad a los contrastes entre memoria e historia, esta última —según el historiador Albert Noguera (2015)— da cuenta de un saber acumulativo e independiente de pasiones y de manifestaciones sociales del presente. Por otra parte, la memoria está unida al presente y sus variaciones; circunstancia que explica el carácter diverso, cambiante, múltiple y no científico de tal acepción.

Estos nuevos elementos ratifican lo anunciado antes: las relaciones entre historia y memoria son difíciles, si se quiere enrevesadas, máxime si se las mide con el baremo de ciencia o no ciencia. Es imposible, entonces, dogmatizar una discusión tajante entre sendos conceptos, en particular si se tiene presente que las “relaciones entre historia y memoria son complejas, la memoria es fuente y materia prima que hace posible la historia, mientras por su parte el uso público de la historia crea memoria y convierte a la historia en memoria” (Ricoeur, citado en Noguera, 2015, p. 251). La lectura atenta de estas líneas de Ricoeur admite proponer que tal vez lo que ensancha la brecha entre historia y memoria es la consideración de ciencia que recae sobre la primera y de la que es privada la segunda, pues, indudablemente, para mantener la función que les corresponde, ambas se requieren hasta el punto de ser imprescindibles.

Se recapituló lo anterior como un punto necesario para dejar lo más claro posible lo que sigue de este capítulo, concentrado en definir la memoria histórica, su naturaleza y sus relaciones con la memoria. Ahora bien, son diversas las consideraciones que deben ser tomadas en cuenta al momento de procurar definir una noción compleja como la de memoria histórica. Si

se hacen próximas las representaciones y los significados del pasado tenidos en cuenta por los pueblos, entonces es necesario destacar que la memoria histórica incluye rasgos culturales, intelectuales, periodísticos, informativos, políticos, entre otros, con los que se puede contar para entenderla y conceptualizarla como “*una relación dialéctica entre tragedia y conciencia que estimula valores de libertad, de dignidad, de coraje, de resistencia [...]*” (Noguera, 2015, p. 251) (cursivas en el original).

Este es un abordaje conceptual valioso, en cuanto concede luces que ayudan a responder dos interrogantes importantes: ¿por qué memoria? y ¿por qué histórica? Además, esta primera definición de memoria histórica vuelve sobre la constante manejada anteriormente, acerca de las nociones de historia y memoria, y el carácter dialéctico que las asiste y que asocia a una y otra en una relación necesaria a la que subyace la toma de conciencia. De la conciencia se desprende el fomento de valores imprescindibles al momento de revisar y reflexionar en torno a una experiencia dramática — que dejó la vida de sus víctimas llena de dolor y sufrimiento—, padecida por un determinado grupo humano o, por qué no, por una nación. ¿Valores que encarnan una legitimación? Si se piensa que la memoria también es simbólica, puede tenerse en cuenta que el referente axiológico contenido en la cita remite a la necesidad de incluir dentro de esta disertación una nueva particularidad de la memoria, que “es simbólica por definición ya que caracteriza mediante un hecho o una experiencia vivida por un número pequeño a toda una mayoría que no ha participado” (Noguera, 2015, p. 257).

En tal sentido, y por efecto de la apuesta simbólica indicada como rasgo de la definición de memoria, es posible recuperar o desmitificar personajes históricos y aspectos que han sido convertidos por las comunidades en referentes o símbolos nacionales. En paráfrasis de Noguera, se *historiza* el pasado de un pueblo, de una nación, en forma de memoria histórica, lo que equivale a legitimar su existencia. Legitimación posible a partir de la identidad nacional soportada en “un vínculo social por medio de la construcción de un espacio simbólico de referencia que se sobrepone [...] a una red de relaciones y de comunicaciones sociales establecidas” (2015, p. 257). Una buena ilustración que sirve para clarificar la consideración en cuanto al carácter simbólico de la memoria es el papel que todavía cumplen las fiestas nacionales, así como los himnos y demás símbolos creados sobre la memoria histórica de hechos dolorosos.

Pero, a propósito del nuevo rasgo que acaba de plantearse y que es propio de la memoria, es importante indicar que otras manifestaciones del carácter simbólico de la memoria son apreciables por medio del lenguaje, que tiene entre sus cualidades la de nombrar realidades y reconstruirlas

desde un presente, como ocurre con los hechos que se recuerdan. Así, por efecto de la fuerza simbólica contenida en el lenguaje, pueden representarse y transmitirse los acontecimientos amparados en la memoria; afirmación que confirma, como expresa la profesora Elsa Blair, que la memoria no está constituida por recuerdos fijos; al contrario, ella es el resultado de una construcción elaborada desde el presente y, fundamentalmente, desde el lenguaje. Esta condición permite que el acceso a la memoria sea desde el lenguaje, por la vía de la narración. Cotidianamente se recuerda y cotidianamente se narra aquello que contiene la memoria. Así lo expresa el estudioso de la memoria Félix Vásquez:

Las personas en nuestras conversaciones cotidianas (aunque también en otras producciones, como por ejemplo los textos) y en nuestros discursos creamos versiones sobre los acontecimientos (solemnes, ordinarios excepcionales), sobre otras personas (cercanas, notables o desconocidas), sobre objetos (personales, museísticos, conmemorativos), etc. Todos los objetos de memoria pueden ser construidos con la sola limitación de la pericia del manejo del lenguaje y sus recursos, a través de diferentes retóricas, diversos relatos o narraciones, diferentes discursos, etc. Que permitan la elaboración de múltiples versiones (2001, p. 177).

Lo acabado de consignar permite mantener la idea de que la memoria remite a alguien que recuerda y que logra una comunicación compartida con otros por obra del lenguaje. Se trata de una comunicación que procura dar cuenta de lo ocurrido en el pasado; es decir, una interacción mediante la que se testimonia la construcción de un pasado que toma la forma del recuerdo. Así, en cuanto permite simbolizar, el lenguaje ocupa un papel crucial en la transmisión, construcción y explicación de la memoria. Por otra parte, el recurso narrativo erigido por el lenguaje permite, en paráfrasis de Vásquez, que la memoria haga parte de la práctica y el suceder humano. Además, gracias a lo narrado, las personas toman el lugar protagónico que les corresponde, el que les otorga el hecho de hacer memoria y de conservarla. No obstante, su singularidad es cambiante y para nada estática. El siguiente fragmento ilustra lo acabado de plantear:

Al promediar los años 60 la guerra era un juego para los niños de Puerto Berrío. Braulio Carrasquilla retrocede casi cincuenta años en busca de las respuestas a las preguntas por los ene enes. Me parece que cierra los ojos para verse en la casa de su infancia cuando aprendía a juntar letras y no era todavía líder estudiantil ni sobreviviente del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario, MOIR. Me parece que abrir los ojos cuan-

do encuentra una imagen reveladora. ‘Los niños jugábamos fútbol y pasábamos las vacaciones con el ELN, dice y sonríe como quien ha encontrado la primera imagen de la historia que está por deshojar [...]’. El ELN los llevaba de ‘vacaciones’ en los recesos escolares de junio y de diciembre. Vacacionar era remontar el Cerro Grande que separa a Antioquia del sur de Bolívar y alcanzar la serranía de San Lucas para reunirse con los verdaderos combatientes. Y allá, hacerse hombres: acampar a la orilla de un río, entender la revolución, bañarse en aguas heladas, hablar de política, trepar a los árboles, escuchar a curas guerrilleros, escribir carticas de amor para las novias soñadas, aprender a disparar. Los niños de diez años, más o menos, pasaban sus veranos con fusiles G3 a su cargo; y los mayores, con metralletas 0.30 a la espalda. Parece que Braulio quiere detener el reloj y repetir que los niños como él jugaban con armas de verdad en una guerra de verdad. No pasó mucho tiempo antes de que el paraíso de su infancia se tiñera de sangre. Empezó a suceder que los niños no regresaban del campo. Y tras los gritos histéricos de las madres, los demás comprendían que sus amigos no volverían jamás. Empezaron a morir siendo niños en campamentos de verano. Siguieron cayendo en la operación Anorí, dirigida por el ejército en 1973 para acabar con el ELN que en diez años de historia ya copaba Santander y grandes trozos de Antioquia, Sucre y Bolívar. Y no dejaron de ofrendar sus vidas cuando se entregaron a cuanto ejército retoñaba en el Magdalena Medio (Nieto, 2012, pp. 39-40).

El pasaje anterior muestra con ejemplar claridad el lugar simbólico dispuesto para que la memoria se entienda no como un anaquel en el que reposan quietos los recuerdos, sino como una forma de procurar el diálogo con las imágenes, con las palabras pronunciadas por un protagonista inscrito desde el presente, en un pasado que se intenta destejer con el hilo nudoso y esquivo del recuerdo. La descripción del accionar y de la génesis de una de las estructuras de las guerrillas en Colombia es conseguida por Nieto gracias al uso que hace del lenguaje y a su cualidad artística; ello, a medida que el interlocutor, Braulio Carrasquilla, profiere el discurso mediante el que relata su relación con un lejano y doloroso recuerdo para él, pero que forma parte de una historia de rebelión nacional.

Con la aspiración de haber hecho aportes clarificadores al tema de lo simbólico, se toman ahora dos categorías sustanciales en torno a la memoria y a la memoria histórica; se trata de las acepciones de *identidad* y *legitimidad*, asociadas con el hecho memorioso. “Recordamos, dice Todorov, porque el pasado constituye el fondo de nuestra identidad, de una identidad sin la cual nos sentimos amenazados y paralizados” (citado por Blair, 2002, p. 16). Esto indica que la memoria y los ejercicios de recuerdo realizados

a propósito del pasado se llevan a cabo para recuperar la trascendencia de dicho pasado y, de esa manera, configurar las identidades de los sujetos y de las sociedades. “La memoria histórica construye la identidad de los pueblos y es lógico recurrir al pasado para ponerlo al servicio del presente, lo cual no significa que todos los usos del pasado sean lícitos: la lección a extraer de la historia debe tener legitimidad en sí misma, no porque provenga de un recuerdo querido o favorezca determinados intereses” (Blair, 2002, p. 17). La afirmación la “lección a extraer de la historia debe tener legitimidad en sí misma” da cuenta del contenido de legitimidad e identidad implícitos en todo acto de memoria, en particular en aquellos de alcance histórico, cuyo interés consciente y reflexivo por el pasado es una apuesta más para leerlo y pensarlo en su ejemplaridad.

La memoria histórica, entonces, está asociada con hechos pesados y trágicos, así como con su conocimiento y actitud reflexiva. Esto remite a considerar la memoria cuando el pasado es captado en forma de *conciencia*, y la conciencia trasciende al conocimiento. “La conciencia incluye cuatro componentes: averiguación o análisis (de los hechos, datos, informaciones y su puesta en relación); identificación (con los protagonistas de los hechos); oposición (repugna de los acontecimientos del pasado); y alternativa (la concepción de relaciones sociales alternativas a tales hechos)” (Noguera, 2015, p. 253). Se trata de una distinción que presenta la historia como generadora de conocimiento, en cuanto la memoria histórica, al ser aprehendida por la conciencia, conduce al surgimiento, producción de “contenidos de tipo normativo, modos de comportamiento o acción. La memoria histórica se caracteriza por su naturaleza auto-reflexiva sobre la función de la memoria” (p. 254).

Este rasgo de autorreflexividad es singular de la memoria histórica, pues se considera que es aquí donde está la filigrana que orienta la respuesta a la pregunta rectora de este capítulo: ¿Por qué memoria? Porque es la material fuente de la función autorreflexiva propia de la memoria histórica y porque su función consiste en la reapropiación consciente del pasado trágico de una comunidad, de una nación. Y la fuente de reflexión proviene del sufrimiento padecido por las víctimas; el sufrimiento que rechazan a razón de su inocencia, actitud que las acerca a las palabras de Susan Sontag cuando abre las líneas de *Ante el dolor de los demás* con la pregunta “¿Qué implica protestar por el sufrimiento, que sea diferente de reconocerlo?” (2011, p. 41). Además, es memoria histórica porque es de su naturaleza reflexionar y autorreflexionar acerca del papel cumplido por la memoria. Así, la memoria histórica se entiende a partir de la relación dialéctica tragedia-conciencia

cia. Ello indica que sobre un acontecimiento dramático padecido por los hombres se crea conciencia; y eso ratifica, entonces, que la memoria se transforma en conciencia, se vuelve fuente de reflexión, de pregunta, de querer saber: ¿qué pasó?, ¿cuándo? y ¿cómo pasó? Las respuestas a estas y otras muchas más inquietudes van a ocupar el lugar de la memoria histórica, noción orientada a una forma de comprender la crisis y el sufrimiento ocasionado por las guerras. La tragedia crea conciencia.

Es lo que ocurre con la memoria transformada en conciencia: se crea un territorio incesante de provocación de preguntas para contextos en conflicto y para mundos sobrecogidos por la tragedia de la guerra, que no acaban de comprender su inicio, tampoco las razones que la detonaron. Aquí llega la conocida pregunta: ¿Cuándo nos volvimos violentos? Interrogante cotidiano, escuchado y leído en Colombia a propósito de los días, de prolongados años de existencia de hombres con miedo, una vida que transcurre cubierta por un incomprensible color aciago. Una forma de entender que la tragedia crea conciencia es la afirmación del historiador Noguera: la tragedia “incentiva valores como el de la libertad, el de la dignidad” (2015). Valores que por la vía de la memoria histórica motivan a conocer, estudiar y aprehender los hechos de un pasado poblado por las heridas de la guerra, que privilegió el sufrimiento y el sentimiento de sus víctimas; y que convirtió en propio el hecho doloroso padecido por quien no escogió la tragedia para sí ni para los suyos.

Para concluir

El recorrido realizado por nociones complejas y cambiantes hace inaplazable privilegiar la noción contemporánea de memoria histórica, en cuanto es memoria de las pluralidades y, por ende, una memoria heterogénea. Esto lleva a un “ejercicio de reconocimiento de las memorias de las víctimas que constituye un patrimonio público cuya impronta en la sociedad colombiana aporta a la consolidación del compromiso con la no repetición” (GMH, 2013, p. 331). Así, la memoria histórica también puede entenderse como el derecho de los ciudadanos a conocer la propia historia, ante todo, la historia actual, en forma de un relato que, como ya se indicó, es plural y heterogéneo. Esos rasgos de la memoria histórica obligan a dar importancia y a incluir de manera especial a los ciudadanos, quienes, sin hacer parte del conflicto, han terminado convertidos en sus indefensas víctimas. Puede considerarse también que la memoria histórica permite situar el tiempo presente desde

el pasado, y así ayuda a la reconstrucción del diálogo entre generaciones futuras. Dicho encuentro les permitirá entender qué pasó y por qué.

Como también se expuso e ilustró en el apartado que destaca el valor simbólico de la memoria, alcance posible desde y gracias al lenguaje, se entendió que la memoria es una construcción, una narración. Un punto común de la memoria histórica con las narrativas emanadas de esta se encuentra en la confrontación de las víctimas con la realidad que las ha agredido, que las ha amenazado, que las ha sacrificado y que las tuvo o aún tiene en peligro. Estos hechos son los que se plasman en lo que será un testimonio de la memoria histórica, el cual se nombra a partir de manifestaciones que la conservan, entre otras, en expresiones creativas visibles, como en las narrativas elaboradas gracias a los contenidos de dicha memoria histórica.

Se ha insistido, de manera especial en el ámbito de la contextualización de la categoría de memoria histórica, que esta guarda la singularidad de tomar conciencia sobre el dolor del drama y del sufrimiento al que interroga. Sentimiento del que poco se ocupan estudiosos y pensadores del conflicto, razón que explica la abundancia de estudios sobre la guerra, al lado de los escasos trabajos —casi siempre logrados por las víctimas— dedicados a quienes han padecido la guerra y aún son afligidos por ella. La vía para dar respuesta a las preguntas emanadas de la memoria histórica reposa en tomar conciencia de la memoria y convertirla por este efecto en memoria histórica. Una memoria que en tanto sabe qué hacer con el recuerdo pasado procura el resarcimiento de los daños ocasionados por los hechos trágicos injustamente padecidos por quienes no los provocaron. Tal vez no para conseguir el elogio excesivo, casi sagrado, a veces otorgado a la memoria, sino para alcanzar la materialización del anhelado ¡nunca más!

Referencias bibliográficas

- Aranzueque, Gabriel (1997). Entrevista a Paul Ricoeur: memoria, olvido y melancolía. *Revista de Occidente*, n. 198, pp. 105-121.
- Blair, Elsa (2002). Memoria y narrativa: la puesta del dolor en la escena pública. *Estudios Políticos*, n. 21. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 9-28.
- Grupo de Memoria Histórica, GMH (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Kertész, Imre (2016). *La última posada*. Barcelona: Acantilado.
- Loraux, Nicole (1989). Reflexiones sobre el olvido. En Yerushalmi, Yosef Hayim; Loraux, Nicole; Mommsen, Hans; Milner, Jean-Claude y Vattimo, Gianni. *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mate, Manuel-Reyes (2012-2013). De la memoria a la reconciliación, una elipse incómoda. *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo*. N. 40. Valencia: Universidad de Valencia, pp. 5-37.
- Metz, Johann Baptist (1999). *Una cultura de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Noguera, Albert (2015). Crisis y memoria: hacia una redefinición del concepto de memoria histórica de la Ley 52/2007. Ciencia de la Legislación. Anales de la Cátedra Francisco Suárez. *Revista Anual de Filosofía del Derecho y Filosofía Política*. Granada: Universidad de Granada, pp. 249-271.
- Nieto, Patricia (2012). *Los escogidos*, Medellín: Sílabas.
- Rabossi, Eduardo (1989). Prólogo. En Yerushalmi, Yosef Hayim; Loraux, Nicole; Mommsen, Hans; Milner, Jean-Claude y Vattimo, Gianni. *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rilla, José (2009). Prólogo. En *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire*. Santiago de Chile: Trilce, LOM.
- Sófocles (2000). *Antígona, Tragedias*, Madrid: Gredos.
- Sontag, Susan (2011). *Ante el dolor de los demás*. Barcelona: Contemporánea.
- Vásquez, Félix (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginarios*. Barcelona: Paidós.
- Vergès, François (2010). La memoria encadenada. Cuestiones sobre la esclavitud. Barcelona: Anthropos.

Yerushalmi, Yosef. H. (1989). Reflexiones sobre el olvido. En Yerushalmi, Yosef Hayim; Loraux, Nicole; Mommsen, Hans; Milner, Jean-Claude y Vattimo, Gianni. *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 13-2

De la memoria manipulada y del deber de memoria

Luz Amparo Sánchez Medina

El presente capítulo surge del interés de acercarme de otra manera a la problemática de la memoria, pues hasta el momento he transitado por dos caminos. Por un lado, desde la investigación y el acompañamiento a procesos de memoria adelantados por pobladores sobre la configuración y consolidación de sus barrios o en procesos de memoria con las víctimas del conflicto armado, en este último caso, vinculada a proyectos de investigación y acompañamiento a la población con la Corporación Región en Medellín. Por otro lado, desde la aproximación conceptual a las nociones de memoria, más precisamente al trabajo de memoria, su relación con la identidad, las disputas de memoria, las memorias del sufrimiento y la injusticia.

Dicho de otra manera, concentrarme en dos problemáticas: la memoria manipulada y el deber de memoria. Hacerlo desde las perspectivas de dos autores que, en mi opinión, resultan oportunos y también contundentes para la comprensión de nuevas relaciones conceptuales; para develar manipulaciones y profundizar en el sentido de lo que nos ha pasado. Preguntarnos por nuestro deber de la memoria. Me refiero a la filósofa Beatriz Restrepo (2011) y su artículo “Justicia a los muertos o un alegato a favor del recuerdo moral” y al filósofo Paul Ricoeur (2000) con su obra *La memoria, la historia, el olvido*. En particular encuentro que la convergencia en torno al deber de memoria hace muy potente la elaboración de Restrepo y, a su vez, tal reflexión profundiza el tratamiento de Ricoeur en algunos aspectos sobre la memoria obligada, pues, como él mismo afirma, “el deber de memoria concierne a una problemática moral que la presente obra no hace más que tocar ligeramente” (2000, p. 123). Si bien son claras las referencias a los autores, este es un capítulo en el que se da un tratamiento libre a las nociones implicadas. Aquí se llama la atención sobre la pertinencia de los textos citados, con el ánimo de contagiar a otros para que, preocupados por la memoria colectiva y la manipulación de esta, en función de la legitimación del sistema de poder, se acerquen a un entramado conceptual en el que concurren, principalmente, las nociones de memoria, identidad y alteridad.

El marco general de la problemática tratada se refiere a usos y abusos de la memoria. Tal vez uno de los asuntos más polémicos cuando se habla de la memoria consiste en ¿cuánto de memoria? ¿cuánto de olvido? Al respecto Ricoeur (2000) afirma que “el ejercicio de la memoria es su uso, pero el uso implica la posibilidad del abuso” (p. 82). De las tipologías de los abusos de memoria elaboradas por Ricoeur una corresponde a “las formas concertadas de manipulación o de instrumentalización de la memoria, propias de las críticas de las ideologías. Es en este plano medio donde son

más pertinentes las nociones de abuso de memoria y añadámoslo enseguida, de abuso de olvido” (p. 96). Los abusos de memoria son diferenciados por niveles, bien se trate de la memoria impedida, la memoria manipulada o la memoria obligada. De estos, el presente capítulo se centra en la memoria manipulada y en el deber de memoria. En principio podrían aparecer como evidentes las prácticas de uso y abuso de memoria en la memoria manipulada, no tanto así en el deber de memoria; no obstante, también son identificadas por Ricoeur en este nivel. Enfatizar sobre la causa de la manipulación de la memoria, los mecanismos y recursos disponibles para el efecto y la manera como entran en juego la identidad, la alteridad y el fenómeno ideológico, constituyen el motivo central del primer punto sobre la memoria manipulada. En este resulta particularmente sugerente la alusión a la alteridad, dado que es poco frecuente su lugar en los análisis sobre memoria. El segundo punto se ocupa del deber de memoria y su relación con la justicia y la conversión de la memoria ejemplar en proyecto.

La memoria manipulada

Al tratar sobre la memoria manipulada, la noción de identidad ocupa un lugar central, pues la memoria opera como un criterio de identidad, y la memoria es movilizadada a su servicio, a la búsqueda de la identidad que se requiere. La inquietud entonces se traslada a la identidad. ¿Qué hace frágil a la identidad?, ¿por qué requiere de la memoria? Siguiendo a Ricoeur (2000), la fragilidad de la identidad está en las respuestas a las preguntas que le son propias: ¿quién?, ¿quién soy? Respuestas como “esto es lo que nosotros somos. *Tales* somos así y no de otro modo. La fragilidad de la identidad consiste en estas respuestas en *que*, quieren dar la receta de la identidad proclamada y reclamada” (p. 110). Ricoeur, por su parte, desde otra noción, propone un deslinde de esa idea de identidad según la cual *tales* somos así y no de otro modo, que alberga la “ilusión sustancialista de un sujeto idéntico a sí mismo”. Por el contrario, somos un mixto, si se quiere, somos de distintos modos y estamos hechos de permanencia y cambio: “al hablar de nosotros mismos, disponemos, de hecho, de dos modelos de permanencia en el tiempo que resumo en dos términos a la vez descriptivos y emblemáticos: el carácter y la palabra dada” (Ricoeur, 1996, p. 112). Entiendo aquí por carácter el conjunto de signos distintivos que permiten identificar de nuevo a un individuo humano como siendo el mismo” (p. 113). Este es el polo más estable del núcleo de la identidad personal, y el de mayor permanencia en el tiempo; sin embargo, en este se presenta una dialéctica de tradición e inno-

vación. El otro polo, más flexible, también constitutivo de nosotros mismos, es el que nos pertenece en cuanto personas capaces de comprometernos y prometer. La palabra dada o la promesa, en relación con otro y con la sociedad, obliga a cumplir, a pesar incluso de las adversidades. Para el efecto se recurre, si es necesario, a descubrir nuevos caminos para garantizar la continuidad en el tiempo, en cuanto propósito y pacto a la vez.

La identidad, plantea Ricoeur, requiere de la memoria por la fragilidad debido a tres causas: la difícil relación con el tiempo, la relación con la alteridad y la existencia de la violencia en cada historia de origen.

Hay que citar como primera causa de la fragilidad de la identidad su difícil relación con el tiempo; dificultad primaria que justifica precisamente el recurso a la memoria, en cuanto a componente temporal de la identidad, en unión con la evaluación del presente y proyección del futuro. Ahora bien, la relación con el tiempo constituye una dificultad en virtud del carácter equívoco de la noción misma, implícita en la de lo idéntico (2000, p. 110).

Quiere decir que la fragilidad deviene de una noción de identidad que niega el carácter dinámico y cambiante de la misma, y al negarlo, desconoce a un sujeto capaz de decir, de actuar, de comprometerse extendiendo así su mirada al futuro, asunto que vale para la identidad personal y también para la sociedad. De otro lado, tenemos la segunda causa de la fragilidad:

la confrontación con el otro, sentida como una amenaza. Es un hecho que el otro, por ser otro, viene a percibirse como un peligro para la propia identidad, la del nosotros como la del yo. Sin duda, uno puede sorprenderse de esto: ¿es preciso, pues, que nuestra identidad sea frágil, hasta el punto de no poder soportar, de no poder sufrir, que otros tengan modos diferentes de administrar su vida, de comprenderse, de inscribir su propia identidad en la trama del vivir - juntos? Es así. Son sin duda, las humillaciones, los atentados reales o imaginarios contra la estima de sí, bajo los golpes de la alteridad mal tolerada, los que hacen cambiar radicalmente de la acogida al rechazo, a la exclusión, la relación que el mismo mantiene con el otro (Ricoeur, 2000, p. 111).

Se comprende aquí esa construcción social del otro distinto, como amenazante, como fuente de miedo, como enemigo, respuestas desde la imposibilidad propia de tolerar la diferencia. En este caso se procede a la constitución del otro en y a partir de la esfera de lo propio, y más precisamente desde la fragilidad de la propia identidad que por lo mismo solo

puede encontrar amenaza en la diferencia. La tercera causa de la fragilidad de la identidad es la

herencia de la violencia fundadora. Es un hecho que no existe comunidad histórica que no haya nacido de una relación, que se puede llamar original, con la guerra. Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores, son en lo esencial, actos violentos legitimados después, por un Estado de derecho precario; legitimados en definitiva, por su antigüedad misma, por su vetustez. De este modo, los mismos acontecimientos significan para unos gloria y para otros humillación. A la celebración de un lado corresponde la execración por el otro. Así se almacenan, en los archivos de la memoria colectiva, heridas reales y simbólicas (Ricoeur, 2000, p. 111).

Vista así, la fragilidad de la identidad y el ánimo de sostener o forzar la permanencia de una identidad entendida desde la concepción de lo idéntico, es decir, negación del cambio, desconocimiento de la dinámica social, negación de la presencia y papel de la alteridad, ocultamiento de la existencia de memorias heridas y del carácter de resistencia de la memoria, todo un régimen de negaciones para mantener el sistema de creencias de una sociedad cuya estabilidad no puede verse por fuera de las relaciones de poder, en el sentido de dominación o relación disimétrica gobernantes-gobernados.

¿De qué hablamos cuando hablamos del fenómeno ideológico? ¿Cuál es su papel en la incorporación de la memoria a la identidad reclamada?

Parafraseando a Ricoeur, es en la fragilidad de la identidad donde se encuentra la causa de la manipulación de la memoria, asunto que se facilita por el fenómeno ideológico, el cual comporta unas características que lo hacen eficiente e imposible de desarraigar de su función:

El proceso ideológico es opaco, por un doble motivo. En primer lugar, permanece oculto; a diferencia de la utopía, es inconfesable; se enmascara volviéndose denuncia contra los adversarios en el campo de la competición entre ideologías: es siempre el otro el que se sume en la ideología. Por otra parte, el proceso es de una extrema complejidad. Propuse distinguir tres niveles operativos del fenómeno ideológico, en función de los efectos que ejerce sobre la comprensión del mundo de la acción del hombre. Recorridos de arriba abajo, desde la superficie al interior estos efectos son sucesivamente de distorsión de la realidad, de legitimación del sistema de

poder, de integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos inmanentes a la acción (Ricoeur, 2000, p. 112).

Como se puede ver, el nivel más profundo es el de la integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos inmanentes a la acción; puede decirse también que es el menos tratado y el más asociado a las problemáticas de la identidad y de la memoria. Si la ideología actúa en función de la integración, puede obtenerse como guardián de la identidad, que ejerce una coacción silenciosa sobre las costumbres de una sociedad tradicional. Desde una aproximación antropológica resulta oportuno plantear aquí la necesidad de toda cultura de mantener mecanismos que contengan el mundo de creencias, lo cual indica la fragilidad y, por ende, el sentido común que, entendido como sistema, es una especie de pegamento para el funcionamiento social.

La ideología estaría cumpliendo su papel en el efecto de integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos, “coacción silenciosa ejercida sobre las costumbres de una sociedad tradicional”, pero no podría cumplirse esta función sin la segunda, la de justificación de un sistema de orden, de un sistema de poder. Considerar las dos funciones permite pensar la complejidad de la problemática, en la que la parte de creencias es más sutil y también decisiva: “todas las clases de creencias constituyen, cada una a su manera, razones para obedecer. Por lo demás, es así como se define la autoridad, como poder legítimo para hacerse obedecer” (Ricoeur, 2000, p. 114).

¿Cómo opera la manipulación de la memoria?

La memoria es incorporada a la constitución de la identidad mediante la función narrativa, lo cual implica la selección del relato, y en este mismo, la selección de lo que se rememora y de lo que se olvida. La configuración narrativa contribuye a modelar la identidad de los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la propia acción. “Pero los recursos de manipulación que ofrece el relato se hallan movilizados fundamentalmente en el plano en el que la ideología actúa como discurso justificativo del poder, de la dominación. La dominación como hemos visto no se limita a la coacción física” (Ricoeur, 2000, p. 115). Antes se hizo alusión a los tres planos operativos de la ideología: la distorsión de la realidad, la justificación del poder y la integración cultural. Ahora en este punto funciona el primero, pues se trata de la construcción de “relatos de fundación, de gloria, de humi-

llación que alimentan el discurso de la adulación y del miedo” (Ricoeur, 2000, p. 116). Visto así, el relato entonces ofrece los recursos de manipulación, pues la identidad del personaje se construye en unión con la trama, en una dialéctica entre el protagonista y el relato, en consecuencia, relatos de miedo y enemigos, relatos de héroes y memorias a perpetuar.

Ricoeur afirma que “en este plano aparente, la memoria impuesta está equipada por su historia ‘autorizada’, la historia oficial, la historia aprendida y celebrada públicamente” (2000, p. 116). Se concreta la manipulación de la memoria como resultado de una visita al pasado, selección de un relato de acuerdo con las necesidades del presente, institucionalización, pedagogización, memorización, en muchos casos marcados en el calendario de las fiestas emblemáticas para sellar el círculo de una memoria manipulada: memorización, rememoración, conmemoración. En definitiva, resulta conveniente precisar que la memoria manipulada se trata de una memoria ejercitada, no del advenimiento de un recuerdo casual. Y una memoria ejercitada en el plano institucional, como asevera Ricoeur, es “una memoria enseñada, la memorización forzada se halla así enrolada en beneficio de la rememoración de las peripecias de la historia común consideradas como los acontecimientos fundadores de la historia común” (2000, p. 116).

Memoria obligada: “Tú te acordarás”, “debes acordarte”

La memoria obligada o el deber de memoria es abordada por Ricoeur como un caso de uso y abuso de memoria; por el contrario, para Beatriz Restrepo, en el contexto colombiano, tendría que haber más memoria colectiva y su cuestionamiento se dirige, más bien, al abuso de olvido y efectivamente teme al olvido, y por tanto a la repetición del sufrimiento y de la injusticia. Pero ¿a qué memoria se refieren?, ¿esta memoria a qué nos obliga? Tratándose del deber de memoria, ¿qué justifica el abuso de memoria para Ricoeur, que al mismo tiempo para Restrepo, es equivalente a abuso de olvido en el contexto de Colombia?

“Debes acordarte” imprime un cierto compromiso con el futuro, pero en tanto la memoria hace presente el pasado y actúa como su guardiana, dicha expresión le dicta la obligación de mantener vivo el recuerdo. Así, la memoria deviene proyecto. A diferencia de la tenencia pasiva del recuerdo o de su advenimiento casual, en el trabajo de memoria claramente se moviliza la intención de búsqueda; en el marco terapéutico ‘el deber de memoria se formula como una tarea’. El trabajo de duelo, a su vez, implica un proceso prolongado hacia la reconciliación con la pérdida misma.

Parafraseando a Ricoeur, el deber de memoria, a diferencia del trabajo de memoria y de la elaboración de duelo, está marcado por el imperativo en el doble aspecto del deber, como lo que se impone desde afuera al deseo y como lo que ejerce una limitación sentida subjetivamente como obligación, pero estos rasgos aparecen reunidos de la manera menos discutible en la idea de justicia “la que al extraer de los recuerdos traumatizantes su valor ejemplar, transforma la memoria en proyecto; y es este mismo proyecto de justicia el que da al deber de memoria la forma de futuro y de imperativo” (2000, p. 120). A diferencia de la manera como se establece una relación excluyente con la alteridad en la memoria manipulada, bajo la concepción de identidad como lo idéntico, al examinar el deber de memoria con la idea de justicia aparecen tres expresiones que trasladan nuestra atención hacia la alteridad y con estas una relación cualitativamente diferente.

Primera expresión de la alteridad. A propósito del deber de memoria y la justicia, entre todas las virtudes, es la que por excelencia y por constitución, se dirige hacia el otro. Se puede decir incluso que la justicia constituye el componente de alteridad de todas las virtudes que ella sustrae al cortocircuito entre sí mismo y sí mismo. El deber de memoria es el deber de hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí. Segunda expresión de la alteridad. Esta viene dada por el concepto de deuda. “La idea de deuda es inseparable de la herencia. Debemos a los que nos precedieron, una parte de lo que somos [...]; el deber de memoria cultiva el sentimiento de estar obligados respecto a estos otros de los que afirmaremos más tarde que ya no están pero que estuvieron” (Ricoeur, 2000, p. 120). Tercera expresión de la alteridad en la idea de justicia: “Entre estos otros con los que estamos endeudados, una prioridad corresponde a las víctimas” (Ricoeur, 2000, p. 120).

Hacer memoria de los que ya no están, de las víctimas, incurre necesariamente en un abuso de memoria, en cuanto se capta su palabra muda, en cuanto se toma su vocería y por tanto se toma su demanda de justicia; no obstante, es el caso en el que un abuso se justifica. Aquí Restrepo, para el caso colombiano, señala la existencia de una corriente a favor del olvido y en contra del recuerdo, desatendiendo así un llamado de radical solidaridad a nuestra razón y a nuestra sensibilidad como seres humanos. Según la autora:

No se trata de reivindicar un recuerdo para satisfacer a los vivos y a los dolientes; se trata de buscar darle sentido a la muerte inocente de tantos compatriotas, de tal manera que su vida truncada y su existencia interrumpida por azar, error, insensatez o maldad, no caigan en el vacío. Ello

sólo es posible si nos esforzamos por ver estas muertes desde el punto de vista de la vida y de la historia, esto es, de lo que ellas significan para nosotros y para quienes han de venir detrás (Restrepo, 2011, p. 32).

Coinciden los autores citados en la necesidad de un nuevo concepto de memoria, esto es la memoria moral que, en el caso de Restrepo, quien retoma a Metz, es “aquella memoria capaz de atender los gritos de dolor de las víctimas inocentes y de suscitar compasión, solidaridad y exigencia de justicia; mientras esta llega, ella abre la puerta a la esperanza que se mantiene activa gracias al recuerdo moral” (Restrepo, 2011, p. 32). Ante las víctimas inocentes, más que la comprensión del sufrimiento, se trata

del respeto, horror, espanto, que ello suscita, porque estos acontecimientos no demandan respuestas de la razón, sino que interpelan a todo el ser humano a escuchar a las víctimas, a mirarlas frente a frente en compasión y solidaridad. Ante las víctimas inocentes, a nosotros como seres humanos, [...] no nos queda sino invocar el recuerdo moral, [...] como escucha a una demanda que apela a todo hombre en su humanidad común. Lo que no se puede es callar (Mate[...]). Al recuperar del olvido a los muertos nos dejamos tocar por su mirada y por esta pregunta sombría: ¿Por qué yo? ¿Por qué yo? Y la filosofía no tiene más respuesta que esta, en dirección a la historia: que no se repita, a la manera de un imperativo categórico (Restrepo, 2011, p. 34).

Movimientos de víctimas y personas se dejan interpelar por quienes ya no están y atienden su mirada, así tenemos hoy trabajos académicos de jóvenes universitarios quienes describen lo acontecido y le conceden sentido; y al ejercer un deber de memoria, de manera muy particular, escuchan a las víctimas, a la manera como lo plantea Ricoeur (2000), o Restrepo (2011), y añaden la trascendencia asegurada en el lenguaje artístico, como lo hace un poeta del municipio de Granada y lo retomamos acá como oportunidad para expresar respeto, horror y espanto en un registro de memoria narrativa que, en este caso, se ocupa de los paisanos, de aquellos que violentamente vieron interrumpida su vida en plena marcha. El poema nombra a los responsables y recupera las preguntas de las víctimas:

Sonaron doce campanadas

Sonaron 12 campanadas
era 3 de noviembre del año 2000,
no pudimos ver las sombras

el ser humano se asombra,
escupiendo sangre llegaron,
somos Bloque Metro dijeron,
acostaron su conciencia, violentaron
niños, jóvenes, mujeres y ancianos,
cayeron por caminos y por calles,
pueblo mío, no te calles,
fueron diecinueve,
seres humanos acostados en su propia sangre...
Si el pensamiento sigue trascendiendo
en aquellas personas, sacrificadas inútilmente;
desde la sencillez de su pensamiento,
deben estarse preguntando,
por la razón de tan absurda muerte
que vino violenta como un huracán aquel viernes.
(Montoya García, Jaime de J., 2018)

Otros abusos, para Ricoeur, estarían en el orden de las conmemoraciones a tiempo y a destiempo. Desde Restrepo, para el caso colombiano, habitamos una cultura que ha reducido el duelo personal al ámbito de lo privado, lo que debiera ser piedra de escándalo colectivo y de duelo público, toda vez que entre 1958 y 2012, el conflicto armado causó la muerte de 228.000 personas, según las cifras del Grupo de Memoria Histórica (2013). En esta cultura, en el concepto de lo público, en opinión de la autora, nos es ajena la dimensión política del dolor; “el amor se hace política cuando el recuerdo privado del ser querido encuentra su plena satisfacción al acceder al ámbito de lo público y convertirse en exigencia de justicia en el presente y esperanza de justicia en el futuro” (Restrepo, 2011, p. 35).

Otras expresiones indicativas de abuso de la memoria obligada o deber de memoria se localizan en la esfera de la conmemoración, por su realización a tiempo y destiempo, apareciendo como un exceso, pero no es el caso de la sociedad colombiana. Por el contrario, tiene sentido el llamado a reflexionar sobre cuán

avaros hemos sido en las expresiones colectivas de duelo que en otros tiempos y lugares han caracterizado a los pueblos espiritualmente unidos en momentos de prueba: los ritos funerarios, los actos de purificación y desagravio, los monumentos y memoriales, las conmemoraciones públicas, los símbolos, que las prácticas rituales y los lenguajes del arte convierten en vida colectiva al conjurar y derrotar al olvido (Restrepo, 2011, p. 35).

El asunto es que antes del ritual es menester apropiarse de la muerte del otro, “especialmente de la víctima inocente, asumiendo así el carácter no solo individual sino colectivo del morir humano: algo irreparable sucede cuando muere un miembro de una comunidad si es que hemos aprendido a valorar el ser humano en su común humanidad” (p. 35). Tenemos una deuda con quienes nos preceden y con el impacto en ellos, del horror de la guerra y de la muerte, pero ello no ha supuesto nuestra conciencia y solidaridad.

La memoria, a diferencia de la historia, logra atar el pasar y el pesar, en tanto guardiana del pasado; y el pesar, en tanto sentimiento por el cual se garantiza no caerá en el olvido el sufrimiento y la injusticia padecidos. La memoria puede garantizar el proyecto de justicia por el cual toma la forma de futuro y de imperativo. “Sin la memoria del sufrimiento, el futuro deviene cada vez más frágil; sin el recuerdo de la injusticia, esta se repite en el presente; más aún, es por la fuerza crítica de la memoria del sufrimiento y de la injusticia que el establecimiento teme a los contenidos subversivos del recuerdo” (p. 33).

Memoria proyecto: Proyecto de justicia

Si el traumatismo remite al pasado, el valor ejemplar orienta al futuro
(Ricoeur, 2000, p. 105).

Así como en el campo terapéutico, la perlaboración, entendida como remodelación, como acción, ‘trabajo’ que involucra a la víctima y al psicoanalista, enfatizando en el carácter dinámico del proceso, en el que al primero corresponde el deber de aportar su valor para la búsqueda de una relación verídica con su pasado y facilitar así su tránsito al futuro, y al segundo su paciencia; ante las pérdidas que afectan al poder, al territorio, a las poblaciones, el deber de memoria se traduce en la tarea de extraer de los recuerdos traumatizantes el valor ejemplar, de manera que se tras-toque la memoria en proyecto, como se ha planteado antes, en proyecto de justicia. El proyecto busca conjurar la repetición del sufrimiento y la injusticia, y ello, en parte, implica intervenir las mediaciones simbólicas de la acción humana, el mundo de creencias o, al decir de Restrepo, transformar las mentalidades. Este propósito se encuentra vinculado a las huellas del pasado, a las deudas, y muy concretamente a la deuda con quienes ya no están, pero siguen esperando una respuesta. Es por esto que resultan tan

sugereses la idea de acontecimiento y la tarea de construir una cultura de la memoria:

La tarea en términos metzianos, construir una cultura de la memoria que mantenga vivo el recuerdo de tantos muertos víctimas de la violencia, como acontecimiento histórico —tal vez, el más importante y significativo en nuestra trayectoria como nación—. Se entiende por acontecimiento histórico un hecho pasado que, gracias a la memoria colectiva, se mantiene en el presente y, preñado de sentido, afecta formas de pensar y transforma comportamientos sociales. Solo en el marco de una cultura de la memoria, como plantea Metz, podremos recuperar del olvido a tantas víctimas inocentes para hacer de su muerte un acontecimiento histórico y no un mero dato estadístico; para señalarles un lugar en nuestra historia y no solo en los titulares de prensa. Acontecimiento histórico que por su sentido entre a transformar nuestras mentalidades y a modificar nuestras prácticas sociales (Restrepo, 2011, p. 33).

La forma más radical de conceder sentido transformador al acontecimiento histórico en cuestión en Colombia será cambiando las mentalidades, cambiando la cultura, construyendo una cultura de la memoria. Si se retorna a la primera parte sobre la memoria manipulada, ya se sabe que, desde esta, es también el propósito de incidir en las mediaciones simbólicas de las acciones humanas para producir relatos, sentimientos de miedo y negación de otras memorias, memorias heridas, menores, locales y simultáneamente construir olvidos, en un esfuerzo por mantener ‘lo idéntico’, que en términos de cultura y memoria puede ser tan grave como la intención de eternizar una ‘cultura de la violencia’.

Se puede comprender, al cabo de esta reflexión, el sentido de la disputa por la memoria, la triple función del fenómeno ideológico y los procesos y mecanismos expeditos para su manipulación e incorporación a la identidad. Se abre un campo para comprender el sentido de una respuesta como la construcción de una cultura de la memoria y con preocupaciones fundadas en una perspectiva histórica que llama la atención en el caso de Colombia sobre la continuidad de ciclos de violencia. La historiadora María Teresa Uribe de Hincapié, en respuesta a la afirmación de un expresidente quien dice que en Colombia no existe una cultura para la paz, afirma:

sería preferible darle la vuelta a esta tesis y señalar sin ambages y sin eufemismos, que hemos construido una cultura de la violencia, que esta es una sociedad fanática donde la muerte del contrario parece ser la única vía para dirimir las divergencias, donde el crimen lejos de construir la ruptu-

ra del orden, hace parte del mismo orden, donde los ciudadanos se acostumbran a vivir con los asesinatos, a aceptarlos como parte de la cotidianidad y perdieron hasta la capacidad de indignarse, que es el último reducto ético que tiene el individuo frente al delito; [...] esta cultura de la violencia tiene un hilo conductor muy claro, la intolerancia, la incapacidad para aceptar interlocutores, para respetar las diferencias y una resistencia casi delirante a los cambios y las reformas por tímidos que sean (1986).

En contravía de la cultura de la violencia, aquí refrendamos el papel restaurador de la convivencia que tiene la cultura de la memoria.

Referencias bibliográficas

- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Montoya García, Jaime de J (2018). *Sonaron doce campanadas*. Recuperado de <http://www.desdegranada.com/actualidad/ultimas-noticias/item/2543-18-anos-de-la-masacre-paramilitar-en-nuestro-municipio>
- Restrepo, Beatriz (2011). Justicia a los muertos o un alegato a favor del recuerdo moral. *Desde la Región*, n. 54, pp. 33-36. Medellín: Corporación Región. Recuperado de <http://www.region.org.co/images/publicamos/revista/DesdeN54.pdf>
- Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. Mexico, Siglo XXI editores, 3ª edición, 2006.
- Ricoeur, Paul (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: F. C. E. editores, 2ª edición, 2008.
- Uribe de Hincapié, María Teresa (1986). La cultura de la violencia. *El Colombiano*. Medellín.



Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia

Catalina María Puerta Henao

Actualmente los temas relativos a las víctimas del conflicto armado en Colombia han pasado a hacer parte de la agenda cotidiana. La recurrencia a este tema es común desde hace ya varias décadas en el contexto internacional. De hecho se les ha otorgado una especial atención no solo a las causas del conflicto y sus actores principales, sino también a quienes han sido dañados como consecuencia de los mismos. También, la proliferación de estudios que buscan comprender los conflictos y sus motivaciones ocupan gran parte de las preocupaciones en las agendas políticas de los Estados y en los círculos académicos. Sin embargo, hay una constante inherente a su desenvolvimiento. Se trata precisamente de quienes, sin hacer parte directa de la confrontación, experimentan los efectos que genera la guerra, en todos los casos negativos. Hombres y mujeres, de edades y condiciones culturales, socioeconómicas y políticas diversas, pueden dar testimonio de haber sido dañados por los grupos armados legales e ilegales. Es este el contexto en el que entran en la escena pública las víctimas de los conflictos internos, los regímenes autoritarios, las confrontaciones entre países y muchos otros. Es así como se ha llegado a tipificar los conflictos. Se habla, por ejemplo, de conflictos de diferentes intensidades religiosas, étnicas y políticas.

Colombia no ha estado exenta del reconocimiento de tales sujetos. Debido especialmente a la existencia de una confrontación armada de aproximadamente cincuenta años con reconocimiento internacional. Esa confrontación ha transformado a los actores armados que la han protagonizado. En esta lógica, desde hace aproximadamente una década en Colombia, se comenzaron a generar discusiones en torno a quienes han experimentado daños en el marco del conflicto armado, que han sido categorizados como “víctimas del conflicto”. En sintonía, por supuesto, con la tendencia internacional a otorgar o garantizar unos derechos especialmente concebidos a quienes así son nombrados. Ese proceder tiene como bandera, la protección y la garantía de los Derechos Humanos (DDHH) y el Derecho Internacional Humanitario (DIH) que soportan la idea de un conjunto de valores que deben ser defendidos y protegidos por los Estados en cualquier sociedad.

Este capítulo pretende dar una mirada al surgimiento de las víctimas en el siglo XX, a sus antecedentes en el contexto internacional, a su relación con el conflicto armado colombiano y a sus particularidades como construcción social. En un primer momento, se analizan algunos antecedentes de la protección a la población en el marco de la regularización de las guerras y el posicionamiento gradual hacia la categoría de víctima, posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial. En un segundo momento, nos aproximaremos a la noción de víctima y los mundos que esta condición crea

a partir de la emergencia de la justicia transicional y su particular consolidación en Colombia. En tercer lugar, a modo de conclusión reflexionaremos sobre la instalación de esta categoría en el caso colombiano, y daremos cuenta de algunos aspectos que supone su reconocimiento en una sociedad como la colombiana, que ha experimentado una violencia política de larga duración.

Regularización de la guerra y justicia transicional

Es importante resaltar que la dimensión jurídica es ineludible cuando reconocemos el posicionamiento y la fuerza que tiene el concepto de víctima en el presente, cuya génesis se remonta a los usos del Derecho Internacional Público y, especialmente, a las normas del Derecho de la Guerra o *ius in bello*, y al DIH, específicamente en el artículo 3, relativo a los convenios de Ginebra sobre la protección de las víctimas de los conflictos armados, que se aplica también a los conflictos no internacionales. Se trata, entonces, de los protocolos existentes para la protección de la población civil.

Los límites al uso de la violencia hacen parte de la historia de los pueblos —aun en tiempos de guerra—, y han tenido como fin garantizar la supervivencia de los grupos y evitar que haya pérdidas excesivas. Vale decir que los antecedentes de estas formas de protección a la población no son propias del siglo XX ni mucho menos. Por ejemplo, en el caso colombiano, el primer antecedente de reconocimiento que se hizo a las normas del DIH fue el Tratado de Regularización de la Guerra, con el que se pretendió regularizar, es decir, humanizar la guerra causada por el proceso de Independencia. Dicho tratado fue firmado en 1820 por Simón Bolívar, como Presidente de Colombia, y por Pablo Morillo, como representante de España.

Se trata de uno de los primeros antecedentes del Derecho Internacional Público, que se produjo mucho antes que los llamados convenios de Ginebra, constitutivos del Derecho de La Haya. Poco después de la fundación de la Cruz Roja Internacional, en 1863, se habló por primera vez del principio de neutralidad y en adelante se produjeron distintos pronunciamientos que configuraron el derecho de Ginebra, hasta recogerse en los convenios actuales, que tienen entre sus objetivos el principio de distinción, es decir, diferenciar a quienes no hacen parte de la guerra para protegerlos y evitarles sufrimientos innecesarios. Pronunciamiento que adquiere carácter universal y por tanto fuerza vinculante, es decir, la obligatoriedad para los Estados de garantizarlo. El derecho de Ginebra es entonces el DIH y

se ocupa de la protección de la población civil, entendida como potencial víctima de los conflictos armados internos e internacionales.

Ahora bien, en el siglo XX, se produce un proceso particular de expansión del discurso originado en los estándares internacionales de protección de los DDHH y del DIH, que ha servido de fundamento para la exigencia de unas garantías dirigidas a un sujeto especialmente concebido, primero como población civil, y luego como *víctima*, el cual adquiere un lugar especial después de la Segunda Guerra Mundial. La magnitud del daño masivo producido por el llamado holocausto nazi se muestra ante el mundo en la instauración de los juicios de Núremberg. Es allí donde comienza a otorgársele importancia a la necesidad de juzgar y sancionar a los responsables, lo que se convierte en la primera reivindicación de quienes fueron afectados por acciones criminales. Durante estos juicios se envía un mensaje claro, si se quiere en dos vías, es decir, juzgar a los victimarios y reparar a las víctimas.

En primer lugar, se eleva una reivindicación de carácter colectivo, que por la vía del reconocimiento de la 'lesa humanidad' comienza a estructurar la exigencia de que las sociedades que respetan los DDHH no toleran ciertos crímenes. En aquel momento, se produjeron conceptualizaciones jurídicas de la noción de víctima, pues se requería categorizar a quienes habían sido vulnerados por el nazismo, con el objetivo de resarcir los daños por lo menos económicamente, lo que se concretó en múltiples medidas adoptadas en los estrados judiciales, a partir de las llamadas reparaciones de guerra que se produjeron en Alemania y en gran parte de los países ocupados al finalizar la confrontación.

En segundo lugar, el fin de la guerra propicia el testimonio de muchos sobrevivientes. Se empieza a divulgar múltiples experiencias y narrativas sobre lo ocurrido y comienza a considerarse fundamental conocer lo que ocurrió. Escuchar a los directamente afectados y que puedan hablar adquiere un valor histórico. Con esto se produce la necesidad de provisión de justicia y la apelación a la dignidad de quienes fueron tan injustamente tratados, dañados, exterminados. A su vez, esto se concreta en el juicio a Adolf Eichmann en Israel (1961), cuando por primera vez se encontraron en un mismo escenario víctimas y victimarios. Se escuchó a Eichmann y se incluyó el testimonio de las víctimas con el fin de reconstruir las condiciones en las que se produjo el daño, lo cual dio lugar a la vivencia de quienes lo experimentaron, una posibilidad que se gestó precisamente en los estrados judiciales (Arendt, 1967). En este punto, es importante resaltar que también el mundo intelectual experimentó una profunda transformación como

consecuencia de los efectos de la Segunda Guerra Mundial. La evidencia del daño masivo, la emergencia del testimonio y ante todo la confrontación con los niveles de violencia que se experimentaron promovieron la proliferación de estudios científicos. En un primer momento, se produjeron diversos planteamientos en el marco del denominado *giro hacia el pasado* (Jaramillo Marín, 2011, pp. 65-80). Hubo debates relativos al examen del pasado, el recuerdo, el olvido y de la memoria. También sobre la atribución de esta última como deber. Tales debates fueron producto, entre otras cosas, de la llamada literatura testimonial, uno de cuyos máximos representantes es Primo Levi (2011). Este escenario fue y ha sido también una interpelación directa a las ciencias humanas y especialmente a la historia¹. El cambio se evidenció, primero, en el llamado debate de los historiadores que gestó, posteriormente, una eclosión de la memoria como objeto de una especialización historiográfica de carácter esencialmente político². Partiendo de lo anterior, podemos afirmar que es a través del testimonio que se evidencia el daño recibido y se dimensiona la violencia de la que se fue víctima. Y en este punto debemos resaltar que la relación entre trauma, testimonio y narrativa adquiere un lugar decisivo (Ortega, 2009), en tanto que la subjetividad emerge en el testimonio para dar cuenta de la experiencia de sufrimiento de los individuos (Hartog, 2002), lo que produce una urgencia de reconocimiento a los afectados.

Hay, pues, en este punto una ruptura decisiva que posibilitó la caracterización de los individuos como víctimas, a partir de la violencia extrema que padecieron, ya que, como señalamos anteriormente, al mostrarse ante el mundo la atrocidad masiva y los efectos de la guerra como forma de eliminación, se dio lugar a conceptos como *genocidio y lesa humanidad*. Este último ha sido interpretado por historiadores (Hartog, 2012) como el concepto que posibilitó la *juridificación del espacio de las víctimas*. Al definir que los delitos contra la humanidad serían imprescriptibles, se produjo una suerte de *régimen atemporal*, en el que pasarían a suscribirse las experiencias de los individuos reconocidos de ahí en adelante como víctimas³. Y es con base en esta experiencia que François Hartog muestra a las víctimas a través del tiempo, cuando debe distinguirse entre las categorías de *víctima*

¹ Sobre la narración del pasado traumático en las ciencias históricas se puede consultar Pierre Nora, Enzo Traverso, Dominick LaCapra, Andreas Huyssen, François Dosse, François Hartog, Jean Pierre Vernant, Nicole Loraux. Y, desde luego, el clásico del análisis de la memoria colectiva, Maurice Halbwachs. También los clásicos de los *Annales*, Jacques Le Goff y Marc Bloch.

² Planteamiento que toma especial fuerza en Enzo Traverso y en algunas reflexiones de Cohen (2012, mayo).

antigua y víctima moderna (2012, p. 12)⁴. Allí se produce un desplazamiento semántico. De una comprensión de las víctimas como mártires, sacrificadas, heroicas, en el primer caso, se pasa a unas víctimas que padecen una violencia extrema, característica de la segunda mitad del siglo XX, en el segundo caso. El desplazamiento semántico se caracteriza además por la emergencia del testimonio⁵.

También surgieron nuevas conceptualizaciones y estudios sobre la violencia, noción que tiene un amplio desarrollo teórico a lo largo de los siglos XIX y XX (Arendt, 2014 y Benjamin, 1998), pero que adquiere especial protagonismo a raíz de la Segunda Guerra Mundial (Traverso, 2012). Entre los planteamientos que se destacan, encontramos los de Johan Galtung, quien definió el carácter estructural de la violencia y elaboró uno de los primeros esquemas de comprensión de sus efectos en la guerra a partir del binarismo *víctima-victimario*, así como de las lógicas de la venganza, la reconciliación y la importancia de la educación para la paz (Galtung, 2004). También se produjeron teorías sobre el conflicto social (Lewis Coser, 1961; Marc Howard Ross 1995) y, de un modo muy especial, análisis sobre el tratamiento y la negociación de los conflictos (Christopher Mitchell, 1997) y la capacidad transformadora que estos poseen (Jean Paul Lederach, 1994). Se trata, en suma, de un tema vasto que ha atravesado múltiples contextos y procesos, entre los cuales no podemos eludir el derecho penal y, más específicamente, la criminología en una de sus ramas de desarrollo relativamente reciente, la *victimología*. Esta rama tiene sus inicios en los años cuarenta del siglo pasado —también en la posguerra— y tuvo como propósito inicial estudiar en qué medida las víctimas habían contribuido al delito que experimentaron⁶. Se entendía en aquel entonces que las víctimas eran co-causantes del delito.

Como vemos, la preocupación por las víctimas, tal y como las conocemos hoy en día, es decir, como sujetos de especial protección, es reciente.

³ La persecución penal a los delincuentes se estructura bajo un principio de *prescripción*, es decir, un plazo definido tras la comisión de un delito para perseguir, investigar y sancionar a los responsables; el carácter *imprescriptible* indica que este plazo nunca vence. Sobre la juridificación del espacio de las víctimas, a partir de lo que se considera un desplazamiento producto del régimen de temporalidad, que impone la imprescriptibilidad de los delitos de los crímenes contra la humanidad ver Hartog (2012).

⁴ Las víctimas antiguas se definen en torno al martirio y al sacrificio voluntario; mientras las modernas, a principios del siglo XX, en torno a una retórica guerrera, heroica que supuso sacrificarse por la patria. Después de 1945, ya no se asume que las víctimas eligen morir, sino que surgen las víctimas innumerables, recreadas bajo la retórica del padecimiento, de su connotación pasiva, negativa, fundada específicamente en las representaciones de los campos de concentración y la atrocidad.

No ha sido una prioridad para el derecho penal, enfocado especialmente en garantizar los derechos de quienes son acusados. Esto resulta polémico entre quienes apelan a la defensa de las víctimas y la garantía de su resarcimiento y quienes, por otro lado, consideran que defenderlas implica una postura punitivista, es decir, de castigo para quienes son acusados y potencialmente condenados. Hoy en día, la victimología tiene entre sus intereses las consecuencias que se generan en el agredido por el daño recibido. No obstante, para esta rama de la criminología hay víctimas de toda clase de infortunios: de desastres naturales, de delitos comunes, de accidentes, entre otros.

En este proceso, resaltamos que se instala una preocupación específica por proteger a quienes resultan dañados o vulnerados por las guerras y la violencia que las caracteriza, es decir, por las llamadas *víctimas modernas*. Esta preocupación es impulsada de un modo decisivo en el campo jurídico. Muestra de esto es la forma en que se adopta hoy el concepto, que si bien es heredero de los antecedentes referidos, tiene un fuerte sustento normativo en los años ochenta. En esa época, se define por primera vez, mediante una resolución de las Naciones Unidas, un concepto de víctima propio de los conflictos y las guerras, y que adquiere un carácter universal. Así víctima es cualquier persona que *individual o colectivamente* —esto no se va a volver a repetir en otras definiciones e instrumentos internacionales que van a considerar que víctima solo es víctima individual— haya sufrido daños físicos, mentales y/o financieros, en menoscabo de sus derechos fundamentales como consecuencia de delitos o abusos de poder (ONU, 1985). Y es este concepto el que se ha adoptado en Colombia desde fines de los años ochenta, cuando se implementaron medidas que buscaban beneficiar a las víctimas de la violencia política, durante el mandato de Virgilio Barco. De ahí en adelante, este concepto irá fortaleciéndose gradualmente y mutando, mientras se degrada y profundiza el conflicto armado interno. De hecho, ha atravesado por nuevas conceptualizaciones en 1997, 2005, 2008 y 2011. Lo que significa que se ha ido adaptando a medida que ha entrado en vigencia la justicia transicional en Colombia, es decir, en 2005.

⁵ Además de Hartog, la relación víctima-testigo-testimonio ha sido analizada por Agamben (2009), Wieviorka (1998) y Ricoeur (2013).

⁶ La *victimología* nace en el seno de la criminología, por oposición a los postulados de las escuelas clásica y positivista del derecho penal, para las cuales recaía una especial atención sobre el delincuente, mientras la víctima y sus familias eran prácticamente ignoradas por el sistema y la sociedad. Se considera que el advenimiento de la victimología surge después del holocausto perpetrado por los nazis.

Las víctimas en la justicia transicional colombiana

El contexto de visibilización en el escenario público de quienes han padecido los efectos del conflicto es producto de la consolidación del modelo de justicia transicional en Colombia, cuyo ejemplo representativo más reciente puede evidenciarse, entre otros aspectos, en el proceso de negociación con la guerrilla de las FARC y, especialmente, en el Acuerdo Final para la terminación del conflicto con esta guerrilla, cuyo eje, según han sostenido quienes hicieron parte de esa negociación, han sido las víctimas. Colombia no es una excepción en la implementación de este modelo de justicia, que ha llevado a la consolidación de una serie de reivindicaciones, las cuales, nutridas por la doctrina de los DDHH y el DIH, evidencian los efectos de los altos niveles de violencia que experimentó la humanidad a lo largo del siglo XX. La transicionalidad se instala, pues, como modelo por excelencia en diversos contextos de guerra alrededor del mundo, especialmente entre las décadas de 1990 y 2000, con la instauración de los tribunales de juzgamiento a los considerados criminales de guerra en Tokio, la antigua Yugoslavia y Ruanda. En cada contexto, emergen múltiples nociones que conducen a que la experiencia de daño atravesada por millones de individuos en el mundo sea reconocida, a nombrar a tales individuos como *víctimas*, y a implementar lo que ha sido conocido como *procesos de reparación* a su favor, tomando como referente el ya referenciado tribunal de Núremberg. Esto hace parte, a su vez, de un intento de las sociedades en las cuales tal modelo se implementa, por reconciliar no solo a los bandos armados, sino también a quienes, aun sin hacer parte del conflicto, experimentaron las consecuencias de sus acciones.

Ahora bien, en el caso colombiano, la explosión y la emergencia de un discurso en torno a un sujeto víctima se produce a partir de la Ley 975 de 2005, que reguló el proceso de desmovilización de miembros de grupos armados al margen de la ley, específicamente grupos paramilitares, y que adquiere especial importancia, porque refiere, por primera vez en la historia de Colombia, los derechos de las víctimas a la triada *verdad, justicia y reparación*, que se ha convertido en el centro de las exigencias de quienes experimentaron la violencia del conflicto armado en nuestro país y, más aun, de las organizaciones de derechos humanos, que se han apropiado del discurso de reivindicación de las mismas para exigir el cumplimiento de la justicia ante el daño, lo que muestra, entre otras cosas, la adaptación al ya referido discurso originado en los estándares internacionales de protección de los DDHH y el DIH. Pero la implementación de la Ley 975 de 2005 no

solo es fundante de una nueva forma de relacionamiento: la de la sociedad ante unos sujetos que demandan haber sido victimizados, por lo que exigen una transformación en el tratamiento que se les da; sino que su entrada en vigencia fue tan polémica que generó en Colombia diversas y profusas discusiones en torno a si nos encontrábamos, o no, ante la implementación de una justicia de transición.

Surgieron entonces diversas posturas y algunos sectores se mostraron incrédulos, de ahí que se hablara entre otras cosas de una “justicia transicional sin transición” (Uprimny *et al.*, 2006, y Jaramillo Marín, 2009); otros consideraron que se trataba más bien de la implementación de un proceso complejo, en el que se introdujeron algunos mecanismos y herramientas de carácter transicional (Aponte, 2008), mediante los cuales se pretendía, por ejemplo, resolver vacíos legales frente a la crisis de la administración de justicia en cuanto a la imposibilidad de llevar a cabo el procesamiento de miles de causas, sin que se tuviera la capacidad fiscal y operativo para ello. Sin embargo, desde su entrada en vigencia, esta ley ha posibilitado el establecimiento de numerosas normas, que la acompañan, la complementan y, más aun, la posicionan como la puerta de entrada de la justicia transicional en Colombia aunque no son propias del presente inmediato⁷, pues han estado precedidas, desde hace varias décadas, por procesos de amnistía otorgados a grupos armados al margen de la ley. En este sentido:

No hay, al parecer, transición política que no esté acompañada por un recurso a la amnistía y al indulto; no hay instauración de un régimen democrático sucesor de un régimen autoritario bajo el cual la violencia haya sido práctica corriente, ni ‘posguerra’ en la que los gobernantes no prefieran la remisión de las penas al ‘curso normal’ de la justicia, sobre todo cuando las sanciones deben afectar a los agentes del Estado (Lefranc, 2005, p. 14).

Una de las características principales de la justicia transicional es, pues, el tránsito de un régimen autoritario a uno democrático; pero esta característica es una de las menos visibles en nuestro contexto, porque la violencia que ha tenido lugar en Colombia, o por lo menos la violencia que ahora pretende ser superada mediante estos mecanismos, se inscribe en un

⁷ Algunos comentarios en relación con la forma en que la Corte Suprema de Justicia de Colombia ha reconocido, en numerosas sentencias, que se trató de “una ley comprendida en el horizonte de la justicia transicional”, además de otras opiniones de los Tribunales nacionales en torno a su implementación, se encuentran en Aponte (2008).

sistema democrático⁸. Su superación no implica necesariamente el establecimiento de una democracia, debido a que ya está instaurada. De igual modo, en este caso, la transicionalidad ha supuesto el establecimiento de amnistías, el reconocimiento del daño, el tratamiento a quienes han sido víctimas, los procesos de reparación y el establecimiento de unos ejercicios de memoria, que han sido gradualmente instalados con mayor énfasis a partir de 2005; esta transicionalidad no pretende superar la violencia sistemática vivida en Colombia desde el periodo conocido como la Violencia⁹, sino superar el presente violento, que se considera producto directo del conflicto armado interno¹⁰.

Asimismo, encontramos procedimientos relativos a la atención a las víctimas y los programas de acompañamiento a los victimarios, entendidos como procesos de desarme, desmovilización y reinserción (DDR). Es probable que en el discurso público, la transicionalidad no haya sido incorporada en las representaciones de la población inmediatamente. Hace algunos años, incluso después de su entrada en vigencia, diversos sectores se negaban a aceptar tal proceso, sin embargo, hoy en día, después de catorce años de implementación de la ley, posteriormente con la Ley 1448 de 2011, llamada la Ley de Víctimas y Restitución de tierras, y de cara a los acuerdos de terminación del conflicto con la guerrilla de las FARC, la justicia transicional está sin dudas instalada.

No obstante, expresiones como “yo vine a ver si me pagan los muertos”, “yo pido una casa después de todo lo que me pasó”, “que por lo menos pueda educar a mis hijos acá en la ciudad”, “que por lo menos me paguen la tierra, porque yo allá no quiero volver”, o incluso expresiones como “a mí que no me den plata, porque un hijo a uno nunca se lo van a poder pagar, pero que por lo menos me digan dónde lo enterraron”, o “que por lo menos ellos digan que él no era guerrillero, porque él era un campesino, él no estaba haciendo nada malo”¹¹, dan cuenta, a su vez, de diversos mecanismos que han sido implementados y gradualmente reconocidos por la población

⁸ Otro caso de implementación de una justicia transicional *sui generis* es el caso sudafricano, pues no se trataba de una transición de un régimen autoritario a uno democrático, sino de una democracia restringida a los blancos, que implicó la supresión de garantías a los negros, mediante un sistema de discriminación racial extrema y acompañado de un proceso de militarización; en Colombia, la particularidad radica en que se trata de una democracia atravesada por un conflicto armado interno con una duración de más de cincuenta años y que suma en su historia política un largo historial de represión y ausencia de garantías para ejercer la oposición política, agravado por la existencia de numerosas guerrillas de diversa ideología, además de grupos paramilitares, los últimos articulados a diferentes esferas estatales, y ambos tipos de grupos, tanto de izquierda como de derecha, vinculados al narcotráfico.

afectada como la posibilidad de la reparación y, en muchos casos, como el último resquicio de dignidad ante una violencia que ha marcado sus vidas a través de generaciones, que ha atravesado sus experiencias, sus afectos, e incluso, su comprensión de lo político y de la forma como hemos sido gobernados, opiniones que se caracterizan por un marcado desencanto.

Construcción social de las víctimas y su reconocimiento en Colombia

El proceso transicional señala una forma de relacionamiento distinta entre el Estado y el ciudadano, más aun entre el Estado y el individuo —el que hasta entonces ni siquiera se reconocía como ciudadano—, donde el punto de unión o de acercamiento entre ambos es la llamada reparación¹². Esta, en un contexto transicional, no puede concebirse sin que haya tenido lugar una violencia sistemática, ante la que se establece una forma especial de justicia. No puede repararse algo que no haya sido dañado y, en un proceso transicional, no puede repararse algo si antes *no se reconoce* que fue dañado. Ese reconocimiento supone la instalación de un discurso del que son protagonistas aquellos a quienes llamamos víctimas, que incluye la articulación de diversos saberes (jurídicos, sociológicos, históricos, psicológicos, antropológicos e, incluso, administrativos) en torno a una arquitectura que, partiendo de las normas, establece procedimientos para la atención tanto de quienes han sido afectados como de quienes generaron la afectación. Retomando una explicación ajena, Hartog nos recuerda:

Hace apenas un cuarto de siglo —escriben Didier Fassin y Richard Rechtman— la noción de trauma no circulaba en absoluto fuera de los círcu-

⁹ Así se conoce la guerra civil no declarada, única en su género, que tuvo lugar entre los años 1946 y 1965 en Colombia (Henderson, 1984, p. 161) o con otras periodizaciones (Palacios, 2003).

¹⁰ Es por eso que la narrativa recreada por el Estado en su deber de memoria (es decir, por el Grupo de Memoria Histórica del Centro Nacional de Memoria Histórica, que surge también a partir de la Ley 975 de 2005) remite a la violencia solo a partir del surgimiento de las guerrillas durante el Frente Nacional, a pesar de que los miembros de las guerrillas actualmente aducen que el surgimiento del conflicto actual se remonta precisamente a la llamada época de la Violencia. En relación con el surgimiento de las guerrillas, especialmente de las FARC, son esclarecedores los textos de Aguilera (2010) y Medina (2010).

¹¹ Tuve la oportunidad de escuchar, durante poco más de siete años, este tipo de expresiones por parte personas que experimentaron hechos violentos en el marco del conflicto armado colombiano, es decir, víctimas, a quienes asesoré jurídicamente en la búsqueda de su reparación.

los cerrados de la psiquiatría y de la psicología [...]. Más bien reinaba la desconfianza: se sospechaba, por ejemplo, que la ‘neurosis’ del soldado era fingida. Con todo, al cabo de algunos años, pasamos de la duda al reconocimiento: se ‘reivindica’ el trauma y la víctima es ‘reconocida’ (2012, p. 14).

La observación de estas fracturas a través del tiempo permite profundizar en los aspectos genealógicos de esta categoría, con miras a comprender su desarrollo y consolidación. Es en este sentido que adquiere relevancia, por cuanto es importante

establecer una genealogía de la figura de la ‘víctima’ para entender su evolución [...]. La ‘víctima’ se convierte en una figura legítima en el ámbito social, dentro de los límites del marco judicial, tras obtención del reconocimiento médico. [...] [lo que es] un elemento fundamental en la construcción de la noción de víctima: la importancia del contexto social y político en su uso y definición (Da Costa y Tahir, 2014, p. 3).

En el caso colombiano, podemos afirmar que el contexto social y político en el que se gesta el reconocimiento de las víctimas, tal y como las identificamos hoy en día, se inscribe en la transicionalidad, pero abarca una violencia de carácter político que no se circunscribe solamente al conflicto armado interno (Puerta Henao, 2014), y se cruza con dos dimensiones: una directamente relacionada con el individuo o individuos que sufrieron el daño y otra relacionada directamente con el Estado.

Para las víctimas del conflicto armado en Colombia, la justicia transicional les impuso, en los primeros años que siguieron a la instalación de los tribunales de Justicia y Paz, su incursión como protagonistas de diversos escenarios: judiciales, como las audiencias de reconocimiento del daño por parte de los perpetradores¹³, y sociales, en tanto emergen diversas formas de asociación o agrupaciones dedicadas al reconocimiento del daño con

¹² Según la Real Academia Española (2017), *reparación* remite al latín *reparatio*, acción y efecto de reparar cosas materiales mal hechas o estropeadas; desagravio, satisfacción completa de una ofensa, daño o injuria. Reparar: del latín *reparare*, arreglar algo que está roto o estropeado; enmendar, corregir o remediar; desagraviar, satisfacer al ofendido; remediar o precaver un daño o perjuicio; reestablecer las fuerzas, dar aliento o vigor.

¹³ Como parte del procedimiento judicial que se instaló a partir de la Ley 975 de 2005. Quienes declaran ser víctimas ante la Unidad Nacional de Fiscalías para la Justicia y la Paz, creada también por esta ley, participan en distintos escenarios judiciales, en los cuales pueden preguntar por lo sucedido directamente a los perpetradores, presuntos responsables de los hechos que generaron el daño. En relación con el rol de las víctimas en el proceso de Justicia y Paz, ver Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (2008); en relación con el procedimiento y sus actores, ver Aponte (2011).

causas específicas: asociaciones de población desplazada, de familiares de personas desaparecidas, de víctimas de secuestro, de víctimas del Estado, de víctimas de las guerrillas, entre otras. Todas han representado la conformación de un fuerte movimiento social, que, además de adquirir notoriedad en términos políticos, se ha apoyado en las normas para reivindicar o exigir los derechos al reconocimiento del daño y a la necesidad de judicialización de los responsables —no solo actores armados ilegales, sino también el Estado y sus fuerzas armadas—, así como han abanderado los procesos de memoria para obligar al reconocimiento de sus derechos a la vida, a la tierra, a la identidad, al reconocimiento étnico y la libre determinación, a la postura política, a los recursos, etcétera (Gómez Sánchez, 2015).

Dentro de los procesos de memoria, estos grupos de víctimas organizadas han tomado especialmente relevancia en la ‘lucha por el sentido del pasado’, lo que explica por qué las disputas por la memoria han sido y serán cada vez más fuertes y complejas, pues de ellas depende el reconocimiento de sectores sociales y políticos que durante décadas han sido acallados violentamente, grupos que hoy en día reclaman para sí la denominación de víctimas. Al respecto, dice Elizabeth Jelin:

La lucha por el sentido del pasado se da en función de la lucha política presente y los proyectos de futuro. Cuando se plantea de manera colectiva, como memoria histórica o como tradición, como proceso de conformación de la cultura y de búsqueda de las raíces de la identidad, el espacio de la memoria se convierte en un espacio de lucha política. Las rememoraciones colectivas cobran importancia política como instrumentos para legitimar discursos, como herramientas para establecer comunidades de pertenencia e identidades colectivas y como justificación para el accionar de movimientos sociales que promueven y empujan distintos modelos de futuro colectivo (2005, p. 6).

A pesar de lo anterior, el lugar de las víctimas en el caso colombiano apenas ha comenzado a estudiarse hace menos de una década. A este escenario han concurrido la antropología, la sociología, el trabajo social, la psicología, el periodismo y, en menor medida, la historia. Todas estas disciplinas se han visto obligadas a interactuar con el derecho, a tener que comprender lo que las normas suponen y crean en el marco de este paradigma de justicia, con miras a comprender lo que implican la reparación, la memoria y el olvido en sus distintas manifestaciones, la impunidad, la verdad, la reconciliación y el perdón; sin embargo, hasta el momento, el

estudio de las representaciones sobre las víctimas de la violencia, en perspectivas históricas y culturales, es casi nulo.

En su lugar, son los estudios sobre la memoria los que adquieren un carácter interdisciplinario, los que han empezado a ocuparse de forma enfática en los individuos que en el presente experimentaron la violencia. Una de las mayores muestras de este enfoque son los trabajos realizados por el Grupo de Memoria Histórica¹⁴, que a través de memorias emblemáticas ha otorgado un lugar especial al testimonio y la experiencia de las víctimas a lo largo y ancho del territorio nacional¹⁵. Asimismo, múltiples iniciativas de tipo comunitario, las de mayor arraigo y antigüedad, han salido a la luz, para darle lugar al reconocimiento de memorias colectivas que durante mucho tiempo habían sido silenciadas a sangre y fuego.

No obstante lo anterior, hasta ahora no se han desarrollado estudios sobre la comprensión de la noción de víctima en Colombia, de ahí que sea necesario resaltar que el lugar de las víctimas del conflicto en Colombia fue ganando terreno en el escenario público, a través del testimonio, que a fuerza de ser silenciado logró emerger para mostrar la otra cara de la guerra, que es la cara de la población misma, que la ha experimentado con un especial acento en las zonas más empobrecidas del país, es decir las rurales.

Ahora bien, hemos hecho un breve repaso a varios escenarios, pero quiero sugerir la importancia de analizar el concepto de víctima no solo como producto de una experiencia de dolor radicada en los individuos, sino para comprender su trayectoria en nuestra sociedad y lo que su instalación en el lenguaje y las experiencias de los individuos puede representar. Es importante insistir, en este aspecto, en que, hasta hace poco más de una década, la necesidad de reconocer los numerosos daños que han afectado a la población como consecuencia de la confrontación armada no se percibía como un deber imperativo para el Estado. Sin embargo, la importancia que ha adquirido el derecho de los DDHH y la regulación de los efectos de los conflictos mediante el DIH han posibilitado que poco a poco este se haya convertido en uno de los principales temas en las agendas políticas de los países afectados por conflictos internos, y cuyo ejemplo representativo hoy en día, incluso en el mundo, es el caso colombiano¹⁶.

¹⁴ Grupo de investigadores que hace parte de la Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica del Centro Nacional de Memoria Histórica.

¹⁵ Para el historiador Steve Stern, las memorias emblemáticas son creaciones humanas, se seleccionan, comprenden e instalan; son procesos históricos, no productos del azar ni de ejercicios arbitrarios, pues se construyen socialmente, y responden a las necesidades, experiencias y sensibilidades de quienes se vinculan a ellas, para alcanzar su peso, que es entendido como un *peso cultural* (citado en Jelin, 2002).

Lo anterior no da cuenta solo de fines altruistas por parte de los países catalogados como del primer mundo, para los cuales los países con tales conflictos pasan a ser el centro de atención y aquellos que necesitan la mayor cooperación posible para paliar sus inconvenientes internos y de tal modo consolidar modelos de gobierno democráticos; esta ‘relación’, más bien, reproduce el fortalecimiento y la proliferación de la institucionalidad, así como las formas de gobierno y el control sobre los ciudadanos, que ahora también pasan a administrar sus experiencias de dolor en medio de las confrontaciones.

Así, los conflictos de ‘otros’ configuran la intervención de unos países en pro del restablecimiento del orden, lo cual justifica la necesidad de intromisión en los asuntos internos y el desarrollo gradual de un proceso de reconocimiento de unos sujetos bajo la condición de víctimas del conflicto armado, lo que además de hacer visible las consecuencias de la violencia —invisibilizadas durante décadas de conflicto—, ha derivado en un fortalecimiento del aparato estatal: de sus formas de administración de la justicia, de la creación de jurisdicciones especiales, de la comprensión y dimensión otorgada a la confrontación armada, de las formas de clasificación de los ciudadanos a partir de su condición de vida, de sus antecedentes, del fortalecimiento de imaginarios en torno a los bandos existentes, de formación de movimientos sociales que reivindican la categoría de víctima, etcétera.

Partiendo de lo anterior, al estudiar lo que ha ocurrido en el caso colombiano con quienes han experimentado los efectos de la violencia política, es decir, las víctimas del conflicto armado, debe entenderse que la víctima tiene mucho de constructo social y de concepto, y que al observar la forma como la transicionalidad ha permitido instalar su visibilización de forma definitiva, en un escenario caracterizado por la impunidad, la injusticia social y el desvanecimiento consciente y frecuente de las causalidades de

¹⁶ Me refiero específicamente a la entrada en vigencia de la Ley 975 de 2005 además de otras normas que la anteceden y algunos decretos posteriores, tendientes al reconocimiento de derechos relativos a las víctimas de los grupos armados al margen de la ley; entre ellas, leyes tendientes a regular las consecuencias del desplazamiento forzado, la reparación a las víctimas y la ayuda humanitaria, además de la introducción de tipos penales como la desaparición forzada, el genocidio, el terrorismo, entre otros. Todos en el marco de protocolos y convenciones internacionales que pretenden regular, controlar y/o atender los efectos de los daños sufridos por las poblaciones afectadas. A grandes rasgos, puede decirse que la normatividad relativa a Sistemas de atención a las víctimas se inaugura con la entrada en vigencia de la Ley 387 de 1997, por la cual se establece el Sistema Nacional de Atención a la Población Desplazada, en el marco de una entidad llamada para ese entonces Red de Solidaridad Social, hoy Agencia Presidencia para la Acción Social.

la violencia que experimentamos como sociedad, debemos advertir que en la actualidad hay un uso discursivo e incluso político de las víctimas, propio de los escenarios que ha promovido la transicionalidad, pero que además es muestra de múltiples transformaciones que hemos atravesado como sociedad. Entre ellas, un decisivo fortalecimiento de la institucionalidad estatal en el tratamiento de las experiencias dolorosas de los individuos, así como nuevas formas de reconocimiento del Estado y de la gobernabilidad por parte de quienes apenas hasta ahora pasan a estar en el centro, es decir, quienes fueron directamente violentados por décadas.

De ahí que el estudio de la categoría víctima, su significación social, cultural y política, sea un escenario donde pueden hallarse muchas respuestas para profundizar en la comprensión de las formas en que nuestra sociedad ha dado lugar a la experiencia de daño sistemático que muchos han atravesado a lo largo de su vida y que ahora adquiere relevancia, incluso política, como producto en gran medida de un modelo de justicia impuesto, que parece ser hasta el momento el más adecuado para tramitar nuestro pasado violento.

Como consecuencia de lo anterior, actualmente somos testigos de la creación de una serie de sistemas de atención que se ocupan de ‘tramitar’ las experiencias vividas por cientos de colombianos en medio de la confrontación, y es este el contexto que invita a mirar el pasado de nuestra institucionalidad, de la forma en que los individuos hace apenas décadas tramitaban en su cotidianidad las múltiples fracturas de sus mundos políticos, campesinos y comunitarios, donde pueda entenderse la historicidad del concepto de víctima.

Ha sido, entonces, el proceso de implementación de la justicia transicional el que ha conducido a establecer categorías que permiten dar tratamiento específico a la confrontación armada en Colombia, pues denominaciones o categorías como la de *víctima del conflicto armado* pueden ser claves para comprender el manejo social y político que se les ha dado a los fenómenos de violencia en nuestro país, además de contribuir al análisis de las formas en que el Estado ha adaptado las diferentes problemáticas bajo principios que toman un carácter universal como los Derechos Humanos, y de cómo esta adaptación refuerza la institucionalidad y les da nuevas dimensiones a las experiencias vividas por los sujetos.

La instalación de la categoría de víctima en el lenguaje cotidiano de la población, e incluso en sus exigencias de reconocimiento, debe, pues, analizarse como una construcción social, teniendo en cuenta que si se observan y analizan a la luz de la transicionalidad, se trata de hombres

y mujeres que en nuestra historia reciente han sido victimizados bajo las lógicas del conflicto armado interno, y que ahora pasan a ser impulsores y protagonistas de un proceso de transformación de toda la sociedad.

Los aspectos referidos deben conducirnos a pensar la violencia y el conflicto armado en Colombia, así como sus efectos, bajo otras categorías analíticas, en este caso, la noción de víctima, con el objetivo de interrogarnos y explicar en otras lógicas el presente que experimentamos como sociedad en transición. Esto toma aun mayor fuerza si advertimos que cuando hablamos de justicia transicional nos estamos refiriendo a un proceso que denota necesariamente una dimensión histórica, pues refiere, entre otras cosas, a la forma en la que una sociedad decide darle tratamiento a su pasado (Castillejo, 2009). ¿Qué podría adquirir más un carácter histórico que un proceso que desde el presente se pregunta por el pasado, con miras a proyectar el futuro como la justicia transicional que pretende proveer un escenario de posconflicto? La justicia transicional, sin embargo, es una noción contemporánea, mientras que las víctimas, como uno de sus conceptos centrales, como hemos visto, no lo son.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2009). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo* (Homo Sacer III). Barcelona: Pretextos.
- Aguilera, Mario (2010). *Las FARC, la guerrilla campesina. 1949-2010 ¿Ideas circulares en un mundo cambiante?* Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris, Arfo.
- Aponte, Alejandro (2008). Colombia, un caso sui generis en el marco de una justicia de transición. *Colombia International Law: Revista Colombiana de Derecho Internacional*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, vol. 12, pp. 395-433.
- Aponte, Alejandro (2011). *El proceso penal especial de Justicia y Paz. Alcances y límites de un proceso penal concebido en clave transicional*. Madrid: Centro Internacional de Toledo para la Paz.
- Arendt, Hannah (1967). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Arendt, Hannah (2014). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza.
- Avello, María (2015). *La justicia transicional vista desde Europa*. Documento de trabajo. Recuperado de http://fride.org/download/COM_Transitional_Justice_ESP_dic07.pdf
- Benjamin, Walter (1998). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- Castillejo, Alejandro (2009). *Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Centro de Estudios Socioculturales (CESO), Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.
- Cohen, Aron (2012). *Historia y memoria colectiva*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. Recuperado de http://conceptos sociales.unam.mx/conceptos_final/489trabajo.pdf
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) (2008). *Manual para orientar la intervención legal de las víctimas en el marco de la ley de Justicia y Paz*. Bogotá: CNRR.
- Coser, Lewis (1961). *Las funciones del conflicto social*. México: F.C.E.
- Da Costa, Georges y Tahir, Nadia (2014). Coloquio Internacional La noción de “víctima”: relatos, discursos y representaciones en las áreas geográficas hispanohablantes y de habla portuguesa. Normandía: Université de Caen. Recuperado de <http://www.unicaen.fr/recher->

- che/mrsh/sites/default/files/public/erlis/manifestations/Appel%20%C3%A0%20ComColloqueVictime.pdf
- Galtung, Johan (2004). Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. *Polylog*. Recuperado de <http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Gómez Sánchez, Gabriel (2015). *Justicia transicional en disputa. Una perspectiva constructivista sobre las luchas por la verdad, la justicia y la reparación en Colombia, 2002-2012*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hartog, François (2000). El testigo y el historiador. París: *Gradhiva*, n. 27.
- Hartog, François (2012). El tiempo de las víctimas. Bogotá: *Revista de Estudios Sociales*, n. 44, pp. 12-19.
- Henderson, James (1984). *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: El Áncora.
- Jaramillo Marín, Jefferson (2011). El giro hacia el pasado. Reflexiones sobre su naturaleza e impactos. *Revista Folios*. Bogotá: Facultad de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, pp. 65-80.
- Jaramillo Marín, Jefferson. Tres procesos emblemáticos de recuperación de pasados violentos en América Latina: Argentina, Guatemala y Colombia. *Revista de Antropología y Sociología*. Manizales: Universidad de Caldas, n. 11, pp. 29-59.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth (2005). Exclusión, memorias y luchas políticas. En Mato, Daniel. *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), pp. 219-239.
- Lederach, John Paul (1996). *Un marco englobador en la transformación de los conflictos sociales crónicos (documento n° 2)*. País Vasco: Gernika Gogoratuz.
- Lefranc, Sandrine (2005). *Las políticas del perdón*. Bogotá: Norma.
- Levi, Primo (2005). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: Océano.
- Medina, Carlos (2010). *FARC-EP y ELN. Una historia comparada 1958-2006*. Tesis para optar al título de Doctor en Historia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mitchell, Christopher (1997). *Conflictos intratables: Claves para su tratamiento*. País Vasco: Gernika Gogoratuz.

- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1985). Declaración sobre los principios fundamentales de justicia para las víctimas de delitos y del abuso de poder. Informe de la Tercera Comisión. A/40/881.
- Ortega, Francisco (ed.) (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Nacional de Colombia.
- Ortega, Francisco (2009). Violencia social e historia: el nivel del acontecimiento. *Historia y Grafía*, n. 32, pp. 171-194.
- Palacios, Marco (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- Puerta Henao, Catalina (2014). *Pacificar y rehabilitar: la Comisión Especial de Rehabilitación, 1958-1962. Apuntes para una genealogía de las víctimas en Colombia*. Tesis presentada para optar al título de Magíster en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Real Academia Española. (2017). Reparación. En *Diccionario de la lengua española* (Edición del Tricentenario). Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=W0DqCvJ>
- Ricoeur, Paul (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ross, Marc Howard (1995). *La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: F.C.E.
- Uprimny, Rodrigo; Saffón, María Paula; Botero, Catalina; Restrepo, Esteban (2006). *¿Justicia transicional sin transición? Verdad, justicia y reparación para Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Anthropos.
- Wieviorka, Annette (1998). *L'ère du témoin*. Paris: Plon.



**Habla agua, habla agua, habla.
Oralidad, eje articulador entre periodismo y
memoria**

Raúl Osorio Vargas

El agua lo baña todo y, por supuesto, también la lengua donde las palabras son pensamientos que reverberan en nuestra mente, en todo nuestro ser. Y por más que seamos acallados, silenciados por los dueños del discurso, nuestros silencios palpitan como pensamiento, fluyen como el agua de nuestra habla que surge y resurge, en la vida cotidiana y en los diversos escenarios humanos. A pesar de las nuevas tecnologías, la llamada era electrónica retorna a lo oral y lo auditivo, cuestionándonos sobre la vitalidad de nuestros sentidos. Esa oralidad secundaria, como la denominó Walter Ong (1982), nos confronta con un nuevo *sensorium* de aguas recicladas que en un fluir *continuum* torna movediza nuestra concreta realidad. Son las gotas de agua que, una tras otra al caer sobre la roca, vencen con su constancia y se abren camino. Es el fluir del diálogo donde también es posible reiterar para ser escuchados por los oídos que no desean oír. Podríamos afirmar que la humanidad es más feliz con la oralidad, ese pensamiento que nos ayuda a comprender mejor al *humano ser* y al mundo.

*

Una conversación humana, elocuente, sencilla, afable, abraza ideas e ideales, ya que es la bisagra entre lo antiguo y lo nuevo, que escucha a los viejos y a los jóvenes. Puentes, fuentes del saber. La filosofía de la escucha es vivir en el tiempo de la narración del otro, del diferente, del parecido, del lejano, del cercano, del contrincante, del amigo. Filosofía que es una música para nuestro pensamiento, es la evocación de una libertad que solo puede alcanzarse a través de la ética del humano ser y la práctica rigurosa de la autodisciplina en la búsqueda de los otros. El humano ser se construye en el transcurso. Nuestras vidas son un tránsito histórico en el que a cada instante hay decisiones, pero el habla de los instantes es frágil, perecedera, gran contradicción humana, ya que la realidad es un remolino de complejidades. Cuando hablamos pensamos, cuando escribimos re-pensamos, re-escuchamos nuestros pensamientos. Pero para escuchar debemos guardar silencio, para oír atentamente y comprender en profundidad. Conversando en las profundidades de lo íntimo. Tu íntimo y el mío murmuran en el fondo de nuestro ser. “Matizar y comprender, matizar el comprender, comprender el matizar”, nos advirtió Albert Camus. ¿Pero cuál es el lugar del habla en el complicado debate público del periodismo y la memoria?

Oral palabra viva

La historia oral de vida es una experiencia, un acto humano en el que la búsqueda y el descubrimiento permean el trabajo del reportero en el camino para superar la pretendida objetividad. Ella pone su atención en el sujeto, ya que toda voz individual forma parte de un diálogo, de un encuentro, de conversaciones con el otro, que cuanto más avanzan, más sólidamente nuestros yo es se funden. En la historia oral de vida la conversación se vuelve relato espontáneo que va a construir el documento histórico, y en ese proceso, en el centro de trabajo del reportero, está la libertad como el valor supremo del humano ser. La experiencia de vida como práctica de las realidades del sujeto marca la presencia existencial en la relación con el mundo que, visto a través de observaciones participantes empíricas en varios encuentros, va a descubrir los sentidos de las historias de vida. De esta forma, el abordaje empírico y experimental como vivencia individual no borra la realidad, la incorpora. En el trabajo del diálogo somos sujetos y objetos de la experiencia del habla, que al mismo tiempo es pensamiento y acción.

Habla que actúa como pensamiento para convertirse en un rico material periodístico e histórico. Testimonio vigoroso de fidelidad en lo más profundo del humano ser. Es mediante las conversaciones sobre el alma de las personas que recontamos la historia desde una perspectiva abierta, inédita y con el sabor de la vida. Saber sabroso. Es que saber y sabor provienen del latín *sapere*. Ahí la etimología nos permite el contacto con la dimensión menos inteligente (más sentida, otra inteligencia) y más analfabeta (menos letrada, aunque más viviente de las palabras). He aquí el porqué todos los seres humanos son intelectuales. Como decía Antonio Gramsci, “no podemos referirnos a no intelectuales, porque el no intelectual no existe” (2011, p. 107).

Esa otra inteligencia más analfabeta y más sabrosa contribuye a la consolidación de las profundas afinidades entre el periodismo, la memoria y las historias, pero no como historicismo, sino como posibilidad de un periodismo abierto y democrático que, en lugar de borrar a los excluidos y silenciados, permita transitar por las esferas de los diálogos posibles. Ya que el periodismo y la historia oral, en esta visión de mundo, son un inmenso aporte a la historia pública. “Capaz de hacer conducir el saber en su dimensión social más amplia, la historia oral, como tributaria de la historia pública, se dirige al lector común, dándole vigor al principio que privilegia lo social como objetivo de conocimiento” (1991, p. 15), resalta el historiador oral José Carlos Sebe Bom Meihy.

*

El diálogo social es la revelación que subyace a la comunión persona a persona, y en una coparticipación del individuo en el acto de pensar, hace re-acontecer el periodismo y la historia de los olvidados, de los llamados analfabetos:

saber leer y escribir no es la regla, sino la excepción. [...] Porque los analfabetos fueron los que inventaron la literatura. Sus formas elementales, desde el mito a las rimas infantiles, desde el cuento a la canción, desde la plegaria al acertijo, son todas ellas mucho más antiguas que la escritura. Sin la tradición oral no habría poesía; sin los analfabetos no existirían los libros (Enzensberger, 1986).

El poeta Hans Magnus Enzensberger sostiene que la cuestión no queda por ahí, ya que existe otro tipo de analfabeto: el secundario. “A este le va bien, puesto que no sufre por la atrofia de memoria que le aqueja. Contribuye a su bienestar el hecho de que no tiene ni la menor idea de ser un analfabeto secundario”. Pero, ¿cuál es la diferencia entre ellos? Que el analfabeto tiene una prodigiosa memoria, habilidad en concentrarse, astucia, invención, tenacidad y sentido auditivo aguzado. Y, paradójicamente, en este proceso la regla será que los analfabetos secundarios ocupen las posiciones más elevadas en la política y la economía. Sin embargo, son los atributos del verdadero analfabeto los que hacen posible el diálogo, el encuentro, la conversación profunda, donde este se queda con la última palabra, pues no necesita de ningún otro medio más que una voz y un oído.

En esta visión el periodismo y la historia oral de vida son una historia pública para los oídos, una especie de carnavalización donde desaparece la diferencia entre actores y espectadores, es decir, entre sujeto y objeto. No tenemos la posibilidad, dice Mijaíl Bajtín (1998), de permanecer fuera del carnaval como observadores sin ser afectados por él. La historia oral de vida es el detalle que revela el todo. El alma del humano ser es su proyección. Quien pronuncia la palabra hace la palabra. Él es el sujeto de la palabra y del signo aconteciendo. Él como sujeto no es, él acontece como pensamiento, habla y acción, por eso la palabra es su acto de existencia y la historia oral de vida le convida a los experimentos y desafíos del encuentro que van más allá del conocimiento superficial, para descubrir los significados del humano ser, transferencias de conocimiento profundo y sensibilizado. Memorias que se fundan en la experiencia que cuestiona los valores más recónditos de nuestras vidas, procurando la nitidez de los hechos. El otro es una realidad hablada y subjetiva que actúa en nuestros pensamientos, y a su vez el repor-

tero trata de comprender el sentido de los hechos hablados: acto subjetivo. Diálogo de sujetos, habla de analfabetos primigenios, conversaciones intensas que hablan del presente, del momento que estamos viviendo, que va para el pasado. Lo que es hablado se transforma. Aquí el acontecer es como ser contado, porque en el fondo la esencia es el encuentro. De esta forma el periodismo y la historia oral de vida son una alternativa de visión de mundo, que se interesa por la historia de los silenciados y de todos aquellos que aparentemente no tienen historia.

“La presencia del pasado en el presente inmediato de las personas es la razón de ser de la historia oral. En esta medida, la historia oral ofrece mucho más que una mudanza para el concepto de historia, garantiza el sentido social a la vida de declarantes y lectores que pasan a entender la secuencia histórica y a sentirse parte del contexto en que viven” (2005, p.19), nos aclara José Carlos Sebe Bom Meihy. Aquí oral no es letra muerta, es palabra viva y el trabajo del reportero debe pretender, por lo menos, “ser una traducción, la más cercana posible, de lo que nuestros ojos, entonces ingenuos, vieron, y de lo que nuestra perplejidad suscitó” (1991, p.10).

*

Es evidente que la escritura es una cuestión de poder y que el analfabeto no es un ser “ignorante, sin cultura, o profano en alguna disciplina”, según la Real Academia Española (2017). Los analfabetos vienen hablando a lo largo de un millón de años, aunque los alfabetizados (analfabetos secundarios) vengán leyendo y escribiendo hace menos de tres mil. De alguna manera la escritura se convirtió en un medio de comunicación, que fue apropiado por una minoría de personas que leen y escriben. Pero nuestra propia cultura, la individual, la interna, es oral en el pensamiento; el discurso es hablado en el cerebro. La voz y la imagen son el punto de partida de nuestra narrativa oral. El filósofo Gaston Bachelard nos ilumina: “La imagen poética nos sitúa en el origen del ser hablante” (citado en Ricoeur, 2004, p. 18).

La magia de la palabra que todos descubrimos en el encuentro con la comunidad es confluencia y un volver a la unidad después de la separación. El flujo del hecho-habla que nos arrastra en el continuo movimiento del enlace de los actos humanos: periodismo e historia oral de nuestras vidas. Circularidad que viene de la reunión. En esa narrativa de palabras que proyectan imágenes, viajamos a la hoguera comunitaria (*mandala* que según Carl Gustav Jung es “el símbolo del centro, del objetivo y del Mismo

(veáse allí) como totalidad psíquica. Autorepresentación de un proceso central, de la producción de un nuevo centro de la personalidad”(2002, p. 478)), en torno de la cual se multiplica la cultura oral.

La hoguera y el hogar simbolizan la sociedad humana y su unión en torno a una forma, a un ser común y vivo: el fuego, penetración o absorción y sobre todo el motor de la regeneración periódica. Hogueras, fuegos, hablas-aguas, hechos... mandalas en la búsqueda de su centro, formas circulares, vehículos en la búsqueda de autoconocimiento. Proceso de *presentificación* del sujeto en todas sus dimensiones. Caminos para llegar a nuestro propio centro y al estado de comprensión que permite ver el mundo presente como es: transitorio, dinámico y contradictorio. Las imágenes vienen a nuestra mente y se concretizan con el habla, este es el poder de la palabra. Mientras vamos hablando las ideas de nuestra habla se vuelven más claras. Mientras que hablamos, en el encuentro con el otro, fluye con más facilidad nuestro recuerdo, ahí es cuando estamos construyendo memoria y siempre que vamos a ella, que la invocamos, tenemos noción de nuestra trayectoria, de nuestra historia.

*

El método del reportero para superar el paradigma de la objetividad es ir más allá del estudio sujeto-objeto, para caer en la imprescindible relación sujeto-sujeto traspasada por el tamiz de las realidades. “La categoría de lo Otro es tan original como la conciencia misma. En las sociedades más primitivas, en las mitologías más antiguas, siempre se encuentra un dualismo que es el de lo Mismo y lo Otro” (Beauvoir, 2016). Ese modo de proceder del reportero refleja su visión de mundo y su moral de vida que se concretiza en su ética para tratar al otro. El habla trata del tejido de la acción y la intencionalidad humanas y no se debe defender una interpretación sin adoptar una actitud moral y de habla. “Como somos agentes activos de la historia y participantes del proceso de hacerla, nos corresponde, por otro lado, situar la ética profesional y la técnica en el contexto de responsabilidades más vastas, tanto individuales y civiles como políticas” (1997b, p.13), plantea Alessandro Portelli.

Es en el descubrimiento del otro, y de cómo comprenderlo en el mundo complejo de las diferencias, que me confronto, como si fuese otro.

La alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano. Ninguna colectividad se define jamás como una sin colocar inmediatamente enfrente de la otra. No hay descripción pretendidamente objetiva

que no se levante sobre un plan ético. Todo individuo que tiene el cuidado de justificar su existencia, la siente como una necesidad indefinida de trascenderse (Beauvoir, 2016).

El sujeto no como un absoluto y sí como una conjunción de experiencias profundas con el otro. La transcendencia de todo individuo va asociada a su pretensión de afirmarse como sujeto, pretensión ética que es el camino de la existencia y el reconocimiento en el otro y en las profundas complicidades humanas. ¿Y cómo llegar allá? En el encuentro. El encuentro es por naturaleza plural, sin desconocer la singularidad. El encuentro es una reciprocidad, una repartición igual. Donde la palabra ser cobra una dimensión humana de reconocimiento de lo semejante, en una existencia para sí y para los otros, en la experiencia concreta de la vida. Conociendo íntimamente al otro en un esfuerzo lúdico de lucidez. Historia oral de vida y periodismo como acción social, producción de sentido, conocimiento y formación del sujeto social. La historia oral periodística es inherente a la vida humana y ella está en la búsqueda de una historia escrita a partir de la *oratura*: el relato de la oralidad popular. Toda la evolución del reportaje ha estado unida a la oratura del ser humano. Con Manuel Rui (1987), escritor-ensayista y poeta angolano, podemos decir que lo oral es texto y no solamente habla, porque hay árboles, niños, escenas comunitarias, gestos, sonidos, bailes, brazos, ojos, bocas, rituales: texto hablado, escuchado y visto. Oratura en ruta, llena de lo cósmico del rito. “La cultura popular, asumida en la expresión de oratura, está a flor de piel en la sociedad. El relato cultural vivo permanece a pesar de que el pueblo tiene una visión bastante crítica acerca del periodista que no oye”, nos advierte Cremilda Medina (1991, p.198).

Es la experiencia de la mano de la tradición oral donde es fundamental un oído refinadísimo para captar el mundo de lo diverso, contrario y oculto en el temperamento de las personas. Precepto en la historia de vida oral cotidiana del presente y en las narrativas periodísticas de la contemporaneidad. Reflexiones sobre el reportaje para una historia oral humanista y democrática, capaz de transmitir el mundo de las vivencias y de las atmosferas donde viven los seres humanos, es decir, hábitat en lo profundo del humano ser. El reportero es un autor que no tiene otro remedio que respirar el mundo. El reportero es un ensayista de la construcción y resignificación de la memoria. Sueño infalible de la humanidad. “Las palabras son símbolos que postulan una memoria compartida”, nos decía Jorge Luis Borges (1995, p. 37).

¿Pero qué espejo es ese de la memoria? ¿Entrevistar para qué? *Entre-vista*, mirada escuchada y sentida como diálogo, encuentro, conversación profunda de comunión, método de la historia oral de vida, disciplina que produce conocimiento, saberes como sentires y sabores de un mundo más humano, menos teoricista. Pero, ¿dónde queda el poder del silencio? En la convivencia íntima, ya que también él es una expresión y un decir de nuestra vida. Aunque el recordar cumple una función de diálogo, el callar expresa lo no dicho, que es una forma de decir. Es que los silencios cuentan porque son un acto de resistencia. En últimas, es el diálogo polifónico el que acaba con el poder de los “letrados” y “transforma una entrevista de campo en un experimento en igualdad” (1997a, p.10), nos aclara Alessandro Portelli.

La textualización

El proceso de hacer entrevistas (diálogos, encuentros, conversaciones) múltiples con el “entrevistado” y cada uno de sus familiares, amigos y colaboradores, reúne la historia de su familia y de su entorno. Según Jaques Loew (1959), es necesario que se conforme una comunidad de destino para que se alcance la comprensión plena de una dada condición humana. Comunidad de destino ya excluye, por la propia enunciación, las visitas o prácticas temporarias en el *locus* de la investigación. Significa sufrir de manera irreversible, sin posibilidad de volver a la antigua condición, el destino de los sujetos observados.

La historia oral de vida tiene posibilidades infinitas de desarrollo que el reportero debe profundizar. Sin embargo, su sentido pragmático de la experiencia le hace reflexionar sobre una en particular; ya que comprender, en una dimensión profunda, esa historia de vida oral le mostrará el camino a recorrer en la textualización. Pero en esa larga caminata, el primer paso será la anulación de voz del entrevistador para dar espacio al habla del narrador. Textualización es un estado más regulado en la realización de un texto de historia oral. Consta de esta tarea la reorganización del discurso, que obedece a la estructuración requerida para un texto escrito. A través de la suma de las palabras-clave, se establece el *corpus*, es decir, la suma de asunto que constituye el argumento.

Para que el trabajo del reportaje desenvuelva un proyecto de historia oral de vida, señala nuevos caminos que deben ser descubiertos y tener para más adelante muchos otros encuentros y textualizaciones; “aunque muchas personas confundan el acto de la entrevista con la historia oral, ella debe ser vista como una de las etapas del proyecto. La entrevista posee esca-

lones: pre-entrevista, entre-vida y pos-entrevista”, plantea José Carlos Sebe Bom Meihy (1996, p. 55). La historia oral de vida es mucho más subjetiva que objetiva. Su fuerza, además, reside en eso, en lo subjetivo. Actualmente, la historia oral de vida ha sido una de las formas más cultivadas del género. Como el propio nombre indica, se trata de la narrativa del conjunto de la experiencia de vida de una persona. En ese caso, debe ser dado al narrador espacio para que su historia sea enlazada según su voluntad. Así el reportero se encaminará por la comprensión como desafío de incorporarse en el otro, para escribir su oratura y para decir como Borges:

Sentí, en la última página, que mi narración era un símbolo del hombre que yo fui, mientras la escribía y que, para redactar esa narración, yo tuve que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, yo tuve que redactar esa narración, y así hasta el infinito. En el instante en que yo dejo de creer en él, *Averroes* desaparece (1993).

Observador en experiencia transcultural

Con el antropólogo cubano Fernando Ortiz (1978) entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra. Transculturación no consiste solamente en adquirir una cultura distinta —que es lo que en rigor indica la voz angloamericana aculturación—, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o el desarraigo de una cultura precedente —lo que pudiera decirse una parcial desculturación—, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales, que pudieran denominarse como neoculturación. La criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto, el proceso es una transculturación, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola. Propuesta que le sirvió a Ángel Rama (1982) para escribir su obra *Transculturación narrativa en América Latina*. Es que en el fondo la fusión de entrevistas y escritura es un proceso de transculturación. Gabriel García Márquez dijo que entre más escribía menos lograba distinguir los géneros del periodismo, y afirmó que es imposible no reconocer que la entrevista —no como género sino como método— es el hada madrina de la cual se nutren todos los géneros. Pero que no le parecía un género en sí misma, como tampoco le parecía que lo sea el guion con relación al cine. Y explicó:

Nunca se aprenderá a distinguir a primera vista entre reportaje, crónica, cuento y novela. Pregúntese a los diccionarios y se dará cuenta de que

son los que menos lo saben. Es un problema de métodos: todos los géneros mencionados tienen sus puertos de abastecimiento en investigaciones y testimonios, en libros y documentos, en interrogatorios y encuestas, y en la creatividad torrencial de la vida cotidiana. Y sobre todo en entrevistas hechas no para publicar dentro de los formatos convencionales del género, sino como viveros de creación y de vida de todos los otros. Y dicho esto habría que reconocer que la entrevista es el género maestro, porque en ella está la fuente de la cual se nutren todos los demás (2001).

Aquí está la entrevista: el camino del encuentro con el otro. En el trabajo del periodismo y de las ciencias sociales, la entrevista es la vía para procurar las expresiones humanas que permanecen en el umbral de la parte más íntima de la cultura. Sabemos que tanto el reportaje escrito como el multimedia se encuentran precedidos por el habla y que el arte de narrar es parte de la vida misma, integrada a las manifestaciones sociales. La oratura que sale de lo cotidiano, del humano ser, desenvuelve las historias que son parte del acontecimiento en la comunidad. Para revivir el pasado y fijar el presente, tenemos que ir a través de nuestra oratura y debemos reinstaurar la vieja práctica del diálogo entre los humanos, donde las diversas partes salen enriquecidas.

Tanto las ciencias humanas como el reportaje dependen de entrevistas con personas, sujetos de investigación o narradores, que son nuestros colaboradores y compañeros en nuestro proyecto. Pero lo que emerge de esos testimonios es la versión de los hechos, por eso las entrevistas siempre estuvieron en el orden del día, en la forma o manera de captación de las experiencias de vida. El trabajo de reportaje necesita de investigación, mayor reflexión y tiempo, un dominio del arte de escuchar al otro y vivir en sintonía con él. Las conversaciones de los reporteros con sus entrevistados muestran los caminos de comunicación. Por esos caminos el periodista desarrolla la entrevista más allá de la técnica, en sus virtudes dialógicas. Explica Cremilda Medina (1995, p. 7):

En el cotidiano del hombre contemporáneo hay espacio para el diálogo posible. Ahí están experiencias o excepciones de la regla que promueven el grado de concretización de la entrevista en la comunicación colectiva. Su mayor o menor *comunicación* está directamente relacionada con la humanización del contacto interactivo: cuando, en uno de esos momentos raros, ambos —entrevistado y entrevistador— salen “alterados” del encuentro, la técnica fue ultrapasada por la “intimidad” entre el YO y el TÚ.

En esta visión, la entrevista es la esencia del periodismo de calidad y el arte del reportaje. Así mismo en las ciencias humanas, como lo ha señalado el sociólogo Edgar Morin (1973), la entrevista evoca un gigantesco trabajo crítico y metodológico. La entrevista, evidentemente, se funde en la más dudosa y más rica de las fuentes, la palabra. Ella corre el riesgo permanente de la disimulación o de la fabulación. La pregunta abierta y la respuesta espontánea permiten (y, sobre todo, para el análisis profundo) a la vez la fabulación, la sensibilidad verídica y una riqueza de significados; pero, esta vez, el riesgo máximo de error se sitúa del lado del entrevistador, del de su capacidad para descifrar el mensaje del entrevistado. El entrevistador debe poseer un grado raro de dotes de objetivación y de participación subjetiva. Lo que significa que el investigador debería estar a la altura de un papel de confesor laico de la vida moderna.

Aquí está el porqué de la entrevista que proviene de la palabra francesa *entrevoir*, que significa “verse recíprocamente” o mejor, mezclarse, como ha sucedido durante siglos en nuestra América mestiza. Proceso de transculturación. Esta noción de entrevista como método, camino al encuentro, va de la mano de la experiencia-acción; pero acción más allá de las presencias físicas, abarcando la acción-sobre-la-experiencia propia o de los otros. Experiencia como conocimiento en movimiento, vivencia con participación del sujeto, es decir, la experiencia de lo vivido, campo de las ciencias humanas: antropología, filosofía, historia, psicología, semiótica, sociología, todas preocupadas en desvendar la comunicación con el otro, o sea, la comunicación en proceso. Por tanto, la comunicación se convierte solo en un espacio, una encrucijada donde las diversas áreas de las ciencias sociales y humanas se encuentran y se funden. Ahí encontramos la emergencia del sujeto humano en la experiencia-acción hablada, un fenómeno muy poderoso en América Latina, donde las mayorías viven en la cultura oral: expresión de su visión de mundo, del sentir, del pensar, del amar, actos que van más allá del llamado analfabetismo.

La entrevista no es solo un instrumento o una herramienta, sino un método, dentro de un proceso que aborda la esencia de nuestra experiencia subjetiva, para llegar a las versiones de la vida y no a una verdad de los hechos del mundo. Entrevista, efervescencia sagrada de comunión. Pero, ¿qué es la entrevista vista desde adentro? Un ritual complejo no solo en el exterior, sino también en el interior del encuentro sujeto-sujeto, en la confesión de seres humanos que viven tiempos extraordinarios de turbulencias y de urgencias afectivas, buscando su camino entre lo sagrado y lo profano, donde el modo complejo de caminar-pensar

se impone de entrada como imposibilidad de simplificar; ella surge allí donde la unidad compleja produce sus emergencias, allí donde se pierden las distinciones y claridades en las identidades y causalidades, allí donde los desórdenes y las incertidumbres perturban los fenómenos, allí donde el sujeto-observador sorprende su propio rostro en el objeto de observación (Morin, citado por García, 2008, p. 19).

Entrevista, inteligencia en acción que transforma el subsuelo de los seres vividos, llenos de experiencia, que abren sus corazones y cuentan sus complejidades, porque la historia está dentro de nosotros, esa cosa natural que la gente lleva consigo, en el yo principio de la unidad, el yo incluido en el otro yo. Encuentro como método de conocimiento y red de conexiones entre las personas, los hechos y el mundo. La experiencia vivida guía la entrevista en el diálogo, en la conversación, en el encuentro rumbo a la alteridad, esa comunión de intimidad en la conciencia de cada uno. La vivencia como experiencia de vida es el momento en que se puede producir la revelación del otro en profundidad. En el método de la entrevista, el observador participante entra en la realidad de su sujeto de investigación a través de la empatía. Ya que podemos tener la libertad de ver al otro como se vive el arte:

Una novela, un poema, un cuadro, una pieza musical son individuos, eso es, seres en los que puede distinguirse la expresión de lo expresado, cuyo sentido sólo es accesible por un contacto directo y que irradian su significación sin abandonar su lugar temporal y espacial. Es en este sentido que nuestro cuerpo es comparable a la obra de arte (Merleau-Ponty, 2000, p. 15).

Pero nuestra existencia, en el decir de Boaventura de Sousa Santos, debe ser recontextualizada, señalando “la emergencia de las especialidades contra el espacio y de las temporalidades contra el tiempo”. Contextos que son encuentro de temporalidades concretas y que se constituyen en redes de transculturación. “Distingo cuatro de esos contextos: el contexto doméstico, el contexto de producción, el contexto de ciudadanía y el contexto de mundialidad”, nos dice Boaventura de Sousa Santos. Es que somos sujetos que vivimos en diferentes comunidades con especialidades y temporalidades propias y porosas. “Tal vez, más ahora que nunca, vivimos en un tiempo de porosidad” que nos fuerza a constantes transiciones y transgresiones; vivencias en intercesión de diferentes fronteras porosas, abiertas y cerradas, que componen la dimensión fenomenológica del pluralismo humano. “Entre el individualismo y el colectivismo, el colectivismo de la subjetividad

como una de las vías posibles de construcción de una nueva teoría de la subjetividad”, propone Boaventura de Sousa Santos (1991, p. 277-279).

En estas redes de transculturación¹ vivimos la experiencia de observadores; pero más allá del observador participante proponemos el observador de la experiencia transcultural, a partir de dentro de sí y del otro, en las cuatro subjetividades-contextos identificados por Boaventura de Sousa Santos. En otras palabras, un sabor-saber del acto de la entrevista en el reportaje. Entrevista, espacio sagrado en un momento ritual, donde los sujetos participantes se relacionan (entre sí) dentro del territorio de la comunión. Aquí no hay espectadores, solo actores participantes que, por medio de su diálogo, convierten su encuentro cada vez más intenso y envolvente, procurando una fusión en las relaciones que sucesivamente cada uno vive, para experimentar el clima encontrado en las mutaciones de la historia oral de vida, donde se produce un grado escrito de lo hablado y un grado hablado de lo escrito: vía metafórica de la entonación afectiva compleja.

Vivencia-mediación

En esta propuesta de reportaje-historia oral de vida, el encuentro, el intercambio humano, el diálogo posible, es un movimiento sagrado. Bastará recordar, nos lo plantea Mircea Eliade (1998), en qué se han convertido para el hombre moderno y arreligioso, la ciudad o la casa, la Naturaleza, los utensilios o el trabajo, para percibir claramente todo lo que lo distingue de un hombre perteneciente a las sociedades arcaicas o incluso de un campesino de la Europa cristiana. Para la conciencia moderna, un acto fisiológico: la alimentación, la sexualidad, etc., no es más que un proceso orgánico, cualquiera que sea el número de tabúes que todavía lo envuelvan y que impone, por ejemplo, ciertas reglas para “comer convenientemente” o que prohíbe un comportamiento sexual reprobado por la moral social. Pero

¹ “Todo cambio de cultura, o transculturación, es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe; es un ‘toma y daca’, como dicen los castellanos. Es un proceso en el cual ambas partes de la ecuación resultan modificadas. Un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente. Para describir tal proceso el vocablo de latinas raíces transculturación proporciona un término que no tiene la implicación de una cierta cultura hacia la cual tiene que tender la otra, sino una transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con sendos aportes, y ambas cooperantes al advenimiento de una nueva realidad de civilización” (Malinowski, 1978, pp. 4-5).

para el “primitivo”, un acto tal nunca es simplemente fisiológico; es, o puede tornarse un “sacramento”, es decir, “una comunión con lo sagrado”.

Lo sagrado es la historia de los seres humanos que viven en la oratura y expresan para el otro las necesidades propias de las experiencias vividas. Es el taller sagrado de la narrativa contemporánea o el libro del alma, camino de los sabios analfabetos y anónimos, experimentadores de la ensayística comunicativa llamada oratura-escritura. Alfredo Bosi (1978) nos aclara la noción de escritura: ese espacio del lenguaje en que la narrativa y el discurso pierden sus caracteres definidores y entran en régimen de cruzamiento y simultaneidad. *Escritura* sería, estrictamente, un ejercicio fenomenológico que tiene por objeto las relaciones entre la conciencia y la palabra, entre el *yo* y el acto de escribir. Los participantes de esta comunión afectiva, conscientes de los deberes que asumen, rompen el tecnicismo para generar una narrativa del sujeto presente en el mundo, integrado a su vivencia-acción, formada en la intimidad de la conciencia, de cada uno de los asociados al encuentro, donde las existencias son como las páginas en el libro del tiempo. Mediaciones que viven en los individuos y en las relaciones sociales y culturales, donde nace y crece el reportaje experiencial, como modulaciones de las oraturas participativas y laboratorio de la identidad cultural de la vida cotidiana. El reportero de las realidades, como ser integrante de la sociedad, se funde con su sujeto-objeto de estudio. Rumbo que nos adentra por los “laberintos” de las transculturaciones, donde la intuición es otro de los métodos del conocimiento en las ciencias de la cultura. Así, los reporteros vamos aglutinando métodos, caminos, para viajar en el proceso del conocimiento de vida de los otros. Trans-métodos para llegar a nuestro destino sagrado o profano, donde cada acto social tiene un sentido especial que solo cobra significado en los valores compartidos por los individuos de la sociedad. En esos múltiples caminos, el reportero investigador va a captar los hechos que le permitan encontrar los motivos subjetivos que impulsan el comportamiento del humano ser. En la vía de la comprensión, que implica la inmersión en las vivencias íntimas, se reviven, en la mente del investigador, los elementos de las situaciones en contextos. Por esos medios el reportaje es una filosofía social que se apoya en la interiorización cada vez mayor, en la ley escrita en el corazón.

A lo largo del tiempo, por milenios tal vez, se desarrolló en nosotros una capacidad que nos permite ver lo que existe. Hay un archivo, en la mente y en el corazón del hombre, mediante el cual la belleza puede ser encontrada en niveles bastante sutiles. Dicho de un modo simple: sabemos lo que está afuera por lo que está adentro, pero lo que está adentro es, también, la

aprehensión de lo que está afuera, dependiendo ésta de los grados y niveles de refinamiento alcanzados (Trinca, 1991. Traducción mía).

Ser humano que aparece en su hablar: humano ser revelado en su conversación, ya que la palabra muestra su corazón. Las bocas hablan las palabras, que son luz para la conciencia y siembras venciendo preconceptos, en la conversación-escucha-conversación, virando al revés nuestra existencia y mudando lo oral en escritura que comunica, aproxima a las personas y las mantiene juntas. Experiencias humanas en tiempos de iluminación entre el ahora, el pasado y el futuro. El espacio de vivencia y mediación con el mundo, instituido por la entrevista, donde son realizados todos los movimientos y actos necesarios al entre-ver. Así las personas simples, como libros abiertos, escriben la historia a través de sus actos. Con Carl Gustav Jung, podemos decir que en el interior de cada persona existen muchos polos opuestos. El inconsciente trata de unir esos polos para llegar a la unicidad o integración total de la persona a través del encuentro-conocimiento. No obstante, lo que importa en el encuentro es la existencia de la transfiguración humana y personal del instante, que vuelve posible el recuerdo de lo que ha sucedido: eso es lo que está delante de ellos, para hacer el habla atravesar la escritura de una narrativa, en el presente indicativo continuo y en la forma definitiva del verbo...

¡Ahora escuchemos la llamada! Vamos a correr el riesgo y desafiar el desfiladero abierto de las hablas. Ahora hágame de ti. ¿Qué haces?

Y los *humanos seres* iluminados por el recuerdo que llevan consigo se dirigen hasta el recuerdo para encontrarse, continuar en viaje y asumir sus largas zancadas. Porque aún tenemos tiempo para dialogar y enunciar el legado más palpable. Acompañados, comprendemos, aprendemos a palpar y a construir con las personas para permanecer en la escritura, permitiendo que el tiempo nunca se destiña, superar la porosidad de la memoria y redescubrir cómo continuamos viviendo en nuestra cabeza, en el habla y en las imágenes: escucha, nos dicen, personas agradecidas, con su magma de transculturación.

*

En los tiempos de modernidad líquida, Zygmunt Bauman (2001) nos acompaña, para ir a lo más pequeño de las cosas, vivir la dialéctica de la cohesión, de la adhesión y potencializar la fuerza del mundo en la percepción de las necesidades humanas existentes o que puedan venir a existir. Proyec-

tos de encuentro, esa acción potencialmente infinita. Vamos, caminemos en este reportaje enraizado en el compromiso afectivo, en la comprensión intuitiva del encuentro vivido, donde interactúan actores múltiples *glocalizados* que estructuran sus relaciones simbólicas y sus imaginarios visuales en medio de los flujos mediáticos. Porque al final, la voz poética confía la comunicación a la polifonía de los otros, a sus sentidos y sus silencios, pero al invocar la voz reflexiva, las crónicas y reportajes periodísticos buscan la voz de la sabiduría poética del *humano ser*. Esas obras periodísticas por su diversidad temática y por el acceso que nos permiten a toda una tradición oral poética, revitalizada y actualizada, merecen un lugar destacado en el ámbito de la narrativa contemporánea... que fluye y *habla agua, habla agua*.

Referencias bibliográficas

- Bajtín, Mijaíl (1998). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- Bauman, Zygmunt (2001). *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Beauvoir, Simone de (2016). 30 años sin Simone de Beauvoir: Fragmento de *El segundo sexo. Crash*. Recuperado de <https://www.crash.mx/letreiro/30-anos-sin-simone-de-beauvoir-fragmento-de-el-segundo-sexo>
- Borges, Jorge Luis (1995). *Libro de arena*, sexta reimpresión. Madrid/Buenos Aires, Alianza Emecé (El libro de bolsillo).
- Borges, Jorge Luis (1985). *El aleph*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bosi, Alfredo (1978). Apresentação. Maria Lúcia dal Farra. *O narrador Ensimismado: o foco narrativo em Vergílio Ferreira*. São Paulo: Ática.
- Eliade, Mircea (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidós.
- Enzensberger, Hans Magnus (1986). Elogio del alfabeto. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/1986/02/08/opinion/508201208_850215.html
- García Márquez, G (2001). Sofismas de distracción. Recuperado de <http://www.salade-prensa.org/art201.htm>
- García, Rolando (2008). *Sistemas complejos. Conceptos, métodos y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Gramsci, Antonio (2011). *¿Qué es la cultura popular?* Valencia: Universidad de Valencia.
- Jung, C. G. (2002). *Recuerdos sueños pensamientos*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Malinowski, Bronislaw (1978). *Introducción a contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Medina, Cremilda (1991). Jornalismo e a Epistemologia da Complexidade. En *Novo Pacto da Ciência 1: A Crise dos Paradigmas - 1º Seminário Transdisciplinar*. São Paulo: ECA/USP.
- Medina, Cremilda (1995). Entrevista o diálogo possível. São Paulo: Ática.
- Meihy, José Carlos Sebe Bom (1991). *Canto de Morte - Kaiowá*. São Paulo: Loyola.
- Meihy, José Carlos Sebe Bom (2005). *Manual de história oral*. São Paulo: Loyola.
- Meihy, José Carlos Sebe Bom (1996). *Manual de história oral*. São Paulo: Loyola.
- Merleau-Ponty, Maurice (2000). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.

- Morin, Edgar (1973). A entrevista nas ciências sociais, no rádio e televisão. En *Linguagem da cultura de massas: televisão e canção*. Petrópolis: Vozes.
- Ong, Walter (1982). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: F.C.E.
- Ortiz, Fernando (1978). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Osorio Vargas, Raúl (2003). *O lugar da fala na pesquisa da reportagensaio: “o homem das areias”, um flagrante do diálogo oratura-escritura*. Tesis de doctorado. São Paulo: Escola de Comunicações e Artes, Universidade de São Paulo.
- Portelli, Alessandro (1997a). *Forma e significado na História Oral. A pesquisa como um experimento em igualdade. Projeto História*, n. 14. São Paulo: PUC-SP.
- Portelli, Alessandro (1997b). *Tentando aprender um pouquinho. Algumas reflexões sobre a ética na História Oral. Projeto História*, n. 15. São Paulo: PUC-SP.
- Rama, Ángel (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Real Academia Española. (2017). Analfabeto. En *Diccionario de la lengua española* (Edición del Tricentenario). Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=2VcZnaQ>
- Ricoeur, Paul (2004). *Freud: Una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.
- Rui, Manuel (1987). Eu e o outro: O Invasor ou em poucas três linhas uma maneira de pensar o texto. En Medina, Cremilda. *Sonha Mamana África*. São Paulo: Epopéia, pp. 308-310.
- Santos, Boaventura de Sousa (1991). O estado e o direito na transição pós-moderna: para um novo senso comum. *Revista Humanidades*, vol. 7, n. 3.
- Trinca, Walter (1991). *A etérea leveza da experiência*. São Paulo: Siciliano.



El periodismo y sus trabajos por la memoria

Patricia Nieto

Yhobán Camilo Hernández

Cuando nos preguntamos por las relaciones entre el periodismo, la violencia y la memoria¹ surgen frases como estas: el periodismo es la historia del presente, el periodismo es el día a día de la historia, el periodismo es el primer borrador de la historia. Las sentencias anteriores privilegian el valor que los textos periodísticos tendrán en el futuro, cuando los hechos dejen de ser noticia y los académicos aborden los medios de comunicación como repositorios de memorias periodísticas². Entonces, los investigadores acudirán a los archivos para obtener datos que los ayuden a describir un hecho o en busca de pistas para interpretar acontecimientos del pasado.

En las siguientes páginas proponemos otro escenario para responder la pregunta que encabeza este capítulo y que podemos expresar así: ¿Cuáles son las relaciones entre el periodismo y la construcción de las memorias del pasado violento al que se enfrentan las sociedades en transición como la colombiana? La respuesta que esbozaremos se guía por el siguiente enunciado: el periodismo que trabaja por la memoria asume la responsabilidad de conocer a fondo los hechos del pasado violento, darles sentido una vez ha comprendido todas las dimensiones de su complejidad, y comunicarlos con la intención de contribuir a la verdad, a la justicia y a garantizar la no repetición de las atrocidades³.

La afirmación anterior requiere desarrollo en, al menos, dos líneas. La primera ruta debe guiarnos hacia la identificación de intersecciones entre diversos conceptos que funcionen como ancla referencial; veremos que entre periodismo, memoria y violencia se generan espacios comunes donde es posible ubicar nuestro objeto de reflexión. La segunda debe llevarnos a describir la expansión teórica, metodológica, narrativa, ética y política del periodismo que trabaja por la memoria.

¹ Las reflexiones presentadas en este capítulo surgen del proyecto *Hacemos Memoria*, con sede en la Universidad de Antioquia, Colombia, apoyado por la Deutsche Welle Akademie, Alemania. El proyecto tiene como objetivo investigar, discutir y proponer el diálogo público sobre la construcción de memoria histórica desde la perspectiva del periodismo. Para mayor información www.hacemosmemoria.org

² María Ángela López y Rubén Domínguez afirman que la Documentación Periodística, herramienta para la gestión, conservación y difusión de la memoria periodística, es una fuente privilegiada para obtener datos y perspectivas de análisis pues permite leer el pasado, el presente y formular pistas para anticipar el futuro (2011, p. 538).

³ Para construir esta definición tomamos elementos de dos desarrollos teóricos. En 2004, Kovach y Rosenstiel escribieron que los medios se pueden entender como “el sistema que proporciona a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos” (p. 24). Y, en 2002, Omar Rincón y Marta Ruiz explicaron que “el periodista es aquel que conoce los eventos, los comprende, les asigna un sentido y los comunica” (p. 102).

*

Empecemos por decir que esta reflexión se realiza al calor del ejercicio periodístico y de la cátedra universitaria en un país con una historia de violencia política prolongada que intenta ponerle fin a una de sus etapas más críticas. Y, en consecuencia, transitar hacia la paz entendida como un estadio en el que los colombianos puedan transformar los conflictos preservando la convivencia como eje de las relaciones políticas.

De las muchas formas de denominación de la violencia colombiana optamos por aceptar el término violencia política, pues pone en el centro de la observación la lucha por el poder, que es uno de los rasgos constantes en las etapas de la violencia en Colombia. La violencia política surge cuando la estabilidad del poder entra en riesgo en sociedades que no disponen de recursos distintos a la fuerza para resolver las diferencias.

Para Max Weber (1936), citado por el investigador colombiano William Ortiz, la violencia política es aquella que está asociada a las estructuras políticas dado que, según este autor, el monopolio del ejercicio de la violencia del Estado solo es posible en ‘comunidades políticas desarrolladas’ en las que exista una estructura de poder centralizada con un gobierno y unas organizaciones que pugnan por su control (Ortiz, 2012, p. 130). Por su parte, Douglas Hibbs (1973), citado por el historiador español Eduardo González Calleja, define la violencia política como acciones políticas y colectivas (excepto el asesinato) dirigidas contra el sistema (González, 2002, p. 133). Por su parte Ted Robert Gurr (1970), citado por el investigador en Ciencias Sociales y Políticas Mario Alejandro Torrico, distingue entre tres formas generales de violencia política: los disturbios, actos relativamente espontáneos con participación predominantemente popular; las conspiraciones, con un alto nivel de organización, pero con una escala pequeña; y las guerras internas, que son formas de violencia organizada, extensiva, de gran escala y dirigida a tumbar el régimen o disolver el Estado (Torrico, 2009, p. 19).

En Colombia, el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), que desde 1972 anima el cambio social a partir de estudios rigurosos de los diversos conflictos colombianos, entiende por violencia política aquella confrontación armada a la que se llega por el interés de diferentes actores en “mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad o para reprimir a un determinado grupo social por sus afinidades sociopolíticas, culturales o ideológicas” (Cinep, 2017, p.14).

Violencia política, tal como está expresada, es una cara del concepto que deseamos articular en este apartado. En la otra cara está escrita una de las características específicas de la violencia colombiana: una guerra prolongada y degradada (GMH, 2013, p. 31). Al respecto, el historiador Juan Carlos Villamizar afirma:

La violencia en Colombia ha sido continua y estructural y, dadas esas dos características, se trata de una guerra civil prolongada. Aceptar esta visión implica, igualmente, rechazar las posturas acerca de las múltiples violencias, la discontinuidad de la guerra y que la turbulencia política de los últimos treinta años es solo un producto de intereses económicos individuales (2018, p. 175-176).

Adriana González Gil, investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, caracteriza la violencia prolongada como aquella en la que se privilegia el conflicto sobre el consenso, por lo que señala el “carácter instituyente de la violencia en determinadas sociedades en las que paradójicamente, si bien su permanencia no está asociada a una guerra declarada, su intensidad, su impacto sobre la sociedad, su presencia en todos los espacios geográficos o simbólicos y su anclaje en la cotidianidad, nos permite afirmar su existencia como contextos de violencia prolongada” (2009, p. 64).

Por su parte el Grupo de Memoria Histórica (GMH) ha calificado el caso colombiano como una guerra prolongada y degradada y explica por qué: “Colombia ha vivido más de medio siglo de violencia continua, aunque con intensidad variable. Esa longevidad del conflicto da cuenta de la transformación de los actores involucrados, de las estrategias y de las formas de conducir la guerra, factores que, combinados, inciden de modo directo en los grados y modalidades de victimización” (2013, p. 108).

Las dos caras que hemos descrito nos permiten decir que la violencia política en Colombia, si bien está anclada en su origen a la lucha por el poder, al extenderse por todo el territorio nacional y prolongarse por décadas ha hecho contacto con múltiples conflictos que, en otro contexto podrían entenderse solo como propios de las relaciones barriales, vecinales o familiares y no como insertos en una guerra.

Elsa Blair, investigadora de la Universidad de Antioquia, propone una tesis interesante para el caso de Medellín al decir que la ciudad la ciudad “ha vivido insertada en una multiplicidad de conflictos que se articulan de maneras específicas y que involucran aspectos bastante más subjetivos, presentes en dinámicas barriales preexistentes a la ‘guerra’”. Y

sugiere observar las dimensiones subjetivas de la vida barrial pues estas “intervienen significativamente en la dinámica de los conflictos, incluidos los conflictos políticos” (Blair, 2009, p. 29). Podríamos decir que la violencia política prolongada se ha derramado por fuera de su contendor y ha cubierto gran parte de las tramas sociales.

En la definición que intentamos ensamblar en los párrafos anteriores, la violencia política prolongada encaja en la historia republicana de Colombia caracterizada por sucesivas luchas sangrientas por el poder. Los historiadores han identificado tres grandes periodos de violencia política en el país⁴. El primero, corresponde a las guerras del siglo XIX libradas por la instauración de un orden político posterior a las luchas independentistas (España, 2013, p. 18). El segundo, el periodo de La Violencia, se explica como resultado de una confrontación creciente entre las clases dominantes y las subalternas, en la que la irrupción de una clase obrera con discurso y capacidad de lucha fue determinante (Sánchez, 2012, p. 18). Y el tercer periodo, que se denomina conflicto armado interno⁵, está definido por la confluencia de las guerrillas de izquierda en procura de la toma del poder por la vía armada, los grupos paramilitares que surgieron como contraguerrillas, el Estado a través de sus fuerzas armadas y el narcotráfico que, en los años 80, creó el escenario para que los grupos en disputa encontraran una fuente ilegal de financiación para ampliar su presencia y accionar en todo el territorio nacional.

En muchos sentidos La Violencia, que se creyó superada con la muerte del último bandolero a mediados de los años sesenta, sigue gravitando sobre las diversas expresiones del conflicto actual. Para comenzar, las guerrillas de hoy comparten con los bandoleros el mismo origen, La Violencia. Las FARC se preciaron durante décadas de tener como su comandante al más antiguo dirigente guerrillero del mundo, alias Manuel Marulanda o Tirofijo, iniciado en las guerrillas liberales a comienzos de los años cincuenta. En los sesenta, estas guerrillas logran insertarse discursiva y políticamente

⁴ Gonzalo Sánchez denominó al conflicto colombiano como *guerra endémica o permanente* y propuso los tres periodos que retomamos en este artículo. Ver: “Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia”. *Ensayo de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, 1985, p. 215-275.

⁵ Trejos al respecto señala que “en Colombia se desarrolla un conflicto armado interno, no convencional y de baja intensidad, que adquirió dimensiones regionales complejas o intermísticas, cuyos orígenes se encuentran en controversias político-ideológicas y en problemas agrarios aún no resueltos. Sus actores irregulares tienen en el narcotráfico a su principal fuente de financiación. Todo lo anterior lleva a establecer que se ha producido una grave crisis humanitaria” (Trejos, 2013, p. 72).

en las luchas de liberación que se presentan por la misma época en otros países de América Latina, África y Asia. Pero sobre ellas también va a seguir pesando, hasta hoy, una herencia negativa de la violencia bipartidista de los cincuenta: la del desprecio absoluto por las formas de hacer la guerra estipuladas en lo que hoy es el Derecho Internacional Humanitario (Sánchez, 2012, p. 26).

El conflicto armado interno⁶ dejó, según el Centro Nacional de Memoria Histórica, 220 mil personas asesinadas, 25.077 desaparecidas, 5'712.506 desplazadas, 27.077 secuestradas, 10.189 víctimas de minas anti-personal. Este conflicto, prolongado, degradado y extendido es el que se espera se transforme en un estadio de paz como consecuencia de la firma en 2016 del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera entre el Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)⁷.

La firma del Acuerdo, precedida de cuatro años de intensas negociaciones⁸, puede considerarse como un momento clave en los procesos de construcción de la memoria de la violencia política en Colombia. Si bien es claro que en el país los ejercicios de memoria comenzaron hace más de una década por interés de universidades, organizaciones no gubernamentales, comunidades, víctimas y el mismo gobierno⁹, en responder qué pasó y por qué pasó, la firma de los acuerdos se recibió, por un sector del país, con la esperanza de que la puerta hacia la memoria, que también es uno de

⁶ Para la realización de “*¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*”, Centro Nacional de Memoria tomó como inicio del Conflicto Armado Interno el año 1964.

⁷ Si bien durante el Conflicto Armado se firmaron acuerdos con grupos insurgentes de diversa índole, los firmados con las FARC revisten mayor importancia por tratarse de la guerrilla más vieja y poderosa del continente.

⁸ Los diálogos, que se realizaron en Oslo y La Habana, comenzaron el 4 de septiembre de 2012 y terminaron el 26 de agosto de 2016. Un mes después, el 26 de septiembre se firmó el Acuerdo Final en Cartagena. El 2 de octubre se realizó un plebiscito con el que se esperaba que los ciudadanos refrendaran lo pactado pero el resultado fue adverso. Frente a la respuesta, el gobierno convocó a los líderes de diferentes tendencias y se realizaron ajustes al documento. Finalmente, el 26 de noviembre de 2016 se firmó el texto definitivo en el Teatro Colón de Bogotá.

⁹ En mayo de 2014, el Centro Nacional de Memoria Histórica presentó el informe *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Con este trabajo cumplió parte de las responsabilidades que le fueron asignadas por la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, Ley 1448 de 2011. Vale recordar que años atrás con la Ley 975 de 2005, conocida como Ley de Justicia y Paz, el gobierno de Colombia había creado la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación con el objetivo de garantizar la participación de las víctimas en los procesos de esclarecimiento judicial, presentar un informe sobre el origen y evolución de los grupos armados ilegales y hacer un seguimiento a los procesos de desmovilización. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/descargas.html>

los caminos hacia la verdad y la justicia, se abriría con el regreso a la vida ciudadana de unos diez mil combatientes y la integración de millares de campesinos habitantes de zonas aisladas por la guerra.

La transición, como hemos aceptado llamar el incierto camino entre la confrontación armada que queda atrás y la convivencia pacífica delineada en el horizonte, vislumbra el momento propicio para que los colombianos convocados por la dolorosa experiencia común que hemos vivido generemos una gran conversación en torno a la crudeza que encarna la violencia política y al compromiso de evitar la ocurrencia de hechos atroces. Lo anterior quiere decir que la transición es uno de los escenarios privilegiados para el ejercicio de la memoria como política.

*

América Latina, con la reacción de los ciudadanos frente a los sangrientos conflictos por el poder que emergieron en todo el continente en las décadas del 70 y del 80, aportó una nueva dimensión a los estudios de la memoria. Frente a las dictaduras, sumadas a los evidentes estragos de la desigualdad social, los ciudadanos salieron a las calles, elevaron sus voces y se organizaron con el propósito de investigar qué pasaba, quiénes eran los responsables e influir de manera decisiva en las estructuras políticas que tomarían forma durante la esperada transición de cada sociedad. En Argentina surgió el movimiento Madres de Plaza de Mayo, en Chile se consolidó la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, en Uruguay surgió la Asociación de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, en Perú se gestó la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos y en Colombia, por solo mencionar un caso, surgió la Coordinación Nacional de Víctimas y Familiares del Genocidio contra la Unión Patriótica.

Javier Lifschitz y Sandra Arenas, expertos en memoria social, describen así la emergencia de una memoria de nuevo cuño asociada a acontecimientos que marcaron la historia política de esa época:

En diversos países de América Latina, esas memorias, que se mantenían ocultas y silenciadas, irrumpieron en la esfera pública de diversa forma. Surgieron nuevos actores, organismos de Derechos Humanos, comisiones de verdad y de justicia, testigos, testimonios, agrupamientos de familiares de víctimas, sobrevivientes y también nuevas formas de expresión de la memoria política, en la escena cultural, el sector editorial, los medios de comunicación, el cine, los centros de memoria, los homenajes (2012, p.105).

Los nuevos actores sociales hicieron de la memoria una actividad política y la convirtieron en tema de actualidad. “La memoria política dejaba de ser solo una cuestión de Estado y de cohesión social, para ser una dimensión de la lucha política de grupos que exigían verdad y justicia y disputaban narrativas en la escena pública” (2012, p.105).

La anterior afirmación nos permite aclarar, con fines meramente expositivos, la ubicación de la memoria política, con sello de América Latina, en la ya larga tradición de estudios acerca de la memoria. Maurice Halbwachs propuso que la memoria debe ser diferenciada de la historia, pues lo propio de la memoria son las narrativas que los grupos sociales construyen a partir de sus experiencias, mientras que lo específicamente histórico está conformado por los relatos emanados de instancias de poder. La memoria social discurre, para el autor, de manera oral, entre las personas, y por canales generados espontáneamente por los grupos sociales¹⁰; la historia, entendida por él como memoria nacional, se transmite por escrito y tiene la pretensión de convertirse en el relato oficial del pasado. Es importante señalar que para Halbwachs tanto la memoria como la historia contribuyen a la consecución de la cohesión social y lo expresa así:

Admitamos que la historia nacional sea un resumen fiel de los acontecimientos más importantes que han modificado la vida de una nación. Se distingue de las historias locales, provinciales, urbanas, en que sólo retiene los hechos que interesan al conjunto de los ciudadanos o, si se quiere, a los ciudadanos en tanto que miembros de la nación. Para que la historia así entendida, incluso si está muy detallada, nos ayude a conservar y a encontrar el recuerdo de un destino individual, es necesario que el individuo considerado haya sido él mismo un personaje histórico. [...] Pero generalmente la nación está demasiado alejada del individuo como para que considere la historia de su país de otra forma que como un marco muy amplio con el que su historia sólo tiene muy pocos puntos de contacto (2004, p. 78-79).

A partir de los postulados de Halbwachs se desarrollaron otras perspectivas analíticas. Pierre Nora, por ejemplo, asoció la memoria nacio-

¹⁰ La memoria como una construcción social se debe, según Halbwachs, a la existencia de marcos sociales: el tiempo, el espacio y el lenguaje que pueden entender como “una serie de estructuras implícitas construidas socialmente respecto a la sociedad del momento” (Ramos, 2013, p.39).

nal con la institucionalización de los lugares de memoria. Para Nora, los lugares de memoria tienen un sentido material, simbólico y funcional:

Lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas, porque estas operaciones no son naturales. Es por esto que la defensa de una memoria refugiada de las minorías sobre hogares privilegiados y celosamente guardados llevan a la incandescencia la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería rápidamente. Son los bastiones sobre los cuales se sostienen. Pero si lo que defienden no estuviera amenazado no habría necesidad de construirlos. Si viviéramos realmente los recuerdos que ellos encierran, serían inútiles. Si, por el contrario, la historia no se adueñara de ellos para deformarlos, transformarlos, y petrificarlos, no serían lugares para la memoria (2009, p. 24-25).

Por su parte, el sociólogo estadounidense Craig Calhoun, asesor principal del Instituto Nicolas Berggruen, cita el planteamiento de Benedict Anderson según el cual la memoria nacional es una forma de representación de cara a la consolidación de las naciones como comunidades imaginadas:

Anderson pensaba que todas las comunidades eran imaginadas, por lo menos ‘todas las comunidades más grandes que los poblados primigenios del contacto cara a cara (y tal vez incluso estas)’ (Anderson, 2006, p.24). Lo que los expertos tienen que examinar no es tanto la verdad o la falsedad del proceso imaginativo nacional, sino los diferentes estilos y formas que adopta la nacionalidad, y las condiciones materiales y prácticas para la producción de este proceso (Calhoun, 2016, p. 12).

Si bien durante décadas, la memoria política se entendía como parte del proceso de institucionalización del relato nacional¹¹, como hemos venido diciendo, los estudiosos de América Latina dieron un giro a esta tradición cuando aplicaron los estudios de Michael Pollak, realizados a propósito de las acciones sociales posteriores a la Segunda Guerra Mundial,

¹¹ En relación con la violencia política, los estudios de la memoria pueden abordarse desde diferentes aproximaciones: *memoria colectiva* (Halbwachs, Le Goff, Benjamin), *memoria histórica* (Nora, Halbwachs, Bergson), *memoria social* (Luhmann), *memoria cultural* (Assmann), *lugares de memoria* (Norá, Jelin, Langland), *historia y memoria* (Le Goff).

a las realidades de esta parte del mundo. Lifschitz y Arenas señalan que Pollak describió cómo la memoria de los subalternos, los marginados y los excluidos se tomaban el escenario público en clara oposición a la memoria oficial y que notó cómo “contrario del abordaje de Halbwachs, se acentuaba el carácter conflictivo y desestabilizador de la memoria, por oposición a la uniformidad y cohesión de la memoria nacional” (Lifschitz & Arenas, 2012, p.104).

La experiencia disruptiva de los ciudadanos de América Latina con la memoria social de la violencia política, en sus diversas manifestaciones según el contexto de cada país, no solo detonó las narrativas convencionales (oral /escrita), sino que rompió las caparazones de las nociones teóricas y llevó a los académicos a describir nuevas prácticas, a reconocer nuevos saberes y a repensar el sentido de algunos conceptos. El de memoria política resultó transformado en este proceso pues Pollak, como ya lo hemos dicho, lo ubicó en el escenario de las luchas sociales. Pollak advierte un giro en el que

desde una perspectiva constructivista, ya no se trata de lidiar con los hechos sociales como cosas sino de analizar cómo los hechos sociales se hacen cosas, cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad. Aplicado a la memoria colectiva ese abordaje irá a interesarse, por lo tanto, por los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias. Al privilegiar el análisis de los excluidos, de los marginados y de las minorías, la historia oral resaltó la importancia de memorias subterráneas que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la “memoria oficial”, en este caso a la memoria nacional. En un primer momento, ese abordaje hace de la empatía con los grupos dominados estudiados una regla metodológica y rehabilita la periferia y la marginalidad. Al contrario de Maurice Halbwachs, ese abordaje acentúa el carácter destructor, uniformizante y opresor de la memoria colectiva nacional. Por otro lado, esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados. La memoria entra en disputa. Los objetos de investigación son elegidos, de preferencia, allí donde existe conflicto entre memorias en competencia (2006, p. 18).

*

Hasta ahora hemos delineado un espacio de intersección entre violencia política y memoria política en el que proponemos ubicar al periodismo, con todo el andamiaje tecnológico que le es propio, en la dimensión que marcamos al comienzo y que ahora repetimos: el periodismo que trabaja por la memoria debe conocer a fondo los hechos del pasado de violencia política, les da sentido una vez ha comprendido su complejidad, y los comunica con la intención de contribuir a la verdad, a la justicia y a la no repetición de hechos atroces. Aceptar lo anterior supone reconocer en el periodismo un mecanismo complejo que genera información interpretada sobre el pasado violento y la hace circular a través de diversas plataformas con el fin de que los ciudadanos tomen decisiones encaminadas hacia la paz; entendida esta como la disposición de preservar la convivencia como valor central de las relaciones políticas.

Lo anterior, dicho en una época en la que los medios masivos de comunicación han convertido la información en moneda de cambio, puede sonar anacrónico. El escepticismo frente a la propuesta –expresada como un deber ser— es mayor si reconocemos que a pesar del torrente informativo originado en las diversas manifestaciones del conflicto armado y en las dramáticas secuelas que ha dejado en las personas, la naturaleza y la sociedad los cambios políticos a favor de la paz no son significativos. Un ejemplo de esto es el voto mayoritario por el No en el Plebiscito por la Paz realizado en Colombia el 2 de octubre de 2016, mediante el cual se pretendía refrendar el acuerdo final para la terminación del conflicto pactado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC. Esto pone en cuestión el papel que los medios de comunicación desempeñan como activadores de la memoria política en tanto camino hacia garantizar la no repetición de hechos atroces.

Tal cuestionamiento al aporte de los medios tiene sentido cuando se evidencia el contraste entre las condiciones en las que ocurre el hecho periodístico, la dimensión dada al papel de los medios en los procesos de producción, circulación y reproducción de la memoria, y los cambios en las decisiones políticas de las comunidades que son sus audiencias¹². Los productos periodísticos divulgados a través de los medios de comunicación son contenedores de las memorias que gestionan por medio de la reporte-

¹² Recomendamos ver: Mosso Saldarriaga, Ángela María (2018). *Influencia de los medios de comunicación en las elecciones presidenciales del año 2014 y las votaciones del plebiscito para la paz del año 2016* (Tesis de pregrado en Relaciones Internacionales y Estudios Políticos). Cajicá: Universidad Militar Nueva Granada.

ría y, al mismo tiempo, son fuentes de distribución y reproducción de las mismas; memorias con aspiración de legitimación dado el compromiso del periodismo con la verdad. En tal sentido, el periodismo es uno de los responsables de las representaciones simbólicas de la violencia política que se instalan en la sociedad.

Por lo anterior, y entendiendo que el periodismo no es un agente neutral, los contenidos periodísticos deben ser observados analíticamente pues ellos son resultado de un trabajo de varias operaciones editoriales: 1. Selección de acontecimientos que se convertirán en noticia según sus valores de actualidad, novedad, veracidad, periodicidad e interés público (De Fontcuberta, 1995, p.16). 2. Jerarquización de las fuentes de información. 3. Ordenamiento de los datos. 4. Estructuración narrativa (Martini, 2000). Tales procesos editoriales son incorporados por Jisele Guachetá Campo en su tesis de maestría, una de las pocas que aborda académicamente las relaciones entre el periodismo y la memoria en el caso colombiano¹³, concentrada en analizar el aporte de la prensa colombiana a la memoria social del genocidio de la Unión Patriótica, cuando dice que es importante identificar a los medios “como un espacio selectivo de representación y de arbitraria construcción de la memoria, considerando que el ejercicio periodístico y su relato es impactado por la tensión de las relaciones sociales, es el resultado del contexto en el que se desarrolla y sus marcos sociales” (2018, p. 42).

Las cuestiones planteadas, lejos de desestimular la idea que queremos proponer, nos llevan a reiterar que la transición puede leerse como una oportunidad para repensar los principios, los métodos y los productos con los que el periodismo —ámbito de reporteros inmersos en las múltiples tramas de los conflictos— se propone como escenario intencionado para la presentación en público de diversas narrativas que pugnan por la construcción de la memoria.

Dicho esto, parece necesario preguntarse si en efecto hoy el periodismo puede trabajar por la memoria como lo sugiere el título de este capítulo. La respuesta va de la mano de Elizabeth Jelin, referente para los estudiosos de memoria en América latina, cuando al preguntarse por qué hablar de trabajos por la memoria respondió:

¹³ También recomendamos ver: Martín, J.E., Jaramillo-Marín, J. Junio de 2014. “Las conmemoraciones noticiosas en la prensa colombiana: rememorando la toma a Mitú”. Palabra Clave 17(2):378-411. Este artículo sintetiza los hallazgos del trabajo de tesis *Las memorias en disputa por el secuestro de Policías en Colombia. Estudio de caso desde los marcos interpretativos de la prensa y el testimonio familiar* realizado por Jairo Martín para graduarse como Magíster en Comunicación en la Universidad Pontificia Javeriana en 2013.

El trabajo como rasgo distintivo de la condición humana pone a la persona y a la sociedad en un lugar activo y productivo. Uno es agente de transformación, y en el proceso se transforma así mismo y al mundo. La actividad agrega valor. Referirse entonces a que la memoria implica “trabajo” es incorporarla al quehacer que genera y transforma el mundo (2002, p. 14).

Un análisis de textos narrativos realizados años atrás nos permitió reconocer algunas características de ese periodismo que se abría paso en sus trabajos por la memoria cuando en Colombia arreciaba la violencia una vez rotos los diálogos de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc el 20 de febrero del 2002; cuando era impensable convocar a un nuevo proceso de negociaciones. Las piezas periodísticas revisadas, escritas por periodistas osados que escapaban de casas editoriales comprometidas con los grandes poderes, son evidencias de la emergencia de una manera renovada de investigar y contar la barbarie (Nieto, 2012).

Esas metodologías —revisadas, reinventadas, recreadas, reinterpretadas— y las obras resultantes son hoy textos periodísticos imprescindibles para comprender el conflicto colombiano. Además de la información que proveen, en las nuevas crónicas de la guerra es posible distinguir varios cambios significativos en el sentido político y en los principios de la profesión [...] Las nuevas crónicas de los hechos de guerra no ocultan la verdad ni la desplazan como fin último del trabajo de la prensa; pero parten de comprender que a la verdad solo se accederá si los cronistas logran incorporar en sus relatos las voces de quienes han habitado la cara oculta de la guerra: las víctimas. Al hacerlo, ingresan a la esfera de la memoria con toda la carga política que ella entraña y que no es otra que vincular las memorias de la gente, por medio de la crónica, a la lucha por la construcción de la democracia (Nieto, 2013, pp. 401-402).

La palabra crónica, incluida en la cita anterior, funciona aquí como la clave para comenzar a recorrer la segunda ruta que esbozamos al principio de este capítulo con el propósito de describir la expansión del periodismo que trabaja por la memoria. Con el término crónica —un género periodístico específico con amplio desarrollo en América Latina— se hace en realidad alusión al gran campo del periodismo narrativo: el estilo de investigación y de escritura en el que podemos ubicar a los periodistas que trabajan por la memoria y al que, en el esfuerzo por hacerlo contenedor de una materia frágil y en transformación, le han generado cambios que apenas estamos descubriendo.

Los más reconocidos teóricos del periodismo narrativo en América Latina han llegado a consensos generales acerca del origen e identidad de este estilo¹⁴. Es claro que en la década del 60 del siglo XX en muchos lugares del continente los periodistas reaccionaban frente a los métodos dominantes de investigación periodística y de escritura en los periódicos; medios que ya no dialogaban con los lectores ávidos de conocer los sucesos de su propia sociedad sometida a cambios dramáticos. Fernando López Pan, experto en géneros periodísticos dice que:

El periodismo convencional se sustentaba sobre el presupuesto de una narración pura, objetiva y neutra, en la que se relaten los hechos sin mezcla alguna de interpretación o valoración. Y, en una búsqueda por dotar de un estatuto digno a las prácticas informativas, se habían establecido características formales del relato: ausencia de palabras valorativas, presentar las diferentes versiones en conflicto, asegurarse —y hacer creer al lector por el uso de las comillas— que las opiniones recogidas son atribuibles a alguien distinto del propio periodista, el respeto a la estructura de la pirámide invertida, el estilo impersonal, la ausencia de firma (2012, p.298).

Durante décadas los reporteros intentaron romper los moldes de ese periodismo dedicado a dar la noticia de cualquier suceso respondiendo cinco preguntas básicas con textos caracterizados por la brevedad, la precisión y la objetividad y hallaron, en diferentes latitudes, nuevas formas de contar las noticias una vez se quitaron el corsé que delineaba las formas y en ellas aprisionaban los contenidos y los significados.

A ese fenómeno narrativo le llamaron nuevo periodismo en atención a una expresión usada por Tom Wolfe (1975) y periodismo literario por las reflexiones de Norman Sims (1996). Si bien esas dos fechas marcan momentos importantes en la consideración de este estilo periodístico por los académicos norteamericanos, el periodismo narrativo respiraba en diversos rincones del continente. En 2003, Juan José Hoyos llamó Literatura de Urgencia al estilo que los reporteros colombianos desarrollaron durante décadas para narrar un país que no sale ni de la guerra ni de otros dramas y escribió que los cronistas “hallaron un estilo con el rigor de los hechos, la precisión del reportero y la gran libertad expresiva del escritor” (p. 150).

¹⁴ Los libros de referencias son: Hoyos, Juan José (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Herrscher, Roberto (2012). *Periodismo Narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona.

El reconocimiento del periodismo narrativo también puede considerarse como un importante punto de corte para las ya largas discusiones con respecto a las semejanzas y diferencias entre el periodismo narrativo y la narración literaria. Ya nadie discute que la literatura y el periodismo comparten temas, herramientas de investigación, estrategias narrativas y formatos de divulgación con una intensidad sorprendente pese a que conservan una clara diferencia que radica en el pacto con el lector. La literatura ofrece ficción y el periodismo veracidad¹⁵; la literatura es el espacio de la imaginación, el periodismo es el lugar de la investigación; la literatura es en el primer nivel de lectura el campo del placer individual, el periodismo es en todo tiempo escenario del compromiso social; la literatura habrá de estar bien escrita, el periodismo narrativo será como un cuento de la vida real.

Juan José Hoyos dice que el periodismo narrativo tomó cuatro técnicas de la novela realista del siglo XIX: la construcción escena, el uso de una voz personal, el punto de vista y el uso de diálogos (2003, p. 358). Por su parte, Roberto Herrscher presenta así los elementos literarios que nutrieron el relato periodístico: el punto de vista y el personaje narrador; las historias de los otros; de las fuentes a los personajes y de las declaraciones a los diálogos; y la descripción como fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual (2012, pp. 28-35). A su vez, Jorge Rodríguez, experto en teorías de la escritura periodística, dice que el

Nuevo Periodismo que no solo consiguió una gran factura estética en un terreno plagado de escritos estandarizados, sino también una manifestación cultural que revolucionó la literatura misma, con una literatura de la realidad capaz de describir el mundo y la humanidad, por medio de narraciones individuales, abundantes en pormenores íntimos que el periodismo convencional desechaba. Esas pequeñas historias revelaban la Gran Historia estadounidense que ni literatos, ni historiadores estaban contando (2012, p. 17).

Es posible decir que en pequeñas historias, como las llama Rodríguez, se estaba viviendo también el gran drama de la historia de América

¹⁵ Jorge Rodríguez dice que el denominado pacto de lectura del periodismo se refiere al compromiso implícito entre la prensa y sus lectores de que los contenidos se someten al principio de veracidad; es decir, que los reporteros no pueden inventarse ni un dato; ni una escena, ni una declaración. Además, agrega que “por la entidad del oficio, las consecuencias de la traición a este trato no son solo ética, sino también legales; de modo que el reto de los narradores en los periódicos estaba en dos frentes: el reporterismo y la escritura” (Rodríguez, 2012, p.15).

Latina. Y hubo alguien que en el sur del continente se animó a contar el horror. Leila Guerriero, cronista argentina, lo presenta así: “Cuando faltaban ocho años para que un hombre llamado Truman [Capote] inventara todo aquello de la novela de no ficción, mucho antes de que se insinuara un cruce posible entre periodismo y literatura y a décadas de que alguien pensara en la posibilidad de escribir la palabra “arte” junto a la palabra “crónica”, Walsh lo sabía todo” (2018, p. XIV)¹⁶.

Se refiere Guerriero a la historia que sigue: El 18 de diciembre de 1956 el escritor argentino Rodolfo Walsh escuchó una frase que le cambió la vida para siempre. “Hay un fusilado que vive”, le dijo una voz masculina a él que se tomaba la última cerveza de la noche en el bar de siempre (Walsh, 2018, p.9). Tres días después estaba frente a aquel sobreviviente que le narró de un tirón la terrible noche y le marcó el camino para descubrir cómo el Estado argentino, a través del Ejército, detuvo ilegalmente a 12 civiles el 9 de junio de 1956 acusándolos de hacer parte de la insurrección contra el gobierno de la Revolución Libertadora: las víctimas fueron sacadas de un pequeño apartamento en la localidad de Florida donde veían una pelea de boxeo transmitida por televisión, trasladadas en un furgón hasta el barrio José León Suárez y fusiladas en un basurero. Siete de los fusilados sobrevivieron y fueron los narradores que le permitieron a Walsh publicar una serie periodística en la revista gremial *Mayoría* entre mayo y julio y luego, en el mismo 1957, el libro *Operación Masacre* con Editorial Sigla.

Al recordar los detalles de su esfuerzo por encontrar un impresor para su historia, Rodolfo Walsh escribió: “Así que ambulo por suburbios cada vez más remotos del periodismo, hasta que al fin recalco en un sótano de Leandro Alem donde se hace una hojita gremial, y encuentro un hombre que se anima. Temblando y sudando, porque él tampoco es un héroe de película, sino simplemente un hombre que se anima. Y la historia sale, es un tremolar de hojitas amarillas en los kioscos, sale sin firma, mal diagramada, con los títulos cambiados, pero sale. La miro con cariño mientras se esfuma en diez millares de manos anónimas” (Walsh, 2018, p. 10-11).

La hoja se agota porque cuenta cómo fusilaron a los “fusilados”, un drama tan cercano a miles de argentinos que pudieron ser los padres, los hermanos o las víctimas y porque estaba escrita con la precisión del dato contrastado y con un ritmo vertiginoso que lleva al lector al momento de la muerte de unos y de la salvación de los otros. Guerriero devela el secreto de

¹⁶ Leila Guerriero reconstruye los antecedentes de la investigación y escritura de *Operación Masacre* en la introducción del libro publicado por Ediciones El Asteroide de España.

Walsh: “Para contar la historia echó mano de todas las técnicas de la literatura [...]: esparció intriga, suspenso, descripciones minuciosas, estructura coral y la elegancia de un lenguaje de dientes apretados, tan ajustado a sus huesos que cualquier sobresalto resulta un estallido” (2018, p. XIV).

Operación Masacre, con su trastienda investigativa y su montaje escénico, es un ejemplo de cómo los reporteros de esta parte del mundo se conectaban desde mediados del siglo pasado¹⁷ con un movimiento gestado por ciudadanos organizados para investigar qué pasaba y quiénes eran los responsables, denunciar las atropellos e influir de manera decisiva en la transición. En sesenta años, tiempo que ha pasado desde la publicación de *Operación Masacre*, muchas cosas han cambiado. Los conflictos y las formas de contarlos son otros aunque, quizá, la brutalidad con la que la violencia acaba la vida sea la misma.

*

Lo herederos de Walsh han sido compelidos a contar las transformaciones sociales que tiñen de sangre a todo el continente y lo han hecho a su modo, apelando tal vez al método salvaje, descrito por Juan José Hoyos de esta manera: “todo periodista dedicado a narrar hace lo mismo: a lo largo de su vida va encontrando su propio método para investigar y para narrar, va creando su propia Arte Poética. Y frente a cada historia nueva tiene que inventar un nuevo método. Mi método es el de abandonarme a la sabiduría del corazón” (2007, p. 188).

Varias generaciones lo han intentado y, como lo dice Omar Rincón, periodista y crítico de medios, no lo han hecho del todo mal: “Estos relatos periodísticos –verdades en invención, a medias, como todas las verdades de la guerra– nos han servido como testimonio de nuestra barbarie pero también de nuestras maneras de imaginar un presente con dignidad” (Nieto, 2012, p. 196).

Las diversas estrategias adoptadas por los cronistas colombianos para conocer a fondo los hechos del pasado de violencia política, comprenderlos y comunicarlos con la intención de evitar la repetición de las atrocidades, esto quiere decir trabajar por la memoria, han propiciado una expansión teórica, metodológica, narrativa, ética y política de alcances

¹⁷ Para conocer cómo el periodismo narrativo en Colombia tuvo un largo proceso de decantación, sugerimos leer *La pasión de contar*, un libro que reúne piezas periodísticas escritas entre 1638 y 2000. La selección incluye el que para Juan José Hoyos es el primer reportaje moderno escrito en Colombia. Se titula *El Crimen de Aguacatal* y fue publicado en 1874.

insospechados para el periodismo¹⁸. En los párrafos que siguen esbozaremos cinco escenarios que resulta imprescindible estudiar a fondo para delimitar el campo profesional y académico copado por el periodismo que trabaja por la memoria.

La actualidad es el pasado

Esta frase supone un cambio sustancial en la teoría y en la práctica del periodismo, pues el significado de la actualidad como objeto de la información se transforma. El documento fundador del Pregrado en Periodismo de la Universidad de Antioquia, escrito hace casi veinte años, explica que la parte de la realidad elaborada como información por los periodistas y divulgada por los medios de comunicación es la actualidad y sostiene que ella “es un presente continuo” (Universidad de Antioquia, 1990, p. 1). La actualidad, ese recorte arbitrario, se construye, según la teoría clásica, a partir de hechos que “acaban de ocurrir o de descubrirse, o que se tiene previsto van suceder en un futuro más o menos próximo” (De Fontcuberta, 1995, p. 17) y que se van a investigar y a comunicar a través de los medios de comunicación. Esa línea cronológica imperturbable, sobre la que se ha sostenido el acontecimiento noticioso, se rompe cuando los periodistas deciden volver sobre el pasado como acontecimiento principal.

Los cronistas que trabajan por la memoria no buscan la novedad, lo que ocurre en el instante, lo que irrumpe en la cotidianidad. Retornan para someterse a lo que podríamos denominar experiencias del recuerdo re-vivido que dan un nuevo significado a los acontecimientos. Sus crónicas podrían leerse como pasado que se hace presente. Más allá de los recuerdos que irrumpen en el hoy por la autonomía de la memoria, es el encadenamiento de los recuerdos por medio de narraciones lo que los actualiza y los convierte en presente. Para hablar de los sobresaltos que genera la narrativa periodística sobre el eje cronológico podríamos tomar la explicación de Beatriz Sarlo según la cual “del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro” (2006, p.13).

¹⁸ El equipo de *Hacemos Memoria* ha identificado los aspectos metodológicos y narrativos imprescindibles para un ejercicio periodístico con perspectiva de memoria y los presentará en un trabajo posterior.

Las fuentes son personajes y los personajes son víctimas

Los manuales de periodismo quedan vueltos añicos cuando se hace necesario conversar con una persona que fue testigo de un hecho del pasado violento. Roberto Herrscher recuerda que en el ejercicio cotidiano: “los periodistas solemos tener fuentes [...] las vemos como expertos, testigos, poderosos o víctimas de esos poderosos. [...] y aparecen y desaparecen de nuestros textos sin que podamos ni verlas ni entenderlas. No cuentan ni recuerdan ni reflexionan. [...] Están en el no-lugar y el no tiempo de las declaraciones” (2012, p.32).

Sacar a las personas del no lugar y del no tiempo es una tarea de los trabajos por la memoria y eso supone no solo entender y respetar la altura moral de quienes han sufrido sino también situarse en un escenario jurídico y político en el que han asumido una nueva identidad: la de víctimas. Los periodistas que trabajan por memoria optan por acercarse a los personajes a partir de una consideración ética que el profesor Reyes Mate hace a propósito de quienes justifican los asesinatos en nombre del progreso: “El asesinato no puede tomarse como una fatalidad del destino o como un pago lógico del progreso. Las víctimas se han hecho visibles. Han dejado de ser el precio silencioso de la política y de la historia. La visibilidad consiste en haber logrado que su sufrimiento deje de ser insignificante, es decir, que signifique injusticia” (2008, p. 29).

El gran cambio expresado por Mate encuentra su correlato en el discurso de defensa de los Derechos Humanos que al decir de Catalina Puerta, abogada colombiana, estudiosa de los derechos humanos, “ha servido de fundamento para la exigencia de unas garantías dirigidas a un sujeto especialmente concebido, primero como población civil, y luego como víctima, el cual adquiere un lugar especial después de la Segunda Guerra Mundial” (Puerta, 2020 p. 4). En Colombia con la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005), que propició la desmovilización de los grupos paramilitares, emergió con fuerza la figura de la víctima con toda su denominación, definición, marco legal y escenario sociológico.

Con la emergencia del sujeto víctima en contextos de violencia extrema, en los que se asume la ocurrencia de crímenes contra la humanidad, la justicia y, en general, la sociedad giran su mirada hacia el pasado para indagar, entre otros asuntos, por la verdad, por aquellos que sufrieron la violencia y por los responsables de la misma. Con esto, emerge a su vez el testimonio:

Es a través del testimonio que se evidencia el daño recibido y se dimensiona la violencia de la que se fue víctima. Y en este punto debemos resaltar que la relación entre trauma, testimonio y narrativa adquiere un lugar decisivo (Ortega, 2009), en tanto que la subjetividad emerge en el testimonio para dar cuenta de la experiencia de sufrimiento de los individuos (Hartog, 2002), lo que produce una urgencia de reconocimiento a los afectados (Puerta, 2019, p.).

Es a través de la constatación del daño infringido que surge la consideración del testimonio como instrumento pedagógico. Michael Pollak y Natalie Hienich dicen que todo testimonio pone en juego tanto la memoria como la reflexión que sobre sí mismos hacen los sobrevivientes: “Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa” (2006, p. 54). Reyes Mate, al reflexionar sobre la escritura de Primo Levi, dice: “hay en el escritor-testigo una intencionalidad educativa. Quiere hablarnos documentadamente para que nosotros aprendamos a descifrar el peligro que corremos” (Mate, 2008, p. 12).

Si el periodismo logra conectarse con la idea anterior podrá privilegiar el sentido social y político de su acción sobre los logros estéticos que, en muchas ocasiones, son más importantes para el mercado. Para María Eugenia Ludueña, reportera argentina experta del Derechos Humanos: “las víctimas buscan conocer la verdad: qué les pasó a sus seres queridos, cómo ocurrieron los hechos, quienes son los responsables. Buscan que haya justicia [...] que la Justicia diga: esto es verdad. Poder contar estas historias desde el periodismo le da a la memoria el poder del reconocimiento público, dignifica a las víctimas” (Ludueña, 14 de abril de 2015).

La inmersión es participativa

Esta sentencia invita a revisar los cambios sustanciales que los trabajos por memoria generan en las rutinas periodísticas. Hasta ahora hemos aceptado que la inmersión es la gran estrategia metodológica del Periodismo Narrativo. Norman Sims (1996), dice que la inmersión es la gran apuesta que los reporteros hacen con su tiempo pues deben lograr saber todo sobre un tema (p. 19) y Hoyos (2003) afirma que la inmersión es el único camino para encontrar una historia (p. XVI). Esta técnica, que se centra totalmente en la experiencia del reportero, se expande en los trabajos por la memoria, pues se hace indispensable que los datos (que son informaciones sobre hechos y

sentimientos) provengan de los recuerdos de los personajes y que, además, ellos estén dispuestos a compartirlos con otros en una narración pues de eso se trata la memoria social. Lo anterior solo se consigue con el trabajo participativo entre reporteros y personajes.

El periodismo participativo, en el que tienen encuentro la memoria social y la memoria política, se basa en la convicción “de que ya no es suficiente con el tradicional modo que se ha empleado para informar a una sociedad. En su lugar, es preciso abrir un espacio a las voces de los sujetos no profesionales del proceso informativo que, pese a todo, también están capacitadas para aportar nuevas perspectivas y puntos de vista” (Requejo, 2007, p. 37).

Y esto se podría definir como “el acto por el que un ciudadano o grupo de ciudadanos, informa, analiza y difunde noticias e información, desempeñando un rol activo en todo este proceso. El propósito de su participación es proporcionar la información independiente, confiable, precisa, amplia y relevante que una democracia necesita” (Bowman & Willis, citados por Requejo, 2007, p. 37)¹⁹.

El periodismo narrativo: de estilo a macro-género

Hemos dicho que el periodismo narrativo es el estilo privilegiado para la escritura de los relatos periodísticos en clave de memoria pues esta se refiere al drama y el drama es corazón de la poética. En consecuencia es importante decir que se basa en los siguientes elementos: cada texto cuenta una historia, el tiempo es el hilo para tejer el drama, la tensión funciona como secreto para conseguir que el lector llegue hasta el final, el clímax es la recompensa emocional, los personajes tienen identidad, el contexto es el marco para la interpretación, los hechos suceden como escenas antes los

¹⁹ Un ejemplo de periodismo participativo lo constituye la experiencia de *Hacemos Memoria* en el municipio de Granada, Oriente de Antioquia, donde en 2015 la Asociación de Víctimas Unidas de Granada (Asovida); los medios de comunicación locales integrados por la emisora Granada Estéreo, el canal comunitario Vahos Televisión, la revista *La Viga en el Ojo*; y otras organizaciones sociales de esa localidad aceptaron la invitación de *Hacemos Memoria* a participar en un proceso de asesoría y construcción de memoria desde la perspectiva del periodismo. Producto de esto, el 28 de julio del 2017 se presentó en el Salón del Nunca Más, espacio de memoria de las víctimas en esa población, la multimedia *Granada: una historia de dolor y resistencia*, dos líneas de tiempo que narran, a través de infográfico, videos y fotografías, 25 hitos de violencia y 18 actos de resistencia que vivió esta comunidad durante los años más álgidos del conflicto armado.

ojos del lector, el narrador habla desde su subjetividad de manera directa, expresa y deliberada.

A la luz de lo que hemos venido exponiendo, es claro que el periodismo narrativo se ha visto obligado a conectarse de otra manera con la realidad por muchas razones, entre ellas, la capacidad expresiva de los personajes que participan en la construcción de sus historias y porque con ellos viajan dispositivos digitales de uso personal. La participación implica aceptar que los relatos no caben ya en la imprenta porque están dirigidos a quienes leen de otra manera. “Según Dan Gillmor, [...] fundador y director del Center for Citizen Media, los principios que definen al movimiento [del periodismo participativo] son (Gillmor, 2002): 1. Mis lectores saben más que yo. 2. Esto no es una amenaza, sino una oportunidad. 3. Podemos usar esto para crear algo parecido a un seminario o a una conversación que permita que ambas partes nos enriquezcamos. 4. La tecnología interactiva y aplicada a la comunicación –en la forma de e-mails, weblogs, foros de discusión, websites y otros– puede hacerlo posible” (Requejo, 2007, p. 38).

Frente a este reto, el Periodismo narrativo ha respondido convirtiéndose en el contenedor de la diversidad narrativa que es sustancial al periodismo y sus trabajos por la memoria. Jorge Rodríguez lo expone así: “La vida es drama y el drama es la clave de la literatura y del periodismo. El drama es el eje sobre el que gira un interés natural del escritor y su audiencia. Sobre este cimiento se articulan las tramas (los temas) y los procedimientos (el reportero y los recursos narrativos) [...] del periodismo literario” (2012, p. 22). Este estilo es visto entonces como un macro-género que acoge una amplísima variedad de géneros escritos, audiovisuales y digitales.

El reportero es un autor

Con tal afirmación concluimos este capítulo en el que hemos intentado delinear un escenario académico donde el periodismo y sus trabajos por la memoria puedan ser descritos e interpretados. En la transición que vive Colombia, los periodistas que optan por narrar el pasado violento, inspirados en la idea de un futuro sin violencia, están asumiendo una tarea trascendental que socava algunos manuales del oficio y enfrenta a diversos poderes.

En medio de la algarabía propagada desde los medios masivos aliados con poderes de diversa índole, las voces de los periodistas que trabajan por la memoria son todavía murmullos de resistentes. Pero luego, cuando los papeles de hoy sean documentos, se reconocerá el valor político de

los trabajos por la memoria y se contará el valor de los que hoy se juegan la profesión en esa peligrosa intersección entre periodismo, violencia y memoria.

Las periodistas Elena Poniatowska, ganadora del Premio Cervantes de Literatura 2013, y Svetlana Alexiévich, ganadora del Premio Nobel de Literatura 2015, han pasado su vida en este territorio azaroso; han inventado métodos de investigación y narrativas periodísticas para contar el horror y la sobrevivencia sin desleírse en la oscuridad del sufrimiento o en la luz cegadora del triunfo. Ellas, autoras de polifonías indispensables para comprender los mecanismos de ciertas violencias a través de las voces de quienes los han vivido son polo a tierra en estos tiempos. Tal vez en sus palabras están las claves para la reflexión sobre la dimensión ética, política y estética del rol del reportero que pone su historia y su voz en relación con las de sus personajes.

Poniatowska confesó ante decenas de cronistas de América latina: “Soy lo que soy por las miles de voces que he escuchado. Estoy hecha de las múltiples entregas de los que me han dado su confianza. Por esta razón, mi agradecimiento al otro es infinito y la identificación que siento con los demás es estimulante a más no poder. Vivo, en verdad, como un cable de alta tensión, siempre a punto del corto circuito” (2012). Alexiévich lo dijo de otra manera: Estoy interesada en la gente pequeña. La pequeña gran gente —es como yo lo pondría—, porque el sufrimiento engrandece a las personas. [...] No hemos tenido tiempo para comprender lo que aún nos está pasando, solo tenemos que decirlo. Para empezar, debemos, al menos, articular lo que pasó. Tenemos miedo de hacer eso, no estamos listos para hacer frente a nuestro pasado (2015).

Referencias bibliográficas

- Alexiévich, Svetlana (2015). *La batalla perdida*. Estocolmo. Discurso leído al recibir el Premio Nobel de Literatura. Recuperado de <https://www.las2orillas.co/la-batalla-perdida-de-la-premio-nobel-svetlana-alexievich/>
- Blair, Elsa, Grisales Hernández, Marisol, & Muñoz Guzmán, Ana María (2009). Conflictividades urbanas vs. “guerra” urbana: otra “clave” para leer el conflicto en Medellín. *Universitas Humanística*, 67(67). Recuperado de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2128>
- Calhoun, Craig (2016). La importancia de Comunidades Imaginadas y de Benedict Anderson. *Debats*, 130 (1), p. 11-17.
- Cinep (2017). *Marco Conceptual. Noche y Niebla*. Bogotá: CINEP-PPP.
- De Fontcuberta, Mar (1995). *La noticia. Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.
- España, Gonzalo (2013). *El país que se hizo a tiros. Guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Bogotá: Debate.
- GMH (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- González Calleja, Eduardo (2002). *La violencia en la política*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- González Gil, Adriana (2009). *Viajeros de ausencia: desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia* (Tesis de doctorado). España: Universidad Complutense de Madrid.
- Guachetá Campo, Jisele (septiembre de 2018). *Memoria social y narrativa de la prensa sobre la violencia política. Análisis sobre el cubrimiento periodístico de El Tiempo y El Espectador. La Unión Patriótica 1985-1990* (Tesis de maestría). Santiago de Cali (Colombia): Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, maestría en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Recuperado de http://vitela.javerianacali.edu.co/bitstream/handle/11522/10772/Memoria_social_narrativa.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Guerriero, Leila (2018). Prólogo. En Walsh, Rodolfo. *Operación Masacre*. España: Ediciones El Asteroide.
- Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Arroyo. España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1era edición.

- Herrscher, Roberto (2012). *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la memoria*. Barcelona: Ediciones Universidad Barcelona.
- Hoyos, Juan José (2003). *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hoyos, Juan José (2007). *El método salvaje*. En Falbo, Graciela. *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Hoyos, Juan José (2009). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia 1638-2000*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Kovach, Bill & Rosenstiel, Tom (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: Ediciones El País.
- Lifschitz, Javier Alejandro & Arenas Grisales, Sandra Patricia (2012). *Memoria política y artefactos culturales. Estudios Políticos*, N° 40. Medellín (Colombia): Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, (pp.98-119).
- López Hernández, María Ángeles & Domínguez Delgado, Rubén (2011). *Acta del I Congreso Internacional de Ética de la Comunicación* (p. 538 – 547). España: Universidad de Sevilla.
- López Pan, Fernando (2012). *Los saldos de una vieja polémica. El New Journalism y las convenciones del periodismo objetivista*. En Rodríguez, Jorge Miguel. *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.
- Ludueña, María Eugenia (14 de abril de 2015). *El periodismo que narra la memoria. Cerosetenta*. Universidad de los Andes: Colombia. Recuperado de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-periodismo-que-narra-la-memoria/>
- Martini, Stella (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Bogotá: Norma.
- Mate, Reyes (2008). *Primo Levi, el testigo: una semblanza en el XX aniversario de su desaparición*. En Madina Muñoz, Eduardo. (Compilador). *El perdón, virtud Política. En torno a Primo Levi*, p. 11-32. Barcelona: Anthropos.
- Nieto, Patricia (2012). *Crónicas a fuego lento. Narrativa periodística colombiana. El pasado se hace presente y la memoria se sobrepone a la verdad*. En Rodríguez, Jorge Miguel (Coordinador). *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.

- Nieto, Patricia (2013). *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia. El caso reciente de la ciudad de Medellín* (Tesis de Doctorado en Comunicación). Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n36/n36a07.pdf>
- Nora, Pierre (2009). Pierre Nora en *Les lieux de memoire* [Traducido del francés por Laura Masello]. Santiago: LOM Ediciones.
- Ortiz Jiménez, William (enero-junio de 2012). Violencia política en Colombia. Paradojas e institucionalización de una disfunción. *Civilizar*, 12 (22), p. 129-142. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Pollak, Michael & Hienich, Natalie (2006). El testimonio. En Michael Pollak. *Memoria, olvido y silencio* [Traducción de Christian Gebauer, Renata Oliveira Rufino y Mariano Tello], p. 53-112. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Poniatowska, Elena (2012). *De Tlatelolco a #Yosoy132: crónicas de la resistencia*. Discurso de apertura del 'encuentro nuevos cronistas de indias 2', organizado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes -CONACULTA- y la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano -FNPI-, el miércoles 10 de octubre de 2012. Recuperado de <http://www.archivo.fnpi.org/recursos/textos/discurso-de-apertura-del-encuentro-cronistas-de-indias-2-elena-poniatowska/>
- Puerta, Catalina (2020). Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia. En Patricia Nieto (Editora académica). *Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas*, p. 81-100. Medellín: Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones.
- Ramos Delgado, David (2013). La memoria colectiva como reconstrucción, entre lo individual, la historia, el tiempo y el espacio. *Realitas*, vol. 1, N° 1, enero-junio. Barranquilla (Colombia). p. 37-41.
- Requejo Alemán, José Luis (2007). Una llamada a la responsabilidad de las audiencias en el periodismo participativo. *Palabra Clave*, vol. 10, núm. 1. Colombia: Universidad de la Sabana, p. 36-47.
- Rincón, Omar & Ruiz, Marta (2002). *Bajo todos los fuegos. Los periodistas en el conflicto colombiano*. Bogotá: Proyecto Antonio Nariño.
- Rodríguez, Jorge (2012). Como un cuento...como una novela...como la vida misma. En Rodríguez, Jorge Miguel. *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.
- Sánchez, Gonzalo (2012). La Violencia. En Stephen Ferry. *Violentología* p. 17-28. Bogotá (Colombia): Editorial Ícono.

- Sarlo, Beatriz (2006). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. México: Siglo XXI Editores.
- Sims, Norman (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Torrice Terán, Mario Alejandro (2009). *Factores explicativos y dimensiones de la estabilidad política. Un estudio mundial* [Tesis de Doctorado en Investigación en Ciencias Sociales con Mención en Ciencia Política]. México: Flacso. Recuperado de <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec:8080/bitstream/10469/1777/1/TFLACSO-2009MATT.pdf>
- Trejos Rosero, Luis Fernando (2013). Colombia: una revisión teórica de su conflicto armado. *Revista Enfoques*, XI (18), p. 55 – 75. Recuperado de <file:///C:/Users/user/Downloads/Dialnet-ColombiaUnaRevision-TeoricaDeSuConflictoArmado-4364027.pdf>
- Universidad de Antioquia (1999). *Pregrado en Periodismo. Plan de estudios, pedagogía, didácticas y administración académica*. [Documento administrativo]. Medellín.
- Villamizar, Juan Carlos (2018). Elementos para periodizar la violencia en Colombia: dimensiones causales e interpretaciones historiográficas. *Ciencia Política*, 13 (25), p. 173-192. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/cienciapol/article/view/65251/66436>
- Walsh, Rodolfo. (2018). *Operación Masacre*. España: Ediciones El Asteroide.
- Wolfe, Tom (1975). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

**Lugares de refugio:
el arte frente a la guerra**



Imagen y poder: borrar/mostrar lo que no debe ser visto

Rubén Chababo

Uno

¿Cómo esconder un cuerpo no deseado? ¿Cómo sustraerlo de la vista sin que deje huella alguna sobre la piel del mundo? ¿Cómo hacer para que ese arrebato sea sutil, por nadie recordado? Son estas las preguntas que cualquier asesino se formula ante la necesidad de esconder un cadáver que lo incrimina. Son las mismas preguntas que el poder, aquí en América Latina y en cualquier sitio del mundo, se ha formulado y se formula con insistencia a la hora de deshacerse de los cuerpos indeseables. Vivimos en un mundo plagado de indeseables. Hombres y mujeres que ocupan un lugar no asignado en la sintaxis del sistema, que perturban el orden imaginado, cuyas presencias deben ser alejadas de nuestra vista. ¿Pero cómo, de qué modo, con qué estrategias? Ningún asesino, ningún perpetrador desea cargar con la culpa de ser el ejecutor de la violencia, de allí la destreza en el arte de esconder los cuerpos que han sido eliminados. Caminamos por ciudades que en capas superpuestas esconden los cuerpos que alguna vez fueron desechados. Madrid, Barcelona o Varsovia, Lima o Ciudad de Guatemala, resguardan por igual, bajo la superficie de sus adoquines, bajo el verdor de sus parques o plazas, el aliento de decenas de miles de eliminados en las guerras de exterminio. Pero ¿cómo, de qué modo, hacer visibles esas ausencias?

Durante años, Gustavo Germano trabajó para hacer evidente lo que intentó ser borrado por la fuerza del poder diseñando un proyecto que consiste en ir en busca, no de los cuerpos arrebatados en su materialidad, sino tras el halo o el aura dejada por su ausencia en el corazón mismo de los rituales cotidianos. La fotografía fue entonces la herramienta para esa búsqueda o develamiento, también para enunciar una advertencia en clave de denuncia: vivimos rodeados de muertos (ver imagen 1). Y entonces, buscando fotografías antiguas, se propuso cotejarlas en tiempo presente, yendo a los sitios que alguna vez habitaron los muertos, las mismas salas, las mismas habitaciones, hogares, esquinas, interiores ahora cargados por la fuerza de la ausencia.

El resultado es una serie fotográfica que pone en evidencia el impacto del terrorismo de Estado que tuvo lugar en Argentina entre 1976 y 1983. Un impacto homicida que dejó una secuela de miles de desaparecidos cuyos cuerpos, en su gran mayoría, aún no han sido recuperados. Arrebatados de sus hogares, de sus lugares de trabajo, lo que ha quedado de ellos es la intensidad de una búsqueda desesperada por parte de sus familiares. Pero también espacios vacíos que no han podido ni podrán ser vueltos a ocupar



Imagen 1. 1975-2006, La tortuga alegre. Río Uruguay, Entre Ríos. Orlando René Méndez y Leticia Margarita Oliva. Fotografía. Gustavo Germano, del proyecto Ausencias Argentina (2006).



Imagen 2. 1974-2006, Clara Atelman de Fink / Claudio Marcelo Fink. Fotografía. Gustavo Germano, del proyecto Ausencias Argentina (2006).

porque los muertos, ningún muerto, regresa a la vida más que bajo la forma de la memoria.

En una de las fotografías hay una madre y un hijo (ver imagen 2), en una tarde de mediados de los años setenta, escena capturada tan solo unos meses antes de que las fuerzas represivas entraran a ese hogar. Clara Atelman de Fink es, en la primera escena, una mujer que mira amorosamente a su hijo; en la segunda toma, la que obtiene Germano (2006), es lo más parecido a un atlante que resiste la fuerza arrebataadora de la ausencia. Los objetos dispuestos en el lugar son casi los mismos, pocas cosas se han modificado del entorno hogareño, la cortina floreada, el mantel, el centro de mesa, como si la historia se hubiera detenido en un instante, hechizando a sus protagonistas al punto de congelarlos en el pasado.

Si en la primera fotografía la madre mira a su hijo, en la segunda su mirada esquiva el lugar antes ocupado por su descendencia, como si allí hubiera *algo* imposible de ser visto, como si mirar el vacío fuera sinónimo de ser devorado por él.

En este proyecto documental, lo invisible alcanza una centralidad destacada. No es lo que se ve, lo que asalta o convoca nuestra mirada, sino lo que ya no está, lo ausente, lo que falta, lo que ha sido arrebataado del espacio y de la vida para siempre. Retratar lo que no vemos es una forma de señalar, no lo que nos falta por haberlo perdido, sino lo que nunca debió ser sustraído de nuestro lado. Así, el proyecto de Germano, al retratar la ausencia, narra al mismo tiempo una de las dimensiones con que la violencia política se instaló en el corazón de nuestras sociedades y dejó vacíos perdurables que ni siquiera la luminosidad de la justicia, cuando se despliega sobre los perpetradores, logra nunca conjurar.

Dice Susang Sontag (1980) que para percibir el vacío hay que captar otras zonas del mundo como colmadas, es decir, entender que el hueco que diseña lo ausente solo puede existir en medio de un universo de cosas visibles. Ese contraste es el que vuelve evidente lo que no vemos. Y lo que no vemos en estas fotografías es justamente los cuerpos que el Estado se propuso quitar de nuestra vida arrojándolos al vertedero de la Historia. Por eso, este proyecto fotográfico es lo más parecido a un rescate o a una salvación donde la fotografía reinstala el cuerpo dañado por la violencia del Estado, sin mostrarlo, sin exhibirlo, como si se tratara de un sudario cristiano que solo ofrece a nuestros ojos una huella, para que sepamos o recordemos nosotros el paso de esos vencidos por la piel de este mundo.

Dos

Hace ya más de cien años, en Ecuador, José Domingo Laso, uno de los fotógrafos más reconocidos de Quito, intentó reflejar a través de la lente de su cámara, la belleza y la singularidad de la ciudad que lo vio nacer. El resultado de ese proyecto es una serie de miles de fotografías que permiten reconstruir visualmente desde este presente las características de esa capital latinoamericana. Espacios amplios, catedrales, iglesias, monasterios, mercados. Casi nada escapa a su mirada con afán de registro. Miradas al sobrevuelo, esas imágenes no tienen nada de diferente a las que por esos mismos años otros fotógrafos tomaban en otras capitales y ciudades de América Latina y el mundo. Podemos pasar una y otra fotografía y solo quedarnos en el acto contemplativo. Sin embargo, un siglo más tarde, su nieto, Francisco Laso, se propuso una empresa sorprendente: exhibir aquello que su abuelo había ocultado o, como él mismo califica su acción, *desfotografiar* imágenes al proceder con un revelado inverso.

Muchos años antes de que existiera el *fotoshop*, muchos años antes de que la manipulación de imágenes fuera tomada por el poder como un recurso eficaz para borrar sujetos incómodos para la Historia, Laso, el viejo fotógrafo quiteño, se aventuró en una empresa sorprendente: eliminar de sus fotografías todo resto de excedente social. Quito debía ser presentada como una ciudad ordenada, limpia, higiénica, una urbe latina, pero con espíritu europeo. Y entonces se empeñó en eliminar lo que sobraba, borrando a los indios de la escena visual, esa masa humana que, habitante histórica de la ciudad, no debía ser representada ni siquiera mostrada públicamente, como si su sola presencia en el espacio público fuera un escándalo (ver imágenes 3 y 4).

Hay que hacer un esfuerzo para advertir las borraduras que han quedado grabadas sobre la superficie de los antiguos negativos, pero allí están, como si se tratara de rastros espectrales inscritos sobre la piel de la imagen primigenia. Las borraduras de Laso pasaron inadvertidas por décadas hasta que un descendiente suyo las descubrió y decidió sacarlas a la luz, en un acto de reivindicación histórica. Aquellos que habían sido borrados de la escena, retornaron como fantasmas, en un modo de reparar simbólicamente la negación que sobre ellos desplegó una nación y una clase en América Latina.

Las fotografías borradas de Laso no responden a una idea descabellada. En esos mismos años, en la casi totalidad de países latinoamericanos, negros e indios eran o exterminados o relegados a los suburbios de las



Imágenes 3 y 4. Ciudad de Quito a comienzos del siglo XX. Foto. José Domingo Laso.



Imagen 5. Indios en el Museo de La Plata. Buenos Aires, Argentina. Circa 1888.

sociedades dominadas por las familias patricias. Un proceso de limpieza étnica que en el caso argentino alcanzó su clímax con la histórica “campana al desierto”, y que puede ser vista como una antesala de los exterminios que en los años posteriores se desplegaron con fuerza en ese y otros países del continente, ya no contra el indio, sino contra el otro indeseable, el subversivo.

Así como Gustavo Germano pone en evidencia, con su proyecto, el hacer visible lo ausente, el descendiente de Laso que recupera las fotografías de su abuelo y las exhibe mostrando sus marcas desde esa ausencia impuesta por la borradura, la dimensión de un proyecto de poderosa fuerza negadora del otro. La ciudad de Quito, prolija y limpia, la ciudad ordenada e higiénica, es una utopía que se proclama en los discursos oficiales y que Laso realiza o confirma en sus tomas fotográficas, en esa apuesta por presentar un mundo solo habitado por blancos y descendientes de europeos. El viejo Laso se empeña en crear una comunidad imaginaria, en forjar una memoria urbana que perdure en la posteridad y que responda a la imagen de una ciudad que en verdad no es, entregándole a las clases dominantes quiteñas la imagen de lo que ellas desean que sea su ciudad, no lo que en verdad su ciudad es en su cotidiano fervor.

Tres

Por los mismos años que Laso sacaba sus fotos quiteñas, más al sur de América Latina, en La Plata, su Museo de Antropología comenzaba a recibir un singular patrimonio viviente conformado por indios e indias que habían sido tomados como cautivos en la lucha contra la barbarie y depositados en los salones del museo como reliquias extrañas para ser observadas. El cacique Inakayal y toda su familia ocuparon durante muchos meses los sótanos de esa institución y allí fueron retratados, él y su familia, para la posteridad. Tratados como piezas exóticas, al igual que vasijas e indumentarias, los indios del sur secuestrados fueron expuestos a la mirada pública y blanca, aquella que puertas afuera del museo comenzaba a diseñar el proyecto de ordenamiento civilizatorio argentino. Un proceso que logró forjar exitosamente un imaginario, una idea de nación que hasta hoy en día perdura en la idea de que nuestro país, Argentina, es una nación absolutamente blanca y que el indio, el mestizo, el negro, no son más que excepciones en los cálculos demográficos (ver imagen 5).

La casi totalidad de estos indios encerrados en el museo murió de tristeza. Algunos enloquecieron al no entender las razones de su permanen-

cia en la institución y otros, como el propio Inakayal, se suicidaron. Utilizados para la servidumbre o para la investigación científica, fueron dejando sus huesos y sus cabelleras detrás de las vitrinas. Único testimonio de su paso por el mundo para regocijo de la ciencia finisecular que buscaba en su extrañeza una forma de ratificar su lugar de supremacía en el concierto de las especies.

Hoy vemos esas imágenes como si formaran parte de un archivo olvidado para la conciencia pública. Nada o poco queda de esa memoria arrasada por la fuerza del olvido. Sin embargo, al ver esas fotografías, como diría Arendt, un instante de verdad puede asaltarnos. Instantes que —revelan la dimensión y el espesor del ayer perdido, tal como la magdalena de Proust llevada a la boca— surgen, de repente, con la velocidad de un rayo que quiebra la mansedumbre y la opacidad del presente, devolviéndonos así a ese pasado labrado en el combate entre la barbarie y la civilización, y donde el pensamiento ilustrado logró imponer su voluntad y dominio.

A partir de esos instantes de verdad que se revelan en las imágenes de los indios cautivos en el museo y de las fotografías borradas de Laso, sería posible comenzar a entender de qué manera en casi todos los países de nuestra región la imagen fotográfica anticipó o acompañó la tragedia humana del exterminio, y hasta en algunos casos la promovió, al estimular el desprecio y el rechazo por ese otro fotografiado, como si hubiera que preparar la pupila para poder aceptar y luego justificar, como natural, la matanza. Una gran matanza, para ser exitosa, necesita no solo de la reunión de asesinos dispuestos a llevarla a cabo, sino de la aceptación activa o pasiva de la comunidad en la que ella habrá de tener lugar. La aceptación del asesinato de los otros indeseables se prepara desde los discursos, desde el prejuicio, pero también desde la laboriosa construcción de las imágenes, cuya eficacia política no es menor a la de los discursos, los manifiestos y las proclamas. Algo que se comprueba al mirar las imágenes 6 y 7. Son algunas de las muchas fotografías que en el año 1900 tomó el ingeniero Muñoz Reyes en un estudio boliviano y en el que fueron convocados a posar dos indios enanos. Desconozco si la colección posee más fotografías, pero creería que estas alcanzan para entender el proyecto que hay en ciernes. En una de las fotografías, el indio enano posa como un rey sentado en un sillón europeo con el mundo a sus pies, como demostrando en clave irónica la imposibilidad de esa empresa: el mundo nunca será ni de los enanos ni de los indios, y en todo caso este retrato, lejos de cualquier sentimiento de respeto, no puede generar más que risa o desprecio.



Imagen 6. Mundo a mis pies. Juan L. Muñoz Reyes. 1900.



Imagen 7. Enano a caballo. Juan L. Muñoz Reyes. 1900.

En la segunda fotografía, el indio ya está despojado de los atributos reales. Usurpa el lugar de un niño en un caballo de juguete y mira seriamente a uno de los lados del encuadre. Parece satisfecho con esa pose y debemos imaginar todo el trabajo que le insumió al fotógrafo alcanzar esta imagen sostenida en la ridiculización del indio. Son indios y además deformes. Y además de indios y deformes, se atreven a presumir de monarcas o de ser inocentes como niños. No hay empatía ni condescendencia alguna que pueda despertar su visión, solo risa o rechazo. Ese indio enano se atreve a creerse rey, y ese otro a jugar con los juegos de un niño blanco. Desencajados del mundo real, son piezas que no caben, que podríamos calificar como excéntricas al orden soñado para esta región del mundo por la mirada blanca y eurocéntrica. Pero, además, lo que no vemos a simple vista, lo que está detrás de estas imágenes, es el sueño de un mundo donde los personajes monstruosos, no solo no ocupan tales sitios, sino que son también expulsados de allí. Se les pone en dichos sitios, no para que disfruten de ellos, sino más bien para demostrar que esos lugares no les pertenecen ni les pertenecerán jamás.

¿Para quiénes fueron tomadas esas fotos? ¿Para regocijo de qué mirada fue montado el espacio de ese estudio donde dos indios enanos posan para la posteridad? ¿Sabían ellos que eran modelo para la sorna? ¿Fueron seducidos por la paga? ¿Eran cautivos de algún señor rico de La Paz o Tiwanaku? Eso no lo sabemos, lo que sí podemos saber, mirando estas fotografías con la distancia que nos separan de su toma original, es que ellas son la concreción acabada en imagen de un mismo proyecto de 'pureza racial', el mismo que en una secreta sintaxis los une con los indios cautivos del Museo de La Plata y los que fueron borrados de las fotografías por José Domingo Laso en Quito hacia comienzos del siglo XX.

Un indio borrado es desechable; de un indio que acepta ser sometido a la burla puede prescindirse. De allí a la justificación del exterminio solo hay un paso. Es así como la pupila de finales del XIX se domestica en un proceso paciente, el cual tiene por objetivo el anhelado sueño civilizatorio americano que mira a Europa como depositaria de las claves y los modelos ejemplares a imitar al tiempo que sueña un territorio continental sin diferencias, monocromático en sus texturas epidérmicas, monolingüístico, ordenado, respetuoso de la autoridad y el orden que imponen las clases dominantes.

Cuatro

¿Dónde está lo que no vemos? ¿A dónde van a parar los cuerpos que tratan de eludir el control del Estado en su afán persecutorio? El mapa contemporáneo del poder y de la violencia está diseñado sobre el cuerpo de millones de invisibles, de hombres y mujeres que desaparecen de nuestro lado sin dejar rastro, sin despertar alarma alguna en las conciencias salvo que se trate de hombres y mujeres que pertenecen a una clase que tiene la posibilidad de la denuncia o de la rebeldía. De lo contrario, esos cuerpos se evaporan y son deglutidos por el olvido.

En la frontera entre México y Estados Unidos, hace ya más de medio siglo que tiene lugar una cacería que no termina y que parece, según los discursos en boga, que aumentará. La frontera, el *border*, la línea que separa el mundo próspero del mundo desarrollado, se ha convertido en la meta deseada de millones de hombres y mujeres. En Managua y en El Salvador, en Chihuahua y en Tegucigalpa, nombres como Los Ángeles, Nueva York o Chicago se han convertido en sinónimo de deseo. No son ya las utopías soñadas en los años sesenta las que impulsan a las mayorías, sino otras, nuevas, nunca imaginadas con anterioridad y que tienen al sueño del bienestar capitalista como meta de sobrevivencia absoluta frente al desmoronamiento de las promesas de bienestar en los países situados al sur del río Colorado. Han caído los antiguos relatos y la revolución arrojó a los ojos de los soñadores su costado más crudo y perverso en clave de control panóptico. Los desesperados por el hambre, pero también los desencantados, huyen, como pueden, con lo que tienen, en balsas, sobre la cubierta de los trenes, sorteando las mandíbulas de los tiburones o la precisa mirilla del rifle que busca hacer centro en sus entrañas.

Y más precisamente en esa frontera entre México y Estados Unidos que ahora el poder del norte anuncia consolidar, en esa línea divisoria, la muerte deja su rastro. Máquina de deglutir cuerpos, allí, sobre esa traza, algunos fotógrafos intentan plasmar la huella de la masacre, para que ella no quede por siempre innostrada.

El foto-documentalismo ha registrado exhaustivamente esa huida, que ya lo digo, salvo para las propias víctimas y sus familias, es casi invisible, solo advertible en las cifras que anualmente son trasladadas a informes publicados por las organizaciones humanitarias que dan cuenta de ese drenaje humano en clave de masacre. En algunos casos se trata de imágenes de migrantes sorprendidos en la espera, en mitad de la noche o el mediodía, con una actitud propia de los animales que han sido cazados en medio de su



Imagen 8. Intervención en la frontera entre los Estados Unidos y México



Imagen 9. Guillermo Gómez Peña, En el hall del genocidio I. Fotografía, 142 cm x 103 cm. 2006. Fotografía de Teresa Correa. Cortesía de la galería Saro León.

huida, resignados a la deportación, que es sinónimo de regreso a su lugar de origen.

Pero también los artistas intentan dejar marcas, señales que salven a ese territorio de la anomia o la indiferenciación social. Modos de alertar que allí, en ese sitio, algo ha sucedido o está teniendo lugar, advertencias estéticas que, como luciérnagas, diría Didi-Huberman (2012), en medio de la noche de los tiempos, emiten sus fognazos de presencia. La frontera entonces es marcada, escrita, señalada. Dibujos pintados, *stencils*, proliferación de cruces pueden ser vistos como mapas visuales de una desgracia que se contabiliza en miles de muertos o asesinados, anuncios en clave iconográfica, diseñados e inscritos sobre la superficie de metal para que al ser vistos lleguen más lejos, hacia los lugares distantes donde esa tragedia es inadvertida o desconocida (ver imagen 8).

Cinco

El arte contemporáneo puede ser una herramienta eficaz para enfrentarse a esa amenaza de lo invisible. Lo que no pueden a veces los discursos y las proclamas lo puede un puñado de imágenes, lo puede la voluntad de artistas que responden al dictamen de la exclusión construyendo imágenes disruptivas, artistas que se enfrentan a los cánones establecidos, que intentan decir algo más, por fuera de la norma y de los saberes consagrados. En esa misma frontera trabaja desde hace años Guillermo Gómez-Peña, un artista *transformer* habituado a cruzarla, una y otra vez. Sus imágenes buscan quebrar los estereotipos, el prejuicio de una identidad consolidada y fija para transmitirnos la idea de travesía, de ubicuidad. En sus composiciones, Gómez-Peña une lo distante y lo diverso, creando *collages* de excluidos y sospechados para arrojarlos a la mirada. Indios con tacones altos, travestizados, con sus atributos rituales, rodeados de negros. Y en otros casos, oficiando de cazadores humanos. La idea de poder está allí. Me detengo en esta imagen de indio sioux casi mujer, con los cráneos dispuestos en exhibición como si se tratara de una cacería inversa. No sabemos a quiénes pertenecieron esas cabezas exhibidas. Quien posa lo hace de modo sensual, mostrando su pierna izquierda, cargando un arma de combate, como dispuesto a la guerra o a un encuentro erótico, sin ocultar los vellos de su torso, medio hombre, medio mujer, mixtura de todas las fronteras imaginables, las geográficas, las de género, las de la clase (ver imágenes 9 y 10).

A través de su proyecto, el arte performático de Gómez-Peña da vuelta, invirtiendo el sentido tradicional e histórico con el que los derrota-

dos y los humillados de la tierra han sido inscritos en nuestros imaginarios. La imagen parece decirnos “somos eso y eso otro y además todo lo demás que no puede ser atrapado en el lenguaje que el poder utiliza para clasificarnos”. O, en otras palabras, somos otras cosas que aquello contenido en el lenguaje articulado por el prejuicio racial.

Entre los cuerpos dispuestos en vitrinas de los indios en el Museo de La Plata, entre los indios *borrados* de la superficie fotográfica de Laso o los ridiculizados como enanos, las escenas de Gómez-Peña alientan la posibilidad del desafío. Son como estocadas visuales a la mirada cristalizada con la que los subalternos han sido representados a lo largo de la historia. El autorretrato de Gómez-Peña no busca en quien lo mira ninguna hilaridad. Ese indio mestizo se posiciona sobre sus tacones de mujer con autoridad y poder y desde allí interroga todo lo establecido. Crea una zona indeterminada, heterogénea, indecible a las clasificaciones. Instalando el interrogante sobre la identidad donde todos buscamos definiciones certeras o, como diría Néstor García Canclini (2008), “haciendo visible diversos sentidos sociales y las disputas existentes entre ellos”.

Entre los indios enanos montados sobre caballos de juguetes y este indio, hay algo más que un siglo de distancia cronológica, hay la toma, por parte del arte en manos de los subalternos, de una idea de derecho y de autoridad que fue esmerilada por el poder de turno de este lado del Atlántico a lo largo de quinientos años de presencia colonial. Allí donde hubo borradura de los cuerpos, Gómez-Peña repone, no la imagen del cuerpo borrado, sino una provocación visual en clave de desafío conceptual. Gómez-Peña desorganiza el mapa de lo inteligible obligando al que mira a aceptar que existen otras cartografías sociales y políticas más allá de las aceptadas y consagradas, pero también se enfrenta a esa peligrosa visión en clave melancólica con que los indios tantas veces han sido retratados. Indios bellos de belleza muda, despojados de todo espesor cultural y político. Indios que auguran, en clave de exotismo, la promesa de una buena fotografía en el corazón de la pupila turística o en el de la benevolencia humanitaria que nunca se resigna a un mundo sin excluidos. El indio de Gómez-Peña, en cambio, no evoca ningún paraíso perdido, no evoca ningún tiempo antiguo de nobleza que haya que salir a recuperar. No es un indio que busca establecer empatía alguna con quien lo mira, es un indio dispuesto a dar batalla, a poner el cuerpo y a cruzar la frontera, todas las fronteras, con todos sus atributos a cuestas.

¿Hasta qué punto pueden las imágenes del arte desarmar los mecanismos sobre las que se articulan las imágenes del poder? ¿Cómo organizar,



Imagen 10. Guillermo Gómez Peña. Brujos tric Continentales. Fotografía, 142 cm x 103 cm. Con la colaboración de Rakini Devi. Fotografía de Teresa Correa. Cortesía de la galería Saro León.

junto a los signos del poder, otros signos que utilicen el poder como un significante a intervenir? ¿Cómo enunciar un mensaje que sea audible, visible, en medio de la increíble saturación de imágenes que caracterizan a los tiempos contemporáneos? Los retratos de Gómez-Peña parecieran intentar responder a estas preguntas, no de manera acabada, sino dejando abierta la posibilidad de formular aun más interrogantes a los ya existentes.

Coda

Volviendo a la segunda imagen con la que comencé esta presentación, la de Clara Atelman de Fink, podría asegurar que pocas imágenes de nuestro repertorio fotográfico han logrado condensar de manera tan acabada el sentido de la invisibilidad y la ausencia. Esta fotografía es consecuencia de un despojo, de un arrebato, de la violencia de la historia sobre una comunidad humana en el corazón del siglo XX. No están allí, no habla esta imagen ni de los indios ecuatorianos o peruanos o argentinos que fueron invisibilizados, ni mucho menos se refiere a los de la frontera mexicana. Y, sin embargo, todas esas ausencias de nuestra historia latinoamericana caben en la fuerza concentrada de esta imagen que, al verla, nos obliga a pensar que este continente que habitamos está lleno de espectros, que esos espectros son, como todos los espectros, invisibles, que esos espectros son los muertos y los expulsados de la historia, que como fantasmas siguen habitando el mismo “territorio” que nosotros, aunque no nos demos cuenta de que están allí, aunque no los veamos. Para que el pasado sea memoria debe ser articulado en tiempo presente. Toda imagen del pasado que no se reconozca activamente en el presente está amenazada por la desaparición. Por eso, establecer los diálogos entre imágenes distantes, buscar o imaginar sus genealogías secretas, puede ser un modo de ejercer una justicia postergada, aquella que la Historia les negó a los que fueron borrados por la violencia. Para eso sirve la fotografía, tanto para ocultar como para hacer visible lo oculto. Y también, por qué no, para recordarnos, como sucede con el retrato de Clara Atelman de Fink, el justo lugar que los vencidos siguen reclamando como propio, desde su ausencia, en el inmenso corazón de la Historia.

Referencias bibliográficas

- Didi-Huberman, George (2012). *Supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Abada Editores.
- García Canclini, Néstor (2008). *El éxodo y sus alrededores*. Madrid: Revista Exit, n. 32, pp. 22.
- Sontag, Susan (1980). *Sobre la fotografía*. Buenos Aires: Sudamericana.

Referencias fotográficas

- Correa, Teresa. *Brujos tric Continentales*. Cortesía de la galería Saro León.
- Correa, Teresa (2006). *En el hall del genocidio I*. Cortesía de la galería Saro León.
- Germano, Gustavo (2006). *Ausencias Argentina*. Recuperado de <http://www.gustavogermano.com/#ausencias>
- Laso, José Domingo. *Ciudad de Quito a comienzos del siglo XX*. Recuperado de <https://latinta.com.ar/2017/06/los-borrones-de-la-modernidad/>
- Muñoz Reyes, Juan (1900). *Mundo a mis pies*. Recuperado de <https://clavoardiendo-magazine.com/mundofoto/panorama/archivum-ex-machina-america-latina-rompe-espejo-distorsionado-la-colonizacion/>

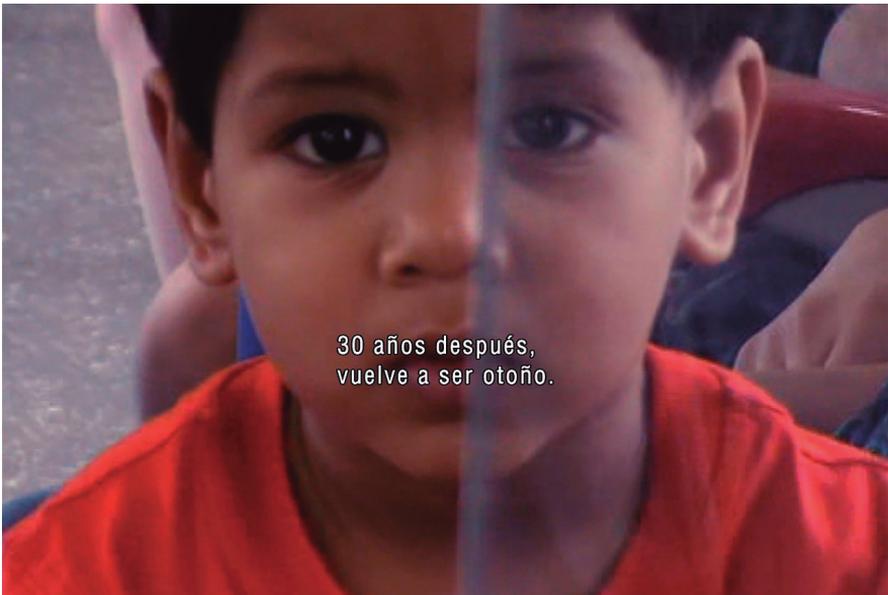
El cine y la guerra en Colombia: las imágenes, a pesar de todo

Pedro Adrián Zuluaga

“Para quien quiera prestar atención, la historia del país está sin embargo escrita en otra parte, por una multitud de huellas. Marcas voluntarias o accidentales, ostensibles, fugaces o disimuladas. A menudo signos de lucha contra el olvido, la indiferencia o la impunidad”. Son palabras del narrador del cortometraje documental *La impresión de una guerra* (Camilo Restrepo, 2015), dichas con una voz extraña y distante que parece hacerle justicia a lo opaco y complejo que es su objeto de atención, que no es otro que Colombia, su conflicto armado y las huellas dejadas por este en distintas superficies: cuerpos, paredes, periódicos, taxis, psiques. La complejidad de la memoria, tanto su inevitabilidad como sus huecos, aparece inscrita en esta declaración. Las marcas voluntarias o accidentales del conflicto armado demandan la atención del cineasta, y se presentan no como una unidad de fácil discernimiento sino como una dispersión de ruinas y señales que se deben reagrupar si se quiere otorgarles un sentido.

El presente texto examina cuatro trabajos audiovisuales recientes de la ingente producción audiovisual vinculada a la guerra en Colombia, seleccionados por la forma como en ellos se cristalizan tendencias y se escenifican las tensiones propias del arte cuyo tema es la memoria. Como escribe Beatriz Sarlo: “Vivimos en la era de la memoria y el temor o la amenaza de una ‘pérdida de memoria’ responde, más que al borramiento efectivo de algo que debería ser recordado, a un ‘tema cultural’ que, en países donde hubo violencia, guerra o dictaduras militares, se entrelaza con la política” (2007, pp. 25-26). Así pues, los títulos que serán objeto de análisis en este texto pueden ser considerados artefactos políticos y tomas de posición en una cierta forma de representar o asumir la memoria, el testimonio, el archivo y el material biográfico, entre otras cuestiones. Estos trabajos se entrelazan con varias tradiciones y emergen a partir del giro que ha dado la producción cultural, para poner en primer término la subjetividad de las experiencias y lo performativo¹ en la manera de organizarlas y ofrecerlas para el público.

¹ Se entiende aquí performativo —en un sentido general— como la capacidad de algunas expresiones de convertirse en actos y transformar su entorno. Para los propósitos de este ensayo, nos acogemos a los límites de la modalidad de expresión performativa en el documental. Se trata de la última modalidad introducida por el teórico del documental Bill Nichols (1997). La modalidad performativa centra su interés en la expresividad, la poesía y la retórica, y no en la búsqueda de una representación objetiva o realista. El énfasis se desplaza hacia lo que el texto audiovisual puede evocar, más que a su capacidad de referir lo real. De esta manera, se aproxima a las formas expresivas propias de las vanguardias artísticas más contemporáneas.



Parábola del retorno



Parábola del retorno

Los trabajos a los que se apuntará son: *Parábola del retorno* (Juan Soto, 2016), *Noche herida* (Nicolás Rincón Gille, 2015), la ya mencionada *La impresión de una guerra* y *Cuerpos frágiles* (Oscar Campo, 2010). Los tres últimos títulos caben sin mayor dificultad en los límites convencionales del documental; el primero, *Parábola del retorno*, supone algunos desafíos de clasificación, pues si bien usa toda la retórica del documental (el empleo de material encontrado o *found footage* y la narración a la manera de un diario visual, entre otras características) se abre a elementos ficcionales que le añaden nuevos matices. A continuación, se revisarán los cuatro títulos y la manera como cada uno de ellos se ubica en relación, no solo con la memoria como tema central que los agrupa, sino con discusiones teóricas centrales de la producción audiovisual contemporánea.

***Parábola del retorno* y *Cuerpos frágiles*: el cine y los medios como catalizadores de la memoria**

Con *Parábola del retorno*, una obra fronteriza entre el documental y la ficción, Juan Soto Taborda cierra una “involuntaria” trilogía sobre el genocidio de la Unión Patriótica que empezó con *19° sur 65° oeste* (2010) y *La gran cicatriz* (2011). Se trata de tres trabajos con claros vínculos personales y estilísticos donde la historia colectiva es retomada en clave familiar y autobiográfica. En *19° sur 65° oeste*, Soto Taborda había emprendido un viaje a Montevideo con el fin de encontrarse con un tío, antiguo dirigente de las FARC y de la Unión Patriótica. *Parábola del retorno* retoma hilos sueltos de la misma trama e imagina, con la sintáctica del documental, una hipotética vida como exiliado en Londres de otro tío, un desaparecido, quien fuera conductor del candidato presidencial asesinado de la UP, Bernardo Jaramillo Ossa, y su regreso a Colombia tras la firma de los acuerdos de paz. Tal como lo escribió Daniel Ferreira (2017): “Lo que vemos es la historia imaginaria del sobreviviente; lo que descubrimos es la historia real de la víctima”.

El cine de Juan Soto está sostenido en una paradoja: la dificultad, pero, al mismo tiempo, la fascinación de ver. Esta tensión entre impedimento y deseo se expresa en varios niveles, desde el más físico (Juan sufre una enfermedad de los ojos llamada nistagmo) hasta el ético. En las películas de este joven cineasta, los marcos desde los cuales se ve son tan importantes como lo visto. En ellas abundan los medios de locomoción (trenes, aviones, carros) tanto como las máquinas de visión y sus productos (cámaras de distintas épocas y formatos que generan archivos personales que su cine colectiviza). Su cine es un viaje en el que la mirada se educa, aprende a ver,

un ininterrumpido *road movie* donde el camino recorrido en el viaje está punteado por imágenes. En *Parábola del retorno*, Soto inventa un personaje que tiene el mismo nombre que su tío desaparecido: Wilson Mario; al ofrecerle a este una vida posible como exiliado en Londres, pone el cine al servicio de un acto simbólico de reparación. Wilson Mario recorre con su cámara los suburbios, los paisajes y las calles de Londres, pero las enmarca a través de las ventanas del tren. Su experiencia de inmigrante y exiliado parece condensarse en una falta de contacto humano que, si por un lado lo empobrece, por otro le permite descubrir más plenamente su individualidad al convertirlo en un observador (es significativo que Wilson Mario no tenga voz sino palabra escrita, y que no escuchemos sino que leamos sus pensamientos sobre la pantalla). Wilson Mario, con su cámara (que en realidad es la cámara de su tío, el director), crea un archivo visual del presente, pero el sentido completo de su vida, su parábola, solo la entendemos a través de un archivo del pasado donde aparece en familia, antes del acto disgregador y vertical de la desaparición.

Un cine tan fuertemente asentado en las experiencias del yo plantea varios desafíos, entre otros, evitar las trampas de la nostalgia (en la forma de una idealización del pasado) o la tentación de reducirlo todo a la experiencia traumática. Respecto a esta encrucijada, Beatriz Sarlo va a escribir:

la identidad de los sujetos ha vuelto a tomar el lugar que, en los años sesenta, fue ocupado por las estructuras. Se ha restaurado la razón del sujeto, que fue, hace décadas, mera “ideología” o “falsa conciencia”, es decir, discurso que encubría ese depósito oscuro de impulsos o mandatos que el sujeto necesariamente ignoraba. En consecuencia, la historia oral o el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada (2007, p. 22).

Para eludir la sobreexposición del yo o la autoconmiseración, Soto Taborda utiliza distintos procedimientos y materiales. La experiencia del exilio y el deseo de retorno de Wilson Mario están punteados por dos poemas: “Burnt Norton” del inglés T. S. Eliot y la célebre “*Parábola del retorno*” del colombiano Porfirio Barba Jacob, que expresan en dos lenguas distintas una misma noción de pérdida, desasosiego, y un anhelo. Con estrategias como esta, entre otras, lo individual se convierte en universal, y el presente en todos los tiempos. En los trabajos de Soto Taborda, el cine en particular, y las imágenes en general, son elementos catalizadores de una memoria familiar que sin perder su trazo particular se vuelve paradigmá-

tica, social y colectiva. La familia del director se fragmenta por una doble desaparición: la de “Caliche” (el tío, dirigente de la UP, que se busca en *19° sur 65° oeste*) y la de “El Negro” (su otro tío, que es la figura —ausencia— central en *La gran cicatriz* y en *Parábola del retorno*). Soto Taborda asume el papel de vehículo o médium a través del cual el pasado emerge: la memoria individual y familiar retorna al espacio social y lo transforma.

Tanto los trabajos de Juan Soto Taborda como el documental *Cuerpos frágiles*, de Oscar Campo Hurtado, se sitúan dentro de lo que Bill Nichols y otros teóricos cinematográficos y culturales definen desde hace un buen tiempo como el giro subjetivo, un conjunto de procedimientos narrativos y estilísticos que colonizan el documental y el cine de no ficción: los enunciados en primera persona se legitiman en un modo de expresión como el documental, comúnmente asociado al mundo de los contenidos objetivos, y que se presumía distanciado, carente de implicación emocional. Cuando los discursos y las prácticas políticas —así como las utopías colectivas— flaquean, la subjetividad o esa razón del sujeto, mencionada por Beatriz Sarlo, constituye una garantía —si bien precaria y sujeta a nuevas fisuras y sospechas— de arraigo y sinceridad.

Buena parte de este nuevo cine de no ficción se apoya en la memoria personal (que una vez se transforma en relato se vuelve común e intersubjetiva), y utiliza procedimientos que, en su búsqueda de la verdad, pueden estar ligados a la encuesta policial, al diván psicoanalítico, a la investigación periodística. El teórico y profesor Jordi Balló, asociado al máster en Documental de Creación de la Universitat Pompeu Fabra, define esta tendencia como un relevo de la novela social del siglo XIX, para afirmar su capacidad de comprender los mecanismos de funcionamiento del cuerpo social y el yo dentro de esa compleja estructura.

Este cine de la memoria requiere de mediaciones, pues la memoria debe, para no desvanecerse, ser certificada. Sin archivo, como evidencia material, no hay memoria: cartas, imágenes audiovisuales de distinta procedencia, fotografías, documentos y objetos rescatados del pasado cumplen esa función de verificación. Pero es sobre todo a la imagen (audiovisual y fotográfica) a la que se recurre con frecuencia, porque esta tiene “autoridad como huella de la realidad”. Imágenes acumuladas y encerradas entre anaqueles, es decir archivadas (aunque muchas de ellas no de manera oficial e institucional, sino de forma familiar y privada) en manos de los nuevos documentalistas recuperan una suerte de aura: revivirlas es estar frente a una huella de los sujetos fotografiados. El *found footage* o metraje encontrado se vuelve central en el documental contemporáneo, pero siempre bajo la

lógica de activar nuevos sentidos en ese archivo, como lo hace Soto Taborda cuando logra que emerja en *Parábola del retorno*, y vemos en ese archivo la aparición del desaparecido, revestido de un carácter fantasmagórico.

El archivo deja de ser usado de forma mecánica o estadística, como simple prueba o como material que ilustra una tesis, y entra en un tejido más complejo de relaciones, como se puede ver en *La impresión de una guerra*, *Parábola del retorno* y *Cuerpos frágiles*. El *found footage*, en estos trabajos, corresponde a la sospecha de que “las imágenes cinematográficas no son nunca medios transparentes por los cuales la realidad se muestra, como si se tratara de ventanas al mundo (en el sentido de André Bazin), sino materiales opacos cuya función es construir aquello que refieren” (Bernini, 2010, p. 26). Es lo que se hace con esas imágenes, su montaje, y no las imágenes en sí mismas, lo que construye los sentidos, sin cerrarlos.

El archivo funciona como un modelo de relato, en la estela de lo pensado por el escritor argentino Ricardo Piglia. Para Piglia hay relatos que expresan “la tensión entre materiales diferentes que conviven anudados en un centro que justamente es lo que hay que reconstruir [...]. Es una especie de novela policial al revés, están todos los datos pero no se termina de saber cuál es el enigma que se puede descifrar” (Costa, 1986, pp. 39-54). Estos trabajos plantean así salidas muy creativas a los cuellos de botella que asfixian a otros documentales y que se podrían resumir en el ya mencionado uso mecánico del archivo, en la instrumentalización de la voz en *off* y en la manera acrítica y positivista como se confía en la realidad.

Cuerpos frágiles es un paradigmático documental de archivo que interroga y cuestiona el cubrimiento mediático sobre la muerte del líder de las FARC Raúl Reyes, ocurrida en el 2008. A la vez es un documental en primera persona, en el que el narrador muestra la manera en que su subjetividad se ve reconfigurada por el asedio inclemente de noticias de guerra con su administración de miedos y odios y su fabricación de un enemigo. Campo Hurtado, profesor de la Universidad del Valle y uno de los pioneros del documental de ensayo en Colombia, cita, de manera casi siempre indirecta, una gran cantidad de textos y referencias de pensadores como Vilma Franco, Jorge Giraldo, Giorgio Agamben, Roberto Espósito, Judith Butler, Chantal Mouffe y Alan Badiou, entre muchos otros.

Estamos pues ante una modalidad compleja de documental del yo, uno que se vuelve intensamente autoconsciente y reflexivo, es decir, performativo. Sobre esta modalidad de lo subjetivo, Valeria Valenzuela escribe:



Cuerpos frágiles



Cuerpos frágiles

En los documentales performativos el autor se torna personaje de su propio filme, estableciendo una aproximación afectiva entre él y su objeto. Son documentales permeados por una experiencia de vida, narrados necesariamente en primera persona. La subjetividad de la obra es intencional, y establece entre espectador y filme una dimensión afectiva inédita en el documental, en cuanto lógica dominante de la argumentación. La subjetividad, según Nichols, siempre estuvo presente en el documental, pero nunca antes como lógica dominante (2011, p. 4).

En *Cuerpos frágiles* se unen el giro subjetivo y la modalidad reflexiva también mencionada por Bill Nichols. El documental reflexivo tiene una impronta antirrealista, que cuestiona no solo la presencia de la cámara sino la supuesta transparencia de su lenguaje. *Cuerpos frágiles* comenta los relatos e imágenes de los noticieros de televisión y su forma de producir consensos en torno —y en contra de— un enemigo fabricado. El narrador asume la voz de un espectador, ese cuerpo individual que hace parte de un cuerpo más grande, lo social, a través de dispositivos y mediaciones tecnológicas. El narrador del documental dice:

Durante año y medio me he sentado en las noches a grabar fragmentos de noticias y otras informaciones sobre el conflicto armado colombiano. Me fascina el poder de esos fragmentos que rápidamente pasan a ser memoria maloliente para luego aparecer de nuevo de manera espectral. En un principio grababa lo que tenía que ver con la muerte de Raúl Reyes. Trataba de descifrar el porqué de ese llamado a la felicidad tras el bombardeo y la violación de la frontera de un país vecino. De descubrir por qué toda una generación de colombianos veía como aceptable algo que espontáneamente puede ser escandaloso [...] ¿Por qué los gobernantes de un Estado que supuestamente protege la vida, tienen que bombardear, violar la soberanía de otro Estado y causar la muerte para defender la sociedad?

Estas aporías conceptuales son el punto de partida de un documental cuyas interrogaciones planteadas tienen precedente en un trabajo de ficción anterior de Campo Hurtado: *Yo soy otro* (2008). En mayo del 2002 (el mismo año en que una mayoría de colombianos eligió por primera vez como presidente a Álvaro Uribe Vélez), José y sus dobles, los protagonistas de *Yo soy otro*, se dan cita para asesinarse en una discoteca de Cali. Según Campo Hurtado, el guion de la película se había empezado a escribir en 1991; decía el proyecto de entonces:

El presente guion pretende ser una parodia, en primer lugar, de la frase de Rimbaud “Je est un autre”, que ha sugerido infinidad de interpretaciones

a lo largo de este siglo; en segundo lugar, de una temática, la del doble, que ha inspirado una mitología y un género fantástico [...]. En el guion que usted tiene en sus manos, la intención es retomar el tema del doble como coartada para hablar de la Colombia actual, como un cuerpo social poseído por fuerzas oscuras que él mismo ha creado [...]. Pero también plantear una serie de inquietudes sobre esta época llamada post-moderna, en la que asistimos planetariamente a la desintegración de las identidades, de valoraciones sociales y morales. [...] Pero a caballo de la temática del doble, se pretende trabajar otra ya esbozada en las películas sobre clones y replicantes: la del MÚLTIPLE.

En *Yo soy otro*, José González es un ingeniero de sistemas que tiene un empleo bien pagado pero de precaria estabilidad y que vive sus días y sus noches en una suerte de no-lugares, sostenido en la ilusión del confort por el uso de drogas y de cuerpos que le restituyen el equilibrio perdido en la “humillación diaria” del trabajo. José empieza a experimentar los síntomas de una enfermedad desconocida y a encontrarse con otros yoes en una ciudad amenazante sacudida por la violencia. Los permanentes insertos de noticieros con imágenes de guerra no pretenden funcionar como evidencias de una realidad, en singular, sino como otras tantas manifestaciones de una red de discursos incomprensibles.

Yo soy otro fue un valeroso intento de producir pensamiento crítico a través del cine en el ambiente enrarecido y exaltado de los años del gobierno Uribe. Fue una película contra el unanimismo y la ingenuidad de creer que el arte repara las fallas sociales. En *Cuerpos frágiles* su director retomó, en clave de especulación y ensayismo documental, la idea del cuerpo atravesado por los medios y los miedos. Ya en otro trabajo anterior, *Noticias de guerra en Colombia* (2002), documental sobre el cubrimiento del conflicto por los noticieros de televisión, Campo Hurtado había cuestionado los usos que los medios de comunicación les daban a los testimonios de las fuentes:

no es necesario ir tan lejos para cuestionar el relato realista testimonial en Colombia durante estos años oscuros, marcado como ha estado por una dinámica de instrumentalización que ha convertido este relato en una mercancía fluctuante que sirve a diferentes propósitos: en unos casos, de desenmascaramiento y denuncia, de juzgamiento político del terrorismo de estado; en otros, de denuncia de la lucha armada sostenida por los grupos insurgentes (2008).

En *Noticias de guerra* se hace visible, además, entre otras estrategias de la guerra, cómo esta necesita cuerpos: cuerpos “otros” que sacrificar.

Por lo tanto, toda guerra pone en marcha operaciones simbólicas que determinan los cuerpos que merecen vivir y los que no. Esta reflexión biopolítica es el centro conceptual de *Cuerpos frágiles* y el narrador, al final, lo resume: “Los ciudadanos desaparecemos para transformarnos en unos televidentes sometidos a un poder mediático que ha decidido de antemano el destino de los cuerpos”. O que, valdría la pena agregar, ha justificado su eliminación real a través de su eliminación simbólica.

Palimpsestos de guerra

La impresión de la guerra hilvana un complejo discurso en torno a la contigüidad de la tinta, la impresión, el dibujo y las superficies (ya sean estas papel, paredes o cuerpos), ofreciéndose como un palimpsesto de los distintos tipos de escritura que ha generado el conflicto interno colombiano, de nuevo en la línea abierta y especulativa del documental ensayo. También aquí, como en *Cuerpos frágiles*, es un narrador el que nos va guiando por el material visual, rastreando, como el detective postulado por Piglia, sus posibles significados, y creando la serie de las impresiones mencionada antes. Este corto documental, ganador del Pardino D’Argento en el Festival de Cine de Locarno, combina el uso del *found footage* (noticieros de televisión como aquel que nos muestra la historia del Hotel Punchiná en San Carlos, Antioquia, antiguo lugar de asesinatos por parte de los paramilitares, y cuyas paredes, redibujadas por las víctimas, son un ejemplo vivo de palimpsesto) con material filmado por el propio director que recupera testimonios de resistencias, contranarrativas que le dan un vuelco al relato oficial de la guerra, atrapado en la lógica de buenos y malos, de acciones y reacciones que se suceden inevitablemente.

La impresión de una guerra reúne un acopio de huellas desatendidas por la historia oficial y desperdigadas en Medellín y Antioquia, desde la poderosa imagen del río Medellín teñido de rojo por los desechos industriales hasta la ya mencionada historia del Hotel Punchiná y el encuentro con Pastora Mira, líder social de San Carlos. Marcas voluntarias o accidentales, ostensibles, fugaces o disimuladas en donde, según el narrador, está escrita la historia del país. Este documental de Camilo Restrepo puede ser la ocasión para hablar de una de las tensiones presentes en las cuatro películas analizadas: la tensión entre historia y memoria, que se hace extensiva a la que existe entre palabra e imagen. La historia se suele entender como un modo de enunciación institucional vinculado a un discurso oficial, mientras a la memoria corresponderían las contranarrativas, los relatos perso-

nales, toda la producción discursiva vinculada al testimonio, lo inmediato, lo urgente, lo no suficientemente elaborado. Señalando esta disyunción, pero al mismo tiempo cuestionándola, Andreas Huyssen va a decir que “la historia, con su supuesta objetividad y conciencia crítica, parecería estar del lado del lenguaje y de una correcta comprensión del tiempo humano; la memoria, con su fragilidad y falta de confiabilidad, del lado de la imagen y del espacio” (2009, p. 17). Como veremos, estas definiciones en la práctica son más porosas. Restrepo, que es artista plástico de formación, invita a leer, con este documental, otro tipo de producción discursiva, más vinculada a la imagen que a la palabra, pero al reservar para el narrador el papel de guía, la palabra sigue siendo la que encadena los significados.

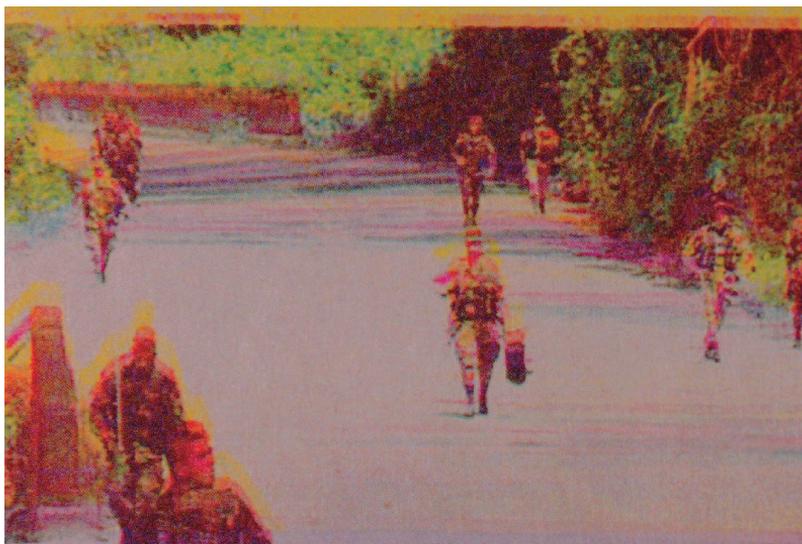
La impresión de una guerra hereda los discursos periodísticos marcados por las “narrativas del desastre”, para darles una nueva forma, de acuerdo con los códigos propios del cine documental y el cine ensayístico, que experimenta libremente con sus temas y materiales. En las últimas décadas, quizá a partir de *La gente de La Universal* (Felipe Aljure, 1995), un buen número de películas colombianas de ficción empezaron a delinear “la concepción de la nación como un cuerpo enfermo” (Zuluaga, 2013, p. 106), algo que el documental recogió y reelaboró. Para Juana Suárez, un buen número de documentales recientes, también

insiste en el imaginario de la nación como un cuerpo enfermo y esquizofrénico; segundo, insiste en el imaginario de la nación en ruinas y, por último, aunque sabemos que el archivo visual es un componente vital de la sintáctica del documental, en este contexto y periodo se concibe como un repositorio de la memoria local, regional y nacional en peligro (Suárez, 2010).

De este modo, memoria, ruina, archivo, aparecen entonces como discursos dominantes del documental colombiano. En el centro de este debate aparece la tentación, ya advertida, de convertir al archivo en un fetiche, otorgándole una carga de prueba que en realidad no tiene, o de confundir la memoria —un hecho humano universal— con sus repositorios (cartas, documentos, archivos visuales y sonoros, fotografías) ampliamente usados en lo que David MacDougall llama “films de memoria”. El archivo, usado como prueba, se convierte en lo que era el documento escrito para la vieja historia: la condición del acceso a una verdad histórica. Estaríamos entonces pasando de las garras de la “ciudad letrada”, descrita por el uruguayo Ángel Rama (1984), con su ingenua y a la vez prepotente confianza en el documento, a las tenazas de la “ciudad archivo”. En ambos casos, círculos



La impresión de una guerra



La impresión de una guerra

burocráticos medran en el cuidado y protección de ese corpus escritural o de ese acervo archivístico. *La impresión de una guerra* crea, por el contrario, una suerte de contra-archivo a partir de los materiales descartados por la historiografía oficial o de lectura heterodoxa del archivo para resaltar sus fallas (fallas significativas como la tinta defectuosa en la que se imprimen mal las noticias de los periódicos que se desechan) y cuestionar los mecanismos de su propia conformación.

Noche herida y el testimonio en la encrucijada

Noche herida cierra la trilogía “Campo hablado” del director colombiano, asentado en Bélgica, Nicolás Rincón Gille, que había empezado con *En lo escondido* (2006) y seguido con *Los abrazos del río* (2010). Alberto Bejarano considera que en esta trilogía se reconfigura “el rol del testigo y el del espectador en el marco de un cine documental que difícilmente puede eludir una confrontación con la violencia que atraviesa la sociedad colombiana” (2011). La centralidad del testimonio en el trabajo de Rincón Gille es evidente desde el propio título de la trilogía, la cual busca dar una respuesta a una pregunta de orden antropológico sobre cómo el relato de los campesinos, su visión de la vida y sus formas de conocimiento se han reconfigurado por efecto del conflicto armado. Pero los personajes de estos documentales no están reducidos como sujetos históricos o psicológicos a su condición de víctimas, como ocurre en otros trabajos con víctimas del conflicto armado, por ejemplo, en *Ciro y yo* (2017) del director Miguel Salazar; por el contrario, estos personajes revelan en sus testimonios y diálogos una densidad cultural que resiste a la violencia.

En el prólogo de *Noche herida*, una voz en *off* dice esta plegaria: “Ánima mía, ánimo de paz y de guerra, ánimo de mar y de tierra, que todo lo que tengo ausente o perdido se me entregue o se me aparezca”. Entretanto, en la imagen se ve a los nietos de doña Blanca, la protagonista del documental, jugando entre unos árboles lo que parece ser el juego del escondite, y a la propia Blanca como testigo. Se pone en escena así, en un nivel atemporal, el nivel más profundo de la conciencia de unos personajes, alterada por la experiencia de desarraigo que los ha traído a las fronteras de Bogotá donde intentan olvidar un pasado que se obstina en perseguirlos.

En una parte de la producción cinematográfica colombiana reciente ha venido prevaleciendo una cierta desconfianza frente a la oralidad (*Oscuro animal*, 2016, de Felipe Guerrero, es el ejemplo más claro de esto) o un cuestionamiento del testimonio y sus abusos, como ya se vio en el trabajo de

Óscar Campo Hurtado. En otros trabajos, como en los de Marta Rodríguez (véase *Testigos de un etnocidio: memorias de resistencia*, 2009) o en *Señorita María: la falda de la montaña* (2017), de Rubén Mendoza, el director interviene de forma explícita en la emergencia de cierta verdad de los personajes. La de Rincón Gille es, por el contrario, una estética de la observación.

Quizá gracias al trabajo previo de acercamiento y al reducido y poco invasivo equipo técnico y artístico, *Noche herida* captura escenas íntimas de doña Blanca y su interacción con los nietos a los que protege y los vecinos que la rodean en un entorno de enorme precariedad material (pero de gran riqueza simbólica). Los personajes hablan y gracias a esa lengua viva en la que se expresan accedemos a los matices de su cultura, material y espiritual. En sus palabras, los personajes dejan traslucir lo que son —y también lo que fueron y lo que quieren ser—, sin ninguna grandilocuencia y sin poner su lengua al servicio de un testimonio victimizante. Cuando Blanca corrige una tarea de su nieto —un escrito autobiográfico donde se relata la vida dejada atrás—, dice que no quiere ni recordar ni volver al lugar que abandonó. Con algo tan sencillo como un deber escolar, el documental muestra las tensiones de la memoria y los desacuerdos sobre qué hacer con el “tiempo pasado” y cómo incorporarlo al presente y al futuro.

Más allá de un intercambio convencional de información entre un documentalista y los sujetos que filma, en *Noche herida* asistimos a algunas epifanías que maduraron en un tiempo prolongado de convivencia. Rincón Gille evita también el paternalismo. El documental muestra, de forma lateral, cómo operan algunos programas estatales de acompañamiento a las víctimas, pero no las muestra a estas en una condición mendicante o parasitaria. Al devolverles su capacidad de invención (su intacta disponibilidad para los sueños), les restaura la dignidad que, precisamente, los victimarios habían intentado aniquilar.

Noche herida es el único de los cuatro trabajos aquí analizados que tuvo un estreno en salas de cine comerciales del país, sumándose así a otros documentales recientes que han contado con la misma suerte. Si bien esta presencia en el circuito *mainstream* de la exhibición de cine en Colombia constituye un fenómeno nuevo, no debe llevar al equívoco de pensar que el documental es una tradición reciente en nuestro cine. El propio Rincón Gille decidió estudiar y hacer cine tras un contacto con la veterana realizadora Marta Rodríguez, quien lleva cinco décadas haciendo documentales de denuncia y contrainformación. La extensa y terrible crónica del despojo a campesinos, negros e indígenas, que representa la obra de Rodríguez (realizada primero en compañía de su esposo Jorge Silva y luego en solitario



Noche herida



Noche herida

o con el apoyo de otros codirectores) tiene en Rincón Gille, y también en Soto Taborda, en Campo Hurtado y en Camilo Restrepo, a herederos que no se han limitado a copiar la tradición. Sus películas a veces aluden u otras veces esconden su relación con el cine colombiano anterior. Estamos ante un cine que refiere fuertemente su vínculo con la realidad traumática del país, pero que a la vez se quiere posicionar como un discurso autónomo, para evitar ser instrumentalizado.

El cine colombiano sobre la guerra, y más fuertemente el documental, está en una coyuntura singular, parecida a la del ángel de la historia de Paul Klee, retomado por Benjamin; es llamado por las voces del pasado que lo invitan a “recomponer lo destruido” a la vez que obligado a mirar el futuro. Así como la “madre coraje” que protagoniza *Noche herida*, las películas colombianas sobre la guerra excavan en el pasado para crear el futuro.

Referencias bibliográficas

- Bejarano, Alberto (2011). Notas sobre la trilogía documental 'Campo hablado' (en curso), de Nicolás Rincón Guille. Recuperado de <http://esferapublica.org/nfblog/notas-sobre-la-trilogia-documental-campo-hablado-en-curso-de-nicolas-rincon-guille/>
- Bernini, Emilio (2010). *Found footage*. Lo experimental y lo documental. En Listorti, Leandro y Trerotola, Diego (comps.). *Cine encontrado. ¿Qué es y adónde va el found footage?* Buenos Aires: Bafici.
- Campo, Óscar (2008). La crisis de las ficciones del yo. Ponencia. *Estéticas y Narrativas en el Audiovisual Colombiano*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Costa, Marithelma (1986). Entrevista Ricardo Piglia. *Hispanamérica*, n. 44, pp. 39-54.
- Ferreira, Daniel (2017). La *parábola del retorno* de Juan Soto, el arte vendrá después de la memoria. *El Espectador*. Recuperado de <http://blogs.elespectador.com/cultura/en-contra/la-parabola-del-retorno-juan-soto-arte-vendra-despues-la-memoria>
- Huyssen, Andreas (2009). Medios y memoria. Feld, Claudia y Stites, Jessica (comps.). *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Nichols, Bill (1997). *La representación de la realidad. Cuestiones y conceptos sobre el documental*. Barcelona: Paidós.
- Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Del Norte.
- Suárez, Juana (2010). Economías de la memoria: imaginarios de la violencia en el documental colombiano (2000-2010). Ponencia. *Segundo Encuentro de Investigadores de Cine*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Sarlo, Beatriz (2007). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Valenzuela, Valeria (2011). Giro subjetivo en el documental latinoamericano. De la cámara-puño al sujeto-cámara. *La Fuga*, n. 12. Recuperado de <http://www.lafuga.cl/giro-subjetivo-en-el-documental-latinoamericano/439>
- Zuluaga, Pedro Adrián (2013). *Cine colombiano: cánones y discursos dominantes*. Bogotá: Idartes.

Filmografía

- Campo Hurtado, Óscar (director y productor) (2010). *Cuerpos frágiles*. Largometraje documental. Colombia: Universidad del Valle.
- Restrepo, Camilo (director y productor) (2015). *La impresión de una guerra*. Corto documental. Colombia: 529 Dragons.
- Ruiz Montealegre, Manuel (productor) y Rincón Gille, Nicolás (director) (2015). *Noche herida*. Largometraje documental. Colombia, Bélgica: Medio de Contención Ltda.
- Tabares-Duque, Sandra (productora) y Soto Taborda, Juan (productor y director) (2016). *Parábola del retorno*. Mediometrage. Colombia: Tarde Temprano Films.

**Medellín (1980-2013): las grietas del espejo.
Arte, violencia y memoria**

Sol Astrid Giraldo Escobar

Medellín, 1979: una bandada de ángeles y demonios se desataron. Se desplegaba la represión del gobierno de Turbay Ayala, los rigores del Estatuto de Seguridad, la prehistoria del narcotráfico, las polarizaciones políticas. Era una ciudad sin Metro, con un cerro monumental de basuras en el centro donde se hacinaba una población expulsada del paraíso paisa. Los ojos de la urbe veían en blanco y negro, porque todavía no existía la televisión a color.

Había ganas de muchas cosas. La ciudad empezaba a paladear algunos hitos urbanos. Se construía el Pueblito Paisa en la cima del cerro Nutibara, pero también se exploraban otros caminos de identidad menos ortodoxos. En este mismo año, algunos jóvenes alrededor de Cristóbal Peláez encendían el grupo Matacandelas. El Museo Francisco Antonio Zea acababa de reinaugurarse y al tiempo se firmaba el acta de constitución del nuevo Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM), engendrado en la bocanada de aire fresco de las míticas bienales de Coltejer en la ciudad (1968, 1970 y 1972).

La Playa era una calle que aún se podía caminar bajo las ceibas. A sus orillas, en las tardes se veía al último habitante de la Casa Barrientos sacar su silla mecedora al corredor. La Arteria era el lugar para saborear la poesía y conocer a los últimos fósiles vivientes del Nadaísmo. Sí, la ciudad parecía ser un lecho de flores, siempre y cuando no se le pusiera mucha atención a las espinitas que no dejaban de aparecer. En esta tensión de deseos, expectativas y realidades, comienza la historia que aquí se va a relatar.

En este incierto contexto, la ciudad se empeñaba en apostarles a la cultura, la modernización y los lenguajes estéticos internacionales. Los discursos progresistas del arte estaban en la tónica de los que manejaban la administración y los políticos, quienes en más de una ocasión buscaron acercamientos. En 1982, por ejemplo, se realizó con gran despliegue la muestra *El MAMM sobre la ciudad* (Ramírez, 2012) en la cual fueron presentados algunos proyectos urbanos —aeropuerto, teatro, hidroeléctrica, terminal de transporte, tren metropolitano— junto a diversas fotografías de intervenciones artísticas. Entonces, recuerda el historiador de arte Carlos Arturo Fernández:

En ese momento, el MAMM se convirtió en un centro de debate de políticas sociales, culturales y urbanísticas. Así, se ponía en obra el más significativo de sus objetivos fundacionales que consistía en establecer un diálogo entre los asuntos de la ciudad y la dimensión estética, basado en la convicción de que la visión del arte contemporáneo amplía los horizontes de esas reflexiones (2009).

El arte se mostraba, pues, adecuado para hacerle eco a este optimismo oficial, lo mismo que al empuje del sector financiero. El Parque de las Esculturas en el cerro Nutibara, por su parte, acogía desde 1983 a consagrados escultores modernistas nacionales y latinoamericanos como Carlos Cruz-Díez, Julio Le Parc o Edgar Negret. Al tiempo se daban otras circunstancias favorables como el acuerdo municipal que obligaba a acompañar de esculturas los edificios que se construyeran en Medellín (Bolívar, 1997). La idea de esa década era integrar el arte a la ciudad. Y la esquizofrenia parecía posible: el culto a la belleza, por una parte, mientras por la otra, la ciudad se debatía en su convulsa realidad. Se pensaba entonces que la labor de los museos era similar a la de “una planta descontaminadora” (Ramírez, 2012).

Sin embargo, cada vez era más difícil no ver lo que estaba pasando. Y así, en el evento del MAMM que pretendía abrir las puertas a un futuro de tecnología, eficiencia y esteticismo, Juan Camilo Uribe presenta el sarcástico comentario *Medellín, un lecho de rosas*.

En este ensamblaje, el artista instala sobre una cama de hierro rosas plásticas, cuyos tallos se entretejen por debajo en una masa agresiva y brutal. La obra hacía un comentario mordaz a la euforia colectiva acerca del progreso que oficialmente proponía el evento.

La ciudad se conmueve

La crisis, en el país y la ciudad, le siguió dando un tono oscuro a los años finales de la década de 1980 y a los primeros de los noventa. La violencia del narcotráfico se había desatado y la institucionalidad estaba en vilo. La guerra entre la Coordinadora Guerrillera y el Ejército estaba en un punto alto, mientras empezaba a surgir el fenómeno de los grupos de justicia privada. Medellín era declarada la ciudad más violenta del mundo debido a sus 4.585 homicidios en 1991.

En este complejo contexto, hizo presencia el salvavidas que prometía ser la Constitución de 1991, a nivel nacional, y las labores de la Consejería de la Presidencia para Medellín, a nivel local. Precisamente este nuevo marco legal terminaría por influir en los desarrollos culturales de la ciudad:

En la década de los 90, una serie de conceptos y de prácticas sociales avaladas por la nueva Constitución, como la interculturalidad, la resistencia, la participación, se van tomando el corazón de las prácticas artísticas. Mientras los discursos políticos, sociales, culturales, económicos, antropológicos, se iban instalando en el centro de la preocupación de los artistas (Corporación Región, 2011, p. 47).

Así, los artistas se interesaban por tomarle el pulso a la actualidad. Al principio se trataba de leves señales. El grito de un cerdo sacrificado se escuchó en las instalaciones de Clemencia Echeverri, artista hasta entonces dedicada a realizar esculturas geométricas y mudas en el espacio público. Las alas de una paloma muerta se colaron en los intimistas videos de Ana Claudia Múnera. Capas de óleo rojo sobre paisajes desolados enrarecieron la conceptual obra de Ana Patricia Palacios. Las reflexiones constructivistas de Alberto Uribe terminaron convertidas en cruces de un camposanto. Sin embargo, la bomba que explotó el *Pájaro* de Fernando Botero puede considerarse la bofetada que despertó definitivamente a la bella durmiente de las artes de la ciudad.

El pájaro herido

Entre 1975 y 1977, Botero ya había realizado una primera donación de su obra al Museo de Antioquia, entonces Museo de Zea (Agudelo, 2012). Y su *Torso de mujer*, es decir *La Gorda*, también había aterrizado en el centro desde 1986. Se buscaba, ahora, replicar esta experiencia. Así, varias de sus rutilantes esculturas, por las que la administración había pagado 800.000 dólares (Becerra, 1998), fueron acogidas en el renovado parque San Antonio en 1994, como parte de un cosmopolita maquillaje que se le quería aplicar a la urbe.

La inversión parecía justificada tratándose de piezas que serían “un símbolo de la esperanza, del nuevo Medellín, de la nueva Antioquia” (*El Tiempo*, 1995). Con estos aires de refundación, comenzaron a llegar a la explanada de cemento después de haber recorrido varias capitales del mundo un atlético torso masculino, una espléndida Venus y un ave metálica gigante. Sin embargo, el sábado 10 de junio de 1995, las esculturas impolutas fueron revolcadas también por el remolino de la violencia. Una bomba de diez kilos explotó frente al indolente *Pájaro*, mientras acababa con la vida de 29 personas y hería a otras doscientas, en uno de los episodios más cruentos que se recuerdan (ver figura 1).

El famoso artista, quien había dicho: “solo quiero ser pintor... ver los temas como pintor, no como comentarista, filósofo o psicoanalista. Quiero pintar como si siempre estuviera pintando frutas” (Villegas, 2013), hizo entonces un fuerte comentario. Pidió que no retiraran los restos de la escultura, como lo hubiera querido la tradición de la Tacita de Plata; o como se lo pedía incluso su propio credo estético, que se ha opuesto siempre a la pulsión iconoclasta del arte contemporáneo y a su compromiso político.



Figura 1. Fernando Botero, *Pájaro herido*, escultura, 1995.



Figura 2. Fredy Serna, *Horizontes, paisaje urbano*, acrílico, 1995.

En cambio, dijo: “quiero que esa escultura quede ahí, como recuerdo de la imbecilidad y de la criminalidad de Colombia” (Becerra, 1998).

De esta manera terminó protagonizando uno de los actos más contestatarios del arte de este momento. Aunque cinco años después volvió a donar una escultura igual a la destruida a la que llamó *Pájaro de la paz*, como un voto de confianza por los nuevos tiempos, insistió en que no retiraran el primero. La pareja alada se quedó desde entonces en el parque, pero el pájaro que convoca no es el redondo y sin historia, sino el otro, el “herido” (como se le conoció desde entonces). El arquitecto Juan Carlos Posada, quien era coordinador de la Casa de la Memoria en el momento en que los pájaros fueron trasladados transitoriamente en el 2009 para una exposición que se iba a hacer en la Plaza Mayor con motivo de la Asamblea del BID, recuerda:

Cuando iban a poner el Pájaro nuevo en el parque, las personas empezaron a tirar cosas sobre el pedestal. Por eso, cuando movimos los pájaros, quisimos respetar esta apropiación de la gente, y con el grupo La Miscelánea hicimos El nido. Esta era una urna en acrílico, con un nido dibujado alrededor. Una especie de buzón, donde dejamos unos talonarios de papel con el pájaro impreso que decía: “Me fui temporalmente, si me quieres visitar estoy en Plaza Mayor, pero si quieres dejar un mensaje para las víctimas de este atentado, puedes dejarlo aquí”. Eso se empezó a llenar de cosas. Entre ellas encontramos una carta escrita por la hermana de Pablo Escobar pidiendo perdón por el atentado (Giraldo Escobar, 2016).

Con este pájaro destruido en el parque, apropiado por sus visitantes, sitio de romería, memorial urbano, Botero entraba, sin haberlo planeado, al comentario político y al diálogo de los artistas con la comunidad, tendencias que dominarían la escena durante los años venideros. Esta escultura destruida y propuesta como testimonio, y posteriormente apropiada y completada por la acción de los transeúntes, fue de las primeras en demostrar que en unos momentos históricos y sociales como los de la sociedad antioqueña de estos tiempos, las formas acabadas, esteticistas y cerradas se quedaban cortas. Su oquedad y fragmentación terminó logrando todo lo que la forma cerrada y completa no pudo: dialogar con su entorno, narrar un momento, resistir a la lógica de la muerte, recordar. Por eso aquí se propone como paradigma de lo que sucedería con el arte durante las siguientes décadas en Medellín.

Del horizonte al deshorizonte. La violencia, partera de la imagen de la ciudad

El arte antioqueño se había fundado sobre el género del paisaje que a su vez se obsesionó con la representación de las montañas agrestes. Desde Francisco Antonio Cano parecía atravesar todos los caminos de la estética y de la identidad regional en una larga tradición que llegó hasta muy entrados los años 60.

Pero la explosiva Medellín de los años noventa, urbanizada, conflictiva, en crisis, desbordada, reescrita por el narcotráfico y la guerra, no parecía caber en estos marcos. Más bien, se había reflejado con preferencia en el frenético relato de los medios de comunicación. Allí emergía como una ciudad rota, descontrolada, velada por el rojo espectacular de la sangre. Y la montaña que antes inspiró a los cantores de la raza como Humberto Chávez y Eladio Vélez, ahora solo parecía proyectar una ominosa sombra.

En este contexto, se entiende el quiebre realizado en 1995 por Fredy Serna. Este continuaba el que habían empezado los poemas de *En la parte alta abajo* (1979), de Helí Ramírez; películas como *Rodrigo D* (1990), de Víctor Gaviria y el reportaje urbano *No nacimos pa' semilla* (1990), de Alonso Salazar. Allí, la ciudad de las montañas emergió desde una perspectiva inédita, la cual, aunque se alejaba de la mirada de los clásicos maestros del paisaje antioqueño, tampoco hacía eco de la satanizada por la prensa. Serna hizo otros enunciados (ver figura 2). Su principal aporte, al igual que el de Ramírez, Gaviria y Salazar, fue cambiar el punto de vista desde donde se estaban construyendo los relatos de Medellín. Estas inéditas apropiaciones lograron un giro no solo estético sino también político de la mirada sobre la ciudad.

Las montañas de Medellín se habían convertido en convidadas de piedra. La perspectiva que se había escogido para mirarlas había sido la lejanía, la indiferencia o el miedo. A pesar de su tamaño y de ser el hábitat de casi la mitad de los habitantes, habían perdido su imagen.

Horizontes de Serna, desde la altura de su montaña noroccidental, fijó la atención en lo obvio de esta ubicación: la montaña nororiental del frente. Un espejo a veces mimético, a veces invertido. Con su mirada tendió los puentes que nunca se construyeron físicamente. Miró los barrios desde el barrio. No los estetizó, pero tampoco los miserabilizó. Revivió así la tradición paisajista local. Si Cano se ocupó de la épica de la colonización antioqueña, Serna se convirtió en el cronista de la “segunda fundación de Medellín” (Salazar, 1996), como ha sido nombrada la apropiación caótica de

sus laderas. Un observatorio inédito que vale la pena revisitar para entender aquellos años.

Otros Horizontes

Otra fue la visión desesperanzada de Patricia Bravo. En *Mata que Dios Perdona*, el horizonte y el cielo se tiñen de rojo en tres grandes fotografías. Sobre esta mancha se reproduce una lista con los nombres de las 4.675 personas que tuvieron una muerte violenta en Medellín en 1996. En el suelo, a su vez, desplegó un retrato de su propio cuerpo. Desde allí, mira hacia arriba en la dirección de ese cielo turbulento. Sus manos ya no están preñadas del futuro como las del campesino de Cano, sino que caen desesperanzadas. Tampoco hay niños recostados en su vientre. Es que no hay horizontes: ya no hay nada entre el cielo y la tierra, a no ser el rojo infierno que usurpa ahora el lugar de las utopías.

El cielo, en cambio, será negro en la apropiación que hace Mauricio Carmona de este mismo tema. Es un dibujo denso, donde nubes oscuras se ciernen sobre una pareja de jóvenes al filo de la desesperanza urbana. Estremecedora y lírica, esta obra es signo de unos tiempos apocalípticos, donde la pérdida del horizonte no era solo una metáfora literaria.

Pero quizás la obra más emblemática de las varias versiones contemporáneas de Horizontes, es la de Carlos Uribe de 1999. El dedo del campesino señala una tupida selva sobre la que vuela una avioneta que esparce glifosato sobre los campos antioqueños. También sobre su épica. Hay en esta imagen una relectura del mito paisa de la colonización y de los discursos identitarios de la región. El presente y el porvenir están ahora marcados, ya no por la triunfalista hacha devoradora de montañas, sino por otras tecnologías, otras economías, otras tensiones sociales y políticas. Todos estos quiebres del discurso oficial quedaron reunidos en una obra que terminó por ser acogida en el Museo de Antioquia, al lado de la emblemática pintura de Cano, como dos caras de la moneda de los complejos procesos identitarios e históricos de la región.

Uribe retomaría esta reflexión en 2010, en un mural realizado para el Colombo Americano (ver figura 3), donde el campesino es reemplazado por Pablo Escobar, quien ahora es el descubridor y señalador de los nuevos rumbos de la cultura paisa. Apropiación descarnada y polémica que a casi dos décadas de la muerte del capo causó un profundo malestar. El mural sería borrado por las mismas directivas de la galería del Colombo, entre opiniones encontradas de si se trataba de una visión iconoclasta, conducen-

te a reflexionar sobre verdades que no queríamos enfrentar o, simplemente, la manipulación efectista de un cliché escandaloso del que la ciudad, a pesar del tiempo y muchas acciones de la sociedad, no conseguía aún exorcizarse.

Cuando el horizonte se cierra

La geografía siempre es poder, como dice Doreen Massey. Y los mapas, que son la constatación de las distintas hegemonías, serán la meta por excelencia de la guerra, empeñada siempre en reconfigurarlos. En este proceso, muchos pobladores van quedando por fuera. Estos mapas del territorio expropiado terminan por trasladarse a lo único que ha sobrevivido: la piel de los desarraigados. El cuerpo ahora será la casa, la casa ahora será el cuerpo.

En 1997, Gloria Posada rastreó los caminos de la exclusión de un país expulsor, siguiendo las huellas de la población desplazada de Sabanalarga, Antioquia. Tomó fotos de las manos de estos nómadas de la guerra y construyó con sus líneas nuevas rutas en la instalación *Caminos de vida* (ver figura 4). Ahondaría en esta reflexión en el 2000, con la obra *Mapas y fragmentos*. Allí el mapa construido con las líneas de la mano se extendía por las paredes y el piso. El espectador que entraba en este cubículo-cuerpo se veía siguiendo también estos caminos del desplazamiento, mientras escuchaba los testimonios de personas, quienes, como en los versos de Machado, “hacían camino al andar”; también su casa.

Hacer casa al andar es la misma metáfora que propone Libia Posada diez años después. Su atención se dirigió a las piernas y pies, esos constructores de caminos. La artista realiza esta obra, en el 2010, a partir de varias estrategias. La primera es un acercamiento a varias mujeres desplazadas, con quienes inicia un trabajo relacional. Luego ejecuta un acto performático que incluye tanto su cuerpo como el de ellas, cuando les lava los pies. Esta ceremonia de connotaciones bíblicas también es una forma de que estas mujeres, despojadas de todo, tomen conciencia de su propio cuerpo y lo descubran como lo único que no han perdido. Enseguida, viene el momento de recoger una memoria colectiva a través de relatos que se van hilando. El viaje confuso y desasosegado por el que se huye de la muerte, pero al mismo tiempo se cae de bruces en otra aniquilación: la de la historia propia y la identidad. Es a partir de esta información que la artista dibuja sobre las piernas de las caminantes el mapa particular del desplazamiento de cada una de ellas: catarsis que permite una re-territorialización y una nueva escritura de la identidad.



Figura 3. Carlos Uribe, *New Horizons*, Mural-medios mezclados, 2010

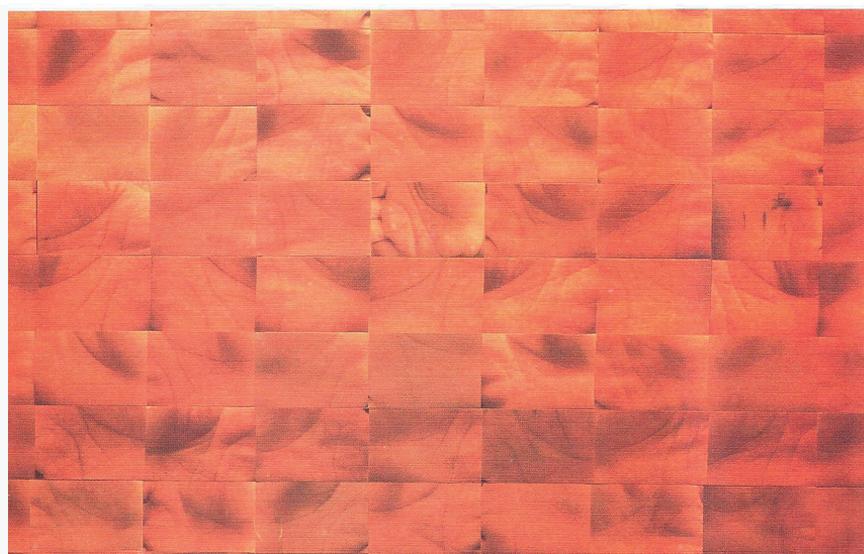


Figura 4. Gloria Posada, *Caminos de vida*, instalación, 1997.

Al final, toma fotografías en blanco y negro de estas piernas-mapa, que van en contravía de las normas del retrato tradicional. Este usualmente ha privilegiado los rostros como escenario de la expresión y el carácter. Sin embargo, quizás una vida también podría contarse a partir de las piernas, sobre todo si ellas han sido las garantes de esa vida. Y así, las mujeres que han sido inmortalizadas en la historia del arte por su fragilidad, ahora aparecen fuertes y asertivas. Estas fotografías son testimonio de esas columnas de carne que han sostenido a la ciudad: pilares de un mundo que no se ha deshecho del todo gracias a su fuerza y resistencia.

Los cadáveres de las casas

En clave de esta misma anatomía femenina-política, la video-instalación *De doble filo* (1999) de Clemencia Echeverri propone unas manos de mujer como rectoras de la casa primordial. Estas, con una vara, la dibujan sobre el fango, en una acción infructuosa porque el agua una y otra vez la vuelve a borrar, mientras la sangre inunda una geografía asfixiada. Ante la pérdida, estas manos de Sísifo nada pueden hacer, a no ser intentarlo una y otra vez.

El duelo es por la tierra, por la casa. Ese lugar en el mundo que les pertenecía y que han debido abandonar miles de personas en Colombia. Los campos ahora están llenos de estas ruinas, de esas cáscaras sin vida, de esas paredes sin techo que testifican la pérdida del derecho a habitar. Varios fotógrafos como Germán Arrubla, Juan Manuel Echavarría, Jesús Abad Colorado y Víctor Muñoz, entre otros, han sido los cronistas de estos cadáveres domésticos, desmembrados como muchos de los cuerpos de sus antiguos habitantes. Sin puertas ni ventanas, ciegas y detenidas, ahora solo son una mueca de ellas mismas. Una huella de lo que ya no está.

Mientras Muñoz se concentra en el silencio de estas casas *Mudas* (serie de fotografías de casas abandonadas en San Carlos, 2008); en las imágenes de Arrubla, en cambio, las paredes gritan. Por estas superficies descascaradas se riega la escritura salvaje de quienes se han apropiado de ellas. Agresivas frases territoriales en las fachadas (“Muerte a las FARC y al ELN”) se confunden con oraciones a un Dios esquivo, los apellidos de los invasores, dibujos de fiebres eróticas, declaraciones de orgullo por la labor militar cumplida o la cuenta regresiva. Tiempo detenido, espacio bloqueado, estos *Diarios de caza* son un registro de los pensamientos, miedos, dudas de las personas que conformaron los distintos ejércitos. También de su ignorancia acerca de las causas y efectos de la violencia que fueron llama-

dos a ejecutar. Diarios escritos al viento, a la nada, y recuperados por las lentes de estos arqueólogos-fotógrafos, quienes han recogido estas cápsulas de la memoria de los victimarios que hoy nos hacen preguntas: ¿Quiénes hicieron la guerra? ¿Por qué? ¿Contra qué? Crónicas del sonido y la furia que parece haber al principio y al final de unas trincheras de ignorancia y de delirio.

La casa expandida

Las ruinas de la casa no solo son las físicas, sino también las del recuerdo. Esta idea fue la que inspiró a Región, una de las primeras organizaciones en la ciudad en vincular prácticas artísticas a su trabajo con la comunidad, a principios de la década del 2000. Con la obra *Tenemos nuevos vecinos* (dirigida por Gloria Posada, 2002), pero sobre todo con la intervención urbana *Esta es tu casa* (2004), hubo una convocatoria colectiva a personas en situación de desplazamiento para que reconstruyeran imaginariamente su casa, la hicieran rodar por las calles de Medellín y realizaran banquetes y mapas colectivos donde reconocerse y conectarse con las otras personas de la ciudad.

En *Esta es tu casa*, 24 formaletas de casas intervenidas por personas desplazadas, con la asesoría de algunos artistas, recorrían la ciudad. Cuando llegaban a determinados puntos, se extendía sobre el suelo un mapa gigante de Medellín al que rodeaban las casas ambulantes. Pedazos de telas con la frase “Esta es tu casa” se les entregaban a los transeúntes para que señalaran en el mapa el punto en el que estaba ubicada su propia morada. Así, Medellín se representó por un mapa construido con las puntadas y las casas de todos.

La imagen como crónica

Además de las alusiones generales a la guerra, puede rastrearse en la producción de estos años una tendencia a ocuparse de hechos concretos, con nombre propio, de registro especular de sucesos como el ataque al Palacio de Justicia, masacres, bombas, entre otros.

Paradójicamente Botero —quien al principio no quería “ser comentarista” de la realidad— es el artista que desde 1999 realiza una de las crónicas más sistemáticas de los hechos violentos sucedidos en Colombia. Sus recreaciones se han ocupado desde la muerte de Pablo Escobar (1999, 2006) hasta explosiones de carobombas (1999) y masacres particulares como

la de Ciénaga Grande (2001). En estos acercamientos, sus hasta entonces plácidos personajes, congelados en ambientes sin historia ni movimiento, se ven turbados por el color rojo, las muecas y los gestos, llegando muchas veces a un dramatismo que recuerda los mártires católicos. En estas obras reproduce más o menos fielmente las fotografías de los periódicos, sin realizar nuevas lecturas ni complejizar la anécdota. Son representaciones ilustrativas a modo de un lamento, en el cual finalmente se agotan.

Es otra la perspectiva de una artista como Ethel Gilmour, quien, en cambio, se aparta de la literalidad de la fotografía y del calor de los acontecimientos. Apostándoles al símbolo, a la metáfora, al montaje y al collage, como estrategia no solo formal sino, sobre todo, expresiva y discursiva, realizó un lúcido seguimiento de nuestra historia reciente. Así, cuando se ocupa de la muerte de Pablo Escobar, la transforma en un asunto mítico. Coloca su cadáver diminuto (en la representación de Botero, al contrario, la figura caída del capo es gigante y amenaza con aplastar los tejados, las casas y la ciudad), debajo de un guayacán gigante, cuyas flores parecen una lluvia redentora y sanadora (ver figura 5).

En esta misma línea, está la perturbadora serie *Finite games/ Infinite games* realizada en 2012 por Camilo Restrepo. Estas fotografías —tomadas de internet y alteradas digitalmente— hacen un comentario a la imagen de algunos cuerpos ejecutados, como el de Gonzalo Rodríguez Gacha o Raúl Reyes, utilizados como trofeos de guerra en las primeras páginas de nuestra histórica prensa. La diferencia con las representaciones de Botero, por ejemplo, es que Restrepo no cree en estas imágenes, no las acepta tal y como llegan con sus lecturas prefijadas. Estas fotos más bien le sirven de pretexto para mirar los mecanismos de la memoria oficial, al igual que sus contradicciones. ¿Quién tiene el poder sobre las imágenes? ¿Qué puede una imagen? ¿La violencia solo es ejecutada por los victimarios ilegales? ¿Cuánta violencia puede haber en una imagen?, son algunas de las preguntas que se desprenden de estos “juegos infinitos”, de esta guerra no solo de bombas y pistolas, sino también, precisamente, de imágenes, versiones y memorias.

La estrategia a la que acude Patricia Bravo en *Lo que quedó* (1997) (ver figura 6) se sale del tratamiento estético tradicional hasta bordear los límites de la investigación forense. ¿Lo que quedó de qué? ¿Lo que quedó cuándo? Son interrogantes que nos hacemos frente a estas ambiguas piezas hechas con detritos. La carta de navegación que la artista le presenta al espectador dice acerca de los materiales utilizados en esta obra: “Fragmentos recogidos en lugares afectados por atentados terroristas durante el último año en la ciudad de Medellín”. De esta manera, el título se nos revela

estrictamente etimológico: estamos en el mundo de las reliquias (palabra que en latín significa lo que quedó).

El foco de Bravo es la materia indeterminada de la violencia. Un amasijo que le serviría poco a un forense por estar contaminado, pero que puede salvar de la desesperanza a un familiar. Para ellos, estos residuos se convierten en reliquias, como aquellos pedazos del cuerpo de los santos tan apreciados por la tradición cristiana. Porque, si lo sobrenatural del cuerpo santo contagiaba de su gracia divina a todo aquello que lo hubiera rozado, las cosas que quedaron de los asesinados violentamente pueden contagiar y esparcir ahora al menos su memoria (Giraldo Escobar, 2010). Y si esto sucediera, estas personas no habrían sido asesinadas dos veces, como sucede cuando se borra todo registro de estos seres sobre la tierra. Así, Bravo, oficiando de Antígona, se acerca respetuosamente a los detritos de la violencia para darles su estatus conmemorativo en estos particulares relicarios laminados.

Cuando la fotografía fue símbolo

Mientras los artistas muchas veces pretendieron ser reporteros, en cambio hubo un reportero que terminó inmerso en los circuitos artísticos. Y no precisamente por estetizar la violencia, sino por su capacidad para construir símbolos y metáforas a partir del fragor de los brutales acontecimientos, y superar el nivel documental. El espectáculo al que ha asistido Jesús Abad Colorado en las últimas décadas ha sido el de la disolución y resquebrajamiento de la ficción del territorio que cantaba Francisco Antonio Cano en sus bucólicos *Horizontes*. Su mirada se ha dirigido, en cambio, hacia la caída de la utopía del proyecto antioqueño de principios del siglo XIX. Si una de las banderas de la colonización antioqueña fue crear una espacialidad para un proyecto histórico y geográfico, se instala el no-lugar de la guerra en las fotografías de los barrios sitiados, los tableros agujereados, las fronteras invisibles.

Colorado logra contar las historias completas, asistir a su desarrollo, y no únicamente a la roja punta del iceberg. Solo cuando la situación ha sido captada por él, cuando ha logrado una empatía profunda, ya no con los victimarios, sino con las víctimas, dispara su obturador. Entonces así puede mostrar lo que usualmente no se ve. Fotografías que son metáforas. Difícilmente podríamos hoy recordar o saber lo que pasó durante estos años sin la intermediación de la lente aguda y respetuosa de Colorado, el memorioso.



Figura 5. Ethel Gilmour, *Guayacán*, óleo sobre lienzo, 1994.



Figura 6. Patricia Bravo, *Lo que quedó, doscientos laminados*, 1997.

La divina guerra de las imágenes ¡Virgenes del Metro, protéjannos!

Uno de los principales discursos identitarios de la región ha sido el religioso, el cual está basado en imágenes. Impuesto desde la Colonia como una pedagogía visual, no ha dejado de funcionar y se ha instaurado sobre todo como un discurso político. Así, ante el desorden social del siglo XIX, las guerras partidistas de mediados del siglo XX, y los enfrentamientos entre ejército, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes y bandas criminales de la actualidad, se vuelve a acudir una y otra vez a las figuras totémicas del Corazón de Jesús o la Virgen María para que reinstalen la armonía social perdida. Pero, por otro lado, suceden fenómenos tan sintomáticos como el de la “Virgen de los sicarios”.

Los jóvenes pertenecientes a los ejércitos del narcotráfico instauraron a la María Auxiliadora de Sabaneta como patrona y protectora de sus crímenes a sueldo. Este fenómeno fue registrado en 1994 por la novela de Fernando Vallejo *La virgen de los sicarios*, cuya primera portada fue precisamente ilustrada por Ethel Gilmour (imagen que después se reproduciría en grandes dimensiones en la estación de Envigado del Metro de Medellín).

La administración municipal, comprendiendo la fuerza y potencia de este fenómeno, participó en la disputa por los poderosos mantos marianos. Los gobernantes se reunieron entonces con gestores culturales como la artista Dora Ramírez y se hicieron preguntas: ¿Cómo proteger el nuevo icono de civilidad, que era el relumbrante Metro, de las amenazas apocalípticas de la época? ¿Cómo lograr que se convirtiera en una zona neutral en medio del imperio de las bombas y las balas? Una certeza flotaba en el ambiente: si con alguien no se iban a meter los sicarios, devotos furibundos de la Virgen, era precisamente con María (Montoya Carvajal, 2015). Así, las estaciones del joven Metro de Medellín en plena década de los ochenta fueron decoradas con representaciones de múltiples advocaciones marianas, como en los tiempos de la Colonia. La ‘marianización’ del Metro fue muy controvertida (*El Tiempo*, 1997). Sin embargo, pareció funcionar: en el Metro, por alguna razón, nunca pasó nada. Algunas de estas vírgenes continúan hoy allí, escondiendo bajo sus mantos divinos la memoria de las angustias y tensiones de una época.

Aunque esta es una de las historias más visibles, han sido muchos más los episodios que demuestran la vigencia de este intrincado matrimonio sacropolítico. Cuando una bomba explotó en el parque Lleras en el 2001, la memoria del hecho se tramitó alrededor de una Virgen María, instalada como fetiche protector. Ethel Gilmour, retomando una tradición inaugura-

da por Débora Arango, muestra cómo este cuerpo simbólico parece incapaz de asumir su rol restaurador en la actualidad en su *Virgen de Giotto llorando en Medellín* (2000), donde la imagen renacentista se encuentra inerme frente a la violencia que amenaza con arrasar a los habitantes de la ciudad. Jesús Abad Colorado registra Cristos que ya no protegen, sino que deben ser protegidos por sus fieles. Los cielos de María Teresa Cano son amarillos y penden de ellos una manada de lobos muertos que una madona inerme no puede apaciguar. Las reliquias que circulan ya no serán las de los santos, sino las de los huesos de los desaparecidos en la serie *Corte de florero* (1996) de Juan Manuel Echavarría. Rounds de esta guerra insaciable de imágenes religiosas, invertidas y en contravía, donde se tomaron el pulso todos los poderes del conflicto.

De la escultura formalista a los memoriales y las acciones. Lo sólido se deshizo en la memoria

Si en las décadas de los ochenta y noventa, la ciudad intentó apostarle a la sofisticación de un patrimonio urbano modernista, al mismo tiempo se iba dando otra oleada de marcas simbólicas menos grandilocuente. Se trata de los memoriales realizados por familiares y comunidades a los caídos en la ciudad. Placas, altares, bustos, renombramientos, cruces, murales, jardines, son algunas de estas estrategias que dimensionan de otra manera el espacio público. Son otras narrativas que suelen quedarse por fuera de la plastilina de bronce del poder y de la geometría del esteticismo. Y que nos dejan unas preguntas: ¿Qué función tienen estos memoriales? ¿Qué ritos ayudan a realizar? ¿Cómo se inspiran en la tradición relicaria católica?

Arte, aguja para los tejidos rotos

Desde la década de los noventa, la producción más convencional, es decir aquella en la que un artista produce una obra para un espectador, comienza a dar otros giros. Más que de obras, se habla ahora de prácticas artísticas. El artista, más que un creador individual, deviene un pensador social y actúa más como gestor cultural y detonador de experiencias y procesos sociales. Son prácticas que aspiran a una vinculación con el entorno, las cuales en ocasiones incluso niegan la especificidad de lo artístico y disuelven los lenguajes específicos del arte en lo social. Se trata de una actividad artística menos abstracta y elitista, conectada con las tensiones sociales de la ciudad. Más que de obras y de museos, se trata ahora de encuentros, intervenciones,

colaboraciones, juegos, fiestas, construcciones temporales (Giraldo, 2013). El arte ofrece momentos de sociabilidad y cuando apuesta por los objetos los utiliza para crear nuevos vínculos.

Una experiencia pionera en la historia de las acciones simbólicas y de construcción de memoria colectiva en Medellín y en el país fue *La piel de la memoria*. Este proyecto surgió en uno de los momentos más críticos y en un entorno tan conflictivo como el barrio Antioquia en 1997. Entonces la administración municipal buscaba consolidar allí un pacto de no agresión. La Corporación Región y la Corporación Presencia Colombo Suiza habían realizado el proyecto *Historias de barrio*, que buscaba reconstruir el tejido social a partir de la historia individual y colectiva de los participantes, quienes en su mayoría habían estado inmersos en un cruento conflicto barrial.

Se buscó desde el arte y de la mano de la antropóloga Pilar Riaño y la artista Suzanne Lacy, crear mecanismos que permitieran la elaboración de duelos no tramitados para llegar a la reconciliación y la convivencia. Y así se pensó en un bus itinerante, un bus cargado de memorias, como lo recordó el investigador Mauricio Hoyos: “Lo que contenía eran objetos que guardaban las memorias de sus dueños y los recuerdos asociados a esas memorias, y que tenían un valor singular, particular y significativo para ellos. Allí el objeto dejaba de ser objeto para convertirse en memoria. Debía ser itinerante porque el reto era que recorriera los diferentes sectores del barrio que no se podían comunicar, por razones de la guerra y el conflicto”. Esta experiencia fue totalmente novedosa, logró sus objetivos de reconciliación, tramitación de pérdidas, afianzamiento de vínculos comunitarios. Y, además, dejó muchas preguntas sobre la responsabilidad y las posibilidades de los artistas en un contexto como el de Medellín. Este tipo de obras terminarían convirtiéndose en una clara tendencia años después. Y aunque revisar estas obras excedería el espacio que se tiene en este texto, no se puede dejar de mencionar como una de las experiencias más significativas el programa *Desear tepaz*, liderado por la Galería de Arte Contemporáneo Paul Bardwell del Centro Colombo Americano desde el 2002, apuesta social que ha promovido un modelo de desarrollo cultural comunitario donde artistas internacionales, nacionales y locales, orientan procesos creativos en comunidad.

En este breve recuento quisimos trazar los caminos desde aquellos ideales formalistas del principio, su disolución, y la transformación de las perspectivas y las respuestas que desde entonces no han dejado de darse desde las trincheras simbólicas del arte. En Medellín, durante estas décadas, el arte estuvo en medio del conflicto, mirando, narrando, resistiendo y

reflexionando. Se podría afirmar que el conflicto urbano durante estos años influyó en los artistas, pero también que las respuestas de los artistas influyeron en la manera de tramitar el conflicto y de entenderlo.

Referencias bibliográficas

- Agudelo, Juan Esteban (2012). Botero, la historia de la donación. *El Mundo*. Recuperado de http://www.elmundo.com/portal/cultura/palabra_y_obra/botero_la_historia_de_la_donacion.php#.W1eyNNJKiUk.
- Alcaldía de Medellín (2010). *Imágenes que tienen memoria*. Medellín: Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado.
- Becerra, Mauricio (1998). Esculturas al parque. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-834879>
- Bolívar, Édgar (1997). Construcciones colectivas del espacio público: Las Huellas del Festival Internacional de Arte. En: Jaime Xibillé (ed.). *De la villa a la metrópolis*. Medellín: Colina.
- Corporación Región (2011). *Guion museológico del Museo Casa de la Memoria de Medellín*.
- El Tiempo* (1995). Será el símbolo de la imbecilidad de Colombia. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-343545>
- El Tiempo* (1997). Al Metro lo cuidan las vírgenes. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-530793>
- Fernández, Carlos Arturo (2009). Medellín, un lecho de rosas. *Vivir en el Poblado*. Recuperado de <http://vivirenelpoblado.com/81-cultura/desde-el-museo/169-desde-el-museo-agosto-quincena-1>
- Giraldo, Efrén (2013). *Del paisaje construido al espacio relacional*. Colección Monografías sobre artistas colombianos. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Giraldo Escobar, Sol Astrid (2010). *De la anatomía piadosa a la anatomía política*. Tesis para optar al Magíster en Historia del Arte. Medellín: Universidad de Antioquia. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/306956111/Giraldo-Sol-De-La-Anatomia-Piadosa-a-La-Anatomia-Politica>
- Giraldo Escobar, Sol Astrid (2016). Entrevista con Juan Carlos Posada. Medellín, febrero 7).
- Jursich, Mario (1997). *La Virgen. Fe y aventura en Colombia*, Bogotá: Alfred Wild.
- Londoño, Santiago (1995). *Historia de la pintura y el grabado en Antioquia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Medina, Álvaro (1999). *Arte y violencia en Colombia desde 1948*. Catálogo. Bogotá: Museo de Arte Moderno de Bogotá.

- Montoya Carvajal, Laura (2015). Las vírgenes que fueron el primer escalón hacia la 'cultura metro'. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/multimedia/especiales/virgenes-que-comenzaron-la-cultura-metro-del-metro-de-medellin/16443497>
- Ramírez, Imelda (2012). *Debates críticos en los umbrales del arte contemporáneo. El arte de los años setenta y la fundación del Museo de Arte Moderno de Medellín*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Roca, Juan Manuel (2000). Gloria Posada / Desolación. *Columna de Arena*, n. 26. Recuperado de <http://www.universes-in-universe.de/columna/col26/col26.htm>
- Salazar, Alonso (1996). *La génesis de los invisibles: Historias de la segunda fundación de Medellín*. Medellín: Programa de la Paz, Compañía de Jesús.
- Villegas, Juan Miguel (2013). Un pájaro que aún estalla. En: Universo Centro. *El libro de los parques*. Recuperado de <http://www.universo-centro.com/Ellibrodelosparques/Unpajaroqueaunestalla.aspx>



De ¡Basta ya! a ¡Nunca más!

Roberto Herrscher

Durante la última mitad del siglo América Latina ha vivido guerras civiles, conflictos externos, atrocidades de fuerzas gubernamentales, paramilitarismo, guerrillas, narcotráfico, y también acuerdos de paz, intentos de vivir sin violencia, juicios a los victimarios, justicia para las víctimas, planes de retribución para poblaciones afectadas y movimientos que buscan crear democracias estables y duraderas.

En paralelo, durante todos esos años los periodistas de investigación, los cronistas, los historiadores, los novelistas, los cineastas y los poetas han acompañado cada paso en el camino de la guerra sufrida a la soñada paz, de las mentiras y la ignorancia a la verdad y la comprensión, con una larga cadena de obras que cuentan y reflexionan sobre este proceso. Desde el Río Bravo hasta Tierra del Fuego, estos contadores no solo narraron las historias que debían ser escuchadas, sino que también ayudaron a cada sociedad a encuadrar, pensar, conocer y alcanzar decisiones importantes sobre lo que había sucedido y lo que debía hacerse.

En este sentido, este capítulo intenta definir y mostrar ejemplos de cada uno de los pasos de dicho proceso. Desde el momento en que una sociedad, con sus periodistas y narradores, clama por el fin de la guerra y la violencia, hasta el periodo final en el que se traza un plan viable para dejar atrás el pasado cruel para siempre. Probablemente, el plan más radical fue llevado a cabo por Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, pero abundantes ejemplos también tenemos en Latinoamérica. Por eso, porque en otros continentes pasaron situaciones similares y hubo libros que dieron cuenta de ellas de manera creativa y original, incluyo en este análisis un par de ejemplos internacionales que ayudan a entender las luchas propias de este territorio.

El título del capítulo hace alusión al momento inicial de este proceso, representado por el informe de la guerra de más de medio siglo en Colombia, *¡Basta ya!* (2013), hasta el momento de construcción de un país distinto, vivible y viable, en Argentina, representado por el informe pionero *¡Nunca más!* (1984). Entre los dos momentos, identifico siete etapas: 1) *¡Basta ya!*; 2) Memoria; 3) Verdad; 4) Juicio y castigo a los culpables; 5) Justicia para las víctimas; 6) ¿(Re)conciliación? y 7) *¡Nunca más!* Y en cada una de ellas, una serie de autores, géneros (especialmente periodísticos, pero también algunos de ficción), estilos y herramientas para definir y entender cada período.

Para acercarme a la forma en que cada autor cuenta y hace avanzar estos momentos en el tránsito del horror a la paz, quiero utilizar el sistema de viñetas, aguafuertes o pequeñas historias que nos legó Eduardo Galeano en su trilogía de la historia de Latinoamérica (*Memoria del fuego: Los*

nacimientos; Las caras y las máscaras; El siglo del viento). El mismo avanzar contando pequeñas historias que también utilicé en mi libro *Periodismo narrativo*.

Parto de íntimas convicciones, nutridas por múltiples lecturas, experiencias y el contacto con periodistas y narradores de tres generaciones. Tengo la convicción que contando se entiende la gente, que mediante el atreverse a contar y dignarse a escuchar las historias reales de los otros se puede llegar a un momento de compartir, entender, vivir y sentir el punto de vista, las razones, el sufrimiento y los anhelos de los otros.

Estoy convencido, además, de que el periodismo narrativo (también llamado periodismo literario, crónica o relato de no ficción) es el que puede abrir los ojos y cerrar las heridas de las nuevas generaciones: atrapar, emocionar, alegrar, indignar, involucrar y movilizar a los lectores jóvenes. El mundo se nos está yendo de las manos: los dueños de casi todo quieren ser dueños de todo, y necesitan que no sepamos, que no entendamos, que no participemos. La violencia atroz de las dictaduras y las guerras civiles se enmarca en luchas por la dominación económica, política y militar. La ignorancia nuestra es la fuerza de ellos, parafraseando a Orwell.

El buen periodismo es necesario para retomar el control de nuestras vidas, nuestros países y nuestro mundo. En este contexto, la larga y fecunda tradición de la literatura y del periodismo narrativo nos ayuda, tanto a contar lo que nos pasa, como a salir del pozo de sangre de una manera apasionante y útil. En el terreno de la memoria histórica, los ejemplos de crónica, perfil, reportaje, testimonio e historia oral que aquí traigo no son solo acompañantes, sino también catalizadores y movilizadores de ese camino. A continuación, explico estas siete etapas y algunas de las muchísimas obras que han contado e impulsado cada una de ellas.

¡Basta ya!

En 2014, en la puerta de su despacho en la Universidad Javeriana, Maryluz Vallejo me regaló un tesoro: un ejemplar del informe *¡Basta ya!* Ese día, la profesora me dijo: “Este libro es como el *Nunca más* de ustedes los argentinos”. Y en ese mismo instante pensé: “Ojalá, pero siento que este es el comienzo de un largo camino, y *Nunca más* es el final”. Pensé en los distintos pasos que llevan de un grito que pide, exige y ordena parar, y del llamado, después de estar seguros de que el mal se acabó, para crear las condiciones que aseguren que no vuelva.

Como bien saben los colombianos que se dedican al estudio y la denuncia de la violencia en su país, las 431 páginas de este minucioso memorial de horrores es un grito de rebeldía y auxilio. Para mí, su principal valor es el de poner negro sobre blanco los datos, la verdad, las voces y testimonios, las historias y expresar: basta ya de decir que no sabemos lo que pasó, lo que pasa.

En el prólogo del informe Gonzalo Sánchez, el director del Centro Nacional de Memoria Histórica, señala que

Colombia apenas comienza a esclarecer las dimensiones de su propia tragedia. Aunque sin duda la mayoría de nuestros compatriotas se sienten habitualmente interpelados por diferentes manifestaciones del conflicto armado, pocos tienen una conciencia clara de sus alcances, de sus impactos y de sus mecanismos de reproducción. Muchos quieren seguir viendo en la violencia actual una simple expresión delincinencial o de bandolerismo, y no una manifestación de problemas de fondo en la configuración de nuestro orden político y social.

¿Basta ya de qué? Basta de matar y morir, basta de despreciar la vida y el sufrimiento de los otros, basta de minimizar los crímenes de los victimarios, basta de mirar hacia otro lado, basta de negarse a entender que esto es un problema de todos, una lacra que hunde a la sociedad entera. Basta ya.

¿Cómo contar esto? Con el periodismo de denuncia, urgente y apasionado. La noticia, el relato de los hechos que están sucediendo, la denuncia, el alegato. Este periodismo muchas veces tiene el sabor tosco y caliente de lo hecho al apuro de los acontecimientos. Otras veces se toma el mínimo tiempo para sacar a la luz causas y consecuencias, escarbar pruebas y proveer argumentos. Ese es el que dura más allá de las circunstancias que lo hicieron aparecer.

Así es la gran primera obra del ‘nuevo periodista’ de las Américas, Rodolfo Walsh. El periodismo que responde al momento ¡Basta ya! es el de su *Operación masacre*. Y un ¡Basta ya! actual son las crónicas de la valiente periodista mexicana Marcela Turati.

Rodolfo Walsh, inventor de la novela de no ficción (Argentina)

“*Operación Masacre* cambió mi vida”, explica Walsh en un breve texto autobiográfico. “Haciéndola, comprendí que además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior”. Y el libro responde a ese descubrimiento: tras haberse adentrado en el mundo de la novela policial

y luego probar con éxito la invención de argumentos donde un detective resuelve un crimen, un verdadero crimen de estado tocó a su puerta. Durante los diez años que duró el gobierno de Juan Domingo Perón (1946 a 1955), Walsh había transitado desde la derecha nacionalista hacia posiciones más de izquierda, pero no se había acercado a ninguna de las franjas del populismo peronista.

El golpe militar de 1955, que desalojó a Perón del poder e instaló un régimen de derecha que reprimió los movimientos populares afines al peronismo, provocó el despertar del nacionalismo filo-peronista de izquierda de Walsh. El día en que escuchó la ya célebre frase de que “hay un fusilado que vive”, estaba preparado para escuchar la historia que le cambiaría la vida.

¿Cómo es eso del fusilado que vive? Juan Carlos Livraga, un hombre de barrio, apolítico como había sido Walsh, había acudido a la casa de un vecino la noche del 9 de junio de 1956 (un año después del golpe) para ver una pelea de box. La mayoría de las personas que se apelotonaban en la vivienda le eran desconocidas. De pronto apareció la policía, los llevó a una comisaría y de allí fueron llevados en camión a un descampado. Los hicieron bajar, y cuando los presos, aterrados, se dieron cuenta de lo que estaba por suceder, ya era demasiado tarde.

Walsh primero recibió la información de que “hay un fusilado que vive”. Era una contradicción lógica, del tipo de problemas que hubieran despertado la curiosidad del detective Daniel Hernández, el personaje de ficción las novelas de detective del Walsh cuentista, su propio Sherlock Holmes. Le llevó meses reunirse con el fusilado, que vivía escondido porque sabía, lógicamente, que si lo descubrían volverían para terminar de rematarlo. Después supo de un segundo fusilado vivo, y de un tercero.

Con las historias de todos fue armando la narración de lo que pasó esa noche. En la casa donde se citaron a ver la pelea, había un par de los parroquianos que estaban al tanto de que esa noche un grupo peronista, al mando del general Valle, intentaría un alzamiento contra el gobierno militar. Pero la mayoría de los presentes eran vecinos que nada tenían que ver con la asonada.

En el apuro por abortar todo brote de rebeldía, ante un soplo de un informante, la casa fue copada por la policía. El comisario recibió la orden perentoria de matarlos a todos y la cumplió tan mal que, al final, más de la mitad sobrevivió al fusilamiento nocturno.

Como si se tratara de uno de sus argumentos policiales —y ya sabiendo que la policía era su enemigo —, Walsh tomó en la realidad el papel que en sus cuentos de juventud le había asignado a su alter ego, el

detective Hernández. Para encontrar la verdad sobre la chapucera “*operación masacre*”, Walsh fue afinando sus herramientas hasta convertirse en el mejor periodista de investigación de Sudamérica.

Primero, se hizo con la orden oficial leída en Radio Nacional donde se anunciaba la ley marcial. La hora que figuraba en la orden y el libro de locutores de la radio demostraban que la orden de no reunirse bajo pena de muerte se difundió cuando los de la casa ya estaban presos. Por lo tanto, no habían desobedecido la ley marcial, que era la excusa que había dado la dictadura cuando el asunto salió a la luz.

Después, logró hacerse con una copia del libro de entradas de la comisaría, donde sorprendentemente un sargento había asentado la entrada de los hombres que horas más tarde serían llevados al descampado para caer bajo las balas.

Encontró también a un nuevo fusilado vivo, que se había refugiado en Bolivia. Todo esto le llevo meses y meses de juntar entrevistas, documentos, dar con testigos, preguntar detalles innecesarios para demostrar la barbarie policial, pero importantes para contar la historia como si fuera una novela. “Yo elegí el tema pero también el tema me eligió a mí”, diría después. Y cuando todo estuvo a punto, se lanzó a inventar la novela de investigación periodística. Corría el año 1957.

La estructura de *Operación Masacre* no es cronológica y es brillante en su mezcla de complejidad y simplicidad. En una primera parte, “Las personas”, se trazan breves, potentes viñetas de la docena de personajes que por casualidad o por el destino terminan concurrendo a la casa de un barrio obrero de Buenos Aires. Capítulos breves, intensos, pintan con unos pocos trazos la personalidad, las circunstancias y el estado de ánimo de cada uno de los personajes presentes en la casa. Sabemos que los presenta así porque está a punto de sobrevenirles una catástrofe. Nosotros lo sabemos, pero ellos no.

En esas primeras páginas hay un juego algo macabro pero muy efectivo: debemos ir adivinando quiénes han sobrevivido. Con el primero no hay dudas, porque lo delata el comienzo, uno de los mejores comienzos de la literatura latinoamericana.

Nicolás Carranza no era un hombre feliz esa noche del 9 de junio de 1956. Al amparo de las sombras acababa de entrar en su casa, y es posible que algo lo mordiera por dentro. Nunca lo sabremos del todo. Muchos pensamientos duros el hombre se lleva a la tumba, y en la tumba de Nicolás Carranza ya está reseca la tierra.

Con otros personajes, como Lito Giunta, Walsh nos deja sobre ascuas hasta el final de su presentación. Así lo describe: “No ha cumplido treinta años Giunta. Es un hombre alto, atildado, rubio, de mirada clara. Expansivo, gráfico en los gestos y el lenguaje, tiene una dosis considerable de humor y aún de ironía escéptica”.

Solo al final de la sección el autor nos permite asomarnos al desenlace de la noche de Guinta: El hombre tiene “cierta psicología práctica” que en oportunidades le permite adivinar deseos e intenciones de la gente y “una envidiable facultad de fisonomista. No sospecha –mientras cena en esa casa apacible, adquirida con su esfuerzo, rodeado del afecto de los suyos– que esas cualidades le ayudarán horas más tarde a salir del trance más amargo de su vida”.

De esa manera, Walsh va moldeando los personajes, creando nuestro interés por ellos, y nos va dando pistas sobre lo que sucederá. Las herramientas que usó eran las que aprendió leyendo, traduciendo y escribiendo relatos policiales. En parte estoy seguro que tenía esas estructuras tan metidas que, a medida que entrevistaba a los sobrevivientes y organizaba su información, la estructura y el estilo de una buena obra de ficción se le fueron imponiendo con la lógica de lo inevitable.

La segunda parte, “Los hechos”, cuenta la detención de los doce hombres, su paso por una comisaría, su traslado, su caótico fusilamiento, la huida, la salvación de algunos, la recaptura de otros... todo se lee como una novela que atrapa y emociona.

La estructura es compleja en su simplicidad: al principio la presentación de los personajes obliga a una serie de narraciones simultáneas. En cuanto llegan todos a la casa y son detenidos, comienza una sola línea cronológica, que se va haciendo más rápida y trepidante a medida que llega la hora de las balas. En cuanto dejan la escena los verdugos, vuelven las cronologías paralelas: la narración va siguiendo uno a uno a los sobrevivientes.

La tercera parte, “La evidencia”, cita las declaraciones de víctimas y victimarios para reforzar sus argumentos. Aquí cambia el tono y se combina la narración de las investigaciones oficiales y la exasperante lentitud e ineptitud de un juez del régimen con las explicaciones y los análisis que permiten a Walsh cerrar su investigación y sacar conclusiones de los hechos.

Marcela Turati, aprender de la muerte (México)

Muchos periodistas han seguido la senda de Walsh. Muchos han muerto como él, con la denuncia en la mano. En Guatemala, en El Salvador, en Colombia. Y sobre todo en México, el país donde imperan la injusticia y los crímenes no resueltos, donde es más peligroso ser periodista.

A la cabeza de los reporteros valientes de México hoy, Marcela Turati. Su libro *Fuego Cruzado*, sobre las víctimas atrapadas en la guerra de los narcos, muestra el horror de un conflicto donde no hay buenos entre los contendientes; ni siquiera la policía y el ejército que supuestamente deberían proteger a la población civil.

Turati fundó en 2007 “Periodistas de a Pie”, un colectivo de cronistas sociales que comparten técnicas de investigación y estrategias de reporte con el fin de elevar la calidad de su trabajo.

Cinco años más tarde ganó el Premio Louis Lyons en 2012, otorgado por los Nieman Fellows de la Universidad de Harvard por la cobertura periodística sobre la guerra contra el narcotráfico y el papel desempeñado en la protección y formación de periodistas en México, “a la conciencia e integridad del periodismo”.

En 2016 ganó una beca Nieman y trajinó archivos y entrevistas en Boston buscando ejemplos históricos y actuales de la violencia sistémica y su impacto en las personas, las comunidades y las instituciones, con especial atención al papel de la de los medios.

En uno de los mejores libros de crónica de América Latina, *Los malos*, editado por Leila Guerriero, Turati traza el perfil de un burócrata de la muerte, de los que llenan de fosas comunes los maizales y desiertos de México. “El Pozolero” trabajaba para los narcos, destripando, desmembrando y disolviendo los cadáveres de sus víctimas en ácido. En una macabra analogía, sus patrones comparaban su oficio con el de los que cocinan pozol, un guiso de maíz cascado, verduras y cerdo. El Pozolero, en el espeluznante y mesurado relato de Marcela Turati, se convierte en el símil latinoamericano de los burócratas de la muerte del Tercer Reich, los que llevaron a Hannah Arendt a crear el concepto de la banalidad del mal en *Eichmann en Jerusalén*.

Cuando en 2014 el Consejo Rector de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano le otorgó el reconocimiento a la excelencia del Premio Gabriel García Márquez de Periodismo, enfatizó en su dictamen que

Marcela ha privilegiado el bien común por sobre el protagonismo individual, la organización regional o sectorial por sobre el golpe o la primicia.

Un método que ha mostrado sus frutos en la protección de la vida de los periodistas. Así, su trabajo y el de su organización se convirtieron en un vehículo de esperanza. Su trabajo ha sido clave para vencer la negación y el horror, armando las bases de datos que urgen a la justicia a permear la impunidad.

Así comienza el capítulo VIII de *Fuego Cruzado*, llamado “La república de los desaparecidos”:

Yo desaparezco, salí a comprar agua y me acorralaron; tú desapareces, regresabas del establo cuando te llevaron; él desaparece, viajó para dar una charla antisequestros y no llegó a la cita; ella desaparece, la sacaron de su cama, frente a su hija; nosotros desaparecemos, recorriamos el país vendiendo pinturas hasta que nos interceptaron.

La desaparición masiva de personas, que se pensaba casi erradicada, resurge como una epidemia que ha generado todo tipo de relatos escabrosos que ya nadie pone en duda.

Está el caso de la familia duranguense que hacía un picnic a orillas de la presa Ramón Corona y perdió a uno de sus hijos ahogado en el agua. Para recuperar el cuerpo, contrató a un buzo. El experto en profundidades salió con las manos vacías. No supo cuál de los 40 cuerpos que encontró era el que debía recoger.

Marcela Turati pone de relieve en su obra a aquellas víctimas desaparecidas, las que no alcanzaron a llegar a casa. Una violencia masificada de cuerpos desaparecidos. Este fragmento muestra claramente la denuncia hecha crónica. Es como el relato central de Operación Masacre, un mostrar más que un contar. Los relatos vividos por las víctimas son un paso posterior, como veremos en la siguiente sección.

Memoria

¿Qué es primero, la verdad, la justicia o la memoria? En todos los casos en los que se esté saliendo de dictaduras o conflictos internos, la primera necesidad es hablar, contar y ser escuchados. Las víctimas quieren, necesitan sentir que su historia vale, que alguien los escucha, que la sociedad les cree. Entre la autocensura por preservación propia, la orden de callar de parte del poder y el no querer oír por los que no quieren enterarse, el silencio enlo-

quece: las Madres de Plaza de Mayo decían que las llamaban “locas”, y que muchas veces sentían el peligro de creérselo.

Por lo tanto, de los muchos deberes de los periodistas y contadores de historias reales, el primero, desde el momento en que eso deja de costarnos la vida, es escuchar a los que sufren y sufrieron el horror, y luego pasar a contarlos. Y el género en que eso se hace, el género propio de la Latinoamérica violenta, es el testimonio.

Un género muy vinculado al periodismo y la literatura de compromiso social y político. El testimonio combina el arte y la práctica de la entrevista en profundidad, la historia oral y el monólogo teatral. Grandes ejemplos son *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet, *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska, *Relato de un naufragio* de Gabriel García Márquez y *Miguel Mármol* de Roque Dalton.

En los cuatro, hablan los que pasaron por tragedias que casi les cuesta la vida. El lector se entera de los hechos a través de sus víctimas. Son sus voces, sus recuerdos y sus reflexiones hilvanadas por el hilo de sutura del periodista, buen escuchador.

En algunos casos, como el cimarrón (esclavo fugado) de Barnet, es una voz sola: en su historia y su forma de contar el ansia de sobrevivir, se puede entender el sufrimiento y la fuerza de todo un pueblo. En otros, como los estudiantes apaleados y encarcelados de Poniatowska, se trata de una historia oral en decenas de voces que van construyendo un mosaico de experiencias compartidas.

Dos ejemplos de memoria histórica: uno de una historiadora, la maestra de los historiadores orales de Argentina, sobre el drama de los exiliados de la Guerra Civil Española. El otro, el relato de un periodista sobre un fragmento de una derrota que todavía duele: la Guerra de las Malvinas.

Dora Schwarzstein, la historiadora (España-Argentina)

El libro *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina* no trata de Franco y apenas si habla de Perón. Es la historia de los exiliados republicanos en Argentina, sus desventuras, su relación con lo que estaba pasando en España y su difícil inserción en el país donde recaló su naufragio. Son las voces de una larga derrota.

En este siglo en que recrudecen los exilios y las migraciones, esta historia es tan actual como cuando se publicó. La historiadora argentina Dora Schwarzstein usa con pericia las herramientas de la historia oral para

atrapar las voces y los recuerdos de los exiliados republicanos en Argentina. Fueron protagonistas de la Historia con mayúscula y en su larguísimo exilio llegaron a comprender con tristeza que la historia de su país los había dejado atrás. Cuando murió Franco fueron otros los que protagonizaron ese futuro con el que ellos tanto habían soñado.

Es un libro tristísimo, pero su lectura se hace luminosa por la forma en que usa la historia oral para hacer presente y real, como en una novela, una de las mayores tragedias del siglo XX.

Entre enero y marzo de 1939, se calcula que cruzaron la frontera española hacia Francia unas 450.000 personas. La larga marcha por los Pirineos en uno de los inviernos más crudos del siglo aparece una y otra vez en los testimonios de los exiliados. “No éramos más que un pobre rebaño de parias, sin derecho alguno, sin hogar ni patria; y todo por el crimen de haber soñado con un mundo mejor y haber luchado por realizarlo,” dice Federica Montseny, una de los 87 exiliados entrevistados por Schwarzstein.

Pero, al salir de la España franquista, los derrotados estaban lejos de ver el fin de sus sufrimientos. Muchos fueron enviados a campos de concentración en Alemania, intelectuales y activistas políticos iniciaron azarosos viajes por mar hacia lo desconocido, y a los que nadie quería, vegetaron por años en campos de refugiados en el sur de Francia.

Unos 30.000 exiliados marcharon a América, que muchos veían como tierra de abundancia y promisión. Dos tercios de estos fueron a México, donde el gobierno de Lázaro Cárdenas les abrió las puertas. El resto se desperdigó principalmente por Chile, Argentina y República Dominicana.

Los que fueron a Argentina se encontraron allí con inmigrantes españoles de principios de siglo y con republicanos que habían huido antes de la caída definitiva. Luego fueron llegando más víctimas de la represión franquista. La autora desgana detalladamente las relaciones que se fueron formando entre estos grupos, con los argentinos que se encontraron y con los otros inmigrantes y exiliados de toda Europa que compartían su suerte en pensiones y conventillos de Buenos Aires.

En el libro se presenta y se explica la Historia de grandes personajes: el apoyo de Perón a Franco, la política mexicana de abrir las puertas a los republicanos y la acción contraria del gobierno argentino, la actitud ambigua de las democracias europeas ante Franco luego de la Segunda Guerra Mundial, las luchas infructuosas de los representantes de la República en el exilio por vetar al franquismo de Naciones Unidas.

Pero su valor fundamental es volcar la historia viva, individual y colectiva de los exiliados: su cotidianidad en Buenos Aires y la forma en que

poco a poco iban arreglando sus recuerdos y su identidad para adaptarla a las circunstancias de su nueva vida. Por ejemplo, el énfasis en considerarse exiliados, no inmigrantes. Una mujer que se exilió de niña en Argentina recuerda que sus padres nunca compraron muebles, porque querían creer que en cualquier momento volverían a España. Hoy su hija se siente plenamente argentina. “Poco a poco nos hemos ido argentinizando”, dice uno de los testimonios más punzantes. “Mi pensamiento está en España, pero está en la Argentina al mismo tiempo. Es decir, hemos dejado de ser totalmente españoles pero no somos totalmente argentinos. Somos del Atlántico, estamos a mitad de camino de la ida y de la vuelta.” Estos exiliados eternos vivieron hasta el final, dice la autora, “con las maletas hechas”.

Juan Ayala, el periodista (Argentina)

Malvinas, la primera línea, de Juan Ayala, es uno de los excelentes libros de testimonio sobre la infausta Guerra de las Malvinas de 1982. En el año 2000, los periodistas Juan Ayala y Daniel Riera ya habían publicado en la edición argentina de la revista *Rolling Stone* la más impactante y sabia de las crónicas sobre la tragedia de la posguerra. *Nuestro Vietnam* sigue a un puñado de excombatientes que veinte años después de la guerra están rotos, desesperados, en el límite. Varios de estos muchachos se suicidan; otros quedan lisiados del cuerpo y del alma para siempre. El drama de los suicidios de veteranos de Malvinas no se contó jamás con tanta empatía y tanto valor literario.

Ya sin su socio, Ayala siguió en el tema y publicó *Malvinas, la primera línea*, en una pequeña editorial de nombre adecuado: Libros del naufrago. A diferencia de Riera, mucho menor, Ayala sí es de la “generación Malvinas”, aunque no fue a las islas, pero esa tragedia ajena le pegó como a pocos. Tras *Nuestro Vietnam*, se sumergió en la experiencia de los conscriptos del Regimiento de Infantería Mecanizada 7 de La Plata.

El RIM7 fue enviado a primera línea con armamento adecuado, sin ropa para el frío, sin comida, casi sin instrucción. En la noche fatídica del combate final, se enfrentaron a un ejército profesional provisto de visión nocturna. Era como pelear con los ojos vendados. Murieron 36. Todos menos tres eran colimbas.

La historia de los chicos de “primera línea” es un gran ejemplo de memoria histórica, de historia oral. Hablan en primera persona los soldados. Sus voces se entretienen para contar el drama, desde el momento de ser enviados a las islas hasta que vuelven al continente, exhaustos y famélicos, y

son internados en el regimiento para alimentarlos a la fuerza, para que sus familiares y el país no vieran cómo volvían.

Sus voces son claras y están muy bien hilvanadas. Me gusta sobre todo la construcción del jefe inmediato de los soldados, el subteniente Baldini. Un “loco de la guerra” cruel e injusto, Baldini muere en combate, mientras el capitán abandona a sus hombres y corre montaña abajo. Baldini podría ser un gran personaje de esas películas bélicas de Stanley Kubrick u Oliver Stone.

Alternados a estos capítulos se va contando el andamiaje bélico, político, diplomático que llevó a la catástrofe. Ayala se muestra como un investigador profundo, con gran habilidad para resumir en pocas páginas un enorme cúmulo de datos y análisis. El autor combina hábilmente los relatos de guerra y la historia del conflicto con un tercer elemento: hacia el final, relata dolorosas entrevistas con el gobernador militar de las islas, Mario Benjamín Menéndez y con el oficial, hijo del presidente de la comisión que juzgó y condenó a los responsables de la guerra, General Benjamín Rattembach. Es un gran acierto trasladarle a uno de los principales responsables y al hijo de su juzgador las preguntas que quedan doliendo desde las voces de estos adolescentes convertidos en soldados. Es un final adecuado: siento que Ayala le hace al poder las preguntas que sus personajes querrían haberles hecho.

¿Cómo comprender lo que fue el exilio republicano español y la debacle de los adolescentes enviados al combate por la dictadura argentina? La memoria, lo que perdura y sigue aguijoneando años después de los hechos, permite y fomenta la empatía. En ambos casos, como en tantos otros de este continente dolido, las voces trabajadas por estos cronistas muestran una herida y la curan.

Verdad

Llegar a las entrañas de lo que sucedió realmente. Terreno típico del periodismo de investigación y la novela de no ficción. Los datos exactos y la construcción de una verdad que va más allá. El confrontar y desmontar las mentiras oficiales o las mentiras ‘piadosas’ de la verdad soportable y meter el dedo en la llaga. El paso de la denuncia y el testimonio al periodismo de investigación.

Contar lo que realmente pasó. Separar la paja del trigo, enfocar las mentiras del poder con una linterna de luz potente y dejar hablar a los que vieron y explicarse a los que saben. Este ha sido siempre el objetivo del

periodismo de investigación, y su alianza con la crónica literaria ha dado algunos de los mejores ejemplos. Contamos con angustiantes muestras latinoamericanas, entre ellas *La pasión según Trelew* de Tomás Eloy Martínez y *La voluntad*, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita.

Tomás Eloy Martínez y los mártires de Trelew (Argentina)

El novelista y periodista Tomás Eloy Martínez nació en Tucumán en 1934 y se formó en la mejor escuela de periodistas de Sudamérica: el diario *La Opinión*, bajo la tutela del gran Jacobo Timerman. En sus textos, desde el principio, se puede apreciar arte narrativo y dominio de ideas filosóficas, los universos de los escritores y una comprensión cabal de esa otra ficción, la política. Martínez y otros brillantes jóvenes de su generación siguieron a Timerman en su fundación de la revista de actualidad *Panorama*.

En 1972, antes del regreso de Juan Domingo Perón, en el convulso final de la dictadura del general Alejandro Lanusse, cuando grupos guerrilleros peronistas, trotskistas y maoístas buscaban imponer a sangre y fuego “la patria socialista” —unos de la improbable mano de Perón, otros por vías distintas— un grupo de 16 guerrilleros fugados del penal de Rawson fueron capturados y llevados a la base aeronaval de Trelew, en la Patagonia.

Cuando todavía no se conocía públicamente el destino de estos doce hombres y cuatro mujeres, uno solo de los cuales había cumplido los treinta años, Tomás Eloy Martínez, oyó el repiqueteo de una teletipo en la redacción de *Panorama*, donde estaba cerrando la edición de esa semana:

Se acercó a ver qué novedad podía emitir a esa hora la agencia de noticias oficial y encontró un texto incomprensible: “Durante un fallido intento de fuga, quince delincuentes sobres ANULAR ANULAR ANULAR”.

Sospechando una ejecución masiva, Martínez cambió la tapa de *Panorama*. Al día siguiente fue despedido, acusado de difundir una información que oficialmente era falsa. Viajó a Trelew para reconstruir los hechos y al llegar se encontró en medio de una de las rebeliones populares más encendidas y secretas de la historia argentina.

Así cuenta la historia el texto introductorio de *La pasión según Trelew*, el libro que publicó el periodista en 1973, prontamente prohibido y quemado.

El libro cuenta dos rebeliones: una violenta y famosa; la otra pacífica y silenciada. La primera fue ejecutada por integrantes de los principales movimientos revolucionarios trasandinos —Ejército Revolucionario del

Pueblo (ERP), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros—, los cuales se coordinaron para rescatar a los guerrilleros presos.

El 15 de agosto de 1971, Mario Roberto Santucho, líder del PRT y recluido en ese penal, comandó la toma del presidio desde el interior, mientras un comando externo se encargaría de sacarlos del recinto. Sin embargo, una falla de comunicación impidió que saliera el grueso de los presos, escapando solo seis dirigentes entre los que se encontraba Santucho. Estos lograron llegar al aeropuerto de la ciudad de Trelew, donde los esperaba un avión previamente secuestrado por otro comando y en el cual huyeron a Chile. Más tarde llegaron al aeropuerto otros 19 fugados, pero tuvieron que rendirse. El avión los había dejado varados. Una semana después fueron ejecutados por efectivos de la marina argentina bajo el pretexto de la “ley de fuga”.

El segundo acto de rebeldía, con el que se encontró Martínez, fue una protesta cívica de la sociedad de Trelew, que fue minuciosamente silenciada por los medios oficiales.

La pasión según Trelew prefigura las matanzas de la dictadura y se asoma a una forma de contar que delata lecturas de Rodolfo Walsh y de Truman Capote, y más al fondo, de Borges y Steinbeck. Es un alegato valiente de una matanza silenciada y una revuelta reprimida, y una colección de entrevistas en profundidad con protagonistas, testigos y afectados. El periodista de investigación recoge todos los datos y trata de armar un relato lo más parecido posible a la verdad. Tanto que le costó a su autor una década de exilio.

La voluntad: una enciclopedia del pasado (Argentina)

A finales del siglo pasado, Martín Caparrós y Eduardo Anguita se lanzaron a contar la historia de la lucha armada en los sesenta y setenta en Argentina. Les llevó tres años. Son tres tomos, más de 2.000 páginas, hace poco reeditado por Planeta. Se llama *La Voluntad*, y es una ambiciosa enciclopedia de las vidas, los hechos, las ideas, las experiencias, las lecturas, las discusiones, los sueños y los miedos de la generación que quiso cambiar el país. El subtítulo es: *Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. En esta obra está, o pretende estar todo: las certezas y las incertidumbres. Las ideas claras y las oscuras. Los aciertos y los errores. Las genialidades y las estupideces. La heroicidad y la cobardía, la madurez y el infantilismo.

La voluntad no defiende, ni justifica, ni critica ni ataca: pone la lupa. Principalmente, pone el micrófono y hace preguntas profundas y dolorosas,

repreguntas que hasta entonces nadie había hecho. Es un relato oceánico donde se discute la forma en que los intelectuales leían a los teóricos franceses, qué música escuchaban, cómo eran sus relaciones de pareja. Y también tiene crónicas trepidantes de operaciones militares, la mayoría desastrosas, como la frustrada liberación de los presos de Trelew.

Podrían ser seis o nueve libros, tranquilamente. Con un episodio de esos años, la masacre de militantes del ERP en Trelew, Tomás Eloy Martínez hizo un libro entero, como ya vimos en el apartado anterior. Con la masacre el día que Perón llegó y no aterrizó en Ezeiza, Horacio Verbitsky hizo otro (*Ezeiza*). De una experiencia de secuestro y tortura, Miguel Bonasso produjo el escalofriante *Recuerdo de la muerte*.

Pero acá la idea, el objetivo (loco de tan ambicioso) es contar toda la época, meternos en el mundo y en la cabeza de estos aquejados de la enfermedad mortal de que con su sola voluntad cambiarían el mundo.

Para entender el pasado y aprender de él, el primer paso es animarse a contarlo lo más completo posible. En España hoy hay un proyecto que, si bien es de novela, creo que se asemeja en vocación y ambición a este: la serie sobre la posguerra franquista de Almudena Grandes, que comenzó con *Inés y la alegría*, *El lector de Julio Verne* y *Las tres bodas de Manolita*.

A veces, para sentir la extrañeza del pasado tal como fue y hacerse preguntas cuyas respuestas nos llevan al camino de la comprensión, solo hay que saber encontrar los datos y contarlos.

Juicio y castigo a los culpables

Al producirse en la sociedad el paso de los violentos, de héroes a apestados, y al comenzar los juicios a hombres otrora intocables, aparece la importancia del periodismo de crímenes y judicial. Transformar los argumentos jurídicos en una narración atrapante. *El arte del asesinato político* de Francisco Goldman es un retrato del mal y su persecución. El relato de un largo y empinado camino hacia el enjuiciamiento y castigo a los victimarios.

Los géneros que convienen a la investigación y sentencia de genocidas y perpetradores de delitos de lesa humanidad es la crónica judicial y el relato de crímenes reales. El primero viene de una larga tradición de cobertura de tribunales, y en Argentina se desarrolló mucho durante los pioneros juicios a las juntas militares en 1985.

En Chile se siguió con esta tradición durante los años posteriores a la dictadura. Autores como Mónica González, Patricia Verdugo y Juan Cristóbal Peña lo desarrollaron con maestría: combina el estudio minucioso de expedientes judiciales y la cobertura de jornadas maratónicas en juicios,

con el intento de atrapar al lector mediante la construcción de personajes y la armazón de escenas. Medios digitales de todo el continente, como los pujantes *Plaza Pública* de Guatemala y *El Faro* de El Salvador, y otros tristemente extinguidos, como *Infojus* de Argentina, han dado renovado aire a la crónica judicial/literaria.

Francisco Goldman y la primavera de la justicia (Guatemala)

La muerte de un obispo en extrañas circunstancias puede ser la punta del hilo que desate la madeja de horrores más espantosa de Latinoamérica. Quienes lean *El arte del asesinato político*, la apasionante disección de la podredumbre moral de los grupos de poder en Guatemala, del periodista estadounidense-guatemalteco Francisco Goldman, entenderán esto y muchas cosas más.

El arte del asesinato político es el relato de una muerte, una investigación, un juicio y sus consecuencias. Combinando las herramientas y la infinita paciencia de un rocoso periodista de investigación con las dotes literarias y la sensibilidad de un gran narrador, Goldman se abocó a la tarea de atar todos los cabos sueltos y encontrar a todos los personajes del sordido “caso Gerardi”. Le tomó ocho años. Este libro justifica y premia tamaño esfuerzo.

Este fue el “caso Gerardi”: en 1998, tras décadas de abusos militares e impunidad, la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (OHDA) de Guatemala sacó a la luz un pormenorizado informe de los crímenes cometidos principalmente contra la población indígena. Dos días después de la presentación del documento, el obispo Juan Gerardi, quien coordinó la investigación, apareció muerto a golpes en el garaje del arzobispado.

Las usinas de los rumores y la desinformación se pusieron rápidamente en funcionamiento: un crimen pasional entre homosexuales, una banda de delincuentes juveniles... hasta hicieron viajar a Guatemala a un extraño profesor español quien sostuvo la hipótesis de la participación en el crimen del viejo perro del cura.

Tres años más tarde, cuando comenzó el juicio, los acusados no eran ninguno de los “sospechosos habituales”: pertenecían a la élite de inteligencia del ejército, una casta nunca tocada por la justicia guatemalteca. Sorprendentemente, los militares y sus cómplices fueron condenados pese a las presiones —a veces violentas— y el ruido mediático. Los condenados apelaron, hubo más presiones, y la corte ratificó la condena.

“Durante medio siglo el mundo clandestino militar había parecido inexpugnable”, explica Goldman al final de su libro. “El caso Gerardi abrió un camino para penetrar esa oscuridad”.

Este es, por lo tanto, un drama judicial, donde el tenaz reportero sigue a los investigadores, descubre por su cuenta hechos desconocidos y personajes insólitos, cae en trampas y encuentra finalmente la luz. Su estructura, similar a la de *Todos los hombres del presidente*, de Bob Woodward y Carl Bernstein, sigue el camino de las entrevistas del autor y de los descubrimientos de los fiscales y de los abogados de la OHDA, todos jóvenes, muertos de sueño y hambrientos de justicia. Es una historia de lucha por llegar a una verdad peligrosa.

Los personajes principales de *El arte del asesinato político* son los generales, tenientes, cabos e informantes que forman la tenebrosa estructura de un ejército legendario en América Latina por su violencia y su impunidad. Y son los fiscales, abogados, luchadores por los derechos humanos y periodistas que los desafiaron a través de este caso histórico.

El libro —que comenzó como una investigación para la revista *New Yorker*— se lee como una trepidante novela de investigación, peligro y suspense. En definitiva, explora y explica los abismos y las raíces del país pequeño y trágico donde durante 35 años los ejércitos regulares e informales del poder desaparecieron a 45.000 personas y asesinaron a casi 200.000. Y si bien estas cifras para las estadísticas son números. Para un gran cronista y escritor como Francisco Goldman, son las huellas de un arte atroz: el oficio de los asesinos.

Justicia para las víctimas (reparación)

Las historias de cómo las víctimas luchan y a veces recobran su dignidad se cuenta en géneros como la crónica, el perfil y el ensayo narrativo. En este capítulo también se cruzan los cronistas y los historiadores. El investigador puede ser él mismo o ella misma protagonista de un intento de dar vida, voz, verdad y recuerdo a lo que los distintos poderes han querido borrar.

En ese caso, la obra del escritor en cuestión es en sí misma un acto de justicia. Nombra, recuerda, hurga, presenta al mundo el mal hecho y en cierta forma lo repara. En otros casos, lo que se cuenta es el camino que recorre una sociedad, un presidente que pide perdón (como ha sucedido en Canadá y Australia con el reconocimiento al mal causado a los indígenas), la justicia que actúa o los científicos que usan sus herramientas para ayudar a que los desaparecidos sean identificados, honrados y enterrados, como

cuenta Leila Guerriero en su crónica *El rastro de los huesos*, sobre el Equipo Argentino de Antropología Forense. También *Los escogidos* de Patricia Nieto muestra la fuerza del recuerdo y la búsqueda de la dignidad, y la mínima victoria de los sin nombre, víctimas de indecible crueldad en Colombia.

Patricia Nieto y el restablecimiento de la dignidad de las víctimas (Colombia)

Los escogidos de Patricia Nieto es una historia terrible y (no ‘pero’: ‘y’) luminosa. Patricia Nieto es una académica de la comunicación en la Universidad de Antioquia en Medellín. No solo enseña a agradecidos alumnos hambrientos de crónica, también ha organizado talleres para víctimas de la violencia, para que puedan sacar afuera el dolor y la angustia que los atragantaba, y que desde afuera se pueda escuchar su voz.

La historia parece simple: a Puerto Berrío llegan, flotando por el río Magdalena, los cadáveres de mujeres y hombres, víctimas de la violencia colombiana. Vienen sin nombre, sin identidad, sin historia. Un grupo de vecinos los acoge, los nombra, los entierra, los visita y les cuenta cosas. Son actos de desagravio que vuelven a humanizar a los que fueron torturados, asesinados y deshumanizados. A veces vienen familiares en busca de sus deudos. A veces los encuentran, y entonces los vecinos los dejan ir como a amigos que parten.

Con estos mimbres, Patricia Nieto construye un libro de periodismo narrativo con mucho de poesía. De hecho, le encuentro puntos de contacto con relatos de grandes cronistas que destilan prosa poética para acercar al lector a la esencia y el sentimiento de una historia. En primer lugar, *Elogiemos ahora a hombres famosos*, de James Agee. En América Latina, uno de mis favoritos es *Missing*, de Alberto Fuguet. Y a caballo entre las Américas, *Ciudad del crimen*, de Charles Bowden. Cada uno, a su manera, cuenta la realidad con prosa más poética que novelística. Leyéndolos, te dejas llevar por un ritmo intoxicante, que te hace bailar con las palabras como si fueras la serpiente del encantador hindú.

En *Los escogidos* a veces hay conversaciones entre la periodista y los personajes. De pronto, ellos hablan con los muertos. En otros momentos, interpelan al lector. Pasa por este libro la historia terrible de Colombia, la ciencia bruñida del forense, de la niebla de lo que ignoramos tras investigar mucho, surgen las preguntas en estampida:

¿Quién divisó tu cuerpo detenido en un recodo del río? ¿A qué horas se sorprendieron los niños con tu cuerpo como toro desollado? ¿Cuántas horas permaneciste en ese pozo oscuro? ¿Se alimentaron los peces de tu

carne? ¿Sorprendiste a los pescadores cuando emergiste del lecho frío?
¿Sabe a hierro la tierra después de la lluvia? ¿Te acompañó la luna?

El tema da para un tratado o para una tesis en antropología cultural. Justamente creo que uno de los valores del libro de Patricia Nieto es que va más allá de la condena al asesinato y a los asesinos. Una de las cosas más impresionantes de este libro es el lugar de los muertos, el respeto, el acompañamiento. El trato a los muertos que humaniza a los habitantes de Puerto Berrío, humaniza a la autora y a los lectores.

¿(Re)conciliación?

¿Pueden y deben los enemigos, o las víctimas y sus victimarios, buscar y alcanzar la reconciliación? Este ha sido el tema de historias de viaje al pasado y al encuentro, y ejercicios en ‘vidas paralelas’ como algunas de las incluidas en *La eterna parranda* de Alberto Salcedo Ramos y en el relato de John Carlin de la forma excepcional con que Nelson Mandela, preso durante 27 años del régimen racista de *apartheid* en Sudáfrica, transforma el dolor en perdón y la furia en una herramienta de curación.

De los siete conceptos centrales de este capítulo, este es el único que pongo entre signos de interrogación. Porque está en disputa, en entredicho. Incluso los que abogan y luchan por la paz no están de acuerdo sobre si se debe buscar el acercamiento y la reconciliación con los del otro lado, con los antiguos enemigos, con los victimarios. En algunos casos, el pedir perdón no surge ni se percibe entre las víctimas como un gesto genuino y sincero de los causantes del dolor y la muerte, sino como un requisito para obtener ventajas legales o penitenciarias.

En la pequeña ciudad colombiana de Granada me encontré con un caso así: una señora, viuda de un líder social asesinado, fue convocada a la cárcel para que el asesino de su marido recitara un pedido de disculpa que ella no encontró sincero, sino un macabro monólogo teatral que le había dictado su abogado. La señora me decía que no encontró paz sino más furia tras ese encuentro para ella totalmente innecesario.

Los encuentros entre antiguos enemigos son un clásico del periodismo narrativo. Viejos adversarios de la Primera o la Segunda Guerra Mundial se reencuentran para recordar juntos. El novelista norteamericano Tim O'Brien imaginó en su ficción un regreso así a Vietnam, donde fue soldado, en su luminoso libro que inventa la realidad: *Las cosas que llevaban*. En la no ficción, volvió con su hija a Vietnam y lo cuenta en una crónica en la revista dominical del *New York Times*. Uno de los mejores cronistas

de Latinoamérica, Alberto Salcedo Ramos, está reflejando este aspecto del postconflicto en Colombia.

Alberto Salcedo Ramos y los hermanos que pudieron matarse como Caín (Colombia)

La excelente antología *La eterna parranda*, del mejor cronista colombiano actual, el excesivo e irresistible Alberto Salcedo Ramos, es un libro de crónicas breves sobre deportistas, cantantes y sorprendentes seres anónimos. No hay repetición, no hay fórmulas: los textos de Salcedo Ramos sorprenden, divierten y hacen pensar.

Por ejemplo, “Enemigos de sangre”. Cuenta la historia de dos hermanos del interior profundo de su país. Uno se unió a la guerrilla de las FARC; el otro, a los paramilitares. La madre sufrió cada día de su ausencia, pero ambos volvieron con vida. Al desmovilizarse, comparten aula: para cobrar un magro subsidio, deben completar la educación básica y aprender respeto y valores.

La investigación de Salcedo comienza cuando recibe datos de desmovilizados y acude a uno de los pueblos donde están estudiando juntos excombatientes de los dos lados. Le cuentan que hay una madre en cuya casa viven dos hijos que estuvieron con los violentos de derecha y de izquierda, y que ellos hoy comparten pupitre. Esta madre y estos jóvenes que vieron demasiado son sus personajes, pero no cuenta cómo se acercó a ellos, sino que inicia la narración como si fuera una tragedia griega o una parábola bíblica: en la misma noche oscura, cada uno de ellos estuvo a punto de matar a su hermano.

En cada bando, cada uno pudo haber sido ajusticiado por sus compañeros si alguno de ellos se enteraba que alguien tenía un hermano del otro lado. La vida valía casi nada y la sospecha del jefe era suficiente. Así comienza la historia, con la noche del hermano de las FARC, muerto de miedo:

Cuando Edinson Márquez compareció en el campamento central del frente guerrillero Resistencia Guamocó, en marzo de 2005, estaba muerto del susto. Sabía que un llamado perentorio del comandante a tan altas horas de la noche, era indicio de que ocurría algo muy grave. Y así lo confirmó en cuanto llegó a la cita y se encontró con la mala noticia de que José Atilano Márquez, su hermano mayor, se había incorporado a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Del otro lado del conflicto, José Antiliano es presentado así:

José Atilano Márquez apreciaba su papel de cocinero. Ante todo, porque en esa posición, prácticamente, resultaba imposible que se enfrentara a Edinson, su hermano menor, vinculado a las FARC desde hacía dos años. Mientras permaneciera resguardado en el rancho, existían escasas posibilidades de que muriera en combate o destrozado por una mina terrestre. Además, frente al fogón era invisible tanto para la guerrilla como para la población civil, y él sabía muy bien que, en la guerra, mostrar la cara equivale a poner el pecho en la mira de los enemigos.

Y en medio, como una heroína trágica de un país vibrante y dolido, la madre de ambos:

Ana Toribia Martínez, la madre de José Atilano y Edinson Márquez, aparenta por lo menos diez años más de los 64 que tiene. Su cabello ralo y entrecano, trincado en la coronilla con una peineta de carey, luce maltratado. Ella lo acicala de vez en cuando con los dedos de la mano derecha. Se ve postrada, ojerosa. Lleva un traje gris de popelina ceñido a su cuerpo enjuto. Pies descalzos, uñas rocosas, talones cuarteados. Mientras camina por el patio colmado de limoneros, guayabos ácidos, mangos y cocoteros, se queja de lo mala que ha sido su vida.

—Mala, señor, mala —remacha después, al tiempo que arranca una hoja de limón.

Con esta historia, Salcedo Ramos construye un apasionante relato de hermanos angustiados ante la posibilidad de matarse entre sí, y que ahora inician juntos un incierto futuro. Es la historia de su país centrada en un puñado de personajes atrapados por la violencia. Y es la crónica desbordada y sobria de un gran maestro.

Los dos hermanos apenas se soportan, apenas contienen el enojo cuando la maestra los reta. En su otra vida la hubieran matado sin pestañear. Pero es con personajes como estos tres náufragos que se construye una frágil paz en Colombia. Y es con narradores gozosos del dolor, como Alberto Salcedo Ramos, que una sociedad así puede pensarse, sumergirse en los abismos de su guerra civil con torturas que horripilan y vuelven inhumanos a los perpetradores, y salir con suficiente esperanza como para escribir textos luminosos como los de *La eterna parranda*.

¡Nunca más!

El último peldaño. Aquí cada género cuenta, desde el ensayo, la poesía, la novela, la película de ficción y el documental, y hasta las canciones. Es la voz de una sociedad que clama por la no repetición. Memoria, verdad, justicia son herramientas para la reflexión y la educación. El repasar y repensar la obra de Ryszard Kapuscinski y Graham Greene y la obra nueva de reporteros de la frontera en México y poetas de la cárcel en El Salvador, el encontrarse y abrazarse con un viejo enemigo son formas de dejar atrás el pasado.

Un modelo para contar con el objetivo de que no se repita un pasado terrible es la obra de la Premio Nobel de Literatura 2015 Svetlana Alexiévich. En su impresionante testimonio colectivo *Voces de Chernóbil*, la autora apunta:

Este libro no trata sobre Chernóbil, sino sobre el mundo de Chernóbil. Sobre el suceso mismo se han escrito ya miles de páginas, y se han sacado centenares de miles de metros de películas. Yo, en cambio, me dedico a lo que he denominado la historia omitida, las huellas imperceptibles de cotidianidad de los sentimientos, los pensamientos y las palabras. Intento captar la vida cotidiana del alma.

Con estas historias de la vida cotidiana del alma se comunica con lectores de muy lejos, como su legión de admiradores en América Latina, para quienes esta escritura, inscrita en la gran tradición de la literatura rusa, se siente mucho más cercana que la mayoría de los periodistas de nuestras mismas ciudades.

Una novela de mirar atrás, cerrar las heridas y soñar un futuro distinto: *Patria*, de Fernando Aramburu, sobre la amistad entre dos madres en bandos opuestos del conflicto vasco. Una obra de teatro: *El año en que nació*, de Lola Arias, donde niños crecidos entre los ganadores y perdedores de la dictadura chilena rememoran el pasado y discuten el presente. Dos documentales: *Los ofendidos*, de la salvadoreña Marcela Zamora, sobre su padre político víctima de la tortura, y *El pacto de Adriana*, de la chilena Lisette Orozco, sobre el descubrimiento del horror y la culpabilidad de su querida tía, partícipe y aliada de los torturadores.

Y para terminar, una historia personal. Mi enemigo y yo.

Encuentro en Oxford, un paso importante en el camino de la reconciliación

¿Cómo se cuenta el horror, la muerte, la opresión, la paz y la concordia, desde la literatura y sin faltar a la verdad? ¿Cómo se cuentan las historias verdaderas de una región tan difícil de entender y tan fácil de amar como América Latina?

El 13 y 14 de junio de 2015 se llevó a cabo en el Wolfson College de la Universidad de Oxford un congreso sobre “Periodismo literario y guerra en América Latina”. Un puñado de estudiosos de la literatura, el periodismo y la historia discutimos amigablemente sobre las formas en que los conflictos de ese continente convulso y fascinante fueron y son contados desde la crónica del Sur y del periodismo narrativo del Norte.

Yo hablé de una investigación, que es la base de este capítulo: los siete pasos desde *¡Basta ya!* a *¡Nunca más!* Pero lo mejor, lo más importante, vino después, con la llegada de un viejo enemigo transformado en amigo, a quien no había visto nunca.

Hace muchos años que intercambio mensajes y noticias a la distancia con Chris Pretty, un veterano inglés de la Guerra de las Malvinas. Yo participé en esa guerra en 1982. Era un conscripto de la armada y mi propia experiencia está recogida en mi libro *Los viajes del Penélope* (Tusquets, 2007).

Pues bien, Chris vio en Facebook que yo iba a Oxford, me propuso vernos, lo invité al congreso y después de las ponencias del lunes 13, él y yo hablamos de nuestra experiencia como soldados en la misma guerra en bandos rivales. Las peores batallas fueron en los últimos días de la guerra, del 12 al 14 de junio. Los días del congreso eran exactamente 34 años después de esa fecha.

Hace 34 años pudimos habernos matado, y ahora estábamos recordando los miedos, las locuras, los dolores de la guerra. Y explicando cómo nos empezamos a enviar cartas en los ochenta, cómo compartimos recuerdos y las maneras similares y distintas de sobrevivir, superar, crecer desde una experiencia común. Los profesores y alumnos nos hicieron preguntas. Sentimos que estábamos dando un paso importante en el camino de la reconciliación y el entender qué nos había pasado. Un paso definitivo para el *¡Nunca más!*

Bibliografía recomendada

- Agee, James: *Let us now Praise Famous Men* (Mariner Books, 2001)
- Alexiévich, Svetlana: *Voices from Chernobyl* (Dalkey Archive Press, 2005)
- Anguita, Eduardo and Martín Caparrós: *La Voluntad* (3 volumes, Planeta, 2013)
- Aramburu, Fernando: *Patria* (Tusquets, 2016)
- Arias, Lola: *Mi vida después y otros textos* (Reservoir Books, 2016)
- Ayala, Juan: *Malvinas, la primera línea* (Libros del Nauf, 2012)
- Ayala, Juan and Daniel Riera: “Nuestro Vietnam” (en *Nuestro Vietnam y otras crónicas*, de Daniel Riera; Aguilar, 2010)
- Barnet, Miguel: *Biografía de un cimarrón* (Editorial Letras Cubanas, 2016)
- Bertov, Omer: *Erased* (Princeton University Press, 2007)
- Bonasso, Miguel: *Recuerdo de la muerte* (Planeta, 2006)
- Bowden, Charles: *Murder City* (Nation Books, 2011)
- Boynton, Robert: *El nuevo Nuevo Periodismo* (Publicacions UB, 2015)
- Capote, Truman: *A sangre fría* (Anagrama, 2007)
- Carlin, John: *El factor humano* (Seix Barral, 2010)
- Centro de Memoria Histórica (Colombia): *¡Basta ya!* (2013)
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP, Argentina): *Nunca más* (EUDEBA, 1984)
- Chillón, Albert: *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. (UAB, 1999)
- Dalton, Roque: *Miguel Mármol* (Ocean Sur, 2007)
- Fuguet, Alberto: *Missing* (Random House, 2016)
- Galeano, Eduardo: *Memoria del fuego* (Siglo XXI, 1986)
- García Márquez, Gabriel: *The Story of a Shipwrecked Sailor* (Alfred Knopf, 1986)
- Goldman, Francisco: *The Art of Political Murder* (Grove Atlantic, 2007)
- Guerriero, Leila: “El rastro de los huesos” (en la antología *Frutos extraños*, Debate, 2009)
- Herrscher, Roberto: *Periodismo narrativo* (Publicacions UB, 2012)
- Jozami, Eduardo: *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción* (Norma, 2006)
- Martínez, Tomás Eloy: *La pasión según Trelew* (Alfaguara, 2006)
- Martínez, Tomás Eloy: *Lugar común, la muerte* (Alfaguara, 2006)
- Martínez, Tomás Eloy: *Santa Evita* (Alfaguara, 2002)
- Nieto, Patricia: *Los escogidos* (Marea, 2018)
- O’Brien, Tim: *The Things they Carried* (Houghton Mifflin, 1990)
- Orwell, George: 1984 (Signet Classics, 1961)

- Poniatowska, Elena: *La noche de Tlatelolco* (ERA, 1998)
- Rotker, Susana: *La invención de la crónica* (Fondo de Cultura Económica, 2006)
- Salcedo Ramos, Alberto: “Enemigos de sangre” (en *La eterna parranda*, Aguilar, 2013)
- Salcedo Ramos, Alberto: *El oro y la oscuridad* (Lolita, 2012)
- Sims, Norman: *True Stories, A Century of Literary Journalism* (Northwestern University Press, 2008)
- Schwarzstein, Dora: *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina* (Crítica, 2001)
- Turati, Marcela: *Fuego cruzado* (Grijalbo, 2011)
- Verbitsky, Horacio: *Ezeiza* (Planeta, 1998)
- Walsh, Rodolfo: *Operación Masacre* (Ed. 451, 2008)
- Walsh, Rodolfo: *Caso Satanowsky* (De la Flor, 2003)
- Walsh, Rodolfo: *¿Quién mató a Rosendo?* (De la Flor, 2003)



Balacera en Balboa. Periodismo, antropología y memoria

Matthias Kopp

Durante los años noventa del siglo pasado y la primera década del actual realicé varios viajes a Colombia como reportero de un canal internacional de la televisión alemana. El objetivo era registrar información para editar, a mi regreso a las oficinas del canal en Berlín, historias noticiosas sobre los conflictos violentos en un país cuya ubicación en el mapa muchos alemanes, incluso mis colegas periodistas, no podrían haber definido con certeza, pues, en esta temporada Colombia no figuraba en la agenda noticiosa. Otros conflictos bélicos dominaban la atención pública: las guerras de los Balcanes, Palestina, Iraq, Ruanda y Congo, y luego de los atentados de 2001 en Estados Unidos, la invasión a Afganistán con la participación de tropas alemanas. Como periodista especializado en asuntos internacionales tuve la oportunidad de viajar a varios de estos lugares. Mi formación académica en antropología me ayudó a acercarme a situaciones de una gran diversidad cultural y política y a recoger y procesar información para programas informativos de televisión. Sin embargo, la mayoría de las veces había que realizar el trabajo desde la oficina de redacción y la fuente principal fueron los cables y videos enviados por las agencias noticiosas internacionales Reuters, Associated Press, Agence France Press, Deutsche Presse-Agentur o EFE.

En las páginas que siguen voy a examinar mi memoria personal de las experiencias vividas como periodista extranjero en Colombia en aquella temporada. Desde una distancia de más de dos décadas de los acontecimientos, plantearé algunas reflexiones acerca de las contribuciones del periodismo a la memoria colectiva. En particular, me interesa el rol del periodista como portador de memoria. El periodista a que me refiero aquí pertenece a un cierto tipo: es el reportero frenético que persigue la actualidad en cualquier lugar. Su medio de publicación es el noticiero y su distinción profesional, la inmediatez. Hay algo que tiene en común con el antropólogo: la capacidad de sumergirse en ambientes muy distintos al habitual, la disposición a exponerse, aunque de manera mucho más fugaz, a la otredad.

Verdad, memoria y periodismo

Desde hace medio siglo, aproximadamente, las ciencias sociales comenzaron a cuestionar su capacidad de ofrecer explicaciones definitivas sobre la sociedad y la cultura humana. Discursos alternativos han hecho su incursión al mundo académico: las voces subalternas, la mirada feminista, el conocimiento situado, las epistemologías del sur y otras más (Spivak, 1988; Haraway, 1988; Santos, 2009). No es sorprendente que la ciencia como una verdad única se cuestionara con mayor vigor en el campo de la antropología,

pues en esta disciplina el científico se ve obligado a abandonar posiciones consideradas incuestionables en la cultura occidental, para poder comprender al otro y sus prácticas culturales. “Esta fue una época cuando la inestabilidad y la contradicción comenzaron a ser valuadas —y no devaluadas—” (Taussig, 2003, p. 126), escribe el antropólogo australiano en retrospectiva sobre los años 70 y 80 del siglo pasado, la fase del auge del posmodernismo. La realidad alucinante con la cual los jóvenes investigadores se encontraban durante su trabajo de campo en lugares como Colombia no correspondía con la visión de las ciencias humanas “las cuales, hasta aquel momento, habían sido orientadas hacia crear sentido del mundo social como si fuera una máquina respondiendo a alta y baja presión, como la cañería de una casa o la narración de una novela decimonónica con su comienzo, mitad y final” (p. 126. Traducción mia)¹.

El periodismo, en cambio, no se veía afectado por este tipo de dudas. Por lo más mágica que podía aparecer la realidad, su misión era y sigue siendo la misma: descubrir y contar la verdad. Sin embargo, el reconocimiento de que los periodistas con su perspectiva subjetiva hacen parte de esta misma realidad, ha conducido al surgimiento de géneros más literarios del periodismo. Pero estos no tardaron en ser denunciados por ocultar la realidad debajo de un supuesto ornamentalismo. “Separemos una vez por todas la función social del periodismo de las ociosidades de la literatura²” (Kraus, 2010, p. 176), demandaba el ácido crítico del periodismo vienés, al comienzo del siglo veinte.

En su oficioso esfuerzo por obtener una versión veraz de los acontecimientos raras veces los periodistas se detienen para contemplar la posibilidad de que pueda existir más que una sola verdad o para cuestionar los sesgos causados por su posición de clase, raza o sexo; dudas que atormentan profundamente a antropólogos, historiadores y filósofos. Eliminar las ambigüedades es la clave del procedimiento periodístico. En el mundo de las noticias, la perspectiva subjetiva y el contenido emocional no se niegan completamente, pero se les asigna un papel secundario, muy inferior al abstracto valor de la información. De qué manera las sensaciones afectivas de los periodistas, por ejemplo, los traumas sufridos en situaciones de

¹ La cita completa de Taussig dice: This was also a time when instability and contradiction were beginning to be valued –not devalued– by some of us working in the human sciences which, up to that point, had been geared to making sense of the social world as if it were like a machine responding to high pressure and low pressure...But that version of reality was not the hallucinatory one we were facing.

² Scheiden wir endlich die soziale Funktion des Journalismus von den Müßigkeiten der Literatur.

guerra, influyen en su manera de relatar el mundo, es un tema para futuras investigaciones en el naciente campo de los estudios sobre los aportes del periodismo a la memoria colectiva (Zelizer & Tenenboim-Weinblatt, 2014).

Generalmente ha sido aceptado que el periodismo se convierte en un importante recurso para la construcción de la memoria una vez que está archivado y puesto a la disposición de los historiadores. Solo en años recientes se comenzó a estudiar el papel activo del periodismo en la construcción de memoria colectiva. Según Barbie Zelizer, profesora de la escuela de comunicaciones Annenberg de la Universidad de Pennsylvania y Keren Tenenboim-Weinblatt, investigadora de la Universidad Hebrea de Jerusalén, “ha llegado el momento para un reconocimiento de que el periodismo realiza una mirada hacia atrás de manera asidua y sistemática. Esto es necesario no solamente para entender los complejos matices que hacen funcionar a las noticias sino para comprender el papel central del periodismo como un repositorio primordial de memoria colectiva en cada sociedad donde se encuentre” (2014, p. 2. Traducción mia)³.

En la misma línea de argumentos, Kaiser (2014) al referirse a la información periodística sobre los juicios contra los perpetradores de crímenes de Estado durante la dictadura militar en Argentina, reafirma la necesidad de una mayor investigación acerca del funcionamiento del periodismo como agente de memoria. Si los testimonios de las víctimas son de primordial importancia para la no-repetición de los crímenes del pasado, ¿qué puede motivar a las víctimas a compartir sus experiencias con la sociedad en general? ¿De qué manera decodifican las audiencias los informes periodísticos basados en estos testimonios? En otras palabras, si se puede asumir que las narrativas periodísticas pueden contribuir a la memoria colectiva, la manera cómo esto sucede exactamente no está muy bien entendida todavía.

El imperativo de inmediatez que obliga a los periodistas a pisar los talones del presente ha distraído la atención de la presencia del pasado en las noticias. ¿Qué pasa con el tiempo de atrás? ¿De qué manera atraviesa la memoria el cuerpo y la mente del periodista? Y ¿Cómo se depositan los retazos del pasado en este presente narrado? Lo que se imprime y lo que se archiva son solamente los productos finales de un proceso de creación.

³ A recognition that journalism regularly and systematically looks backward is long overdue. It is necessary not only for understanding the complex temporal nuances by which the news works but for understanding journalism's central role as a primary repository of collective memory in every society in which it finds itself.

Antes de llegar al archivo, la información pasa por muchos filtros, entre ellos convenciones sociales, procedimientos técnicos y disposiciones psicológicas.

En primer lugar, un filtro de agenda decide si el relato trata de un acontecimiento importante para el formato de noticiero. Las guerras en lugares lejanos, por ejemplo, generalmente tienen un valor noticioso más alto que los descubrimientos científicos u otros logros culturales. Pero algunas guerras lejanas son noticia y otras no —un efecto de la vinculación de la agenda noticiosa a los mecanismos del poder—. Un segundo filtro, el de la producción, contribuye de varias maneras a la formación de una historia: recursos financieros y tecnológicos, tiempos, metodologías y jerarquías de decisión. Aquí influyen los cada vez más acelerados movimientos de la comunicación. Las tecnologías digitales permiten a los periodistas un acceso más directo a las fuentes y a la distribución de contenidos por una multiplicidad de canales, obligándoles al mismo tiempo a aumentar la frecuencia de su producción de una manera vertiginosa. Un tercer filtro, al que quiero llamarle poético, es el que le da la forma y el ritmo a la narración. Similar a los metros en la poesía clásica, la noticia se formatea según esquemas estrictamente definidos y estandarizados: la noticia comprimida en algunos segundos de imágenes y pocas líneas de texto, el documental formateado para calzar en la parrilla de programación, etc. Estos tres filtros son producto de convenciones, de procedimientos institucionalizados y de acuerdos colectivos acerca de la idea de cómo hay que construir una narrativa sobre la realidad en el periodismo.

En el proceso de filtración y sedimentación, una buena parte de la información es eliminada. No se incluyen, por ejemplo, los sentimientos y puntos de vista personales del autor de la noticia. Los redactores y editores fungen de sancionadores. Pero, ¿cuál es, entonces, el lugar de los afectos, las imágenes y otras sensaciones activadas por las vivencias del autor, por el olfato y el tacto, por sus sueños y fantasías? Cada historia periodística tiene que pasar por un cuarto filtro, que es el o la periodista como sujeto. Entran en juego entonces sus convicciones éticas y políticas, preferencias y disgustos, aprendizajes e imaginarios. También hacen parte de este filtro los archivos personales del periodista: notas de campo, fotos, dibujos, y todo el conjunto de las historias contadas anteriormente por él. La noticia, en resumen, se forma en un espacio donde se entretrejen la memoria colectiva y la memoria individual.

En lo siguiente quiero, en manera retrospectiva, observar los cuatro filtros sugeridos y explorar los procesos implicados en la representación de

la realidad colombiana en un noticiero alemán de los años 90. Voy a bajar al sótano de mi memoria personal, examinar mis archivos y recuerdos, los procedimientos y marcos institucionales que me guiaron en el ejercicio del periodismo.

Colores y tráfico de mercancías

Un jeep rojo color sangre, rojo como el hilo atravesando el tejido narrativo, se atornilla en la montaña por una carretera de serpentinas en el sur de Colombia. Cámara subjetiva: al frente se despliega un paisaje de pequeñas manchas en distintos tonos de verde; parcelas campesinas con sembrados de yuca, maíz, café y plátano. Viajo con dos empleados de una organización alemana de la cooperación para el desarrollo. Su misión es apoyar a los campesinos locales a convertirse de cultivadores de coca en productores de café orgánico. Acabamos de pasar por Balboa, un pueblo marcado por las secuelas de la guerra. La fachada de la estación de policía está perforada por balas y fortificada con bultos de arena contra las frecuentes arremetidas de la guerrilla. El año es 1995, pero el nombre del pueblo hace resonar una larga historia violenta: Balboa, el conquistador español, uno de los primeros perpetradores de grandes masacres en el continente invadido, echó a sus perros a dilacerar a los indígenas.

El jeep llega a la cumbre y se despliega un valle hondo, largo y estrecho. Las laderas pintadas de un hermoso verde claro, como los bosques de haya en la primavera alemana. Es el verde de cientos o tal vez miles de hectáreas de coca. Un monocultivo de exportación que aquí ha desplazado a las huertas campesinas. Solo es interrumpido por algunas parcelas sembradas de amapola para la producción de opio. De repente, un guerrero en camuflaje y con fusil automático emana de un campo de amapola. Un ser extraño, desubicado en medio de este paisaje idílico. “Muy raro ver el ejército por aquí”, dice el conductor, “raro, porque esta zona es guerrillera”. Recuerdo la figura gris del uniformado entre las amapolas rosadas, rosadas como las del jardín de mi madre. En el siguiente instante, disparos a diestra y a siniestra. Resulta que el guerrero de las amapolas hace parte de un comando de la guerrilla y en el otro lado del camino está posicionado el ejército. Con nuestro jeep rojo quedamos en medio del fuego cruzado. En los campos de Balboa, cinco siglos de importación, exportación, cooperación y masacres.

Hoy, otro cuarto de siglo después, no tengo otro registro que mi memoria de esta escaramuza en el campo de amapolas. Recuerdo que metí la cabeza entre las rodillas, como si estas me pudieran brindar protección de

los proyectiles. Ni siquiera guardé notas de campo de este día. Lo único que queda son imágenes proyectadas en la pantalla de la mente de un periodista extranjero en misión de reportero en Colombia. La foto del soldado en el campo de amapola no existe, pero la tengo grabada en mi memoria, nítida, más definida que HD. Luego de dos décadas y media, el soldado no ha envejecido ni un minuto, y las flores de amapola conservan su color rosado que contrasta de forma tan bella con el verde claro de los campos de coca.

El ejercicio de reconstrucción es un proceso de ensamblaje. Al igual que en la impresión de una serigrafía, el material al pasarse por los diversos filtros —subjetivos, sociales y económicos—, se sobrepone en capas que forman un conjunto que siempre tiene un sentido político. “Articular históricamente el pasado no significa reconocerlo ‘tal como realmente fue’, sino más bien apropiarse de un recuerdo así como centellea en un instante de peligro⁴” (Benjamin, 1977, p. 253. Traducción mia), escribe el alemán poco antes de su muerte, en el momento de máximo peligro, perseguido por el fascismo. Y unas líneas después continúa: “El peligro amenaza tanto a la continuación de la tradición como a los que la reciben. Para ambos consiste en lo mismo: entregarse como instrumentos a la clase dominante⁵” (p. 253. Traducción mia). En otras palabras, el ejercicio de memoria colectiva es un acto político que debe apuntar al imaginario de una sociedad más justa, y si no lo hace, no vale nada.

Solo recién, buscando material para este capítulo, me fui al archivo del canal. No tenía muchas expectativas de encontrar mi reportaje de Balboa, pero ahí estaba, en cinta magnética análoga, una tecnología que hace años cayó en desuso y que había que transformar en un formato digital para poder recuperar las imágenes. Entonces volví a ver las amapolas, algo distorsionadas por rayas electromagnéticas, un efecto de descomposición del material. Pero las flores conservaron el color rosado y las hojas su verde claro, igual que en el archivo de mi mente. Colores puros y alegres que contrastaban de una manera insoportable con la violencia del momento y con toda la historia trágica de colonialismo y narcotráfico que se condensaba en él.

“El color, para decir la verdad, es otro mundo, un derroche, una cosa inmanejable, como un caballo encabritado o una carrera en un calce-

⁴ Vergangenes historisch artikulieren heißt nicht, es erkennen ›wie es denn eigentlich gewesen ist‹. Es heißt, sich einer Erinnerung bemächtigen, wie sie im Augenblick einer Gefahr aufblitzt.

⁵ Die Gefahr droht sowohl dem Bestand der Tradition wie ihren Empfängern. Für beide ist sie ein und dieselbe: sich zum Werkzeug der herrschenden Klasse herzugeben.

tín, algo, esta cosa amorfa que debemos de cercar con líneas y marcas, los jinetes de las fronteras del pensamiento⁶” (Taussig, 2009, p. 17. Traducción mía), escribe este insistente perseguidor de la magia en las sociedades post-coloniales.

Para Taussig, el color se asemeja a la mercancía en el capitalismo, la cual, según el famoso pasaje del *Capital* de Marx, tiene el carácter de un fetiche. Puede ser que en el color rosado de las amapolas y el verde de la coca se encuentran dos fetiches, uno personal, los recuerdos de mi infancia, y otro del ámbito de la economía global. Pues hay pocas mercancías con más carga de fetiche que la cocaína y el opio, por el poder que ejercen sobre sus consumidores y sus productores, al punto de que ambos están dispuestos a arriesgar sus vidas por ellas.

Sin embargo, ¿cómo puede el periodista valerse de esta magia del color, si su tarea es contar la verdad, o sea dibujar en líneas negras el contorno de la noticia? El tema del reportaje sobre Balboa era mostrar cómo la cooperación alemana apoyaba a los campesinos de Balboa a sustituir sus cultivos de coca por café orgánico y a crear una cadena de comercialización que canalizaba el producto directamente a las tiendas de alimentos orgánicos en Alemania. Una nota que daba esperanza desde aquel lugar oscuro y violento que era Colombia en el imaginario de los medios internacionales. Una historia cuyos protagonistas, no podía ser de otra manera, eran alemanes.

La otra cadena comercial, la de la cocaína y heroína no fue asunto del reportaje. Investigar temas que tienen que ver con el crimen organizado significa exponerse a un peligro serio. Además, se necesita tiempo y dinero. El editor del noticiero me había explicado que era importante que las noticias sobre lugares lejanos y exóticos debían relacionarse con la experiencia de las audiencias. Para ilustrar este concepto, hizo un dibujo: tres círculos concéntricos, el más grande representaba al mundo entero, el mundo de las noticias. El círculo del medio era Alemania y el más pequeño en el centro era yo, el destinatario de la noticia, en este caso el editor. Su argumento era que, con mayor distancia del centro, la noticia perdía relevancia para el receptor. Por ende, las noticias de Sudamérica eran menos relevantes que las de Alemania. Claro que este esquema hacía caso omiso del hecho que los programas del canal eran transmitidos por satélite a Sudamérica con el fin de proveer la población de este subcontinente con información sobre el mundo.

⁶ Color, to tell the truth, is another world, a splurging thing, an unmanageable thing, like a prancing horse or a run in a stocking, something, this thing, this formless thing that we need to fence in with lines and marks, the boundary-riders of thought.



Amapolas en Balboa. Captura de video, 1995



Masacre en la bananera. Captura de video, 1995

En Balboa, donde aún no habían llegado las antenas parabólicas, los campesinos con insuperable pragmatismo enfocaron el lucrativo mercado global con una doble estrategia: cerca de la casa cultivaban el café orgánico de la cooperación y un poco más arriba las parcelas de coca y amapola. De esta manera quedaron bien tanto con los cooperantes extranjeros como con los narcos locales.

En el caso de esta noticia, más adecuado que el hilo rojo de la historia, sería hablar de una fina línea blanca que se extiende de la selva amazónica hasta los escritorios de los redactores de los grandes medios en las capitales europeas. En los años 90 el uso de la cocaína, a pesar de ser públicamente condenado, ganaba una creciente popularidad entre ciertos sectores de la sociedad. No era nada raro que en una fiesta de periodistas se enfilaran a la entrada del baño para inhalar líneas de polvo blanco.

Este es el otro lado, el lado oculto de la memoria del narco-conflicto colombiano. Igual que en los grandiosos tiempos del oro y del caucho, el flujo de ciertos productos nos une, produciendo inmensa riqueza en un lado, violencia y pobreza en el otro. Y como si se tratase de estas mercancías clandestinas, el valor de la noticia se ha venido formando de una manera no transparente y, a menudo, se construye sobre el sufrimiento de mucha gente.

El sepulturero de Turbo o el periodista como sacerdote

En el verano de 1995 una horrible noticia ocupaba los titulares alrededor del mundo. En el mes de julio, tropas de la Republika Srpska bajo el comando del general Ratko Mladić asesinaron a 8.000 bosnios, bajo la mirada de los cascos azules de Naciones Unidas. ¿Cómo era posible el resurgimiento del fantasma del genocidio en Europa, 50 años después del exterminio de los judíos europeos por el Estado nazi? Solo un año antes, entre abril y julio, un crimen de aun mayor dimensión había escandalizado la opinión pública. En Ruanda, cerca de un millón de personas fueron asesinadas con garrotes, machetes y martillos. Frente a estas noticias, el conflicto interno colombiano, tildado de baja intensidad en jerga militar, no tenía la suficiente magnitud para ganar más de unos instantes de atención en las parrillas de programación de los medios internacionales. Era lo de siempre: bandidos, revolucionarios, militares y narcotraficantes en una república bananera en el patio trasero de Estados Unidos. Esta historia se había contado innumerables veces, desde las dictaduras militares en el cono sur hasta las convulsiones en Centroamérica durante los años 70 y 80. Se trataba de guerras

sustitutas del gran conflicto entre las superpotencias. Pero desde la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de la guerra fría, esta historia era obsoleta. Además, el último atractivo noticioso, el estrafalario narcotraficante Pablo Escobar había sido abatido en 1993.

Sin embargo, en el curso del año 1995, las agencias noticiosas mandaron cables que indicaron un preocupante aumento de la violencia. Luego de la muerte de Escobar el cartel de Cali había asumido el protagonismo en el comercio de la cocaína, pero se encontraba bajo fuerte presión del estado. Al mismo tiempo, el gobierno buscaba una salida negociada del conflicto armado con el segundo grupo guerrillero más grande, el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Las cosas se complicaron cuando en julio del mismo año aparecieron grabaciones que revelaron aportes financieros de los narcotraficantes a la campaña electoral del presidente Ernesto Samper.

Los cables de las agencias no conformaron más que un cuadro confuso y violento. “Oleada de terror con muchos posibles autores, ninguno confirmado”, tituló la agencia EFE en junio, y poco después “Una matanza cada dos días se suma a crisis política”. En septiembre, las noticias de violencia se concentraban en una región, la zona bananera de Urabá en el noroeste de Colombia. “Más de 170 profesores amenazados abandonan zona bananera” (14.09.), “Seis grupos armados divididos en 16 frentes combaten en Urabá” (20.09.), y al mismo día: “24 trabajadores bananeros apeados de autobús y asesinados”. Junto con los cables llegaron, vía satélite, las imágenes. Un autobús quemado en medio de plantaciones de banano. Cadáveres con las manos atadas en la espalda, alineados en el pasto. Trabajadores pobres, la mayoría de piel oscura. Policías con armas de guerra, un técnico tomando huellas dactilares de los difuntos. Desolados familiares de las víctimas. El presidente Samper constata una “violación de derechos humanitarios sin precedentes en nuestro país” y declara que, por consecuencia, era “absolutamente indispensable aplicar medidas extraordinarias urgentes”. No especifica cuáles precisamente serán estas medidas, pero para habitantes y conocedores de la zona, el anuncio no debe haber dejado esperar otra cosa que más violencia.

En los ojos de mis colegas en Berlín, mi propósito de viajar a este lugar para hacer un reportaje limitaba con la locura. Dos semanas después, me encontré en medio de la zona bananera de Urabá, el epicentro de las masacres. Durante el día, soldados del ejército controlaban las vías. En la

⁷“Colombia: Massacre”, video de Reuters, 20.09.1995.

noche, desde la ventana del hotel, se veían camionetas civiles con hombres en civil armados con fusiles automáticos patrullando por las calles vacías. No se sabía quiénes eran, a cuál de los múltiples grupos armados pertenecían, y parecía mejor no saberlo. Taussig describe una situación similar, la incursión de un grupo paramilitar en un pueblo del Valle del Cauca en 2001 y reflexiona acerca del confuso panorama de los múltiples grupos violentos, clandestinos como oficiales: “A veces creo que esta multiplicidad de nombres y la incertidumbre acerca de qué nombre corresponde es una reflexión acerca de las causas enredadas en la sociedad colombiana, de las cuales nace esta violencia. Otras veces sugiere que el asunto de la identidad es irrelevante porque estamos en otra zona del ser que no tiene otro nombre sino la fuerza. Como el viento⁸” (Taussig 2003, p. 24. Traducción mía).

Pero algunos valientes periodistas colombianos, luego de años de investigación bajo amenaza permanente, sí han logrado identificar y señalar los nombres de los actores. María Teresa Ronderos relata que en la mitad de los años 90 el grupo paramilitar Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá, dirigido por los hermanos Castaño y su lugarteniente “El Alemán”, apodado con el que se conoce a este último por su forma brutal y metódica de proceder, estableció en esta región de escasa presencia del Estado lo que Ronderos llama un régimen de fascismo criollo (Ronderos, 2014)⁹. Años después el comandante del ejército en Urabá, el general Rito Alejo, fue condenado a prisión por su cooperación con los paramilitares.

En el archivo del canal encuentro mi reportaje sobre Urabá. Se ve una toma aérea de los inmensos cultivos de banano. Trabajadores cosechando, lavando y empacando bananos para el envío a Europa. Militares controlando a civiles en un retén. Una mancha negra sobre un camino rural entre las bananeras. Este fue el lugar donde ocurrió la masacre reportada por la agencia EFE donde 24 trabajadores fueron masacrados. En el video se ven algunos objetos personales regados en el camino: una gorra, un peine y un par de zapatos de mujer. No me había acordado de este lugar siniestro, a pesar de que los trabajadores muertos eran los mismos que cosechaban y empacaban los bananos que comprábamos en nuestros supermercados alemanes. Me acuerdo de haber hablado con el gerente de una empresa

⁸ Sometimes I think this multiplicity of names and uncertainty about which name fits is a reflection of the entangled causes in Colombian society from which this killing force springs. Other times it suggests that the issue of identity is irrelevant because we are in a yone of being that has no name other than force. Like the wind.

⁹ Freddy Rendón “El Alemán” fue sindicado por al menos 600 asesinatos y condenado a 8 años de prisión. Recuperó su libertad en mayo de 2018.

bananera. Me habló de las extorsiones de la guerrilla, al mismo tiempo negó cualquier nexo con los paramilitares. ¿Cómo no recordar la escena de la masacre en las bananeras descrita por Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*? Por supuesto esta guerra no era por bananos. Aquí se mezclaba la lucha social armada con un negocio multimillonario. El golfo de Urabá, donde el río Atrato desemboca en aguas del Caribe, es una de las principales rutas del narcotráfico.

La escena que recuerdo más claramente ocurrió en el cementerio de Turbo. En mis viajes de reportero tenía el hábito de visitar a los muertos. Mirar quiénes fueron enterrados, en qué momento y de qué manera se adornaban sus tumbas me daba muchos indicios acerca de la vida en una sociedad. Además, en zonas de conflicto, el sepulturero es una fuente de información muy valiosa. El de Turbo, recuerdo, estaba excavando, rodeado de montículos de tierra fresca como un topo. Me contaba que desde el comienzo del año había enterrado a 340 personas, de las cuales solamente veinte habían muerto de forma natural.

Mientras conversaba con el sepulturero, se acercaban unas mujeres que hacían parte de un grupo de personas que estaban celebrando un sepelio. Me preguntaron si podía dirigir algunas palabras a los familiares del difunto, un joven que había sido asesinado. La propuesta me incomodó, pues ¿qué les iba a decir yo, un gringo que no tenía nada que ver con esta situación, a estas personas desoladas? Pero las señoras insistieron y así me dejé persuadir. No recuerdo qué decía. Seguramente balbuceé algunas palabras de consuelo y esperanza. Muchas veces, en mi ejercicio de periodista, personas completamente extrañas me habían abierto las puertas de sus espacios privados y me contaban historias personales, a veces trágicas, como si fuera su psicólogo. Siempre pensé que era el poder de la cámara, este fetiche de la sociedad del espectáculo. Pero nunca me había tocado asumir el papel del sacerdote y dirigir palabras a una comunidad que esperaba algo que no estaba expreso. Pero ahora, en retrospectiva, pienso que sí tuve algo que ver con esta gente. Yo había ido a su lugar para buscar sus historias. ¿Y ellos, cómo me habían visto? ¿Acaso como alguien que vino, en un gran momento de tristeza, cargado de una cámara, del fetiche que tal vez, tenía el poder para sanar?

Luego de una semana en la zona de guerra, Taussig se va del pueblo ocupado por los paramilitares. “Una semana aquí”, escribe, “es el límite máximo para la seguridad”. En seguida relata cómo, sentado al lado de una piscina en una urbanización cerrada de Cali le sobrecogen las emociones de los últimos días: “Observamos el reflejo de las palmeras en el agua

mientras la oscuridad se contrajo como un puño. Silenciado de la necesidad de hablar, mi cuerpo se inmersa en la imagen en el agua y se pierde ahí, lágrimas corriendo hacia su plano, muerto silencio¹⁰ (Taussig, 2003, p. 107. Traducción mia). Son las palabras de un antropólogo. Los periodistas de noticiero no lloran, por lo menos no en un lugar público y mucho menos en un texto publicado.

Periodismo táctil: Arafat en el Caribe

En octubre de 1995, Colombia fue el lugar de la XI cumbre de los Países No Alineados. Los jefes de Estado de 120 países del sur global se reunieron en el centro de convenciones de Cartagena, entre ellos ilustres líderes de la lucha anticolonial y legendarios revolucionarios como Fidel Castro y Yasir Arafat. Años después de la caída del muro de Berlín y de la disolución del Pacto de Varsovia, el Movimiento de Países No Alineados parecía de cierta manera un relictos, un anacronismo igual que la guerra de guerrillas comunistas que todavía persistía en el país anfitrión. En definitiva, de esta asamblea de potentados sin poder real en el mundo global, no se esperaban grandes noticias. Era, sin embargo, una ocasión para encontrarse con algunos personajes que sí figuraban con frecuencia en los titulares.

La gran sala del Centro de Convenciones de Cartagena aún estaba vacía cuando entró Yasir Arafat, con un acompañante, por la puerta de atrás, la del público. Tomó asiento en los rangos a la espera del discurso de Fidel Castro. Luis, mi amigo de Medellín, quien siempre estaba dispuesto a abandonar su negocio de sandalias por unas semanas para acompañarme en los viajes de reportería por Colombia, en un impulso espontáneo, levantó los brazos, formando la V con los dedos de ambas manos, exclamando “¡Yasir Arafaaat!”. Arafat respondió con una clemente sonrisa y alzó la mano, devolviendo la V hacia nosotros. Una señora que todavía estaba ocupada con un traperero, aplicando los últimos toques antes de la aparición del máximo líder cubano, se detuvo, reconociendo al personaje de los noticieros de la televisión. Por supuesto, Arafat era famoso en Colombia. El año anterior había recibido, junto con Isaac Rabin, el Premio Nobel de la Paz.

Todos nos tomamos la foto con Arafat y aprovechamos el momento para hacerle una breve e improvisada entrevista al líder palestino. Sobre conflicto y paz en Medio Oriente, sobre el significado del Movimiento de

¹⁰ We watch the reflection of the palms in the water as darkness gathers like a fist. The stillness of the reflection absorbs everything. Stilled of the necessity to talk, my body enters the image in the water and loses itself there, tears flowing into its flat, dead stillness.

No Alineados. La foto con Arafat y la señora del aseo se perdió. Ni Lucho ni yo la encontramos en nuestros cajones, después de tantos años y varias mudanzas. Ni tampoco, la entrevista con Arafat se emitió, pues no decía nada digno de una noticia ese día. O tal vez fue porque aquí en el trópico caribeño se veía fuera de lugar. En mi memoria de este absurdo encuentro sobresale un detalle: el apretón de manos con el revolucionario árabe. Fue una mano pequeña, muy blanca y fría. La mano de un niño muerto, fue mi asociación espontánea. Hoy me doy cuenta de que este breve contacto físico dejó una impresión mil veces más fuerte que todas las palabras intercambiadas. Al final, Arafat era un personaje de la televisión que nos había acompañado durante una gran parte de la vida, un viejo conocido. En sus palabras no había sorpresa, tampoco en su presencia visual. La barba desgreñada y los ojos chispeantes debajo de la kuffiya, el habitual pañuelo arreglado de tal manera que caía sobre las hombreras de la chaqueta militar del líder palestino en la forma del mapa del país por el que estaba luchando.

La mano fría y húmeda contrastaba de manera chocante con el icono familiar. Esta mano hablaba de vulnerabilidad, inseguridad. En retrospectiva, este apretón de manos con Arafat en Cartagena fue un anticipo del trágico fin de este líder quien no dejó un país unido como su legado, sino una desgarrada colcha de retazos, eufemísticamente llamada piel de leopardo, los territorios palestinos, aislados uno del otro y rodeados por territorio ocupado. Si la memoria táctil de mi encuentro con Arafat es tanto más fuerte que la visual o la acústica, ¿podría ser que esto es algo que ocurre mucho más a menudo, sin que nos demos cuenta?¹¹ En nuestra forma mediatizada de comunicar, las experiencias táctiles son más bien reducidas a ondas acústicas y electromagnéticas, el papel y los teclados, las superficies de las pantallas. ¿Podríamos entonces en el periodismo encontrar otras formas para aprovechar mejor este potencial de la comunicación táctil?, ¿sería factible desarrollar formas narrativas en el mundo análogo, no de los medios masivos, sino del contacto directo? El periodismo táctil está en demanda, en estos tiempos de intangibilidad digital.

Taussig, quien se ocupa de la tactilidad partiendo de una inquietud por la característica de las experiencias cotidianas, reduce la impresión del contacto físico a la dimensión visual, resaltando el efecto físico de las imágenes. Concretamente, se refiere a una “cierta tactilidad resultando de una visión distraída” (1992, p. 10. Traducción mia). El momento de la distrac-

¹¹ En la famosa escena en *En Busca del Tiempo Perdido*, donde el recuerdo del sabor de una magdalena desencadena toda una cascada de memorias, Proust nos da claras indicaciones para ello.

ción es decisivo. No es la mirada enfocada, concentrada en su objeto, sino un súbito golpe visual entre los ojos, producido por la publicidad, el cine o los montajes del Dadaísmo y Surrealismo¹².

En mi encuentro surreal con Arafat en un inmenso salón vacío y climatizado en medio del calor húmedo del Caribe, el impacto táctil fue más directo. No venía de la constelación visual, la cual todavía se prestaba a una simple interpretación de significados simbólicos: la actualidad política, el contexto histórico, los rituales en el espacio público. Estos eran significados simbólicos que encuentran su expresión congenial en los informes periodísticos.

En cambio, el frío apretón de mano de Arafat, así como el charco de fuego sobre el asfalto de Benjamin, no pertenece al libreto convencional de la historia. Para mí, fue simplemente el melancólico saludo de despedida de un anciano. A la postre relaciono este apretón con otro, ocurrido nueve años después. La historia de un triste asesino en serie.

Lágrimas de un paraco

Una vez más la cámara subjetiva de una camioneta que sube por curvas y curvas, solo que esta vez es una camioneta blanca, muy blanca, con ventanillas negras, probablemente blindada. El año es 2004 y las curvas son las de una de las notorias comunas violentas de Medellín. Hace pocas semanas el grupo paramilitar Cacique Nutibara entregó las armas. El objetivo de la excursión es entrevistar a algunos de los desmovilizados en una zona de posguerra urbana. Nos encontramos con jóvenes ansiosos, consumidores de drogas, asesinos, algunos de ellos sobrevivientes de heridas de bala o de cuchillo, soldados de un ejército ilegal. Aquí el conflicto armado era por el dominio del territorio y de las personas que lo habitan. Ahora, sin armas, este control se ejerce con walkie-talkies y celulares. Se percibe que todavía la tranquilidad les es ajena. Los veteranos comenzaron su carrera como sicarios al servicio de Pablo Escobar. Después de la muerte de este y con la asunción del control de la Oficina de Envigado por alias Don Berna, ellos se convirtieron en paramilitares, funcionando al mismo tiempo como peones

¹² Aquí Taussig recurre, como muchas veces lo hace, a una observación de Walter Benjamin, quien a través de los años y los libros se ha convertido en el guía espiritual del antropólogo: “¿Qué hace, finalmente, la publicidad tan superior a la crítica? No es lo que dicen las rojas letras eléctricas - es el charco de fuego que se refleja en el asfalto” (Benjamin, 2011). (“Was macht zuletzt Reklame der Kritik so überlegen? Nicht was die rote elektrische Laufschrift sagt - die Feuerlache, die auf dem Asphalt sich spiegelt”).

de la mafia y como operativos en la guerra antisubversiva (Ronderos, 2014 & Patiño, 2015).

En 2004, luego de años de una sangrienta guerra de pandillas que le ganó a Medellín la reputación de ser la ciudad más peligrosa del mundo, se siente una cierta esperanza de que las cosas puedan mejorar. Muchos visitantes suben a las comunas, hasta ahora vedadas por su altísimo nivel de violencia: políticos locales, representantes de las ONG, periodistas. El líder del grupo, un hombre de aproximadamente treinta años con el apodo El Viejo, los atiende. Habla de proyectos productivos, de cómo van a vivir una vida en paz. Es mi primer encuentro con un asesino en serie, una persona que con sus propias manos ha matado a muchas otras. Su radio de acción estaba limitado a un barrio, era una micro-guerra. El enemigo eran los vecinos, jóvenes del barrio en frente, a menos de un tiro de distancia. Los márgenes superiores de la comuna estaban ocupados por milicias guerrilleras. Con fusiles de largo alcance disparaban a lo que se movía abajo.

El Viejo recuerda el día que mataron a su padre. Era músico, drogadicto y vivía en la calle. Víctima de la limpieza social. Me imagino que este día el Viejo se convirtió en “El Viejo”. Tenía 14 años. Una década después, él fue el jefe de una topografía del terror. Él controlaba esta zona de casas improvisadas de ladrillo, pegadas a lomas casi verticales cortadas por quebradas profundas. Cobraba impuesto a los conductores de transporte público y a los dueños de pequeños negocios. Quien no obedecía fue desplazado o asesinado. Una casa en el barrio funcionaba como centro de torturas.

A pesar de estas monstruosidades, al conversar con El Viejo no puedo verlo como un monstruo. No es un burócrata distanciado quien ordena los crímenes ejecutados por otros, como el jefe Nazi Adolf Eichmann, descrito por Hannah Arendt como un funcionario de la “banalidad del mal”. Eichmann era una rueda en una máquina de estado gigantesca, perfecta y completamente amoral. Aquí en las comunas no existe el estado. La estructura mafiosa a la que pertenece El Viejo es local y autónoma. Pero hace parte de una estructura mucho más grande, intercontinental, de la línea blanca que une a los mercados.

Durante años El Viejo vivía con la pistola en la mano y un pasamontaña cubriendo su triste y enojado rostro. Me imagino el terror que habrá infligido a sus víctimas. Pero aquí enfrente de mí veo un ser humano atormentado por traumas, culpas y responsabilidades.

El Viejo habla y habla, cuenta como le tocó matar a tal fulano y aquel otro. Está eléctrico, tiene la energía de alguien recién salido de un



El Viejo. Captura de video, 2004

combate. Habla y llora. Sus lágrimas no son por los que mató sino por los muchachos que cayeron al lado de él y a los que no fue capaz de proteger. Eran sus muchachos. Los sobrevivientes que lo rodean llevan camisetas blancas con letras de paz. Son grandes fumadores de marihuana. Miran con inseguridad a la gran ciudad esparcida delante de ellos, muy abajo en el valle. A la despedida, El Viejo me aprieta la mano, muy duro, como si fuera la culata de un fusil. La mano del Viejo es grande, seca y cálida. Una mano llena de vida. Con mi mano en su poder, me mira fijo a los ojos y me dice: “¡Prométeme que vas a contar la verdad!” Pero esta verdad, la verdad de El Viejo, es demasiado compleja para ser contada en un formato de noticias. No tiene cabida en el mundo de líneas claras de las noticias, donde los buenos siempre son buenos hasta que se convierten en malos.

Hace unos años supe nuevamente de El Viejo. En una visita a la misma comuna, a un proyecto de huertas comunitarias, le pregunté a una de las señoras que cultivaba repollo, ají y flores, por El Viejo. La mención del personaje le produjo angustia. En los años después de la desmovilización, él y sus muchachos habían desplazado a muchas personas para apropiarse de sus lotes y venderlos. Vendían drogas, capturaban y maltrataban a gente del barrio. También hubo muertos. Era el conocido juego de control territorial. Poco después, El Viejo salió en las noticias locales, preso junto con un político con el que tenía relaciones. Yo recuerdo a El Viejo por su mirada triste, por su cálido apretón de mano y por sus lágrimas de huérfano. Pero esta es una historia imposible, una memoria imposible.

¿Pueden recuerdos personales como el de las lágrimas de El Viejo, el de la mano de Arafat o el de las amapolas de Balboa, enriquecer la memoria colectiva? Yo creo que sí, porque aun si la tarea de los periodistas es reducir la complejidad y explicar el mundo en pocos minutos, un empeño honesto de acercarse a la verdad debe tomar en cuenta sus múltiples matices, incluso si se contradicen entre ellas. Para ello hay que transgredir estructuras narrativas establecidas, ver el lado poético de la noticia y, para retomar la imagen evocada por Benjamin, escribir con letras eléctricas en el charco de fuego.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, Walter (1977). Über den Begriff der Geschichte. In: *Illuminationen. Ausgewählte Schriften Bd. 1. Frankfurt: Suhrkamp.*
- Benjamin, Walter (2011). *Diese Flächen sind zu vermieten. Einbahnstraße. In Gesammelte Werke I. Frankfurt: Zweitausendeins.*
- Haraway, Donna (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, Vol. 14, No. 3, pp. 575-599.
- Kaiser, Susana (2014). Argentinean torturers on trial: How Are Journalists Covering the Hearings' Memory Work? In Zelizer, Barbie & Tenenboim-Weinblatt, Keren (eds.). *Journalism and Memory*. New York: Palgrave Macmillan, pp. 242-257.
- Kraus, Karl (2010). Literatur und Lüge. *Das große Lesebuch*. Frankfurt, S. Fischer.
- Patiño, Carlos (2015). *Medellín: territorio, conflicto y estado. Análisis geoestratégico urbano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ronderos, María (2014). *Guerras Recicladas. Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Santos, Boaventura de Sousa (2015). Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social. México: Siglo XXI. (Publicación original: CLACSO 2009).
- Spivak, Gayatri (1988). Can the Subaltern Speak? In Nelson, Cary & Grossberg, Lawrence (eds.). *Marxism and the Interpretation of Culture*. Chicago: University of Illinois Press.
- Taussig, Michael (2009). *What Color Is the Sacred?* University of Chicago Press.
- Taussig, Michael (2003). *Law in a Lawless Land: diary of a limpieza in Colombia*. New York: The New Press.
- Taussig, Michael (1992). Tactility and distraction. In Marcus, George (ed.). *(Re)reading Cultural Anthropology*. Duke University Press.
- Zelizer, Barbie & Tenenboim-Weinblatt, Keren (2014). *Journalism and Memory*. New York: Palgrave Macmillan.



**Experiencias recientes
para vencer el miedo**



Resistir al miedo

Sandra Patricia Arenas Grisales

Medellín es reconocida por las muy diversas modalidades de violencia que sus habitantes han padecido en las últimas tres décadas. Las imágenes de películas como *Rodrigo D: No futuro* (1990), *La vendedora de rosas* (1998), *La virgen de los sicarios* (1999) y *Rosario Tijeras* (2005); documentales como *La Sierra* (2005) y las fotografías de los atentados terroristas, las masacres y los hombres armados recorriendo las comunas, son parte del registro de lo vivido. Como sabemos, Medellín ha sido considerada una de las ciudades más violentas del mundo: se estima que entre 1990 y 2005 fueron asesinadas 48.000 personas, siendo 1991 el año más violento con una cifra de 444 homicidios por cada 100.000 habitantes. Ni siquiera Ciudad Juárez en México, considerada hoy una de las más violentas, supera esa cifra (Gil Ramírez, 2009). Multiplicidad de actores sociales, políticos y armados con intereses económicos y políticos hicieron presencia en Medellín en complejas relaciones de cooperación, cooptación, disputas por el poder y enfrentamientos (Alonso Espinal *et al.*, 2006). Los narcotraficantes, las bandas delincuenciales desde los pequeños combos hasta las complejas estructuras como La Oficina de Envigado, las milicias, los grupos guerrilleros como el M-19, el ELN y las FARC; los grupos paramilitares como Cacique Nutibara, Bloque Metro y Héroes de Granada; el Ejército, la Policía y las agencias de seguridad del Estado, todos ellos hicieron presencia en la ciudad, ejercieron diversas modalidades de violencia contra la población, controlaron, estigmatizaron, impusieron normas y castigos (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017)

Pero ese relato de violencia tiene otro correlato: el de las resistencias. En medio de tal diversidad de poderes y fuerzas estaban los habitantes de Medellín, haciendo lo posible por sobrevivir y continuar con sus vidas; aceptando la presencia y el control de alguno de esos grupos, pues proporcionaban unos mínimos de seguridad en los territorios, pero con la certeza de que esos poderes eran transitorios y sus soberanías inestables (Vélez, 2001).

Para hacer frente a esta violencia, las organizaciones sociales fueron fundamentales. Fue gracias a la capacidad de organización de sus habitantes y al compromiso de sus líderes que la ciudad pudo encontrar salidas a esa situación. Desde el convite para construir los barrios, hacer los acueductos, alcantarillados y calles, hasta las cooperativas, las organizaciones, las redes y las ONG, todos son ejemplos claros de la fuerza de lo colectivo para hacer frente a las adversidades. Pero del mismo modo, fue la tendencia de la sociedad a hacer pactos, treguas, negociaciones, la que permitió contener en algo esa violencia. Desde los años noventa en los diferentes territorios

de la ciudad, los habitantes aprendieron sobre la necesidad de negociar con los “muchachos”, hacer pequeños pactos de no agresión y convivencia que hicieran su vida más llevadera y que permitiera un mínimo de seguridad en los barrios. El señor de la tienda, la señora de la cooperativa, el cura, el de la junta de acción comunal, las señoras de la iglesia, todos ellos tomaron la vocería para hablar con los muchachos y mediar entre ellos, la comunidad y la institucionalidad, de manera que se pudiera llegar a entendimientos que permitieran disminuir los enfrentamientos y los asesinatos. Aprendieron también a marchar, salir a la calle para protestar por los asesinatos de líderes comunitarios, líderes políticos, sindicalistas, maestros, estudiantes, campesinos, jóvenes músicos o raperos. Marcharon por la desaparición, el desplazamiento forzado, el secuestro, por la derrota del enemigo; clamaron por la negociación y el fin de la guerra.

Pero esos ciudadanos también aprendieron a moverse en entornos peligrosos, a descifrar los códigos de órdenes complejos y cambiantes, a desafiar el miedo y salir a la calle para asociarse a otros y crear espacios de vida en el lugar de la muerte. Son acciones de resistencias subterráneas, invisibles, simuladas, inofensivas, esas de las que pocos hablan públicamente, pero reconocen como determinantes para explicar cómo resistieron y por qué sobrevivieron.

Seguimos para este análisis a María Teresa Uribe (2006), quien propone explorar algunas formas no ortodoxas de resistencia, menos románticas que las del rebelde que se emancipa, menos cívicas que las del ciudadano republicano y más cercanas a procesos de acomodamiento, adaptación, neutralidad activa y pactos. El uso de estas formas de resistencia ha hecho posible aprovechar las fisuras de los poderes presentes en los territorios y lograr de alguna manera enfrentar, evadir y cuestionar a aquellos que ejercen el poder por la fuerza. Creemos en la capacidad de agencia de los ciudadanos que desafían el miedo y la dominación por medio de prácticas encubiertas, realizadas en ámbitos cotidianos, en los intersticios de lo público y lo privado (Scott, 2000). Son luchas en que se disputan la creación de identidades basadas en la dignidad de personas y grupos que se niegan a la lógica del más fuerte.

En fin, Medellín resistió de muchas formas, pero nos preguntamos cómo hicimos para convivir con el miedo, cómo logramos mantener una cierta cotidianidad en medio de tanta violencia. “Resistir al miedo” es una expresión que en muchas ocasiones usa Luis Fernando García, “el Gordo” de Barrio Comparsa, para referirse a la acción de salir a la calle para recuperar espacios abandonados debido a las amenazas, a las fronteras invisibles,

al temor por los enfrentamientos o al riesgo inminente de muerte. Los espacios públicos de la ciudad fueron deshabitados por el temor de los ciudadanos a los atentados terroristas, masacres, intimidaciones, violaciones o desapariciones. Qué hicimos para habitarlos, cómo fue que logramos superar el temor y hacer festivales multitudinarios de poesía, conciertos de salsa, de hip hop, de rock, de música en general, festivales de arte, chirimías, teatro, danza. Cómo logramos crear espacios que fueran refugio para el cuerpo y el alma, lugares de encuentro con otros y con el arte y la música y la literatura. Cómo fue posible marcar las calles para recordar a nuestros muertos, para que ellos dejaran de ser una cifra en una estadística macabra y sus nombres fueran escritos sobre piedra para no ser olvidados.

Para dar algunas pistas que nos permitan pensar en posibles respuestas, abordaremos tres ámbitos. El primero, “Que siga la fiesta”, cuando continuar con la vida y dotarla de sentido es la mayor resistencia frente a la violencia; pequeñas acciones realizadas por los sujetos para recobrar el sentido de la cotidianidad en medio de las situaciones de crisis: las fiestas, los festivales, los conciertos, el teatro y la poesía. El segundo, “Los lugares de refugio”: las bibliotecas y casas juveniles como espacios donde otras posibilidades de vida fueron creadas, donde los muchachos se depararon con otras realidades y construyeron nuevas sociabilidades. Y el tercero, “Los altares espontáneos”, cuando la memoria está en las calles en forma de altares, vírgenes, grafitis y murales.

Que siga la fiesta

Los últimos años de la década del ochenta y los primeros de la década del noventa fueron años críticos y determinantes en la historia de Medellín. Quienes vivieron en la ciudad durante esa época recordarán el temor que producían las bombas que Pablo Escobar, en su guerra contra el Estado, hizo explotar en diferentes lugares; los atentados contra policías, periodistas, funcionarios públicos, jueces, políticos e incluso sus enemigos del narcotráfico. Pero es también un periodo marcado por la violencia política y por la persecución a grupos de izquierda, sindicalistas, educadores y estudiantes: el toque de queda, el oficial y el autoimpuesto, que limitaba horarios y determinaba el día a día de los barrios, a qué hora llegar, por dónde caminar, qué rutas de transporte tomar, qué lugares evitar, qué hacer y qué no hacer.

En este clima de miedo nació Barrio Comparsa. La idea de realizar actividades lúdicas en la calle fue de Luis Fernando García con un grupo

de amigos que hacían parte de Recreo Teatro. En un primer momento, la respuesta de sus habitantes fue tímida, persistía la desconfianza y el temor, pero vieron el potencial que la comparsa podía tener. Por ello, a finales de 1990, Luis Fernando y su colectivo se dieron a la tarea de identificar grupos y personas en la zona Nororiental que trabajaban propuestas artísticas y culturales similares, con el objetivo de unirse y promover acciones culturales que permitieran reactivar la vida en la calle y mostrar así que la comuna era mucho más que violencia y que buena parte de sus jóvenes estaban lejos de parecerse a la representación del sicario con la cual la ciudad y el país los estigmatizaba.

Durante diez días, en marzo de 1991, más de cincuenta organizaciones culturales de diferentes barrios se dedicaron a recorrer el territorio con una comparsa. Así se dio origen a Barrio Comparsa. La alegría, el baile, los zancos, los payasos, los bailarines, los teatreros; todos caminando, atravesando fronteras invisibles, conectando con el arte y la algarabía territorios marcados por disputas entre bandas y milicias; haciendo que la gente saliera a la calle y se uniera a esa fiesta. Barrio Comparsa tomó forma y junto con otras organizaciones sociales como Nuestra Gente y Convivamos transformaron la comparsa en un evento anual esperado por todos sus habitantes y que con el paso del tiempo ha ido replicándose en otros territorios de la ciudad e incluso de Latinoamérica.

Luis Fernando García, “el Gordo” de Barrio Comparsa, asegura que nunca han recibido amenazas ni han enfrentado cuestionamientos u oposición por parte de los grupos armados. En su opinión, Barrio Comparsa supo integrar en sus actividades a las familias, mamás, hermanas y hermanos, los hijos de esos muchachos de las bandas o las milicias que incluso buscaban participar por cuenta propia. La algarabía y la fiesta no generaban desconfianza ni eran vistas como una acción de oposición a un determinado grupo. El mensaje público que la comparsa transmitía era el de la fiesta; para la ciudad era la reivindicación de los habitantes de la comuna, de su cultura, sus tradiciones, su capacidad organizativa y de lucha.

Pero también había allí un mensaje oculto: “resistir al miedo”. En su invitación a apropiarse de la calle, a volver a ocupar esos espacios y desafiar las fronteras, estaba inmerso ese mensaje de desafío a un sentimiento como el miedo que por su misma naturaleza paraliza. Por ello, esa invitación tenía un poder movilizador significativo para quienes participaban o simplemente asistían a su paso desde las ventanas de la casa; era una forma de romper con los controles, de reactivar redes, de unirse.

Y no podemos dejar de mencionar el Festival de Poesía. Cómo era posible imaginar en 1991, año en el cual la ciudad enfrentaba una de sus más fuertes espirales de violencia, a los habitantes de la ciudad sentados en lugares públicos escuchando poemas. Eran tiempos difíciles donde la violencia se imponía y las calles de la ciudad se silenciaban a la espera de los disparos, los gritos o las explosiones, y aun así hubo quien creyera posible convocar a un evento donde la belleza en forma de verso era protagonista. Un grupo de poetas que hacían parte de la revista *Prometeo* lo hicieron realidad. Ese primer año, el auditorio Carlos Vieco del cerro Nutibara se llenó de personas en silencio que escuchaban a un hombre que desde el escenario recitaba incansablemente un poema tras otro. Pero los organizadores no quisieron que el evento se congregara en un único sitio de la ciudad, por lo que sus actividades estaban dispersas por diferentes barrios, plazas, parques, bibliotecas, universidades, teatros... todos los rincones centrales y periféricos de la ciudad estaban incluidos. Los habitantes de Medellín salieron del encierro al que el miedo los tenía sometidos, para reunirse en espacios públicos, de manera tranquila y con una increíble sensación de seguridad: nada podría pasar, nadie podría atentar contra espacios como esos. Desde entonces, cada año, por diez días, la ciudad está imbuida de la belleza de las palabras en verso.

Pero los noventa no fueron la excepción. Los jóvenes de Medellín han mostrado su enorme capacidad para resistir al miedo a través de la fiesta, la música y el arte. Solo para mencionar algunos ejemplos, recordemos el Antimili Sonoro que surge en 1998 en el parque Obrero del barrio Boston, liderado por la Red Juvenil, con el objetivo de conmemorar el día internacional de la objeción de conciencia. Los jóvenes le dicen no a la guerra, no a su participación en ella, pero también recuperan espacios que fueron cooptados por los grupos paramilitares que controlaban varios sectores de la ciudad. En la Comuna 13, los muchachos de la Red Elite Hip Hop convocaron, en 2004, al Festival Revolución sin Muertos para mostrar que en “la trece la violencia no nos vence”.

¹ El Programa para la Convivencia Pacífica en Medellín estaba centrado en las siguientes medidas: ampliación de la cobertura educativa, promoción del empleo juvenil, mejoramiento del espacio urbano en los barrios marginales, promoción de las organizaciones ciudadanas a través de proyectos de desarrollo barrial, promoción de las organizaciones juveniles y mejorar las instalaciones deportivas y culturales, luchar contra los estereotipos discriminatorios que estigmatizaban las comunas y sus pobladores, fortalecer la justicia y la seguridad pública impulsando instituciones y valores que promovieran la solución conciliada de los conflictos entre las personas y la protección de los derechos ciudadanos (Melo, 1994).

En medio de lo que significó la presencia permanente de grupos armados en la Comuna 13, desde milicias y bandas hasta las operaciones militares y el control paramilitar, los jóvenes lograron recuperar la calle como un espacio propio de la comunidad. Desde torneos de fútbol en la noche, en momentos en que los toques de queda impuestos por los milicianos los obligaban a permanecer en sus casas, hasta conciertos, festivales culturales como los de Sal y Vida y creación de grafitis. Todo para recuperar el derecho a habitar sus territorios, para resistirse al miedo y continuar con la vida, para resistir a la pretensión de control, con fiesta y algarabía.

Lugares de refugio

¿Dónde refugiarse cuando la calle parece ser el escenario más peligroso para los jóvenes? ¿Cuáles eran los escenarios donde ellos se sentían libres para expresarse y desarrollar sus intereses? En la década de los ochenta y a inicios de los noventa, las comunas no contaban con espacios públicos para el esparcimiento; el *parche* era la esquina o la cancha, y esos lugares resultaban peligrosos por los señalamientos que se hacían acerca de los grupos de jóvenes que allí estaban, quienes eran señalados de sicarios o pertenecientes a *combos*, además del riesgo que había de que ocurrieran masacres o enfrentamientos armados. Los jóvenes eran víctimas y victimarios en un entramado de violencia, intereses económicos y desigualdad social. Los análisis señalaban el desempleo, la baja oferta educativa y las condiciones de desigualdad social y de oportunidades como posibles causas para la situación. La magnitud de los problemas que enfrentaba la ciudad y las presiones ejercidas por diversos sectores civiles que criticaban la respuesta del gobierno enfocada en las acciones represivas y punitivas, llevaron a que finalmente se pensarán estrategias para intervenir con un enfoque integral. Dentro de ese marco, el gobierno creó, mediante el Decreto 1875 del 17 de agosto de 1990, la Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana y, en 1991, el documento del Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) titulado *Medellín: Reencuentro con el futuro*. En este documento se hacía un diagnóstico que relacionaba los problemas de violencia de Medellín con fenómenos estructurales como la desigualdad, la pobreza, la deficiencia de servicios públicos básicos, la insuficiencia en las políticas de seguridad, la ausencia de procesos de participación ciudadana, entre otros. Sobre ese diagnóstico, el documento definía una serie de programas orientados a recuperar las condiciones de convivencia en la ciudad¹.

La Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana creó espacios como foros, mesas y seminarios para el debate colectivo de lo que ocurría en la ciudad. Los foros comunitarios eran espacios abiertos donde se reunían públicos diversos para pensar cuáles eran los problemas específicos de los territorios y cómo resolverlos. En los foros, la discusión no estaba centrada únicamente en las necesidades vitales como vivienda, saneamiento, empleo y educación; fruto de las discusiones se hizo evidente la necesidad de espacios públicos que pudieran ser usados por la comunidad y sirvieran a los diversos intereses y necesidades, desde locales para las reuniones de la junta de acción comunal hasta salones para desarrollar actividades culturales, educativas y lúdicas. Las personas entendían que esos espacios eran vitales para reconstruir las sociabilidades que la violencia y el miedo habían fracturado.

Es así como se crean los núcleos de vida ciudadana y en ellos las casas de la cultura. En este mismo proceso, se evidencia el fortalecimiento de las bibliotecas públicas y populares. Entre los primeros núcleos de vida ciudadana están el de Villa del Socorro, en la zona nororiental, y el de La Esperanza, en la zona noroccidental. En estos espacios, el ciudadano encontraba áreas deportivas, sedes culturales, instalaciones educativas, guarderías, casas juveniles, bibliotecas, oficinas y talleres comunitarios.

Las casas juveniles se constituyeron en espacios de promoción y cualificación de la organización juvenil. Ya había un antecedente para este tipo de proyectos y eran los grupos juveniles ligados a la Iglesia, en especial aquellas donde había sacerdotes vinculados a la Teología de la Liberación. Estos grupos desarrollaban trabajo comunitario y eran espacios de sociabilidad y de formación política. Las casas juveniles por su parte contaron con el apoyo de las instituciones gubernamentales y no gubernamentales que ofrecieron asistencia y programas específicos para jóvenes (Márquez Valderrama y Ospina, 1999).

Según Fulvia Márquez Valderrama y Marta Ospina (1999), la creación de las casas juveniles correspondió en buena medida al contexto y las condiciones de los territorios. En algunas, la organización juvenil fue espontánea, nacieron por iniciativa propia de grupos de amigos y vecinos con un cierto grado de proyección en el barrio. En otras, se dieron por pactos de no agresión entre bandas y grupos diversos, donde alguno de los integrantes de la banda pertenecía al combo y propiciaba pactos de convivencia e integración de los jóvenes. Y finalmente, otros cuya iniciativa de creación provino de las instituciones gubernamentales con el acompañamiento de ONG que buscaban integrar a los jóvenes a sus actividades. La zona nororiental de

Medellín tuvo un mayor número de casas juveniles, seis en total; las demás estaban en la parte centro-occidental, la noroccidental y en Bello.

Estos lugares se transformaron, para muchos de esos jóvenes, en una verdadera alternativa de vida, no solo porque eran espacios en los cuales desarrollaban sus intereses y habilidades, sino también porque los sentían como propios; ellos definían sus reglas de convivencia, sus objetivos, los programas que querían desarrollar. Desde ese espacio se abrieron a la comunidad con actividades para los niños, la tercera edad, las escuelas. Ellos eran un actor más dentro de la comunidad y hacían parte de celebraciones importantes como el día de los niños, el día del idioma, la navidad, entre otras.

Otro espacio que resultó vital para muchos de esos jóvenes de las comunas fueron las bibliotecas; todo tipo de biblioteca: populares, comunitarias, la Fundación Ratón de Biblioteca, las bibliotecas satélites de la Biblioteca Pública Piloto o las de Comfenalco. Las primeras que se construyeron en los barrios fueron las bibliotecas populares, creadas como espacios de apoyo a la educación. Las personas prestaban lugares de sus propias casas, cuartos dentro de la sede de la junta de acción comunal o salones adjuntos a la parroquia, allí llevaban los libros de las casas o los que conseguían por donaciones y armaban una pequeña colección que servía como apoyo en las labores escolares. Pero las bibliotecas eran ante todo lugares de socialización, de encuentro, sitios seguros donde pasar la tarde, donde encontrar alguien dispuesto a ayudar con la tarea, a leer un cuento en voz alta o simplemente un lugar para estar (Gómez Lopera *et al.*, 2016).

Las historias de las bibliotecas populares están cargadas de relatos de jóvenes que en un momento dado se vieron en la disyuntiva de continuar el camino de sus amigos y vecinos, del parche, del combo o de la banda, o unirse a ese otro pequeño grupo de seres extraños, casi invisibles, como eran los de la biblioteca. En esa decisión por la biblioteca encontraron lo que ellos definen como su salvación. La biblioteca y las personas que conocieron en ella les permitieron abrir sus horizontes, distraer sus mentes, hacer parte de algo diferente, sentirse diferentes. Es interesante comprobar cómo muchos de esos jóvenes describen ese primer momento de encuentro con ese espacio como algo determinante, a esos promotores de lectura y bibliotecarios como referentes de vida, consejeros, líderes a seguir. Además, las bibliotecas eran espacios seguros; cuando todo a su alrededor era destrucción y muerte, la biblioteca era un espacio de refugio y protección.

El recrudecimiento del conflicto armado durante los primeros años de la década del 2000 hizo que, literalmente, la biblioteca se transformara

en un refugio. La biblioteca Comfenalco Centro Occidental, en la Comuna 13, es la evidencia de cómo las bibliotecas debieron enfrentar la presencia de actores armados, combates frecuentes en sus inmediaciones, atender población desplazada en sus instalaciones, inventar formas de proteger y garantizar la vida de sus usuarios y sus funcionarios, crear estrategias para mantener la biblioteca abierta y funcionando en medio de la guerra.

En un bello relato, Consuelo Marín (2005), promotora de lectura de la Biblioteca Comfenalco Centro Occidental, nos cuenta cómo la biblioteca debió replantear sus programas, horarios y actividades cotidianas para atender a una situación de guerra, con combates frecuentes. Los funcionarios de la biblioteca debían analizar cada día la situación y planear estrategias para hacerle frente de acuerdo con las circunstancias del momento. Así, sin tener mucha experiencia, ellos aprendieron a identificar lugares seguros, rutas de salida, formas de actuar para cada situación. Aprendieron a vérselas con los jefes de los grupos armados que acudían a la sede para pedir favores o información. Pero también plantearon estrategias para lograr que esos chicos, adocotrados por las milicias, tuvieran acceso a literatura e información que les expandiera el horizonte de posibilidades y les permitiera ver más allá de aquello que las milicias les querían inculcar. Durante los combates más intensos crearon estrategias para proteger a sus usuarios; por ejemplo, los niños no podían salir de la biblioteca en medio de los enfrentamientos, los llevaban a lugares seguros, con paredes gruesas que evitaran que las balas entraran, allí les ponían películas infantiles con volumen alto para distraerlos de la realidad que había fuera del recinto, solo podían salir cuando todo estuviera tranquilo y sus padres fueran por ellos o dieran autorización para dejarlos salir solos hasta sus casas.

En julio del 2002, durante la estadía en el Liceo de la Independencia de las familias de desplazados del barrio El Salado, en la Comuna 13, la biblioteca se convirtió en el lugar favorito de los niños. Los bibliotecarios crearon programas especiales para atender a esta población. Como lo narra Consuelo, esos niños que pasaban sus noches en la oscuridad de los pasillos del liceo se tomaban la biblioteca durante el día para distraerse y participar de todas las actividades. En una ocasión, cuenta ella, mientras estaban en la hora del cuento, se escuchaba en las afueras de la biblioteca un fuerte enfrentamiento, ella quiso detener la lectura para refugiarse, pero los niños insistieron en que debía terminarla.

Uno de los servicios que marcó la diferencia durante la Operación Orión fue el Servicio de Información Local. La biblioteca se convirtió en un centro de referencia para saber dónde estaban sus familiares heridos,

qué hacer en casos de detención arbitraria, proporcionar información sobre instituciones que podían apoyarlos como la Defensoría del Pueblo o la Personería, el Comité de Emergencias o las asociaciones de desplazados.

Pero, por encima de todo, lo que muchos de sus habitantes recuerdan con especial reconocimiento es que la biblioteca no cerró sus puertas. En medio de las más adversas condiciones y en la medida de sus posibilidades, los empleados continuaron asistiendo puntualmente a sus trabajos; allí estaba la biblioteca abierta, para hacer de ese pequeño espacio un universo de posibilidades para jóvenes que parecían condenados a un escenario de violencia.

Como la biblioteca Comfenalco hay muchas que cambiaron la vida de miles de jóvenes, que transformaron “no futuros” en alternativas de vida, con personas dispuestas a escuchar, a leer, a recomendar, a conversar. Las bibliotecas y las casas de la cultura fueron lugares de resistencia para muchos jóvenes que se encontraron un parche diferente que les permitió pensarse diferente.

“Los altares espontáneos”

Hoy, cuando la memoria parece ser un imperativo moral para la sociedad, una manera de comprender lo que la guerra significa para millones de colombianos, tal vez sea bueno recordar que durante todo este tiempo hubo personas y grupos encargados de mantener la memoria de la violencia vivida plasmándola en los más diversos lugares, a la espera de un contexto propicio y un público dispuesto a escuchar y comprender ese relato. Para encontrar esos lugares es necesario, como propone Michel de Certeau (2000), abandonar la posición que nos permite una visión panorámica y bajar a las calles, recorrerlas, observarlas atentamente para encontrar los rastros en los altares de la memoria.

Las calles de Medellín están llenas de vírgenes, cruces, grafitis, placas, jardines y murales. Hacen parte de nuestra cultura, de la manera como la representamos y expresamos. No obstante, algunos de ellos tienen un significado especial, están allí para marcar el último lugar donde fue vista con vida una persona, donde murió o donde ocurrieron hechos violentos. Son iniciativas de memoria construidas en los márgenes, no llaman la atención sobre los grandes eventos, pero sí sobre hechos que fueron impactantes e incluso traumáticos para personas o pequeños grupos. Estas iniciativas no pretenden ser un desafío al poder armado a través del recurso de la

memoria, pero sí nos recuerdan el horror que esos grupos produjeron en las comunidades. En esas iniciativas está implícita la manera como las personas trataron de darle un significado a esa violencia que les resultaba incomprensible, cómo trataron de resistir, sobrevivir y adaptarse.

Llamamos a esas iniciativas “altares espontáneos” (Margry y Sánchez Carretero, 2011) para destacar la naturaleza no oficial de su creación; es decir, su construcción no fue promovida por fundaciones, organizaciones sociales o instituciones del Estado, como sería el caso de la escultura en homenaje a los niños masacrados en Villatina, ubicada en el parque del Periodista, centro de Medellín. Por el contrario, son creadas por iniciativa de familiares, amigos o vecinos de personas que murieron injustamente; no responden a un deber formal sino a un compromiso ético y político. Los altares buscan marcar el lugar donde alguien fue asesinado o fue visto con vida por última vez; por lo general son realizados para recordar los hechos y su realización está acompañada de rituales de luto como expresión pública de un dolor. De ahí que otra de las principales características de estos altares es que sean percibidos como formas de materialización del duelo colectivo, como rituales públicos de luto frente a eventos considerados catastróficos. Es por ello que los altares espontáneos cuestionan la separación entre el dolor sentido por la persona directamente afectada y el sentimiento de luto colectivo. Las personas encontraron los mecanismos de expresión de sus memorias, tal vez no a través de grandes acciones, sino de pequeños gestos que evidenciaban un esfuerzo por retornar a una cierta cotidianidad y sobreponerse al dolor. Se apropiaban de las marcas dejadas por la violencia y las resignificaban.

Así, por ejemplo, hay madres que, frente a la muerte o la desaparición de un hijo, luchan, se organizan, salen a la calle, utilizan todas las formas legales para demandar justicia o, por lo menos, para saber qué pasó con ellos; las Madres de la Candelaria o las Mujeres Vestidas de Negro son una prueba contundente de ello. Pero también hay otras, como doña Carmen, madre de Robin Asmed, asesinado por los paramilitares en el barrio La Milagrosa en el 2002, que fabricó, y aún hoy cuida, el calvario de su hijo, construido por ella en frente de su casa, lugar donde Robin fue asesinado. Ella lo hizo para guardar los restos de su hijo, pero también para dignificar su memoria, recordar a sus vecinos lo injusto de esa muerte, el daño provocado a su familia. Su presencia persistente junto al calvario, el cuidado que ella prodiga al lugar, ha logrado que muchos de los vecinos sientan como propia esa pérdida, que reconozcan el calvario y reivindiquen la memoria de Robin para reclamar justicia. También en La Milagrosa hay

una virgen en homenaje a seis jóvenes asesinados en noviembre de 1992, un mes después de la masacre de Villatina. Tal vez esta masacre no está tan presente en la memoria colectiva de los habitantes de Medellín, pero es un evento que marcó la vida de los vecinos del barrio. La virgen y la placa con los nombres de los seis jóvenes están allí para recordarles el dolor que esa masacre produjo en sus vidas. Aún hoy, 25 años después, los hechos son recordados con detalle, el sufrimiento de los familiares, las calles ensangrentadas y la sensación de que la vida no volvió a ser la misma, de que ese hecho marcó un antes y un después para esa pequeña comunidad, una especie de final de la inocencia. Recordemos que la ciudad vivía en toque de queda impuesto por el terror de las bombas y atentados del Cartel de Medellín y las masacres de jóvenes perpetradas en muchos casos por agentes de seguridad del Estado. Pero los vecinos de La Milagrosa se sobrepusieron al terror y en lugar de encerrarse en sus casas atendiendo el mensaje de los asesinos, ocuparon la calle, reafirmaron sus vínculos a través de dolor compartido y de la solidaridad que ese evento crítico despertó en todos ellos.

Pero los altares espontáneos también evidencian las fuertes paradojas de la memoria. En la zona nororiental, por ejemplo, hay dos altares. Uno en el barrio Santo Domingo Savio: un mural con los nombres de más de 380 personas asesinadas allí, que incluye tanto a víctimas como victimarios; ese mural es la evidencia del dolor vivido por esa comunidad durante años de enfrentamientos entre combos, bandas, milicias, paramilitares y fuerzas armadas del Estado. Todos estos grupos hicieron presencia y sometieron a sus propios vecinos a situaciones de violencia prolongada con costos en términos de vida tan altos y permanentes; el muro no es más que una pequeña muestra de lo allí vivido. Pero el mural también trae implícita la pregunta sobre cuáles vidas merecen ser lloradas: ¿Hay lutos legítimos y otros ilegítimos? ¿Hay vidas que cuentan y otras prescindibles? (Butler, 2006). Las personas del barrio llevaron los nombres de sus familiares y amigos muertos y con esos nombres se construyó la lista inscrita en el mural. Es decir, hubo padres, amigos, hermanos, que llevaron los nombres de sus hijos que murieron injustamente, pero también las de aquellos que eran miembros de los grupos armados e incluso eran responsables por las muertes de víctimas inocentes también inscritas en el mural. Esos otros también demandaban su derecho a hacer un luto, a manifestar públicamente su dolor y lamentar su pérdida. Y según el sacerdote que lideró la construcción del mural y una líder comunitaria entrevistados, eran la pérdida y el dolor lo que todos ellos tenían en común, era sobre ese sentimiento de que podían ser reconstruidos los lazos sociales rotos por la violencia.

El otro mural en la zona nororiental, en el barrio Villa Niza, tenía los rostros de seis jóvenes asesinados en una tienda mientras jugaban ajedrez. El hecho ocurrió en el 2002, cuando un combo pretendía asesinar a miembros de un grupo rival y acabó por confundir a ese grupo que jugaba ajedrez con sus verdaderos objetivos que se encontraban unas cuadras más adelante. Los jóvenes del sector, indignados por lo que había sucedido, decidieron crear un mural frente al lugar de los hechos, sobre una pared que aún conservaba los rastros de los disparos de una incursión de más de 25 hombres contra seis jóvenes que jugaban ajedrez y comían pastel. El mural apareció una noche, coloreado con pintura blanca que ocultaba los rostros de los que allí estaban. Pero, según cuentan sus creadores, esa capa de pintura se caía y los ojos de los muchachos volvían a surgir. Hasta que un día llegaron los mismos integrantes del grupo armado para resanar y pintar el mural. Según afirma uno de los creadores, una noche uno de esos muchachos se acercó y le dijo que los perdonara por haber ocultado el mural, pero que no resistían esos ojos observándolos, que ellos sabían que se habían equivocado.

Como vemos, los altares también acechan a los responsables; estas simples iniciativas de memoria también los confrontan a ellos con el pasado y su responsabilidad en los hechos. Estos altares nos muestran también el poder que tienen, el poder de las iniciativas de memoria que aún sin estar físicamente siguen presentes en la comunidad, que quedan ahí como marcas invisibles, pero presentes. En el año 2014, en el barrio Villa Niza, uno de los habitantes, estudiante de antropología, realizó una intervención sobre esa pared en la que proyectó las imágenes de aquellos que habían sido asesinados y cuyo recuerdo pretendió ser borrado. Esta acción hizo parte de una serie de actos conmemorativos de la comunidad para recordar a los jóvenes asesinados.

En definitiva, la capacidad de resistencia no debe buscarse solo en los eventos grandiosos y transgresores de la historia, pues en la cotidianidad se encuentran muchos de sus libretos. Existen acciones tan violentas que son inenarrables, pero reconstruir la existencia a pesar del acontecimiento es un compromiso con la vida. Son también esas minúsculas prácticas de resistencia, que no llamaban la atención de quienes ostentaban el poder, las que lograron sobrevivir en el tiempo y crear comunidades afectivas basadas en el reconocimiento de lo vivido y en la capacidad de respuesta.

Referencias bibliográficas

- Alonso Espinal, Manuel; Giraldo, Jorge; Sierra, Diego (2006). Medellín: el complejo camino de la competencia armada. En de Gamboa, Camilla (ed.). *Justicia transicional: teoría y praxis*. Bogotá: Universidad del Rosario, pp. 435-465.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica; Corporación Región; Ministerio del Interior; Alcaldía de Medellín; Universidad EAFIT; Universidad de Antioquia.
- Certeau, Michel de (2000). *La invención de lo cotidiano: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico e Instituto de Estudios Superiores de Occidente.
- Gil Ramírez, Max (2009). *Paramilitarismo y conflicto urbano: relaciones entre el conflicto político armado nacional y las violencias preexistentes en la ciudad de Medellín: 1997-2005*. Tesis de Maestría. Universidad de Antioquia.
- Gómez Lopera, Luz Viviana; Quintero, Natalia; Bornacelly, Jaime (2016). *Barrio y biblioteca: memorias colectivas en la construcción barrial del noroccidente de Medellín*. Medellín: Corporación Cultural Sembrando Futuro.
- Margry, Peter Jan y Sánchez Carretero, Cristina (2011). *Grassroots Memorials. The Politics of Memorializing Traumatic Death*. New York: Berghahn.
- Marín Pérez, Consuelo (2005). Biblioteca pública. *Bitácora de vida*. Medellín: Comfenalco Antioquia.
- Márquez Valderrama, Fulvia y Ospina, Marta (1999). *Programa Casas Juveniles: pensando a la juventud de una manera diferente*. Medellín: Corporación Región.
- Melo, Jorge Orlando (1994). Consejería presidencial para Medellín y su área metropolitana. *Consenso, Revista de Cultura Política*, n. 2.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*. México: Era.
- Uribe, María Teresa (2006). Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en un contexto de guerras y transacciones. *Estudios Políticos*, n. 29, pp. 63-78.
- Vélez, Juan Carlos (2001). Conflicto y guerra: la lucha por el orden en Medellín. *Estudios Políticos*, n. 18, pp. 61-89.

Víctimas, tejidos y legados políticos

Natalia Quiceno Toro

Liza Acevedo Sáenz

Isabel González Arango

¿Cómo encontrarnos con las víctimas directas que ha dejado el conflicto armado en Colombia? ¿Qué significado moral y político tiene en nuestra sociedad la relación con los muertos que este conflicto histórico ha producido? Después de visitar la exposición *Relicarios* de la artista Erika Diettes, una de las sensaciones que quedan en la memoria es la incapacidad de dimensionar nuestra tragedia. Esta exposición le da un espacio a la ausencia y nos interpela sobre los muertos y los desaparecidos, sobre esas víctimas que solo conocemos por las voces de otros, los testimonios de otros y, principalmente, por el dolor de otros. Darles un espacio concreto, tratar delicadamente los objetos de esos ausentes que sus familiares han conservado por años para recordar, mantener una huella, construir una evidencia, para hacer el duelo, fue el trabajo que realizó la artista a partir de sus recorridos por diversos lugares de la geografía colombiana y del encuentro con los familiares de esas víctimas directas. Como dice la artista: “Este conjunto de *Relicarios* contiene, a través de los objetos que allí reposan, el inmenso vacío que ocupan los que ya no están”. Los muertos, los desaparecidos, quienes ya no están, se dibujan como indicios de una presencia fragmentada en esta exposición. Los relicarios nos invitan a pensar en las víctimas como esos sobrevivientes que hacen el duelo y luchan, pero también en las víctimas como los muertos que no hemos aprendido a reconocer como sociedad o como los ausentes que hoy, ante nuestro silencio, pueden desaparecer totalmente.

Las víctimas son un sujeto múltiple y heterogéneo. Sus experiencias frente a los daños, las pérdidas, el despojo y las luchas pueden converger, encontrar puntos de contacto que expresen formas sistemáticas e históricas del uso de la violencia en Colombia para el ejercicio del poder. No podemos englobar en la categoría de víctima a todas aquellas personas que han vivido el horror de las guerras en muchos momentos de la historia. Gabriel Gattin nos habla de las víctimas como unos sujetos que en otras épocas podían incluirse en las narrativas nacionales junto a héroes y mártires, un sujeto funcional a relatos extraordinarios. Sin embargo, hoy el “sustantivo (víctima) se hizo común, se hizo ordinario. Hasta democrático” (2016, p. 117). La argentina Pilar Calveiro, por su parte, llama la atención sobre la necesidad de contextualizar la categoría, pues la víctima, a secas, no tendría existencia en el mundo contemporáneo donde su reproducción es cada vez más acelerada. Y continúa:

Pensar desde la proliferación de “las víctimas” puede llevar a confundirlas entre sí bajo el inexistente “la víctima”, trazando un recorrido ambiguo que, tras evidenciar la multiplicación de quienes se reconocen como tales

—en algún sentido—, nos impida apreciar el crecimiento, de hecho, de la población que está sujeta a violencias precisas y crecientes, que ejercen actores perfectamente identificables (Calveiro, 2017, p. 135).

Como nos lo ha enseñado la antropóloga Veena Das, nombrar la violencia siempre presenta un reto (2008, p. 245). Por lo tanto, reconocer a los sujetos producidos por esa violencia y su lugar dentro de un ordenamiento social y político será siempre un tema complejo. A este reto se enfrentan las sociedades en transición: al de nombrar, reconocer y dar lugar a los sujetos que emergen de los acontecimientos violentos, de las violencias que han ordenado de cierta manera la historia y el territorio. Hoy en Colombia se habla de víctimas y victimarios, pero esos sujetos han tenido unas condiciones singulares de emergencia en la escena pública, se han recorrido arduos caminos para que hoy como sociedad los reconozcamos como sujetos dignos de un tratamiento especial.

En los últimos años, los debates en torno a las poblaciones afectadas por el conflicto armado han ido articulándose a una serie de dinámicas políticas y jurídicas a niveles local y global, que permitieron la emergencia de las víctimas como sujetos de derechos en Colombia. Como dice el historiador Gonzalo Sánchez, en un pasado reciente las víctimas fueron ignoradas a través de discursos legitimadores de la guerra, al ser reconocidas vagamente o al ser consideradas un efecto residual “bajo el rótulo genérico de la población civil o, peor aún, bajo el descriptor peyorativo de ‘daños colaterales’” (Sánchez, 2013, p. 14).

Hoy las víctimas emergen como un sujeto político potente en el presente de nuestro país. Después de bastantes luchas fueron reconocidas como el núcleo de las negociaciones de paz con las FARC y se han configurado en sujetos de reparación. Sin embargo, lo que vemos es que en su emergencia otras historias convergen, y las experiencias históricas de otras exclusiones, racismo y violencias se ponen en escena para configurar las maneras en que construyen sus luchas y reivindicaciones. De esta manera, las víctimas y sus vidas permiten la creación de algo nuevo, nos invitan a ver las cosas de otro modo. En suma, posibilitan nuevos acontecimientos y nos transforman como sociedad.

La idea de este texto no es caracterizar a las víctimas en Colombia, definir qué tipo de colectivo constituyen o cómo emergen en tanto categoría jurídica. Aquí nos concentramos en resaltar los dilemas y retos que tenemos como sociedad ante la emergencia de un amplio colectivo identificado de esta manera, más allá de su registro, reconocimiento jurídico o condición.

Ante un panorama tan amplio, tenemos el reto de reconocer, documentar y aprender de las experiencias y espacios de vida de estas personas.

En nuestro trabajo con víctimas, lo que más nos ha marcado ha sido descubrir las nuevas posibilidades creadas constantemente por estas personas para hacerles frente a los eventos que la guerra les ponía en el camino, desde los más ‘insignificantes’ que no alcanzan los periódicos nacionales ni regionales, hasta aquellos que ocupan las primeras planas. Las víctimas no pueden ser solamente un número, un testigo de la violencia o un sujeto de asistencia. Sus vidas y sus luchas constituyen un enorme campo de aprendizaje que aún está por descubrirse para así dimensionar las formas como el conflicto armado ha transformado los modos de pensarnos como sociedad.

En este sentido, proponemos una aproximación a dos experiencias de Extensión Universitaria (Universidad de Antioquia) que articulan la pregunta por la memoria, las víctimas y las luchas políticas. Desde el 2009 hemos venido desarrollando un trabajo colaborativo con colectivos de víctimas para su fortalecimiento y diálogo reflexivo alrededor de sus lugares en las diversas coyunturas políticas del país. La primera experiencia la conforman los proyectos que en los últimos nueve años hemos realizado con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón, que dieron origen al Costurero Tejedoras por la Memoria, donde hemos aprendido de las luchas cotidianas por el reconocimiento de derechos y los cambios en la construcción de sentidos frente a la vivencia de la guerra. La segunda experiencia es el proyecto “Retratos de una búsqueda: Diálogo intergeneracional para la reconstrucción de relatos de familiares de detenidos y desaparecidos”, que aborda las trayectorias de los miembros de la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (ASFADDES, Medellín) en treinta años de búsqueda. Ambas experiencias tienen en común la puesta en marcha de la narrativa textil como vehículo para tejer memoria, testimoniar, denunciar y sanar las vulneraciones de los derechos en medio del conflicto armado en Colombia.

En el primer proyecto, denominado “Memorias, luchas políticas y ciudadanías de la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón”, que se desarrolló en el 2009, el debate político de la época estaba enfocado en las luchas de las víctimas por el reconocimiento de sus derechos y su papel político en la construcción de la verdad de lo sucedido, en el contexto de la Ley 975 de 2005 o Ley de Justicia y Paz¹. Mientras los proyectos desarrollados entre 2011 y 2017 han tenido como telón de fondo la implementación de la Ley 1448 de 2011, Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, los diálogos de paz y la refrendación de los acuerdos de paz entre

el gobierno y las FARC. Desde estos diferentes momentos políticos, tales proyectos han aportado a la discusión sobre la construcción de memoria como un derecho que contribuye a la reparación del daño desde la mirada y la experiencia de quienes han vivido el conflicto armado.

Cada vez más estas reflexiones sobre la memoria se han alineado con los retos políticos del presente, especialmente el de construir escenarios de paz que nos permitan reconocer las causas y los efectos de lo que la gente ha vivido en medio del conflicto armado desde sus propios territorios, así como reconocer las trayectorias y los legados políticos de quienes ya llevan varias décadas luchando por los derechos de las víctimas y hoy sienten que deben transmitir sus aprendizajes a nuevas generaciones. En este sentido, el proyecto con ASFADDES tuvo como motor de discusión la coyuntura política de los diálogos de paz y los retos de la construcción de una “paz sin desaparecidos”.

Las apuestas por encontrar nuevos lenguajes para narrar las experiencias de dolor y enmarcarlas en luchas que exceden la temporalidad del conflicto armado, nos han llevado a preguntarnos por la construcción de narrativas desde lo local que posicionen las memorias en lo público e involucren al conjunto de la sociedad, no como espectadores, sino como cogestores de la satisfacción de este derecho. Nos interesa comprender cómo en cada caso los sujetos construyen caminos que parten de sus universos particulares, pero que también logran entrelazarse creando comunidades donde no solo se comparte el dolor, sino también la esperanza y las apuestas de futuro como sujetos y como colectivos.

La primera parte de este texto aborda, entonces, la experiencia del colectivo de mujeres Tejedoras por la Memoria de Sonsón como una iniciativa de memoria, así como la construcción de un espacio permanente (Costurero y Salón de la Memoria) que busca hacer memoria, devolverles la dignidad a los ausentes, celebrar la vida y restaurar el tejido social roto

¹ La Ley de Justicia y Paz tenía como objetivos centrales la desmovilización y el procesamiento judicial de los miembros y grupos armados al margen de la ley, especialmente los grupos paramilitares y el reconocimiento de las víctimas como titulares de los derechos a la verdad, la justicia y la reparación integral, tanto individual como colectiva, sin necesidad de procesos judiciales; al garantizar, a través del Decreto 1290 de 2008, la inclusión de una memoria que visibilizara la verdad de las víctimas, en relación con la verdad de los perpetradores, mediante informes elaborados por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), la cual, por medio del Grupo de Memoria Histórica —desde el 2011 convertido en Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)—, documentó los testimonios de los sobrevivientes de casos emblemáticos como las masacres de Trujillo, El Salado y Bojayá, entre otros (González, 2015).

por la guerra. Posteriormente, abordaremos la experiencia del colectivo de víctimas de desaparición forzada, ASFADDES, Medellín, y la propuesta de encuentros con sus memorias a través del proyecto “Retratos de una búsqueda”, donde rastreamos la construcción de una narrativa textil de cuatro grandes telones que hablan de sus trayectorias políticas, individuales y colectivas. Finalmente proponemos una reflexión sobre la relación entre memoria y tejido, la configuración del sujeto víctima como un sujeto político y el debate del gobierno sobre el sufrimiento y las consecuencias de la estandarización de la experiencia de las víctimas en los acontecimientos violentos vividos en el marco del conflicto armado colombiano.

Hacer del tejido voz y memoria: Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón

Bordamos historias, hacemos memoria
Tejedora. Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón, 2016.

Tejer es entrelazar, unir, hacer un cuerpo:
la urdimbre es el esqueleto, la trama es la carne,
y el tejedor es el corazón;
de esta manera, nacen los tejidos de la memoria que,
puntada tras puntada, cuentan del destierro,
del dolor, del sufrimiento,
pero también de la esperanza, de la fe y la resistencia.
Telas vitales para no olvidar, para no perder el camino.

Isabel González²

Entre 2009 y 2010, las asociaciones de víctimas en el país estaban volcadas a diseñar estrategias para conocer, divulgar y tramitar el acceso al programa de reparación individual por vía administrativa, implementado por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), el cual reconocía a personas que individual o colectivamente sufrieron daños directos por grupos armados organizados (guerrilla o paramilitares) con anterioridad al 22 de abril de 2008, “así como al cónyuge, compañero o compañera permanente, y familiar en primer grado de consanguinidad o primero civil de la víctima directa, cuando a esta se le hubiere dado muer-

² Texto curatorial para la Exposición itinerante: Tejer con el Hilo de la Memoria Puntadas de dignidad en medio de la Guerra. Sonsón 2009-2014.

te o estuviere desaparecida” (Decreto 1290, 2008, art. 2). Para aplicar a la reparación por vía administrativa era necesario tramitar un formulario y entregarlo en la Personería antes del 20 de abril de 2010; en la mayoría de los casos se requería asesoría y acompañamiento de entidades, no solo municipales, sino departamentales y en algunos casos nacionales, para garantizar el reconocimiento de la totalidad de las víctimas en el territorio.

La tarea era inmensa: filas enormes, cientos de fotocopias, dolor e indignación por repetir una y otra vez la versión de lo ocurrido, tramitadores que se aprovechaban de la confusión, el temor al engaño por no saber leer y escribir. “No sé qué estoy firmando”, “¿dónde pongo mi huella?”, “¿si soy una víctima?”, decían las personas que acudían a estas instancias. Los caminos del reconocimiento del Estado y el aprendizaje de reivindicación de unos derechos ciudadanos se abrían en medio de trámites administrativos y conceptos jurídicos que era necesario comprender. En esos caminos aparecía como inminente la necesidad de fortalecer el trabajo organizativo tanto frente al reconocimiento del contexto jurídico que tímidamente abría una ventana de reconocimiento a las víctimas, como frente a la búsqueda de una voz propia para narrar y tramitar lo acontecido en medio de la guerra.

En medio de este contexto histórico, llegamos a la cabecera municipal de Sonsón, Antioquia, en junio del 2009, y encontramos a más de trescientas personas reunidas en el patio de la Institución Educativa Rosa María Henao Pavas, dispuestas a participar de la asamblea general de la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón, que cada dos meses se realizaba. Adultos mayores, adultos, niños y jóvenes estaban sentados escuchando atentamente, como en una clase, sobre los derechos fundamentales de las víctimas y el acceso a programas y proyectos de orden municipal. Sus ojos inquietos, sus rostros que reflejaban un sinnúmero de emociones y un silencio expectante, nos planteaban retos metodológicos para acercarnos y emprender una propuesta de encuentros en la que se sintieran convocados y pudiéramos escuchar sus experiencias. En ese momento, nuestra motivación era explorar los sentidos de ser víctima en el contexto rural, acercarnos a los modos como entendían sus derechos y las motivaciones que estas personas tenían para pertenecer a la asociación de víctimas que desde el 2003 se había conformado en el municipio y que desde el 2007 tenía la personería jurídica con el lema “De víctimas a ciudadanas, para que otras voces se escuchen y el dolor se convierta en propuesta”.

En esa asamblea presentamos el proyecto y nuestras metodologías. Invitamos a las personas adultas, hombres y mujeres, a participar en una serie de talleres a modo de costureros, en los que las palabras y el hacer con

las manos se conjugarían alrededor del tejido para generar el encuentro, la confianza y el intercambio de saberes. Así mismo, invitamos a los hijos de los asociados y jóvenes de la asociación a participar de una serie de talleres de narrativa audiovisual para reconocer la perspectiva de esas nuevas generaciones.

En total se inscribieron cuarenta personas, la mayoría mujeres campesinas que antes de ser desplazadas de sus tierras se dedicaban al cuidado de la familia y a labores agrícolas en las zonas rurales del municipio. Todas tenían en común una difícil situación económica, agudizada por la falta de oportunidades laborales; muchas trabajaban en casas de familia por días, dependían de las ayudas humanitarias o recibían el apoyo de sus hijos que vivían en municipios como Rionegro, La Ceja o Medellín. En ese momento, para ellas los talleres representaban la oportunidad de recibir información sobre el proceso de reparación, disipar el dolor y dar continuidad, de alguna manera, a los procesos de acompañamiento psicosocial, ya emprendidos con otras instituciones para la elaboración de sus duelos. Para todas fue una sorpresa comprobar que en los encuentros en realidad se cosía, se bordaba, se tejía alrededor de muchas historias. Así, la creatividad y la capacidad para recrear la vida fueron tomando el protagonismo de los relatos en lugar de los acontecimientos dolorosos del pasado. En ese proceso, los sentidos de las experiencias vividas como víctimas se fueron articulando alrededor de sus sueños y reivindicaciones políticas.

Los encuentros dieron apertura a la exploración de sentidos y significados alrededor de conceptos como memoria, verdad, reparación, justicia y no repetición. A través de la elaboración de muñecas de trapo, “quitapesares”, bordados de árboles de la vida, colchas cosidas a varias manos, cuadros de tela sobre icopor y cartografías bordadas que describen las trayectorias de vida de las mujeres y los roles que deben asumir para la sobrevivencia, la reconstrucción y la política se fueron materializando y construyendo sentidos compartidos de esos nuevos conceptos que circulaban en los procesos de reconocimiento y atención a las víctimas. Gloria Serna, vicepresidenta de la asociación, recuerda ese momento como el tiempo de las antropólogas, y lo describe así:

Yo sí tuve muy clara la metodología con la que llegaron, llegaron emocionando a la asociación, no llegaron diciendo “vamos a trabajar la justicia y la reparación”, sino que emocionaron con el Costurero; unas se emocionaron, otras no, fue una dificultad. Cuando arrancamos éramos como 35, en el primer momento empezamos con las muñecas y luego en el segundo encontramos unos letreros, una fila de cosas que decían la verdad, pero

nadie preguntó, y luego ya fuimos trabajando qué fue la verdad, íbamos tejiendo y hablando, así, empíricamente; al otro encuentro entonces ya era justicia y qué era. Han llegado muchos profesionales, pero solo una permaneció en el tiempo por esa metodología y esa estrategia. La gente ya no quiere más carreta y carreta, usted convoque a una reunión y la gente ya no quiere ir a hablar y hablar, entonces esa estrategia ha sostenido a estas mujeres (Serna, Gloria. Tejedora. Bitácora taller 3, Costurero viajero, sep. 2016).

A mediados del 2010, una vez finalizado el primer proyecto, quedaban tantas cosas por hacer, había tanto entusiasmo y deseo de continuar, que decidimos mantener la frecuencia de los encuentros y buscar alternativas para nuevos proyectos. Así llegaron dos proyectos más de Extensión Universitaria, y para el 2013 el Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón se consolidó como un espacio que fortalecía a la asociación y que afianzaba las relaciones entre sus asociadas al intercambiar conocimientos y experiencias, y generar así una nueva dinámica de encuentro autónomo. Hoy el Costurero lo conforman veinte mujeres que reivindican este espacio como una posibilidad de autogestión económica, pero, sobre todo, como un proyecto colectivo alrededor de la memoria y la reconstrucción de la vida. Lo que inició como una serie de talleres en el marco de un proyecto de Extensión, se convirtió en una iniciativa propia para construir la memoria del municipio de la mano de mujeres, madres, abuelas, esposas, hijas, hermanas, que abruptamente cambiaron el curso de sus vidas al perder familiares, bienes y afectos en medio de la confrontación armada. En su relación con la costura, el bordado y el tejido, se fue nombrando la capacidad de remendar, de desbaratar para volver a comenzar, y esa fuerza, esa voluntad ha hecho de este proceso un tejido de resistencia y dignidad en el que reconocen los daños, se preguntan las causas y se proponen maneras de reparar, de sanar para continuar la vida.

El Costurero se constituyó en un lugar extraordinario que permeó la vida cotidiana de las personas que participan en él. Representar, materializar las emociones, las vivencias, los sueños, a través de las telas y los hilos, hizo que las conversaciones del taller Costurero llegaran a la casa, a la familia. Poco a poco, las horas de la noche, antes de dormir, se fueron acompañando de la costura, del proceso lento de crear, de tejer la memoria. Como lo recuerdan algunas mujeres: en un principio fue difícil, pues la construcción de confianza es lenta y más en contextos donde permanecen el conflicto armado y la violencia estructural. Adicionalmente, el proceso de creación requiere de constancia y dedicación, pero una vez el grupo viven-

ció el poder del tejido como herramienta para narrar, para representar lo vivido por medio de la expresión artística, devino un proceso creativo femenino, una forma de expresión y resistencia, “de representatividad popular femenina” (Pérez Hernández y Viñolo Berenguel, 2008, p. 11).

En este sentido, el Costurero ha generado productos de gran importancia no solo por su valor artístico, sino sobre todo por su fuerza comunicativa. En el trabajo que allí se desarrolla se refleja cómo cada tejedora ha aprendido a compartir el dolor y a ser apoyo para otras, al saber que la palabra sana pero que, al igual que el silencio, ella tiene su tiempo (González, 2014). En ese espacio, ellas han sido reconocidas como mujeres que luchan por sus derechos, como agentes de cambio que con sus tejidos narran una verdad que batalla contra la impunidad y los duelos a puertas cerradas. Mientras se cose, cada una se adentra en un viaje interior a través del que se van narrando, poco a poco, como en un diario, las historias. Las inquietudes y percepciones se recrean con las versiones de sus compañeras de tejido, otorgando una dimensión colectiva a las vivencias individuales.

Las tejedoras, con su paciencia, han logrado llamar la atención de una sociedad local que aún debe comprender las dimensiones del daño y el reto de la construcción de paz en un país polarizado y poco dispuesto a escuchar otras versiones, a reconocer a sus víctimas, sus aportes en la construcción del presente y el futuro del municipio. Por eso en los últimos años estas mujeres han hecho práctica del lema de los movimientos de mujeres de la región: “De la casa a la plaza”. Tejer en el espacio público, sentarse en la plaza, disponer materiales para que quien se acerque sume sus puntadas y haga visible lo que cuesta trabajo poner en público, hacer un plantón de tejido en momentos claves como la conmemoración del Día Nacional de la Víctimas o en la Semana por la Paz, son todas estrategias que llaman la atención de una sociedad que aún le cuesta reconocer su historia, y que proponen el encuentro a través de otros lenguajes y otras formas de movilización social.

Las mujeres del Costurero hoy hacen visible el poder movilizador del tejido, su capacidad para generar compañía a través de acciones como bordar los nombres de las víctimas de Sonsón, escribir cartas tejidas para víctimas de otros lugares, bordar mensajes para la construcción de paz en medio de un panorama político incierto, entre otras acciones y redes que han empezado a conformar. Tejer hoy, en Sonsón, se tomó la plaza; poco a poco se ha transitado del duelo íntimo al encuentro colectivo con otras víctimas, otras mujeres y al reto de compartir con el resto de la sociedad las

experiencias de sufrimiento, pero también las trayectorias y aprendizajes políticos.

El trabajo constante del Costurero se ha inspirado en otras experiencias, pero también ha logrado inspirar otros colectivos. El lenguaje textil como estrategia para hacer memoria de la violencia y los conflictos políticos, es un lenguaje que tiene diversas raíces en el mundo, desde experiencias como las arpilleras de Chile, Perú y Brasil, los tejidos testimoniales de mexicanos, del Colectivo Bordando por la Paz y la Memoria - Fuentes Rojas, el Taller de bordado Cuenca, Ecuador, o las molas políticas de las indígenas *gunadule* en la frontera de Colombia y Panamá, así como el trabajo de las Tejedoras de Mampuján en los Montes de María y los grupos de artesanías Guayacán en Bojayá y Choibá en Quibdó, Chocó. Estos referentes tienen en común una apuesta por el trabajo colectivo alrededor de la costura, el tejido y el bordado, no solo como trabajo narrativo para testimoniar acontecimientos violentos, sino como apuesta creativa en términos sociales y políticos, una apuesta para sanar, reparar y promover la movilización de la palabra-imagen de la experiencia femenina del conflicto armado.

Por su parte, el consolidado de herramientas y modos de hacer del Costurero lo han convertido en un referente para pensar los procesos de construcción de memoria desde lo local. Es así como las mujeres tejedoras de Sonsón lograron hacer incidencia política para la apertura del Salón de la Memoria del municipio, el 10 de abril de 2015, en la cuarta conmemoración del Día Nacional de la Memoria y la Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado, iniciativa que se constituye como un acto de resistencia al olvido y la impunidad, una acción que busca el reconocimiento y la dignificación a las casi trece mil víctimas del municipio, según cifras de la Personería. Una iniciativa para visibilizar los trabajos de memoria y atención psicosocial que se han realizado de la mano de distintos líderes, organizaciones no gubernamentales e instituciones desde hace más de una década.

Las redes de trabajo también han crecido a medida que el tejido impulsado por el Costurero se ha seguido fortaleciendo. Desde el año 2013, el trabajo de tejido y memoria amplió los aprendizajes del Costurero a otros colectivos de la región del Oriente de Antioquia y engrosó diálogos dentro de la misma Universidad de Antioquia. Fue así como surgieron nuevas apuestas, en alianza con la Facultad de Enfermería, a partir del encuentro con la profesora Beatriz Elena Arias López; entre estas apuestas están los proyectos “Memoria, tejido y salud mental. Hacia la consolidación de la Red Nacional de Tejedoras por la Memoria y la Vida” (2014) y “Fortalecimiento

de la Red de Tejedoras por la Memoria y la Vida - Nodo Zona Páramo” (2017). Así mismo se han establecido alianzas desde Extensión Universitaria con la Facultad de Comunicaciones, a través del proyecto “Narrativas de memoria en Sonsón: Estrategia comunicativa para el fortalecimiento del Salón de Memoria de Sonsón (2016-2017)”, en el cual, con el apoyo de las mujeres del Costurero, se construyeron de manera participativa los contenidos permanentes del Salón de Memoria y una exposición itinerante producida por los estudiantes de Comunicación Social - Periodismo de la sede Sonsón de la Universidad de Antioquia.

Elaborar muñecas de trapo para reconstruir una trayectoria de vida; cuadros de tela sobre icopor y cartografías bordadas a modos de línea de tiempo para identificar los daños ocurridos; cojines, colchas para embellecer la casa; quitapesares para sanar y comunicar el poder reparador de nombrar, esas han sido algunas de las labores que las mujeres iniciaron en el 2009 y que hoy continúan tejiendo en la casa, la plaza pública, el salón de la memoria y otros lugares del país donde son invitadas. Tejidos que hacen memoria y articulan apuestas colectivas. Tejidos que extienden sus hilos para reconocer experiencias en nuevos territorios y aprender que las luchas y reivindicaciones de las víctimas pueden encontrarse en la diferencia. El Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón continúa su trabajo en alianza con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza, frente a nuevos horizontes políticos en nuestro país. Su apuesta hoy viaja con nuevos costureros³ a diferentes territorios para enlazar nuevos hilos y seguir imaginando otras posibilidades de vida lejos de la guerra y la violencia.

Creando y recreando caminos de búsqueda: ASFADDES Medellín

Desde adentro es el título del libro escrito por María Tila Uribe y Francisco Trujillo en donde narran su experiencia como presos políticos durante 53 meses a partir de marzo de 1977. Ese mismo año, caracterizado por la intensificación de la persecución de militantes de partidos de izquierda, su hijo fue detenido junto a su compañera Omaira Montoya en Barranquilla. Uno de los eventos más dolorosos que cuenta María Tila en el texto es el haber escuchado en su celda, y desde un radio viejo, la noticia de la detención de su hijo. Por mucho tiempo la incertidumbre la desbordó, ella misma había sufrido la tortura y las humillaciones de las Fuerzas Militares en el proceso de interrogatorio. Le rogó a su hija, quien fue a visitarla en la cárcel, que por

³ Ver la experiencia en www.costureroviajero.org

favor le llevara una nota escrita a puño y letra de su hijo Mauricio para tener la certeza de que estaba bien. Después de mucho tiempo, su hija volvió con la nota; su hermano le dictó la frase: “Madre, estoy bien”.

Del suplicio de la tortura me enteré por una publicación de Derechos Humanos, decía que Mauricio estaba acabado, el golpe de la cachaca de un revólver le rompió la carne de la frente y no tuvo sutura, sus muñecas no le obedecían, estaba amoratado y muy débil. Cuando mi muchacha volvió a visitarme le pedí me contara con sus propias palabras cómo lo había visto, aunque fuera cruel, me levantó la cara con cariño: ¿debes estar orgulloso de él, mamá, es muy valiente y se portó con dignidad, no tienes de que avergonzarte, piensa además que tu hijo está VIVO! Yo le sonreí bañada en lágrimas, traté de reponerme y luego le pregunté: ¿y Omaira? ¿Cómo está ella? Omaira no está... Solo está él (Uribe y Trujillo, 1984, p. 70).

Omaira Montoya, bacterióloga de la Universidad de Antioquia y militante del Ejército de Liberación Nacional (ELN), fue desaparecida el 9 de septiembre de 1977 en la ciudad de Barranquilla. Ella, junto a su compañero Mauricio Trujillo, fueron detenidos por el Servicio de Inteligencia (SIPEC), del Departamento de Policía del Atlántico. Desde ese entonces no se tiene información de ella. Después de que su caso se hiciera público en las calles de diversas ciudades de Colombia, los transeúntes vieron calcomanías con el rostro de Omaira y la pregunta de “¿dónde está Omaira Montoya?”, como lo relatan Uribe y Trujillo en el libro.

A partir de la denuncia de la desaparición de Omaira Montoya en 1977, se empiezan a conocer otros casos con características muy parecidas: detenciones arbitrarias y desapariciones forzadas de opositores del gobierno nacional, de campesinos, estudiantes, sindicalistas, defensores de Derechos Humanos, o cualquier civil que se mostrara abiertamente crítico a las políticas estatales. Ante este contexto es que nace la primera organización nacional de víctimas. La Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos se consolida en 1983 en Bogotá, como respuesta al silencio del Estado colombiano frente a la desaparición de doce estudiantes de la Universidad Nacional, un obrero independiente y un dirigente campesino (ASFADDES, 2003). Desde entonces, esta organización ha emprendido la búsqueda de sus familiares ligada a la exigencia de la verdad, de la justicia, de la reparación y de la no repetición, consolidándose como un referente de resistencia a niveles nacional e internacional. En 1987, y tras la fundación de ASFADDES - Medellín, el caso de Omaira es el primero en ser documentado por la seccional, al reconocerlo por su carácter emblemático, pues es la primera

denuncia formal de desaparición forzada en Colombia que, además, indica el inicio de la intensificación de esta práctica.

Desde hace treinta años, ASFADDES - Medellín recibe en su oficina a madres, padres, hermanos, esposas, sobrinos e, incluso, a amigos y amigas que buscan a sus familiares. Por sus iniciativas de defensa de los Derechos Humanos y de denuncia de los responsables de la desaparición forzada, la asociación ha sido víctima de múltiples hostigamientos: en 1988 Fabiola Lalinde, madre de Luis Fernando Lalinde⁴, una de las fundadoras de la seccional Medellín, fue inculpada falsamente por presuntos nexos con el narcotráfico; en 1997 explotó una bomba en la oficina de la asociación que destruyó gran parte de sus archivos; en enero del 2000 allanaron la oficina, y en octubre del mismo año detuvieron y desaparecieron a dos de sus integrantes, Claudia Monsalve y Ángel Quintero (ASFADDES, 2003). Estos son algunos de los eventos más significativos que han debilitado a la organización.

En ASFADDES se hace evidente la ausencia de nuevas generaciones; esto, explican las integrantes de la organización, se ha dado principalmente por el temor de que sus hijos y nietos fueran víctimas de represalias por parte de los perpetradores. Además se suma la consolidación de un silencio protector que ha consistido en no hablar de lo sucedido en el espacio doméstico por miedo a los impactos psicosociales que pudiera generar en sus familiares. Todas estas situaciones han incidido en las características de la organización en el presente, conformada principalmente por mujeres adultas que llevan años, incluso décadas, en los procesos de lucha, y que sacan fuerzas para continuar, pues temen que en el momento en que su lucha se desvanezca, algún familiar desaparezca por completo dado que no habrá quién lo nombre o quién lo busque.

Por medio de una tesis de pregrado del programa de Antropología de la Universidad de Antioquia se logró establecer un diálogo entre el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales, INER, y ASFADDES - Medellín. Los antecedentes del proceso de investigación, la relación entre la estudiante y la asociación, así como la coyuntura política que representaban los diálogos de paz entre el gobierno nacional y las FARC-EP, permitieron que se identificara conjuntamente

⁴ Estudiante de sociología y militante del Partido Comunista de Colombia - Marxista y Leninista (PCC-ML). Detenido, torturado y desaparecido el 3 de octubre de 1984 por el Ejército Nacional cuando fue a brindar auxilio a un combatiente del Ejército Popular de Liberación (EPL), en el municipio de Jardín, Antioquia (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013).

la necesidad de crear procesos que contribuyeran al fortalecimiento de la organización. Al retomar la trayectoria del grupo y el interés particular de las asociadas, surgió el deseo de explorar el tejido como mecanismo narrativo que diera cuenta de los casos de desaparición forzada y de las trayectorias políticas de los familiares de detenidos y desaparecidos. Fue así como surgió el proyecto “Retratos de una búsqueda: Diálogo intergeneracional para la reconstrucción de relatos de familiares de detenidos y desaparecidos”, financiado por el Banco de Programas y Proyectos de Extensión de la Universidad de Antioquia.

En una primera parte del proceso se exploraron las trayectorias personales, posteriormente se empezaron a construir colectivamente cuatro grandes relatos que dieran cuenta del contexto y de los acumulados políticos de la organización. Cada relato habitaba en un enorme tapiz en donde las puntadas, así como las historias de cada asociado, integraban la historia del país y de la organización. Desaparición forzada en Colombia, acontecimientos de ASFADDES, acciones contra ASFADDES y el corazón de ASFADDES fueron las temáticas que se tuvieron en cuenta por medio de técnicas como la sublimación sobre tela, el *transfer* de fotografías, el dibujo y el bordado.

En los espacios de taller-costurero, el ambiente para el encuentro facilitó el intercambio intergeneracional, de manera que se integraron a los más jóvenes al trabajo, no solo manual, sino también organizativo, pues todos tenían un lugar allí, una tarea por hacer. En la medida que el bordado avanzaba, las historias surgían y, espontáneamente, entre imágenes y colores vivos, se fue compartiendo y valorando la trayectoria de lucha y el trabajo inmenso que aún queda por hacer en torno a la desaparición forzada en Colombia. Bordar al lado de la abuela, la tía, la mamá, fue un gesto íntimo, cercano, de solidaridad y apoyo, en el que los jóvenes también fueron creadores de sus propias percepciones frente a la organización y a la lucha de sus familiares, lo que les permitió dimensionar que el trasegar no solo es familiar, sino también de amplios sectores de la sociedad que hoy reclaman el reconocimiento de sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación.

Cada una de las mujeres de la asociación y de quienes colaboramos en el proyecto se encargó de un pedazo de tela, lo llevó a su casa y lo bordó. Allí no estuvieron solo las manos de los participantes del taller, pues también se colaron las puntadas de un hijo que le ayudaba a su madre cuando ella no alcanzaba a ver bien un detalle, o de una madre que veía que su hija estaba tejiendo muy lento y no sabía bien la técnica, o de una nieta que se cautivaba con la concentración de su abuela, o de una esposa que le ayudó

a su esposo en esta tarea tan lejana para él, o, incluso, de una hija que estaba en desacuerdo con los detalles que hacía su madre en la fotografía del padre desaparecido. Esta narrativa permitió el diálogo entre familiares, dentro de los talleres y en los espacios más íntimos donde el oficio del tejido habitaba. Permitió también que quienes no hemos vivido de cerca la desaparición forzada pudiéramos apreciar las historias y rostros de quienes hoy siguen ausentes y de sus familiares que luchan por encontrarlos.

Bordar, para la mayoría, fue un reto, una propuesta innovadora en las maneras de hacer memoria; esta actividad los entusiasmó y dispuso para asumir el proyecto como proceso que, como la acción de tejer, es lento y requiere voluntad para emprender la tarea, constancia y dedicación para terminar la labor. Cada paso fue una metáfora para generar relaciones, para conocer y crear sentidos de pertenencia que restauraran vínculos, para avivar la participación en la organización y evidenciar así que el aporte individual, cada puntada, es lo que sostiene la obra, lo que posibilita el trabajo colectivo.

Veena Das (2008) señala que compartir el dolor permite construir un cuerpo colectivo que lo vive, lo nombra y busca mecanismos para su tramitación. El tejido hizo que las participantes reconocieran todos los acumulados políticos que ellas han generado desde el momento en que identificaron su dolor hasta la construcción de caminos que contribuyeron tanto a su tramitación, como a la búsqueda de sus familiares, a la denuncia de los perpetradores e incluso a la consolidación y exigencia de garantías para la movilización de las víctimas.

Uno de los principales aportes de la organización fue su empeño y trabajo alrededor de la ley que tipifica la desaparición forzada. Durante mucho tiempo, la condición de víctimas se les fue negada, el daño causado era desconocido por el resto de la sociedad y este no tenía un lugar dentro del marco normativo del Estado. La desaparición forzada no era nombrada como delito, por lo que no existía daño ni víctima, mucho menos victimario (CNMH, 2014). En 1977 ocurre la primera desaparición forzada que se denuncia, pero solo hasta el año 2000 se logra tipificar el delito, y en el 2017, tras los acuerdos entre el gobierno y las FARC-EP se logra consolidar un decreto para la construcción de una entidad encargada exclusivamente de la búsqueda de los desaparecidos.

Desde 1987 ASFADDES - Medellín ha recorrido un camino que ha sido referencia para muchas otras organizaciones de la ciudad. Volver sobre sus pasos fue la oportunidad de reconocerse como sujetos políticos que han incidido e inciden en el contexto nacional. Recordar las movilizaciones

ciones que han liderado, las relaciones que han tejido entre sus miembros, los aliados con los que han caminado e incluso las acciones que han existido en contra de la organización, contribuyó a abrir espacios nuevos de diálogo entre los mismos asociados, otras generaciones de familiares y nuevas organizaciones. El tejido reunió nuevas voces que avivaron las consignas con las que ASFADDES emprendió su camino. Cuarenta años después de la desaparición de Omaira Montoya, su rostro fue tejido en el tapiz que narra la desaparición forzada en Colombia, y que contextualiza así la historia de la lucha de una organización que cada día va creando y recreando caminos de búsqueda.

Tejer los legados y aprendizajes políticos de las víctimas

El tejido, el bordado y la costura son lenguajes no verbales que nos permiten representar el mundo, narrar con una voz de hilo y aguja los acontecimientos, la vida cotidiana. La palabra texto proviene del vocablo latino *texere* que significa tejer, trenzar, entrelazar. Acudiendo a ese vocablo pudimos asociar el tejido con la escritura, con la narración, que se compone de múltiples signos, códigos, que nos permiten nombrar y comprender el mundo. Comprendemos el tejido como una materialidad que contiene en sí misma un valor y una vida social, unos significados inscritos en sus formas, usos y trayectorias (Appadurai, 1991). Es este sentido, como dispositivo material y temporal, documento, testimonio que da cuenta de los marcos culturales a los cuales pertenece, se enmarca en un conjunto de acciones de construcción de la memoria histórica. En este caso, de memorias colectivas e individuales encaminadas al esclarecimiento de la verdad y la dignificación de las víctimas, como una posibilidad para resignificar el pasado en el presente y hacer una apuesta por el futuro que restaure los proyectos de vida (Bacic y Sanfeliu, 2008).

Tejer para hacer memoria en estas experiencias significó poner en juego una metodología articuladora que permitiera vincular y fortalecer los sujetos y la organización mediante la creación de un espacio de encuentro intencionado (taller-costurero), en el que se conjugaran conocimiento, palabra y acción. Fue en ese espacio donde se reconstruyeron y avivaron las trayectorias políticas de los integrantes y de las organizaciones. Como herramienta de construcción de memoria, el tejido facilita la participación y el cuidado comunitario, rescatando formas propias de recuperación que, como lo explica Beatriz Arias López (2017), hacen posible resistir con dignidad ante las diversas formas de dominación, pues en la medida en que

se identifica y reconoce la fuente del sufrimiento, las formas cómo este se inscribe en el cuerpo y en el territorio, es posible reinventar alternativas para superar la mirada que fragmenta, simplifica e invisibiliza al sujeto: “Al reconocer la fuente de su sufrimiento, las tejedoras se hacen cargo de este y lo comparten con otras/otros, fortaleciendo su sentido de solidaridad e identificando fuentes de recuperación en sus ámbitos locales” (Arias López, 2017, p. 13).

En el caso del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón, el acompañamiento permanente ha permitido explorar, buscar una epistemología y una metodología que posibilite el diálogo, la creatividad y la construcción de redes de sentido en sus prácticas cotidianas (Riaño-Alcalá, 2000). De este modo nos acercamos a la narrativa textil desde distintas técnicas de costura, bordado y tejido, que han permitido la representación de dimensiones no contadas de la experiencia de la guerra en la vida cotidiana y la reconfiguración del lugar de las mujeres sonsoneñas en la vida política de su municipio.

En el caso de ASFADDES - Medellín, empleamos como recurso narrativo el bordado, para plasmar los contenidos que en talleres previos se construyeron a partir de líneas de tiempo. Estas dieron como resultado cuatro ejes temáticos en los que se describían detalladamente acontecimientos que era necesario representar a partir de imágenes que potenciaran y recogieran la fuerza y persistencia que durante los últimos treinta años han alimentado la organización. Las cuatro telas que se elaboraron colectivamente, materializaron el sentido de la memoria como un viaje que comienza en lo individual para luego ir a lo colectivo, un entramado de subjetividades que, como lo dice Ludmila Da Silva Catela (2010), están arraigadas y situadas allí donde compartimos espacios, lazos de pertenencia, solidaridades y sociabilidades.

En estas experiencias, hilar la palabra fue el gesto; la acción, las manos que se dejaron llevar al ritmo de las conversaciones y la compañía. Las conversaciones fluyeron de manera tranquila y abierta. Mientras se teje, el cuerpo y el espíritu entran en un estado de meditación inducido por los movimientos repetitivos que el tejer implica; el sentido de la escucha se agudiza y la sensación de tranquilidad predomina, generando así un espacio apropiado para la palabra y la creación. De ahí que el espacio del Costurero se perciba como un lugar de confianza, un lugar para sanar las penas mientras se va creando, mientras se va tejiendo. Cada puntada que surge de las trayectorias de las personas y los colectivos contribuye a remendar lazos y aviva los motivos para continuar y renovar las maneras de hacer memoria.

Así, las prácticas textiles como materialidades se posicionan como estrategias con alto valor testimonial y gran potencia para fortalecer el trabajo colectivo, pues trascienden la metáfora de la reconstrucción del tejido social por objeto, acción concreta y eficaz para contar, sensibilizar, denunciar y transformar las maneras de incidir y movilizar políticamente.

Gabriel Gatti y María Martínez (2017) establecen que dos categorías popularmente trabajadas en el mundo académico, ciudadanía y víctima, ya no se separan de forma antagónica, sino todo lo contrario, coexisten en un contexto en donde las formas de victimización son diversas. Sin embargo, la posibilidad de acercamiento a estas realidades permite dilucidar que los sujetos no solo se mueven con relación al daño o al reconocimiento y atención por parte del Estado. Los sujetos dialogan con lo que emerge de estas dos dimensiones con todas las relaciones de su realidad inmediata, con su historia personal, con su familia, con su género, con su cuerpo, con sus emociones, haciendo que en su trabajo político se incluyan también reivindicaciones personales, sociales y culturales.

Hoy sigue siendo necesario redimensionar el lugar que se les asigna a las víctimas en la esfera pública. Muchas veces ellas continúan siendo representadas desde las estadísticas, los formatos, las filas para papeleo, las políticas asistenciales y las leyes e instituciones que todos los días se transforman en medio de un contexto político que le apuesta a la transición. David Valencia Mesa pone en evidencia que la víctima ha sido reposicionada como un objeto útil para la configuración del sistema penal, convirtiéndola así en un producto discursivo en donde su lugar “es un dato incuestionable para la comprensión de la realidad y no una consecuencia de la realidad construida” (2012, p. 155). Estos modos de representar a las víctimas desconocen los contextos, sujetos y prácticas que permitieron su emergencia, que aún son vigentes y pueden reproducir nuevos ciclos de victimización.

Reconocer las particularidades de las víctimas, contemplar las múltiples trayectorias que ellas despliegan para tramitar los daños, es uno de los grandes retos que enfrenta la institucionalidad y uno de los llamados constantes que hacen sus organizaciones. La exclusión histórica de muchas comunidades en el país y la estigmatización de miembros de partidos políticos opositores a regímenes gubernamentales son unas de las tantas particularidades que comparten las luchas de las organizaciones de víctimas, las cuales se componen por múltiples y diversas trayectorias construidas por sus miembros. Su dolor y sufrimiento no se pueden homogenizar para su gobierno. La comprensión de su vivencia tan heterogénea representa un reto y una tarea para nosotros como sociedad.

Consideramos que la posibilidad de reconocer el lugar y las experiencias de las víctimas supera la idea de generar espacios para que la voz sea escuchada. Es importante pasar de la empatía, quizás momentánea que trae la puesta en escena del dolor del otro, al reconocimiento de lo que las víctimas han logrado hacer con su dolor, el aprendizaje de su poder y su creatividad para hacer del horror algo diferente, y así, entonces, sobrevivir. Qué deja ver y qué oculta la categoría de víctima es algo que seguirá ocupándonos por un tiempo.

En este sentido podemos decir que en Colombia vivimos un momento políticamente fértil. La localización de esa potencia está en un gran porcentaje en las experiencias de las víctimas, pues en ellas se conjugan el dolor, el daño, las emociones negativas y la desesperanza, con la fuerza, la alegría y el coraje para continuar la vida, para confrontarnos como sociedad, como especie. En suma, lo que vemos es que las experiencias de las víctimas y su condición asociada al daño y la pérdida no ocupan toda la vida de estos sujetos y que, en los aprendizajes, fuerzas y posibilidades creadas cotidianamente para escapar a la negatividad de la pérdida, es donde emerge el enorme potencial político para transformar el dolor en algo diferente que permita reafirmar la vida en un país que se debate constantemente entre la esperanza y la desesperanza.

Referencias bibliográficas

- Appadurai, Arjun (1991). *La vida social de las cosas perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.
- Arias López, Beatriz Elena (2017). Entre-tejidos y Redes. Recursos estratégicos de cuidado de la vida y promoción de la salud mental en contextos de sufrimiento social. *Prospectiva*, n. 23, pp. 51-72.
- Asociación de familiares de detenidos y Desaparecidos (ASFADDES) (2003). *Veinte años de historia y de lucha*. Bogotá.
- Bacic, Roberta y Sanfeliu, Alba (2008). Conversando sobre la arpillera de la Asociación de Artesanas Kuyanakuy, Perú. *Artes y paz*, pp. 1-9. Recuperado de <http://escolapau.uab.cat/img/programas/musica/07musica017e.pdf>
- Calveiro, Pilar (2017). Víctimas del miedo en la gubernamentalidad neoliberal. Universidad de los Andes: *Revista de Estudios Sociales*, n. 59, pp. 134-138. Recuperado de http://www.academia.edu/31083687/RES_59._V%C3%ADctimas_del_miedo_en_la_gubernamentalidad_neoliberal
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2014). *Entre la incertidumbre y el dolor: impactos psicosociales de la desaparición forzada*. Tomo III. Bogotá: Imprenta Nacional. Recuperado de <http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/descargas/informes2014/desaparicion-forzada/Tomo-III.pdf>
- Congreso de la República de Colombia (10 de junio de 2011). Decreto 4733. *Ley de víctimas y de restitución de tierras (Ley 12448 de 2011)*.
- Congreso de la República de Colombia (10 de junio de 2011). Decreto 4735. *Ley de víctimas y de restitución de tierras (Ley 1448 de 2011)*.
- Das, Veena (2008). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Pontificie Javeriana.
- Gatti, Gabriel (2016). El misterioso encanto de las víctimas. Universidad de los Andes: *Revista de Estudios Sociales*. 56. (117—120). Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res56.2016.09>
- Gatti, Gabriel & Martínez, María (2017). El ciudadano-víctima, notas para iniciar un debate. Universidad de los Andes: *Revista de Estudios Sociales*, n. 59, pp. 8-13. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res59.2017.01>
- González, Isabel (2014). Texto curatorial para la Exposición itinerante: Tejer con el Hilo de la Memoria. Puntadas de dignidad en medio de la Guerra. Sonsón 2009-2014.

- González, Isabel (2015). Un derecho elaborado puntada a puntada. La Experiencia del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón. *Revista de trabajo social*, N° 18 y 19 junio de 2014 pp 77-100 Universidad de Antioquia, Medellín
- Grupo de trabajo Tecnologías Textiles Digitales y de Memoria (2016). *Costurero Viajero: remendando prácticas y memorias desde el co-diseño de una colcha museográfica*. Bogotá: Centro de Memoria Histórica, Ministerio de Cultura.
- Ministero del Interior y de Justicia de Colombia (22 de abril de 2008). *Decreto 1290 Por el cual se crea el Programa de Reparación Individual por vía administrativa para las víctimas de los grupos armados organizados al margen de la ley* (Ley 975 de 2005). Recuperado de <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/decreto1290del22deabril2008.pdf>
- Pérez Hernández, Alba y Viñolo Berenguel, María (2008). Las arpilleras, una alternativa textil femenina de participación y resistencia. Recuperado de socialhttp://escolapau.uab.cat/img/programas/musica/arpilleras_alba_maria.pdf
- Redacción Política (15 de septiembre de 2016). Gobierno admite responsabilidad por exterminio de la UP. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/politica/gobierno-admite-responsabilidad-exterminio-de-up-articulo-655013>
- Riaño-Alcalá, Pilar (2000). Memorias metodológicas. Universidad de los Andes: *Revista de Estudios Sociales*, n. 7, pp. 43-55.
- Sánchez, Gonzalo (2013). Prólogo. En *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe general Grupo de Memoria Histórica*. Bogotá: Imprenta Nacional. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2016.pdf>
- Uribe, María Tila y Trujillo, Francisco (1984). *Desde adentro*. Bogotá: Comité de Solidaridad con los Presos Políticos.
- Valencia Mesa, David Enrique (2012). Subjetividad y prácticas penales. En *El cuerpo, el alma y la víctima*. Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas: Colección mejores trabajos de grado.



Formas para narrar. Sobre las memorias asociadas a las violencias en Medellín

**Manuel Alberto Alonso Espinal
Irene Piedrahíta Arcila**

Alrededor de una taza de café, la profesora María Teresa Uribe de Hincapié describió la violencia en la ciudad de Medellín “como una de esas esferas que se forman cuando alguien comienza a arrugar y juntar muchas hojas de papel que ya no está utilizando”. En la construcción de esa gigantesca bola de papel han participado actores armados y grupos civiles de múltiple naturaleza, con intereses, estrategias y lógicas de acción en las cuales se han entrecruzado lo institucional y no institucional, lo legal e ilegal, lo formal e informal, lo público y lo privado, la guerra y la criminalidad. La metáfora usada por la profesora Uribe finaliza señalando que para entender esa violencia es necesario separar cada uno de los papeles, desarrugarlos y leerlos de nuevo. En sus palabras, resulta absolutamente necesario “volver a desarrugar la ciudad”, sin perder de vista que lo que se dice en esas hojas puede resultar familiar y en otros casos absolutamente ininteligible y lejano, pues cada fenómeno responde a temporalidades y momentos históricos específicos.

Esa invitación a releer la ciudad nos lleva por un doble camino: el primero supone la revisión de las investigaciones e interpretaciones que existen sobre las conflictividades de la ciudad, para recoger sus invaluable aportes y evaluar de nuevo el poder explicativo de muchas hipótesis que, a fuerza de repetirse, ya forman parte del acervo de las explicaciones sobre el conflicto en la ciudad. El segundo camino precisa el regreso a los fenómenos ya estudiados para formularles nuevas preguntas, introducirles otros matices y auscultar otras relaciones, texturas y rostros. Estas dos rutas deben dejarse permear por las formas como la gente recuerda, narra e interpreta la historia de la ciudad; es decir, deben ser capaces de poner a circular las memorias sobre la ciudad, y lo que esas memorias y sus disputas encubren, resaltan, callan o enuncian.

El objeto de este texto es presentar un bosquejo general sobre algunas de las interpretaciones centrales sobre la violencia en la ciudad, hacer unos breves comentarios sobre esos lugares comunes que deben visitarse de nuevo y trazar algunas observaciones sobre las formas como la gente rememora y narra esas violencias, aspecto que se considera central a la hora de pensar cómo desarrugar y hacer legible lo sucedido en Medellín.

Las conflictividades urbanas y las lógicas de la interpretación

A lo largo de los últimos treinta años, Medellín ha estado marcada por la presencia de altos niveles de confrontación violenta, que se alternan con momentos de “hegemonía” de algunos de los competidores armados, y

procesos muy heterogéneos de negociación del Estado con algunos de ellos. La evolución de la tasa de homicidios (ver gráfico 1), con sus respectivas curvas de crecimiento y descenso, da cuenta de los diferentes ciclos de la violencia en la ciudad y, además, genera unos acuerdos mínimos entre los analistas sobre los flujos y los momentos relevantes de la violencia, así como sobre sus principales protagonistas¹.

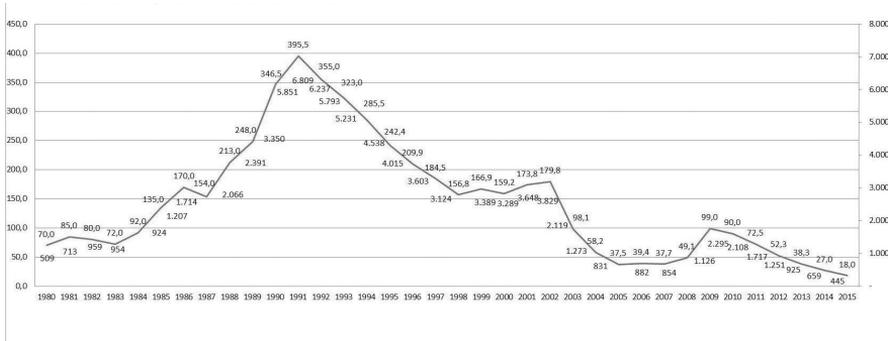


Gráfico 1. Homicidios y tasa de homicidios por año en Medellín, 1980-2015. Fuente: Elaboración propia con base en la información del Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC), Alcaldía de Medellín, 2015.

La referencia a la tasa de homicidios no agota la diversidad y complejidad de las formas de violencia a las cuales se han visto sometidos los habitantes de la ciudad en los últimos treinta años². Sin embargo, ella puede ser útil para señalar que las probabilidades de tener un encuentro cercano con la muerte violenta en Medellín (Martin y Atehortúa, 2015) han sido bastante altas para muchos de sus habitantes, en especial para aquellos que vivieron la ciudad en la década de los ochenta o en los momentos más graves del escalonamiento del conflicto armado entre 1995 y el 2005, época nombrada como la de “la guerra” o de “la violencia”³. La muerte violenta

¹ Pablo Escobar y el Cartel de Medellín, las Milicias, los Pepes, las bandas y los combos, las guerrillas del ELN y las FARC, las oficinas de cobro, los paramilitares y el Estado.

² Al lado de ella se desplegaron otras formas de victimización como las masacres, los atentados terroristas, los desplazamientos forzados y el despojo de bienes, la desaparición forzada, la violencia sexual, el secuestro y el reclutamiento de menores.

³ En un libro publicado por el periodista Juan Camilo Castañeda (2016) sobre Manrique y el barrio Santa Inés, se hace alusión a esto. Los pobladores de estos barrios para finales de la década de los ochenta, por ejemplo, llaman las situaciones de violencia como “guerra”. En palabras del autor, “no sería una guerra entre grandes ejércitos, pero como tal la vivieron y la nombran Pedro, Mercedes, Miryam y Gilberto” (Castañeda, 2016, p. 31).

no fue exclusiva de unos pocos, sino que, por el contrario, hizo parte de un relato compartido. Cualquiera, independientemente de su posición social, de dónde viviera⁴ o con quién se mantuviera, podía relatar la historia de un muerto cercano o recordar el momento en el cual se topó en la calle con la imagen de una muerte violenta. Y todos los habitantes de la urbe recuerdan un tiempo, un momento, un actor o un episodio de la violencia letal o no letal en la ciudad⁵. De tal forma que la tragedia, la muerte y la resurrección (Martin, 2012) marcan gran parte de aquello que se dice, se piensa, se hace, se conmemora y se recuerda sobre la ciudad.

Otras ciudades colombianas como Bogotá, Cali, Buenaventura, Barrancabermeja y Apartadó han sentido las marcas de la violencia en sus territorios y sobre sus pobladores, y aunque sea posible identificar rasgos y características similares a los de la capital antioqueña, cada una de ellas tiene su propia relación con el uso y el despliegue de la violencia. Todas son particulares, pero ninguna de ellas, incluyendo a Medellín, es totalmente excepcional. Y en el caso específico de la capital antioqueña uno de esos asuntos que resulta totalmente particular es que ninguna ciudad colombiana ha despertado tanto interés narrativo e interpretativo como Medellín. A través de la literatura, el cine, las crónicas, la realización de documentales y el desarrollo de múltiples investigaciones académicas, esta ciudad se ha pensado, interpretado, narrado, y ha construido relatos más o menos familiares sobre las causas, los escenarios, los actores y los momentos de esas violencias, y sobre las diversas formas de resistencia y estrategias desplegadas para sobreponerse a sus impactos.

En ese relato los estudiosos coinciden en identificar, con sutiles variaciones⁶, cuatro grandes momentos del conflicto violento en la ciudad, cada uno de ellos asociado directamente con la supremacía o no de un determinado actor e, indirectamente, con las variaciones en la tasa de

⁴ Todas las comunas presenciaron muertos cercanos, pero las probabilidades de toparse con un muerto fueron especialmente altas en la Comuna 1: Popular, Comuna 13: San Javier, Comuna 3: Manrique, Comuna 9: Buenos Aires, Comuna 2: Santa Cruz, Comuna 6: Doce de Octubre, Comuna 5: Castilla, y Comuna 7: Robledo.

⁵ Por ejemplo, el desplazamiento forzado, la violencia sexual o el reclutamiento y la utilización de niños, niñas y adolescentes.

⁶ Esas sutiles variaciones remiten, fundamentalmente, a la división de cada uno de estos periodos en otros, a la inclusión o no de varios subperiodos y a la no concordancia en la definición de las fechas de inicio o finalización de cada uno de ellos. Adicionalmente, algunos trabajos académicos se han pensado la violencia en Medellín desde la emergencia o el protagonismo de ciertas modalidades de victimización, como es el caso del informe de memoria histórica sobre desplazamiento forzado intraurbano (GMH, 2011), o los trabajos que relatan la historia de la ciudad desde los asesinatos selectivos.

homicidios: a) el de la irrupción y supremacía de los carteles de la droga, la instrumentalización de bandas y combos, y la presencia en la ciudad de las guerrillas de izquierda, particularmente del M-19; b) el de la consolidación de las milicias y la irrupción de las oficinas de cobro; c) el de la supremacía de los actores centrales del conflicto armado colombiano y la subordinación de bandas y combos; y d) el momento de la reestructuración de la criminalidad generado por la desmovilización de las estructuras paramilitares presentes en la ciudad.

La descripción de lo que pasó y la pregunta sobre el por qué pasó ocupan gran parte de las interpretaciones y narraciones sobre la violencia en la ciudad. Las experiencias narradas, los lugares desde los cuales se enuncia la violencia, las rutas adoptadas para la interpretación y las conclusiones propuestas, con sus respectivos matices, son amplias y variadas, y a veces bastante novedosas. Sin embargo, en la respuesta que se da a estas dos preguntas —¿qué pasó?, ¿por qué pasó?— también aparecen hipótesis que a fuerza de repetirse ya forman parte de los lugares desde los cuales se explica la violencia en la ciudad. Explicaciones posiblemente válidas, pero que por su uso recurrente y por su desconexión en algunos casos con las memorias de la ciudad, terminan perdiendo su carga explicativa. De manera puntual se puede llamar la atención sobre tres explicaciones que enfatizan en los elementos estructurales de las violencias.

En primer lugar, está aquella explicación que subraya la relación existente entre las violencias sociales y la presencia histórica de problemas irresueltos de exclusión y marginación social. En su uso más extendido, esta interpretación señala que las violencias están asociadas a los acelerados y poco regulados procesos de poblamiento en vastos espacios de la ciudad, a la selectividad de la planeación urbana y a la existencia de una ciudad heterogénea y dividida entre una parte normativizada o planificada y otra parte marginal afectada por el desempleo, la poca inversión social, la pobreza, la desescolarización y el acceso limitado a proyectos colectivos de infraestructura.

La segunda mirada resalta como causa de las violencias la precariedad del Estado, su presencia esencialmente policial, su incapacidad para controlar territorios a través del ejercicio del monopolio de la violencia legítima y su inoperancia a la hora de establecer un marco normativo para la regulación de la convivencia social. La hipótesis más recurrida señala que las violencias están íntimamente emparentadas con la ausencia o el colapso del Estado en muchos espacios de la ciudad y con la presencia de actores armados que le disputan la soberanía y el control interno de las poblaciones, la coerción y los recursos.

Una tercera perspectiva llama la atención sobre la crisis del modelo cultural que sirvió como referente de integración política, económica y cultural de la ciudad a lo largo de su historia y a la aparición de la subcultura del narcotráfico (Salazar y Jaramillo, 1992). En su forma más genérica, esta tesis afirma que en las violencias de la ciudad tiene alguna incidencia la crisis del modelo de integración basado en el modelo económico, cultural y político que dio forma al *ethos* de lo antioqueño⁷, y en la consecuente aparición de una subcultura de la violencia ligada al narcotráfico en la cual se cruzaron algunos aspectos de esa cultura antioqueña con elementos de la cultura ilegal y de la sociedad del consumo. Se trató, fundamentalmente, de la crisis de los imaginarios y representaciones sociales basadas en la familia católica, el amor al trabajo y el conservadurismo político, que sirvieron de pegamento de la sociedad antioqueña durante gran parte de su historia, y que comenzaron a ser amenazados desde la década de 1970 por grupos de individuos y colectividades.

Tomando distancia de estas explicaciones que enfatizan en aspectos de larga duración, la investigación sobre las violencias en Medellín también ha prestado especial cuidado a la irrupción del narcotráfico y de otros actores armados que han desafiado la capacidad de acción y control de las instituciones que tradicionalmente daban forma al orden de la ciudad. En esta línea de trabajo se ha documentado la historia de capos, carteles, sicarios, bandas, milicias, estructuras del crimen organizado, grupos de limpieza social, guerrillas y paramilitares, se han examinado las manifestaciones de la violencia multilateral ejecutada por muchos de ellos, y se han desentrañado los aspectos centrales de fenómenos como el narcotráfico, la delincuencia juvenil, la limpieza social, la urbanización de la guerra y la criminalidad. Estas investigaciones han destacado las rupturas y continuidades entre unos y otros fenómenos, y el carácter híbrido de las violencias que muchos de ellos producen⁸.

⁷ Este *ethos* de lo antioqueño se manifestó en tres aspectos: un proyecto económico sustentado en el trabajo, la laboriosidad y el ahorro, el comercio y la existencia de una red mercantil especulativa; un proyecto cultural con la familia como unidad productiva y paradigma del orden social; y un proyecto político conservador (Uribe de Hincapié, 1990).

⁸ Ese carácter híbrido está determinado por la pervivencia de esas violencias por un periodo prolongado, por la pluralidad de los actores y sus objetivos, por la mutación de muchos de estos y por la discontinuidad temporal y espacial de tales violencias.

Revisitar la memoria para desarrugar Medellín

El ejercicio de “desarrugar” la ciudad que propone la profesora Uribe presupone un retorno a algunas de estas explicaciones para formular nuevas preguntas, agregar matices, reevaluar algunos axiomas y, fundamentalmente, descubrir nuevos lugares de enunciación y otras narraciones sobre fenómenos que se dan por sobrentendidos. Explicar lo que ha sucedido en Medellín no puede desconectarse de las formas como la gente recuerda lo que ha pasado en la ciudad y de los cambios que en las interpretaciones produce el paso del tiempo. Esto porque el pasado se comprende en relación con el presente y las ideas de futuro y, por tanto, “se recuerda según los sentidos contruidos en los contextos particulares de los cuales se haga parte, pero, a su vez, se está condicionado por los marcos generales que prescriben ciertas nociones básicas sobre el espacio, el tiempo y el lenguaje” (Jelin, 2002, pp. 93-94).

Para los fines de este texto se puede pensar, al menos, en cuatro asuntos específicos. En primer lugar, es importante releer el lugar del Estado, de sus ausencias y presencias en las violencias de la ciudad, y acompañar las tesis e hipótesis sobre su debilidad o colapso, con indagaciones sobre las formas y maneras como se han desplegado órdenes negociados en la ciudad. En esencia, se trata de desentrañar las formas como se ha negociado la desobediencia, la dominación y la autoridad en la ciudad de Medellín, y de auscultar las permanentes formas de transacción a través de las cuales se ha fundado la autoridad del Estado y se han desplegado muchas de sus rutinas, prácticas y rituales. Se trata de releer el fenómeno de la estatalidad en la ciudad a partir de la descripción de las diversas acciones realizadas con la intermediación de curas, políticos, empresarios, grupos armados, organizaciones no gubernamentales y burócratas callejeros (Buchely, 2014, p. 33); así como de mirar los efectos de estas negociaciones sobre la expansión o contención de las violencias, y sobre el despliegue de formas de estatalidad y dominación.

Esto llevaría a plantear nuevas interpretaciones sobre las relaciones entre los ciudadanos y el Estado a lo largo de la historia de la ciudad. En las memorias de los habitantes de Medellín hay alusiones permanentes al papel que han tenido diferentes instituciones y proyectos de carácter estatal en la mitigación, denuncia y prevención de las violencias. Esas memorias destacan, por ejemplo, la intervención de la Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana, las denuncias realizadas por la Personería de Medellín y los programas sociales llevados a cabo por las universidades

públicas de la ciudad en diferentes barrios y comunas. Así mismo, en ellas se resaltan los procesos de negociación e intermediación con las instituciones estatales realizados por Juntas de Acción Comunal, ONG, defensores de derechos humanos y organizaciones sociales y comunitarias. Todos estos asuntos muestran que las respuestas de la población y los diálogos con el Estado han tenido matices diferentes que no pueden exaltarse si se piensa solo en la dicotomía ausencia/presencia estatal.

En segundo lugar, es necesario volver a narrar la relación existente entre la cultura y las violencias. Es importante mirar hasta qué punto las violencias operaron como una manifestación radical y un mecanismo para reafirmar los valores del *ethos* antioqueño, y no como una simple manifestación de su crisis. No se trata de negar el papel de la crisis de los referentes culturales en la explosión de las violencias, sino de indagar por la relación que puede existir entre algunas de esas violencias y la defensa de los pilares fundamentales de la cultura paisa. Desde la perspectiva de muchos habitantes de Medellín que han estado cara a cara con fenómenos violentos, la explicación a lo que ha pasado en la ciudad pasa por comprender las complejas relaciones de poder que aparecen cuando se negocia el orden y el control de territorios, poblaciones y recursos. Esto, además, es explicado por la existencia de valores antioqueños como la tenacidad, la verraquera y el “echar pa'lante”, defendidos a cualquier precio.

Eso era para demostrar que nosotros somos más valientes que ellos, y los de allá decían que eran más verracos y que se iban a meter. Y también a los muchachos los llamaban los otros y les decían: “Usted es que es bobo, téngame usted este fierro que usted es verraco”. Ya llegaba con un revólver y como no hacían nada y no tenían ningún referente, digamos ni siquiera leer un periódico o ponerse a ver una noticia, sino que ellos estaban en medio de la violencia y ya sentían poder porque tenían un arma (testimonio de habitante de Manrique Santa Inés, citado por Castañeda, 2016, p. 35).

En varias de las memorias de los habitantes de Medellín es posible identificar esa exacerbación del *ethos* antioqueño a través de aquellos valores que constituyen lo que puede denominarse *identidad paisa*. En relación con este asunto es importante, primero, releer las formas como se articulaba el izquierdismo católico, el proyecto miliciano del orden social, la idea de la familia y el trabajo de las subculturas del narcotráfico y el proyecto paramilitar de defensa de la propiedad, la tradición y el trabajo, con algunas de las representaciones sociales de lo antioqueño y lo paisa; y, segundo, repensar

el papel de esas violencias en la reafirmación del conservadurismo político y social en algunos grupos y sectores de la ciudad. Esto, además, se conecta con la necesidad de tener nuevas lecturas sobre las demandas de orden en los barrios de Medellín y de las ofertas desplegadas por los distintos actores armados.

En tercer lugar, es importante revisitar el problema del narcotráfico y su relación con las violencias en la ciudad. Posiblemente, a lo largo de tres décadas Medellín ha tenido “una violencia del narcotráfico interrelacionada con otras conflictividades urbanas y conflictos armados”⁹. Es importante volver a estudiar las transformaciones del narcotráfico, las articulaciones de ese fenómeno con actores institucionales y no institucionales, formales e informales, legales e ilegales y, fundamentalmente, hacer una relectura de las complejas relaciones existentes entre los actores del mundo de la criminalidad y aquellos asociados al conflicto armado, pues en el despliegue de muchas de las violencias de la ciudad se aprecia la acción de actores del conflicto armado que aprendieron de los repertorios de violencia usados por las organizaciones criminales y los incorporaron a sus formas de acción¹⁰ y, a su vez, la acción de actores del crimen organizado que incorporaron en su accionar modalidades y estrategias de victimización propias de la guerra¹¹.

En cuarto lugar, es necesario recordar que las violencias asociadas al narcotráfico, la criminalidad y al proceso de urbanización del conflicto armado colombiano han copado gran parte de las narraciones y estudios sobre la crisis de la ciudad e inevitablemente han ocultado otras manifestaciones y caras de esa violencia, por ejemplo, aquella referida exclusivamente a la violencia política. En tal sentido resulta importante hacer una relectura a las formas de victimización desplegadas por los actores de lo que tradicionalmente se conoce como la violencia de Estado, o la violencia institucional o ejercida por la autoridad (Ruggiero, 2009, p. 1), y aquellas formas de violencia ejercidas por actores que se inscriben en el marco de las violencias de impugnación política (Crettiez, 2009, p. 96), es decir, formas de victimización relacionadas con la manifestación violenta de un grupo de civiles que busca expresar su malestar con las instituciones públicas o frente a una decisión del gobierno (Raleigh y Dowd, 2015, p. 9). Aquí entonces es relevante narrar la violencia política contra los grupos subordinados y minoritarios, sin pasar por alto la violencia ejercida contra las élites y los

⁹ Esta idea fue esbozada verbalmente por Alonso Salazar.

¹⁰ Por ejemplo, el asesinato selectivo a través de la figura del sicariato.

¹¹ Por ejemplo, el desplazamiento forzado a través de la amenaza individual y colectiva.

grupos mayoritarios, además de escuchar otras voces como las de los otrora alzados en armas.

Para desarrugar Medellín, hay que visitar las hipótesis ya construidas y repensarlas a la luz de estos cuatro puntos, o de otras ideas sugerentes que remuevan los lugares rutinarios desde los que hemos explicado la violencia en la ciudad. Esto puede hacerse volviendo a aquellas historias de la cotidianidad de los barrios de Medellín en los que las violencias se han manifestado de formas diversas. La reconfiguración del mapa del conflicto armado y sus violencias asociadas son una oportunidad para visitar ciertos lugares y recuerdos, con el fin de repensar las hipótesis que se han construido sobre las formas de la violencia. La posibilidad de releer el pasado en clave del presente para repensar a los actores de la violencia, las formas de ejercerla y las dinámicas que la han motivado, seguramente producirá nuevas hipótesis sobre lo sucedido.

Adicionalmente, la posibilidad de desarrugar Medellín a partir de estos cuatro ejes pasa por el filtro común de dos consideraciones centrales. La primera señala que además de la descripción y el estudio de los fenómenos y actores de la violencia, es importante comenzar a estudiar la naturaleza y las formas de la violencia desplegada por cada actor en espacios y territorios específicos. Si se reconoce que en las violencias experimentadas por la ciudad los actores armados son heterogéneos y poseen solapamientos territoriales y barriales muy diferenciados, entonces la relectura de Medellín obliga a sustituir la lectura global de esos actores por la narración de sus acciones en la escena —en espacios territoriales específicos—, y a complementar la descripción sobre la naturaleza del actor que ejerce la violencia, con la fina presentación de la naturaleza de las víctimas.

Ante la multiplicidad de hechos violentos cometidos en los distintos barrios de la ciudad, y ante la presencia de actores tan diversos que se conjugan con las dinámicas propias de los conflictos barriales, hace falta “hilar más fino” para repensar lo que ha sucedido en Medellín, y por ello hay que potenciar las memorias de quienes han habitado la ciudad. En estas será posible ver que la violencia tiene profundos entramados y que entender la naturaleza de los actores resulta bastante complejo. Ello arroja dos claves analíticas fundamentales para pensar en relecturas de lo que ha pasado en la ciudad: los aprendizajes criminales de los actores armados y la cercanía de la violencia en los procesos rutinarios de calles y cuadras en Medellín.

En el primer caso, el cruce entre las diferentes violencias evidencia la complicada madeja que la profesora Uribe relata sobre la ciudad. Los actores armados han transitado entre uno y otro grupo, han utiliza-

do diferentes modalidades de violencia en función de fines distintos, y se han encontrado con el narcotráfico en múltiples ocasiones, bien sea como medio o como fin. Por ello, pensar la violencia unidireccionalmente a través de la puesta en escena de actores y razones diferenciadas es bastante difícil, por dos razones:

- a) Por la imbricación existente entre unas y otras modalidades de violencia como las provenientes del conflicto político mismo, las asociadas al narcotráfico y las provenientes de otros conflictos (como las bandas y la delincuencia organizada), fruto de dinámicas preexistentes en los barrios,
- y b) Porque más que una “mezcla compleja” entre unas y otras modalidades de violencia que dificultarían su explicación pensamos que son, justamente, las particulares formas de articulación entre unos y otros conflictos las que marcan no sólo la dinámica de los conflictos, sino también el “carácter” de la confrontación (Blair et al., 2009, p. 33).

No se trata de unificar a los diferentes actores de la violencia o de plantear que es un proceso homogéneo y legible. Sin embargo, una clave importante para construir ejercicios de memoria en la ciudad radica en reconocer esos cruces, pues desde allí pueden diferenciarse los usos que se hacen de la violencia y los aprendizajes criminales de los diferentes actores.

La segunda consideración afirma que a la hora de realizar esa relectura de la ciudad no se puede pasar por alto que, en el despliegue de las violencias sobre entornos sociales específicos, muchas veces el enemigo fue “un enemigo íntimo” —un vecino o la comunidad de enfrente—. En este sentido, es preciso establecer que las violencias no fueron totalmente ajenas a las dinámicas comunitarias, por lo que se deben retomar las narraciones de las violencias entre prójimos o entre próximos, con la intención de explicar y reconciliar el sufrimiento experimentado y también el sufrimiento infligido.

La violencia entre prójimos se cruza también con algunos silencios a la hora de narrar aquello que ha sucedido. Estos silencios no son necesariamente la constatación del olvido, sino que son expresiones de lo que Elizabeth Jelin (2002) ha descrito como los tiempos del testimonio. Estos no son uniformes, lineales y coherentes, sino que se corresponden con las maneras de tramitar el dolor de aquellos que lo han sufrido, y con las experiencias subjetivas que se van tejiendo en las reelaboraciones que se hacen del pasado en el presente. Los silencios, en ese orden de ideas, no son excluyentes del acto de recordar, sino que evidencian cómo las personas recuerdan y dan sentido a lo sucedido.

Aquello que se silencia en Medellín no tiene una lectura única o plana, porque el impacto que ha tenido la violencia hace que esos silencios tengan formas de expresión que responden al complejo entramado de las conflictividades urbanas. Hay momentos para no hablar de lo sucedido, hay actores armados que aún permanecen en los territorios, hay razones para desconfiar de aquel con quien se testimonia, hay miedo a revivir el dolor, hay justificaciones para el miedo como forma de sobrevivencia y como instrumento para que la intimidación perviva (Quiceno, 2008). Esto pone en escena que los ejercicios de memoria sobre lo que ha sucedido en la ciudad deben estar atentos a qué es lo que las personas están callando, las razones para hacerlo, pero también a cómo los silencios van mutando con el tiempo, justamente cuando llega el tiempo para narrar¹².

Que Medellín haya vivido épocas complejas de “muchísima violencia” y que para las personas sea complejo reconocer las sutiles diferencias entre unos y otros actores, propone una invitación a hacer lecturas más profundas sobre aquello que acontece en los diferentes lugares de la ciudad. No se puede pasar por alto que la violencia cambia de forma a través de las comunas y barrios, y que las comunidades y grupos sociales fueron afectados de manera diferencial. Por eso tiene sentido retomar la propuesta del Centro Nacional de Memoria Histórica de visitar la violencia preguntándose por quién le hizo qué a quién, cuándo, dónde y cómo, y por ello los ejercicios de memoria que se han ido produciendo en la ciudad son de vital importancia para repensar las respuestas que hemos dado a dichas preguntas.

¹² Las violencias de los ochentas, por ejemplo, suelen ser asociadas con violencias que ya pasaron. Sobre ellas se puede hablar con relativa tranquilidad porque los actores armados no representan una amenaza y, por el contrario, ahora es tiempo de denunciar. Sin embargo, sobre las violencias que se sienten más próximas se tienen otras consideraciones. Estas son violencias de las que no suele hablarse, entre otras cosas, por la continuidad de los actores y la trashumancia entre grupos, por la incapacidad de esclarecer lo que ha pasado o quién cometió el acto, o por la posibilidad de volver a ser victimizado.

Referencias bibliográficas

- Blair, Elsa; Grisales, Marisol; Muñoz, Ana María (2009). Conflictividades urbanas vs. Guerra urbana: otra 'clave' para leer el conflicto en Medellín. *Universitas Humanística*, n. 67, pp. 29-54.
- Buchely, Lina (2014). *Las burocracias*. Bogotá: Universidad de los Andes, Siglo del Hombre.
- Castañeda, Juan Camilo (2016). *Nuestro otro infierno. Violencia y guerra en Manrique*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, Alcaldía de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana.
- Crettiez, Xavier (2009). *Las formas de la violencia*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2011). *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la Comuna 13*. Bogotá: CNRR, Taurus.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martin, Gerard (2012). *Medellín tragedia y resurrección. Mafía, ciudad y Estado: 1975-2012*. Bogotá: Planeta.
- Martin, Gerard y Atehortúa, Kateryne (2015). *Muertos cercanos*. Medellín: La Carreta, Universo Centro.
- Quiceno, Natalia. (2008). Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia. *Estudios Políticos*, n. 33, pp. 183-210.
- Raleigh, Clionadh y Dowd, Caitriona (2015). *Armed Conflict Location and Event Data Project (ACLED) Codebook*.
- Ruggiero, Vincenzo (2009). *La violencia política*. Barcelona: Anthropos.
- Salazar, Alonso y Jaramillo, Ana María (1992). *Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: Cinep.
- Uribe de Hincapié, María Teresa (1990). La territorialidad de los conflictos y la violencia en Antioquia. *En Realidad Social I*. Medellín: Gobernación de Antioquia, pp. 106-151.

**Medellín entre memoria y olvido:
Cuarenta años de violencia (1975-2015)**

Pablo Emilio Angarita Cañas

Medellín durante el siglo XX, en tanto capital del departamento de Antioquia, fue receptora de varias olas migratorias provenientes principalmente de las diferentes subregiones del departamento y de otros departamentos vecinos, desplazados de los campos y de pequeñas poblaciones. Decenas de miles de pobladores durante décadas constituyeron asentamientos urbanos, la mayoría de ellos originalmente ilegales, pero que con el correr de los años lentamente se irían a consolidar y a legalizar, así lo confirman estudios como el de las investigadoras Gloria Naranjo Giraldo (1992) y Lucelly Villegas (1993).

En diez años la ciudad duplicó su población, al pasar de tener 358.189 habitantes en 1951, a 772.887 en 1964, con lo cual se fue volviendo cada vez más atractiva para los inmigrantes, quienes llegaban con la expectativa de satisfacer sus necesidades de empleo, educación, mejores servicios y en general una vida con más oportunidades que la del campo o la del pueblo del cual procedían y que debieron abandonar, la mayoría de veces, por las violencias desatadas en sus territorios. El desproporcionado crecimiento poblacional continuó su marcha ascendente y se hizo más notorio especialmente a partir de los años sesenta. El censo del DANE (2017a) de 1973 contabilizó 1'077.252 pobladores; para 1985 Medellín llegó a tener un poco más de millón y medio de habitantes, y en el más reciente censo, realizado en el 2005, la población era de 2'214.494, mientras que las proyecciones para el 2015 estaban en dos millones y medio de habitantes (DANE, 2017b).

En contraste con el desmesurado incremento poblacional, la capital antioqueña sufría un gran retraso en el conjunto de la infraestructura vial y del alcantarillado, así como en los servicios públicos de transporte, educación, salud, vivienda, agua potable y energía eléctrica, todo lo cual dio origen a múltiples conflictos centrados en la búsqueda de espacio para la vivienda, la dotación de equipamiento y servicios. En la medida en que continuaban llegando oleadas migratorias a la ciudad, la vivienda y los servicios seguían insuficientes y a estos problemas se sumaron otros, como la falta de empleo, que tuvo su máxima expresión en los ochenta con la crisis del sector textil, cuando el cierre de empresas lanzó a la calle a miles de trabajadores. Aparejado al crecimiento del desempleo, emergió la tentadora oferta del narcotráfico que ilusionó a pobres y a ricos, generando una nueva dinámica, no solo económica y social, sino de profundo impacto en las prácticas culturales y políticas de la sociedad antioqueña y de su capital.

En las décadas de los setenta y ochenta, a los antiguos conflictos laborales en los barrios populares se sumaron los nuevos movimientos socia-

les que reclamaban mayor atención de las administraciones municipales al conjunto de sus necesidades básicas. En esos años de finales del siglo XX, Colombia tenía una fuerte presencia de las guerrillas insurgentes, así como de las fuerzas paramilitares, las cuales operaban en Medellín y en su área metropolitana bajo la forma de milicias urbanas. La presencia de numerosos ciclos de confrontación armada social y política se vio realimentada por la antigua relación patriarcal y de violencia intrafamiliar, hasta ese entonces sin mayores cuestionamientos, dado que se encontraba legitimada socialmente. El conjunto de violencias públicas y privadas fueron configurando un abigarrado mundo de explosividad social que ha tenido sus momentos de exacerbación de la barbarie, así como un sobresaliente descenso de los homicidios, como ocurrió al finalizar la primera década del siglo XXI, como se puede apreciar en el gráfico 1. No obstante, en años recientes la violencia ha reaparecido bajo la forma de extorsiones y otras diversas modalidades de intimidación, lo que evidencia que no ha sido posible su erradicación.

Una ciudad construida desde sus conflictos sociales

El complejo proceso de conflictos generados en torno a necesidades básicas como el uso del suelo, la vivienda, el empleo, las condiciones dignas de trabajo, los servicios públicos, la salud, la educación, el espacio público, entre otras, se fue dando a lo largo de la historia hasta adquirir el nivel de conflictos estructurales, con sus componentes materiales y simbólicos. Los conflictos violentos en Medellín han sido el entramado con el cual se han tejido las relaciones sociales y, al mismo tiempo, constituyen referentes de identidad de la cultura de los antioqueños, en particular de los habitantes de su capital.

Durante las últimas cuatro décadas, Medellín se ha venido construyendo en medio de agudos conflictos de intereses contrapuestos, con momentos más intensos, expresados a veces con silencios, con protestas, con movilizaciones y en no pocos casos tratados de manera violenta mediante el uso y el abuso de la institucionalidad que permite la represión legal, así como también con el empleo ilegal de la fuerza, todo lo cual acumuló odios y motivó respuestas espontáneas de violencia.

En Medellín, al igual que en la mayoría de lugares de Colombia, el tratamiento violento de los conflictos ha sido una constante histórica, lo cual denota una incapacidad de las clases dirigentes para encontrar mecanismos incruentos de resolver las diferencias, lo que se constituye como un rasgo de conducta repetitiva, en un círculo vicioso que lleva a la aparición

de nuevos conflictos hasta conformar una compleja situación de explosividad social. Es así como, por ejemplo, la emergencia del narcotráfico y junto a este el sicariato, la idea del enriquecimiento fácil y toda una cadena de ilegalismos y de redes criminales fueron acciones que aparecieron desde la década de los setenta y llegaron para quedarse, dado que la región contaba con unas estructuras socioculturales y políticas adecuadas para incorporarlas y desarrollarlas.

El sinnúmero de actividades generadas alrededor del tráfico de sustancias psicotrópicas, inicialmente vistas por muchos con cierto grado de simpatía, como parte del folclor, del ‘espíritu emprendedor paisa’ o a lo sumo como un hecho pasajero; terminaron constituyendo parte fundamental de las prácticas de innumerables personas vinculadas a todos los estratos de la sociedad, con roles muy diversos, integrados todos al mismo circuito económico, político y cultural de lo genéricamente denominado ‘mercado de las drogas’, aunque trascendió y dinamizó otras esferas económicas legales e ilegales (particularmente el sector financiero, la construcción y el mercado de armas), influyó en importantes círculos políticos del Estado, dejó lucro hasta en sectores de la iglesia, expandió el consumo en todos los estratos sociales, y marcó una inmensa huella en los hábitos y las costumbres sociales y en la forma de ver el mundo y en la convivencia.

El finalizar el siglo XX, y en lo corrido del siglo XXI, la dinámica interna y la presión internacional han producido una fuerte reacción de rechazo social frente al negocio de las drogas ilícitas; aunque algo tardío, pues ya se habían producido devastadores efectos en el empleo y en el uso de la violencia en la ciudad, de modo que antes de eliminar factores generadores de la criminalidad, ha motivado su extensión a otros campos y ha producido la conformación de grupos armados ilegales, con fuerte presencia y control territorial en muchos barrios de Medellín, y con suculentos ingresos provenientes de las cadenas de mercados ilegales creadas en otros renglones de la economía, como sucede con el turismo y la explotación sexual de menores, entre otros.

Seguridad y orden público: instrumentos para controlar la conflictividad urbana

A continuación, nos detendremos a examinar la manera como en las últimas décadas los gobiernos municipales de Medellín han manejado la problemática urbana, tomando como objeto de análisis las políticas de seguridad, diseñadas y aplicadas por los mandatarios locales.

Algunos antecedentes de las políticas municipales

Durante los años sesenta y setenta del siglo XX, se crearon ‘comités cívicos’ con el propósito de contribuir al embellecimiento de la ciudad; así fue como realizaron acciones denominadas de ‘limpieza social’, consistentes en la ‘recolección’ e internamiento de personas que —según estos comités— afeaban la ciudad; los internados, después de haber sido intervenidos en su presentación personal, eran dejados en libertad.

Años más tarde, esa ‘limpieza social’ pasó a mayores, convirtiéndose en asesinato de ‘indeseables’, como ha ocurrido durante varias décadas con la práctica de arrojar cadáveres al río Medellín. Así, en septiembre del 2003, fueron hallados seis cadáveres de indigentes, tal como lo registró la revista *Semana* que, en una larga reseña histórica, devela diversos episodios, como el de “María Ofelia Herrera, habitante de la calle cuyo cadáver apareció con heridas de arma blanca en el cuello”. La misma revista concluye que “lo más paradójico es que en Medellín hay 288 cámaras de seguridad para controlar el crimen en las calles. Ninguna apunta hacia el río, a pesar de que cada año se vierten allí casi 50 cadáveres y en la mayoría de los casos los homicidas logran consumar el crimen perfecto” (*Semana*, 2012).

En algunas ocasiones, las acciones se pretendieron justificar socialmente con el argumento de que la justicia no opera; con el mismo criterio esporádicamente fueron asesinados líderes sindicales y sociales, presunta o realmente vinculados con acciones subversivas, algunos de estos casos le implicaron al Estado cuantiosas erogaciones económicas en calidad de pago de indemnizaciones por la actuación ilegal de sus agentes.

Durante las décadas de los ochenta y los noventa del siglo XX, el procedimiento aplicado por el gobierno municipal a los diversos conflictos tuvo un común denominador: la improvisación ante la ausencia de una política estatal que incluyera en sus planes de gobierno el tratamiento de estos conflictos, de modo que frente a las diversas reivindicaciones sociales la respuesta estatal fue la represión, con lo cual, en lugar de resolver los problemas, los postergó.

Hasta la década de los ochenta, Medellín había sido reconocida nacional e internacionalmente por su pujanza industrial en diversos renglones; fue particularmente destacado el liderazgo nacional alrededor de la industria textil y de los alimentos. Sin embargo, en ese periodo confluyeron varios factores que agudizaron la crisis social y la violencia en la región: la crisis del sector textil a nivel mundial se tradujo en el cierre de un número importante de factorías que dejó sin empleo a miles de trabajadores, al tiem-

po que se iniciaba un lento proceso de transformación de la vocación de la ciudad, por medio de la cual la industria dejó de ser el motor del desarrollo económico para ser reemplazada por la construcción y los servicios.

A la par de la crisis industrial de los ochenta, emergió el *boom* del narcotráfico bajo el liderazgo del cartel de Pablo Escobar, con sus tentáculos de corrupción y violencia generalizada, que envolvió a la ciudad en una tenebrosa telaraña de intimidación y de terror que se extendió por diversos lugares del país, lo cual se agudizó entre agosto y diciembre de 1989, a partir del asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán, como lo recuerda el historiador Miguel Silva: “Colombia vivió una terrible oleada terrorista urbana: 88 bombas en Cali, Medellín, Barranquilla, Cartagena y Bogotá, contra bancos, corporaciones financieras, sedes de campañas electorales del partido liberal y del partido conservador, hoteles y restaurantes de lujo, periódicos y centros comerciales” (1998, p. 86); al tiempo que las diversas organizaciones del narcotráfico reclutaban a cientos de jóvenes, a quienes capacitaban como sicarios, ‘mulas’ y operarios del narcotráfico; se calculaba que había más de cuatro mil jóvenes realizando acciones militares, en ‘ajuste de cuentas’, como guardaespaldas, o incluso devengando algún pago por asesinar policías o miembros de la Fuerza Pública, sin contar aquellos que laboraban en actividades comerciales, construcción, negocios ilícitos y servicios generales.

Fue entonces cuando, para enfrentar el conjunto de la problemática, se adelantó desde el Estado central el programa *Alternativas de futuro para Medellín*, a través de la Consejería Presidencial, iniciativa que se desarrolló en medio del relativo entusiasmo producido por la Constitución Política de 1991. Entre los aciertos de esta consejería se cuenta que por primera vez en la historia de la ciudad se convocó a trabajar conjuntamente a organizaciones y líderes de disímiles procedencias (empresarios, sindicalistas, líderes comunales, mujeres, jóvenes, ONG e iglesias). Voceros de todos los sectores confluieron en una mesa a dialogar y elaborar propuestas, así fue como participaron patronos, obreros y capas medias bajo la coordinación del Estado, lo cual creó importantes expectativas en las comunidades frente a las alternativas propuestas para tratar los conflictos de la ciudad. Sin embargo, en la segunda mitad de la década del noventa, paulatinamente se desmontó este programa, de manera que quedaron inconclusas muchas de sus acciones y un nostálgico sabor de frustración en todos sus participantes, mientras que los problemas se acumulaban. Ese experimento dio aliento a un conjunto de ONG que han reflexionado sobre los problemas de la ciudad y que sirvieron de base intelectual y social de movimientos sociales y polí-

ticos que pretendieron hacer una ruptura con las formas tradicionales de la política, como lo que intentaron hacer con limitados resultados los alcaldes Sergio Fajardo y Alonso Salazar.

Sino trágico de violencia y muerte

El gráfico 1 muestra los diferentes ciclos de muertes violentas vividos en Medellín en el periodo que estamos analizando (1975-2016), expresado solo en tasas de homicidios. Según las estadísticas oficiales, de 1987 a 2015, o sea en menos de treinta años en Medellín, fueron asesinadas un total de 80.115 personas, cifra igual o superior a la población total de muchas de las ciudades de Colombia. Para comprender el conjunto de la violencia ocurrida durante el periodo en mención, debemos tener en cuenta, además de los homicidios, otros hechos como lesiones personales, asaltos callejeros y en residencias, así como diversas conductas que afectan la tranquilidad y la convivencia ciudadana.

Sumadas a las muertes violentas, hay dos situaciones que develan la gravedad de la violencia ocurrida en la ciudad: por una parte, el desplazamiento forzado y, por otra, la desaparición forzada, cuyas cifras se muestran en los gráficos 2 y 3 (ver páginas 196 y 198) en ambos casos ocurridos desde 1986, año a partir del cual se llevan estadísticas oficiales.

Uno de los problemas más graves que ha traído el conflicto armado colombiano es el desplazamiento forzado (ver gráfico 2). En el informe anual *Tendencias globales*, de la Agencia de la ONU para los Refugiados —ACNUR— (2016), que analiza el desplazamiento forzado en todo el mundo basándose en datos de gobiernos, agencias sociales, y en los datos de la propia ACNUR, registra que a finales del 2015 el número total de víctimas del desplazamiento forzado en Colombia era de 6,9 millones de personas, cifra que está por encima de países como Siria con 6,6 millones y de Irak, que tiene 4,4 millones de desplazados, cuya situación ha sido mundialmente resaltada como muy grave.

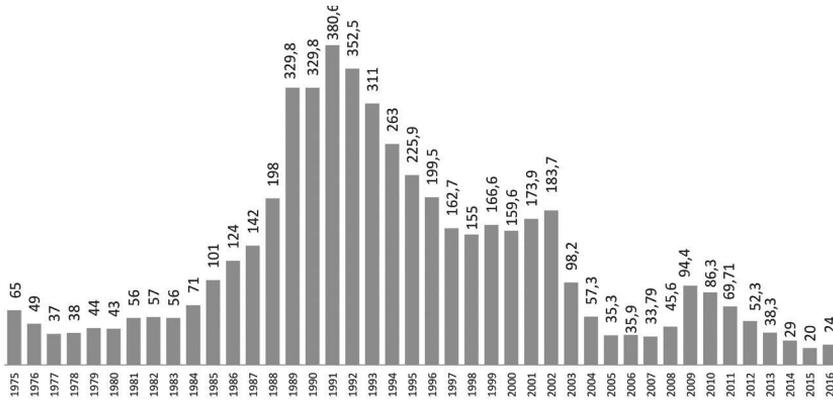


Gráfico 1. Tasa de homicidios en Medellín, 1975-2016. Fuente: Elaboración propia con base en datos del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (INMLCF) (2005) y del Sistema de Información y Seguridad para la Convivencia (SISC) (2017).

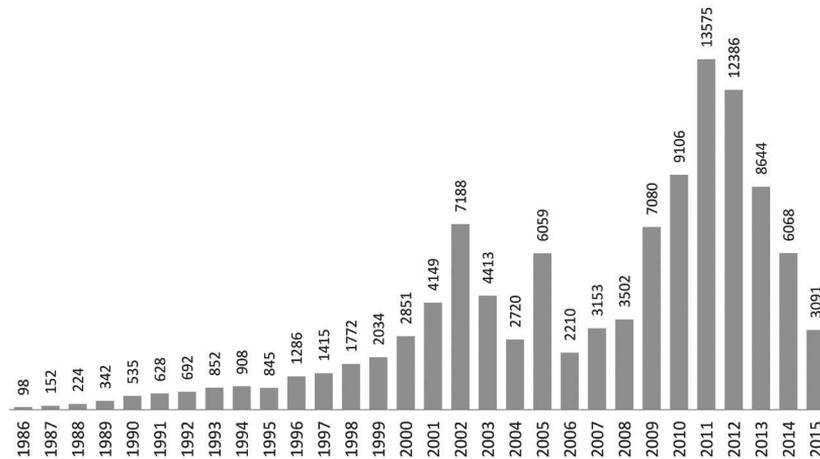


Gráfico 2. Desplazados en Medellín, según año de ocurrencia, 1986-2015. Fuente: Elaboración propia con base en datos del Registro Unidad de Víctimas (RUV) (2017).

El departamento de Antioquia es uno de los que más ha padecido este flagelo; su capital ha sido receptora y al mismo tiempo expulsora de personas que han tenido que desplazarse forzosamente a causa de amenazas o por ser víctimas de la violencia. Además, desde la década de los ochenta se hizo muy evidente el desplazamiento intraurbano, muchas de las personas que han tenido que desplazarse no son conscientes de su propia

condición de tal. En entrevistas con algunas familias desplazadas dentro de la propia ciudad es frecuente escuchar la expresión “nos tuvimos que ir del barrio porque se estaba poniendo muy maluco el ambiente”, o en otros casos: “como tenemos hijos jóvenes y en el barrio las opciones que tenían eran las de vincularse a un grupo armado o ser asesinados por estos en caso de negarse a ser reclutados, entonces preferimos irnos del barrio”. Este tipo de episodios son raramente denunciados como desplazamiento forzado por lo cual no ingresan a las estadísticas oficiales, que para el caso de Medellín registran un total de 107.978 personas desplazadas entre los años 1986 y 2015, como se puede concluir del gráfico 2.

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, las normas internacionales de Derechos Humanos y del derecho de los conflictos armados han consagrado la desaparición forzada como un delito de *lesa humanidad*. En América Latina, en las últimas décadas del siglo XX, se conocieron los graves hechos de desaparición forzada ocurridos bajo las dictaduras militares del Cono Sur, cuyas cifras estremecieron al mundo, mientras que “De los casi 79.000 desaparecidos registrados oficialmente en Colombia desde 1938, más de 45.000 son atribuidos al enfrentamiento armado” (AFP, 2016) sin que se haya logrado una sensibilidad de la opinión pública nacional e internacional.

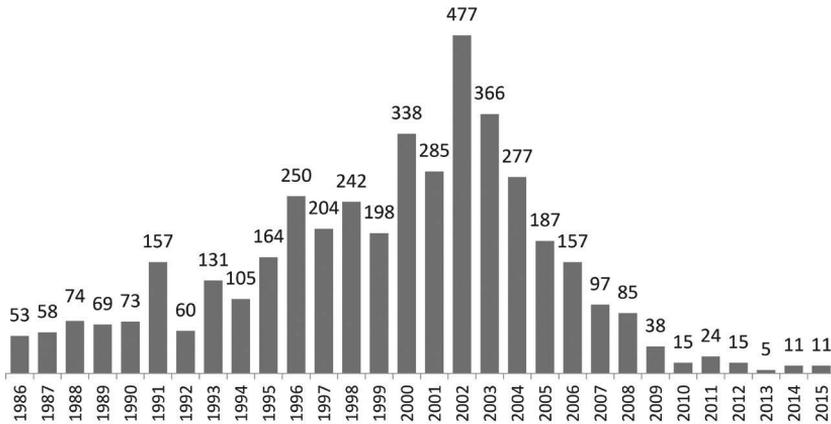


Gráfico 3. Desaparición forzada en Medellín, 1986-2015. Fuente: Elaboración propia con base en datos del Registro Unidad de Víctimas (RUV) 2017) y de INMLCF (2014 y 2016).

En Medellín, como se muestra en el gráfico 3, según estadísticas oficiales, el total de desapariciones de personas ocurridas entre 1986 y 2015 es de 4.226, sin que hasta ahora se conozca investigación judicial o condena alguna por siquiera uno de estos hechos. Según Medicina Legal, en el 2015, “en el departamento de Antioquia fue en el que ocurrió el mayor número de desapariciones presuntamente forzadas” (Segura y Ramírez, 2015, p. 653), y Medellín fue la ciudad que con once casos constituyó el municipio de Colombia con el mayor número de desaparecidos, cifra similar a la del 2014.

Políticas de los gobiernos locales contra la violencia y la inseguridad

Desde la Constitución de 1991 hasta la fecha, en Medellín han llegado al gobierno municipal ocho alcaldes por elección popular: Luis Alfredo Ramos (1992-1994), Sergio Naranjo (1995-1997), Juan Gómez Martínez (1998-2000), Luis Pérez Gutiérrez (2001-2003), Sergio Fajardo (2004-2007), Alonso Salazar (2008-2011), Aníbal Gaviria (2012-2015) y Federico Gutiérrez (2016-2019). Cada uno de estos mandatarios, sin excepción, han tenido como componente central de su política de gobierno el enfrentar los asuntos de violencia e inseguridad que afectan a la ciudad. Todos con una buena dosis de represión oficial; en la mayoría —por no decir todos—, ha sobresalido el énfasis en las medidas de fuerza para enfrentar los conflictos, por encima de las políticas preventivas.

Una constante paradoja en las últimas administraciones municipales de Medellín consistente en, por una parte, el incremento de grandes inversiones realizadas en tecnología para la seguridad (video-vigilancia, número único, apoyo logístico a la Policía), y por la otra, una expansión de las diferentes formas de violencia e inseguridad que se han mantenido con ligeros altibajos. En las cifras de homicidios, el descenso más significativo fue del 2003 al 2008, ocurrido con posterioridad a la negociación con los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia y sus diferentes bloques que delinquían en la ciudad, particularmente el Bloque Cacique Nutibara liderado por alias Don Berna (ver gráfico 1).

Diversos estudios se refieren a Medellín como una ciudad dividida en dos, no solo por los fraccionamientos generados por los contrastes económicos, sino a causa de las contradicciones sociales que estas producen. Independientemente de que se acepte o no esta tesis, lo que sí es empíricamente constatable en Medellín son los resultados de los procesos urbanísticos formales y la presencia de amplios sectores poblacionales que se rigen por la legalidad vigente y aceptan las instituciones estatales, al tiempo

que conviven con una cantidad numerosa de barrios en los que históricamente se han dado dinámicas socio-espaciales que han implicado el sometimiento a controles militares ilegales, que producen profundos impactos en la cultura de sus habitantes, afectando o distorsionando la construcción de una ciudadanía democrática, como lo expresa el estudio elaborado por Ana María Jaramillo, Ramiro Ceballos y Marta Inés Villa (1998), *En la encrucijada: Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*.

La existencia de controles territoriales localizados y de poderes alternos que conviven con la institucionalidad legalmente establecida es un fenómeno recurrente de las últimas décadas, acentuado en años recientes y registrado con frecuencia en diversos medios de comunicación y estudios especializados. Incluso, funcionarios de la administración municipal señalan que se trata de un fenómeno de carácter estructural, como lo reconoce una alta funcionaria de la alcaldía, quien trabajó desde 1992 y durante varias alcaldías en asuntos de orden público y convivencia, quien afirmó:

El poder que tienen aquí los grupos que están al margen de la ley, tienen unos poderes muy reales que parecen que fueran unos alcaldes pequeños de su barrio y ellos nos suministran justicia, seguridad y desarrollo, porque se meten a las mesas de trabajo para establecer prioridades de inversión y ellos direccionan la inversión. En la administración eso ha pasado muy por debajo, siempre se ha potenciado que esos actores influyan mucho porque a ellos son a los que se les atiende. Yo no sé si ustedes han escuchado que la gente dice que “aquí hay que delinquir para que el Estado les dé protección”, eso lo creó la intervención de los pactos de no agresión (GAA, 2003).

Durante los años recientes asistimos a un cambio de estrategia de los grupos armados ilegales frente a las organizaciones barriales y comunitarias, así como frente a los líderes sociales. Aunque se siguieron presentando casos de asesinatos de dirigentes sociales y populares, ello no fue lo predominante, pues en lugar de continuar con su eliminación física, se procedió a la cooptación de estos líderes, algunos mediante la presión, otros apelando al “clientelismo” armado o incluso conformando organizaciones comunitarias u ONG. Esto da cuenta de un cambio en los procedimientos, pero que mantiene el mismo objetivo de asegurarse el control sobre la población y marcar territorios que le sirven de base para el mercado de armas, drogas y otros objetos de comercio ilegal. Se presentan serios intentos de participar políticamente, de manera directa o por interpuestas personas, porque han

visto la necesidad de contar con apoyos legales, incluso con dineros oficiales con el fin de lograr sus propósitos de mantener un poder económico. En esto han aprendido de los grupos insurgentes y de sus propias experiencias que parecen haberles enseñado que para lograr sus objetivos se requiere contar con el apoyo de una base social, así sea ganada bajo amenazas. Fue ampliamente reconocido en Colombia que la conformación del Congreso Nacional (2002-2006) contó con una significativa presencia de representantes de los paramilitares, al punto que uno de sus líderes, Salvatore Mancuso, llegó a afirmar que la tercera parte de los congresistas hacían parte de sus filas; situación que fue ampliamente corroborada en las múltiples investigaciones judiciales adelantadas por diversos organismos, entre ellos la Fiscalía, centros de análisis social y periodistas.

Las políticas predominantes de los gobernantes, así como las ideas agitadas en los medios de comunicación, se han enfocado en estimular los sentimientos de indignación frente a los hechos de violencia. Se exagera el rechazo a la violencia, a partir especialmente del dolor de las víctimas y sus allegados, sin lograr trascender más allá de las causas inmediatas, pues hay medios que se deleitan recreando la escena del crimen, las características del arma homicida, los antecedentes de la víctima, entre otros aspectos, y se configuran hipótesis sobre las posibles causas y autores del último acto terrorista, de manera que se tejen fábulas y hasta historias verídicas acerca del grupo armado que lo produjo. Las páginas de los diarios parecen escritas con los ríos de sangre que bañan nuestra realidad cotidiana, los telenoticieros se disputan las imágenes más conmovedoras para ganar un mayor *rating*. Con gran éxito se manipula el dolor para batir récord, pese a que la repetición de tanta calamidad humana pareciera producir efectos somníferos en una sociedad que se muestra con escasa sensibilidad frente a la tragedia, con excepción de los atentados terroristas de gran magnitud, la muerte de algún connotado personaje, o de algún desastre natural o accidente que logra trascender los medios y movilizar la conciencia ciudadana.

En las denuncias frente a los hechos de violencia ha sido recurrente su inmediatez que los despoja del contexto histórico en que se inscriben y de las profundas relaciones sociales objetivas y subjetivas que los producen. A partir de ese epidérmico diagnóstico, se trazan estrategias disciplinarias, y como las cámaras no alcanzan todos los rincones de la ciudad, entonces se apunta a conformar una 'sociedad de informantes', complementada con la promoción a que los civiles 'de bien' se armen para combatir a los indeseables, descalificados como encarnación de 'el mal', y por esta vía se va consolidando la mentalidad hobbesiana del todos contra todos, en la que, por

momentos, pareciera hallarse nuestra urbe, reforzada por aquellos políticos que ganan aplausos y votos con sus discursos autoritarios que propugnan por mano dura, aumento de penas y criminalización de nuevas conductas, sin atender las causas estructurales que originan estas situaciones.

El control territorial por parte de actores armados ilegales es una particularidad del conflicto que vive Medellín, el cual, como un eje estructurante y desestructurante, ha permanecido durante las últimas décadas hasta la actualidad. Pero, a diferencia del pasado, cuando la disputa se daba por el suelo, contar con un espacio físico para la vivienda, lo que ahora predomina es el intento de ejercer el control sobre sectores de la población, bajo la lógica de ‘el que da protección exige obediencia’. En esa perspectiva, en la capital antioqueña se han configurado territorios en los cuales actores armados han implantado su autoridad, imponen su ley y establecen un orden y una soberanía que funciona a la vez como complementaria y contradictoria con la del Estado; autoritarismo que en procesos intermitentes tiene sus momentos más intensos y otros laxos —pacíficos—.

De ahí que la buena noticia del descenso de los homicidios en años recientes contrasta con la expansión de otras formas de violencia, como la práctica generalizada de la extorsión, popularmente conocida como ‘vacuna’, la cual se ha extendido a casi todos los barrios de la ciudad y en casi todos los espacios públicos, calles, entorno de los escenarios públicos y demás sitios de circulación. Peor aún, la vacuna se ha naturalizado al punto que la gente la acepta como otro impuesto más, algo inevitable con lo cual hay que aprender a convivir en la ciudad. Las vacunas son aplicadas a comerciantes y tenderos; para las viviendas, las tarifas “varían entre 1.000 y 5.000 pesos semanales. Las personas pagan para que no les roben, no les amenacen o expulsen de sus barrios”, como lo señalan investigadores de la misma alcaldía municipal (SISC, 2017) y lo registran medios de comunicación. El pretexto con el que se realizan esas reiteradas extorsiones es el de “prestar la seguridad en el barrio” (Pareja, 2016). En el mismo informe periodístico se denuncia que “también, las víctimas del conflicto armado que reciben indemnización económica del Gobierno Nacional deben aportar a los grupos armados un porcentaje de su reparación”. Asimismo, se informa que los contratistas de obras públicas son otros que deben pagar, al punto que “80% de las obras de la ciudad están extorsionadas. Si no contribuyen con la cuota semanal les roban maquinaria, herramientas y materiales. Solo proyectos de infraestructura grandes como Parques del Río no pagan porque tiene esquemas de seguridad” (Pareja, 2016).

La complejidad de la configuración de los territorios urbanos en Medellín, desarrollada con dinámicas violentas exige análisis más específicos, lejos de prejuicios ideológicos o políticos que pretenden justificar sus posiciones extremas en las que se exagera una de las dos caras de la realidad. Unos, porque destacan solo los aspectos negativos que evidentemente existen y pretenden ocultar los grandes logros y aspectos positivos de la ciudad; otros, especialmente desde las esferas oficiales, porque resaltan solo sus bondades como atractivo turístico, procurando desconocer o minimizar la gravedad de la situación, y creen que con acallar a los críticos desaparecen los males estructurales que ha acumulado la ciudad.

En conclusión: no olvidar y aprender de las experiencias

En medio de las coyunturas trágicas de violencias y guerras, crecen las utilidades de la industria de la seguridad, aumentan las empresas legales e ilegales de vigilancia privada y se afianza el discurso, muy de moda internacionalmente y reforzado después del 11 de septiembre en Estados Unidos, sobre la necesidad de que los ciudadanos renuncien a sus libertades democráticas y a las garantías mínimas, propias de un Estado social y democrático de derecho, en aras de obtener a cambio una supuesta seguridad, que algunos dirigentes políticos promueven como el bien más ponderado y de la que muchos sectores sociales hacen eco al pedir mano dura para combatir las consecuencias de las violencias con el incremento de penas, pero dejando intactas sus causas.

Frente a los estragos humanos producidos por las múltiples manifestaciones de violencia padecida por los habitantes de Medellín, uno de los errores más recurrentes de sus gobernantes ha sido tomar los episodios violentos como si fuesen hechos puntuales, casos aislados que conmueven a la sociedad; por ello se aplican ciertas medidas con efectos de corto plazo, que producen impacto mediático y ganan aplausos pasajeros, pero que al no incidir sobre esas causas estructurales que la generan, permiten que se acumulen esos factores económicos, sociales y culturales, facilitando que esta reaparezca bajo nuevas formas y con sus perversas consecuencias. Se trata de una violencia mutante que se acomoda a las nuevas condiciones generadas por los cambios tecnológicos o culturales, pero sin lograr que se supere definitivamente, dado que no se la enfrenta en sus profundas raíces y en sus variadas dimensiones.

Al margen del desenvolvimiento que en estos próximos años pueda asumir el comportamiento de la violencia y de las negociaciones que en el

país se concreten con actores armados, lo cierto es que los conflictos sociales seguirán desarrollándose, como resultado del estímulo o la desactivación de los ya mencionados factores condicionantes de orden económico, social, cultural y político-militar. Se mantendrán los conflictos locales, articulados al contexto que vive la sociedad colombiana, con su devenir fluctuante, con sus momentos de diálogos y rupturas, de escalamientos e intensificación y por unos cuantos años más seguirán constituyendo la base de la dinámica interna de los conflictos urbanos de Medellín, que afectan su proceso de configuración y la construcción de una ciudadanía democrática y de una convivencia pacífica.

De igual manera, desde las entrañas de la propia sociedad continuarán levantándose voces de colectivos de mujeres y hombres, de jóvenes y adultos que en medio de sus dificultades y de la lucha por la existencia, inspirados en la memoria de tantas y tantas víctimas, no renuncian a aprender de ese pasado trágico que ha marcado la ciudad, y marchando contra la corriente mantienen enhiesta su actitud crítica transformadora, que constituye un faro ético de luz y de esperanza que le muestra al mundo que los medellinenses sí tienen otra oportunidad sobre la tierra y que la sabrán aprovechar.

Referencias bibliográficas

- ACNUR (2016). *Tendencias Globales sobre refugiados y otras personas de interés del ACNUR*. Recuperado de http://www.acnur.org/fileadmin/scripts/doc.php?file=fileadmin/Documentos/Estadisticas/2016/Global_Trends_2015
- AFP (2016). Saber la verdad sobre miles de desaparecidos, gran reto para Colombia. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/paz/saber-verdad-sobre-miles-de-desaparecidos-gran-reto-col-articulo-623445>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2017a). *Colombia - Censo Nacional de Población y Vivienda 1973*. Recuperado de https://formularios.dane.gov.co/Anda_4_1/index.php/catalog/117
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2017b). *Colombia. Proyecciones de población municipales por área*. Recuperado de https://www.dane.gov.co/files/.../poblacion/...20/Proyeccion-Municipios2005_2020.xls
- GAA (2003). Entrevista concedida dentro de la investigación “Libertad y orden. Orden público, seguridad y libertades democráticas en una sociedad de alta conflictividad: el caso de Medellín 1992-2003”. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Antioquia.
- Instituto Nacional de Medicina legal y Ciencias Forenses (INMLCF) (2005). *Informe de homicidios*. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co>
- Instituto Nacional de Medicina legal y Ciencias Forenses (INMLCF) (2014). Comportamiento del fenómeno de la desaparición. Colombia, 2013. En: *Forensis 2013. Datos para la vida*. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/10180/188820/FORENSIS+2013+9-+desaparecidos.pdf/cd79a6ed-80b4-4f4c-afaa-0afd7c2093c2>
- Instituto Nacional de Medicina legal y Ciencias Forenses (INMLCF) (2016). Comportamiento del fenómeno de la desaparición. Colombia, 2015. En: *Forensis 2015. Datos para la vida*. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/88730/3418907/10.+DESAPARECIDOS.pdf/e9a8d4f4-35e1-4227-bed7-fd46f8cf5b99>
- Jaramillo, Ana María; Ceballos, Ramiro; y Villa, Marta Inés (1998). *En la encrucijada: Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Medellín: Corporación Región, Alcaldía de Medellín.

- Naranjo Giraldo, Gloria (1992). *Medellín en zonas*. Medellín: Corporación Región.
- Pareja, Deicy (2016). La verdadera cara de la extorsión en Medellín. *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/extorsion-en-medellin/16715189>
- Registro único de Víctimas (RUV) (2017). *Víctimas por tipo de hecho victimizante*. Recuperado de <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>
- Semana (2012). Los muertos del río Medellín. *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/los-muertos-del-rio-medellin/258488-3>
- Segura, Jaime Andrés y Ramírez, Diana Emilce (2015). *Comportamiento del fenómeno de la desaparición. Colombia, 2015*. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/49523/Desaparecidos.pdf>
- Silva, Miguel (1998). César Gaviria: Los años del revolcón (1990-1994). En: *Nueva historia de Colombia - Historia Política desde 1986*, Vol. VII. Bogotá: Planeta. Pp. 83-106.
- Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC) (2017). Informe de homicidios. Recuperado de <https://www.medellin.gov.co/irj/portal/medellin?NavigationTarget=navurl://09783b-122f8808149603e90adef9bb30>.
- Villegas, Lucelly (1993). Poblamiento y violencia en la zona Nororiental de Medellín. En: *Rasgando velos*. Medellín: Universidad de Antioquia.

**Construir la paz es mucho más que implementar
el *Acuerdo***

Rafael Grasa Hernández

En la actualidad, Colombia vive inmersa en el intento de alcanzar una salida pacífica y duradera a diversos conflictos armados que se suceden desde hace más de cincuenta años y que fueron precedidos por décadas de violencia política, casi ininterrumpida, durante largos periodos de su historia, desde la Independencia. Y lo está haciendo tras una larga y exitosa negociación con las FARC-EP, con un *Acuerdo* aprobado el 24 de agosto de 2016 y renegociado y re-aprobado el 24 de noviembre (tras la victoria del 'No' por 50 mil votos en el plebiscito de refrendación social del 2 de octubre de 2016), y que ahora está en proceso de implementación. Adicionalmente, el Gobierno y el ELN han iniciado conversaciones, las primeras formales de la historia, que, con sesiones formales de negociación, hasta las tres primeras con nulos resultados concretos (Presidencia de la República, 2017), aunque podría existir un alto al fuego —parcial o total— coincidiendo con la visita del Santo Padre a principios de septiembre de 2017. Por tanto, vivimos un momento especialmente interesante: el tránsito, aunque parcial, de hacer las paces a construir la paz, lo que, en Colombia, implica poner fin a la reproducción intergeneracional de la violencia política directa.

En efecto, como han señalado diversas comisiones de investigación sobre las causas de la violencia, que se han sucedido desde los primeros trabajos realizados por la inicial en 1958, parecen existir pautas de largo aliento (en el sentido de Fernand Braudel) que, junto a diversos aceleradores o multiplicadores y a detonantes de diverso tipo, han facilitado la reproducción de la violencia política intergeneracional, el gran problema de la construcción de la paz en Colombia en el presente y en el futuro.

Dicha reproducción implica que el proceso de hacer las paces en Colombia resulte más complejo que en otros sitios: no basta con acordar cómo se cambiarán botas por votos, cómo afrontar la transición a la democracia, pues la relación secular entre violencia y política conlleva a que la línea de demarcación entre el éxito y el fracaso en la aplicación de los acuerdos se sitúe en el manejo de la violencia directa, que debe desaparecer de la vida política, en sus múltiples y diversas formas (más allá de las instituciones formales). Y, por si fuera poco, tras el impacto de múltiples negociaciones y procesos de desarme en las décadas pasadas, en particular los años noventa y la década del dos mil, y tras los diversos reacomodos de grupos armados (con disidentes, reincidentes y personas armadas que han pasado a otros grupos), nos encontramos en una situación que puede caracterizarse así: en la Colombia actual, las muertes causadas por la violencia directa, derivada de los conflictos armados con grupos insurgentes de naturaleza política, no supone más que entre el 12 y el 15 por ciento del total

de muertes por violencia directa. Por tanto, aun si el desarme de las FARC-EP y eventualmente del ELN fuera exitoso en su totalidad, algo de lo que no existen precedentes en el mundo, seguiría existiendo el reto de abordar ese 85 por ciento de la violencia directa no vinculada a los conflictos armados, relacionada con inseguridad ciudadana, violencia machista, violencia intrafamiliar, delincuencia ordinaria, delincuencia transnacional, etcétera. Ese es el punto de partida, el reto, y, también, la oportunidad de los próximos años.

He hablado de los trabajos de las comisiones sobre las causas de la violencia, de los resultados obtenidos por generaciones de ‘violentólogos’. De su lectura se desprenden buenas y malas noticias. La buena noticia es que no hay nada, si permiten la broma en un asunto tan serio, ni medioambiental ni biológico que explique la reproducción de la violencia política en Colombia; o, lo que es lo mismo, la reproducción de la violencia política —así como de otras violencias directas, estructurales y simbólicas— se debe a factores de origen humano. Es decir, se trata de algo cultural, social e institucionalmente transmitido y, por tanto, algo remediable. Las malas noticias son dos: que no hay acuerdo sobre las causas de dicha reproducción, lo que afecta las políticas y actuaciones para el manejo y la eliminación de los factores culturales que favorecen la reproducción de la violencia¹; y, en segundo lugar, que la tenaz persistencia de la reproducción presupone la presencia de fuerzas motrices diferentes y perceptibles en todos los niveles de la vida social, económica y política.

Cabe señalar que la reproducción de la violencia ha ido acompañada de modificaciones frecuentes y profundas de la naturaleza, ubicación y ocurrencia de dicha violencia directa, que recientemente ha sido acompañada por diversas formas de violencia directa sin intencionalidad política como motivación fundamental. El resultado es claro: el impacto de las diferentes formas de violencia directa, y en concreto la violencia armada vinculada a los conflictos de naturaleza política, han tenido variadas consecuencias en las diferentes zonas y regiones del país. Eso permite distinguir las consecuencias en el mundo rural de las consecuencias en el mundo urbano e, incluso, impactos y resultados disímiles en diferentes zonas rurales. De ahí la importancia de la aplicación territorial de los acuerdos y, sobre todo, de la construcción de la paz.

Por otro lado, también han menudeado desde hace décadas, como ya he comentado, las negociaciones —con variados grados de éxito—, los

¹ En términos técnicos de la construcción de paz, el terreno de los ‘paxólogos’ o expertos en paz, esto afecta las ‘teorías del cambio’, que permiten focalizar y precisar los objetivos a lograr y, por tanto, las estrategias, prioridades y actuaciones a mediano y largo plazo para lograrlos.

acuerdos y, también, numerosos procesos de desarme, desmovilización y reintegración, que han dejado muchas lecciones aprendidas. Todo ello debe ser tenido en cuenta en el presente y en los años venideros para construir la paz, es decir, impedir o minimizar el riesgo de que nuevos conflictos sociales, inevitables, supongan que siga dándose el recurso a la reproducción intergeneracional de la violencia directa.

En síntesis, se puede sostener que, para cualquier analista y también para los actores negociadores y para la sociedad colombiana, es necesario partir de un doble supuesto: 1) que negociar un acuerdo es diferente de aplicarlo y de lograr éxito a mediano y largo plazo, es decir, lograr transformaciones de las causas profundas; y 2) que, en cualquier caso, los éxitos o fracasos dependerán de lo que se haga en concreto en los territorios, lo cual dependerá, en gran medida, del papel que jueguen las instituciones. De eso se ocupa el presente texto, de cómo pasar de la mesa de negociaciones a la construcción real de la paz y del papel crucial de los diferentes actores en ese tránsito. En suma, pasar de la mesa de negociaciones a la construcción de la paz dependerá mucho de lo que se haga en el territorio y de lo que hagan los diversos actores, no solo las instituciones. De acuerdo con ello, el texto se articula en tres apartados. El primero pasa revista a las diferencias entre hacer las paces y construir la paz, con un énfasis especial en los retos y tareas de construcción de la paz. El segundo se ocupa de lo esencial de los acuerdos y de las dificultades de implementación. Y, finalmente, el tercero establece algunas recomendaciones y conclusiones.

Hacer las paces versus construir la paz: distinciones, requisitos y prioridades

Ciertamente, ambas expresiones no significan lo mismo, aunque sus campos semánticos están relacionados. Hacer las paces significa cerrar un acuerdo en una mesa de negociaciones e implementarlo, con el máximo éxito posible, aunque no existen ejemplos en las últimas décadas que vayan más allá del 70 u 80 por ciento del cumplimiento exitoso. Por el contrario, construir la paz es un proceso largo, que toma de diez a quince años, articulados en torno a tres “erres”: 1) Reconstruir lo que se dañó en las fases violentas del conflicto; 2) Resolver, de forma mutuamente aceptable para la sociedad, los motivos e incompatibilidades que originaron las conductas violentas; y 3) Reconciliar a los actores implicados, de manera que, quizás tras dos generaciones, se cierren las heridas y percepciones negativas y dichos actores estén en condiciones de elaborar planes de futuro compartido.

Pues bien, la naturaleza, la agenda, los actores, los tiempos y las dinámicas cambian totalmente en ambos casos. Al hacer las paces, el protagonismo corresponde a los actores más directamente enfrentados en el conflicto armado, a los beligerantes. Los restantes actores a lo sumo influyen, pero no deciden. Por el contrario, al construir la paz se requiere de todos los actores de la vida social: administraciones e instituciones de diferente nivel (nacionales, departamentales, locales), academias, colegios, universidad, sociedad civil y actores comunitarios diversos (incluyendo pueblos originarios y afrodescendientes), empresarios, entre otros. Su grado de influencia y decisión depende de lo previsto por el sistema político-institucional, pero también de la capacidad de acción colectiva y de las diversas dinámicas sociales tras la firma de los eventuales acuerdos.

No hay reglas fijas, sí necesidad de generar instancias de diálogo y consenso, plurales, y, de ser posible, permanentes. En cuanto a la agenda, la construcción de la paz implica, e implicará, al conjunto de la sociedad colombiana, y por ello la agenda irá más lejos de lo acordado en La Habana con las FARC-EP o, eventualmente, en Quito en el caso del ELN.

Un factor clave de esa construcción de la paz será el énfasis territorial: lo que cada comunidad, vereda, pueblo, ciudad, departamento, añada a la agenda nacional, habida cuenta de que el conflicto armado se ha manifestado de formas muy diferentes en cada territorio y en cada fase del enfrentamiento. Por consiguiente, la construcción de la paz exige en cada territorio un traje a medida, surgido de cada experiencia concreta, de cada caso. Por tanto, hacer las paces e implementar los eventuales acuerdos de paz es solo una parte de la construcción de la paz, importante pero limitada. Construir la paz exige tiempo; es un proceso que, cuando el conflicto armado ha sido largo, exige no menos de diez a quince años. En ese proceso, paz y desarrollo, entendidos como bienes colectivos, se entrelazan fuertemente. Se trata, en suma, de acometer una auténtica transición, con cambios profundos en muchas dimensiones de la vida de la nación.

En cuanto a las tareas de los diversos actores, empero, hay que recordar que hacer las paces y construir la paz se relacionan entre sí, se complementan: al empezar a hacer las paces (implementación de lo acordado en las negociaciones) la agenda del país cambia, lo cual implica que cambien también, progresivamente, todas las dimensiones de la vida social y nacional. El cambio, dependerá de la acción colectiva de los diversos actores. En experiencia comparada, ello supone que el proceso de construir la paz se independiza, al menos relativamente, de la agenda derivada del cumplimiento de solo lo estrictamente acordado en la mesa de negociaciones. En

el caso territorial, esto implica introducir especificidades, es decir, reflejar de forma clara en los diagnósticos, los programas y políticas, los consensos, entre otros aspectos, lo distintivo de cada zona territorial, mediante una construcción colectiva, participativa e inclusiva, de la agenda de construcción de la paz.

Construir la paz significa manejar y transformar los conflictos

En términos estratégicos, construir la paz equivale a ocuparse en colectividad, a largo plazo y de forma muy activa, de las tres “erres” que antes he comentado. Concretamente, siguiendo la lógica propia de la transformación de conflictos, se trata de:

1) Resolver los problemas o incompatibilidades que dieron origen a la fase o fases violentas y, en el caso colombiano, a la facilidad para su reproducción.

2) Reconstruir todo lo que se dañó en la fase de violencias, material e inmaterial, y, de ser posible, mejorarlo.

3) Reconciliar a las personas y grupos sociales o comunitarios para que puedan volver a tener proyectos que impliquen convivencia, trabajo y futuro compartido. Ahí corresponde ocuparse del derecho a la verdad, a la justicia, a las reparaciones y a la garantía de no repetición, centrándose en las personas y comunidades y, en particular, en las víctimas, que, en conflictos como el colombiano, son siempre de diferentes victimarios.

En suma, supone entrar a fondo en lo que se conoce como transformación de los conflictos o construcción de paz estratégica, que implica hacer frente a requisitos, establecer prioridades y preparar para lo imprevisto, mediante el diseño de escenarios posibles. Solo así se puede institucionalizar, en lógica territorial, la construcción de la paz.

Requisitos y establecimiento de prioridades para construir la paz

El requisito principal y primero es aceptar que el problema a combatir, como ya decía el texto del comisionado Sergio Jaramillo Caro que encabeza el capítulo, es la violencia, pero no el conflicto. Se trata de interiorizar que, contra lo que suele pensarse o desearse, en las fases posteriores a los acuerdos de paz, menudean y se multiplican los conflictos sociales, eso sí, entendidos como suele ser habitual en ciencias sociales, como debates o pugnas entre actores que consideran que tienen objetivos incompatibles respecto de uno o diversos puntos de la agenda y contexto. Puesto que el peligro está

en la violencia, se trata de esforzarse para que esos conflictos, inevitables y crecientes al desaparecer el conflicto armado, no se manifiesten por medio de conductas violentas directas, sino en el ámbito de la confrontación social, económica y política, y mediante instrumentos que permitan su manejo.

En mi opinión, la esencia de las propuestas de treinta años de teoría y práctica de la construcción de la paz puede sintetizarse en tres componentes a fomentar e interiorizar en una sociedad que quiere dejar atrás la violencia política directa, tras un conflicto armado o tras dictaduras sangrientas: 1) herramientas de análisis de conflictos; 2) herramientas de diálogo, negociación y generación de consenso; y 3) herramientas y procedimientos para generar procesos de acción colectiva en pro del cambio social sin recurrir a la violencia directa. Y de las tres cosas hay un déficit importante en Colombia.

El segundo requisito se deriva del anterior, es decir, implica prepararse para superar ese déficit y hacer frente a los retos de la construcción de la paz. O, lo que es lo mismo, poner en marcha infraestructuras de paz, entendidas como sistemas de apoyo a la construcción de la paz, y, por ende, de manejo de los conflictos sin recurso a la violencia. Sin ellas, no será posible pensar, construir e implementar una paz desde y con los territorios. Y eso, pese a que está en el centro del proceso de diálogo y en la preparación para lo que se ha dado en llamar posconflicto (en sentido estricto post-acuerdo e implementación de lo acordado, con la menor violencia posible), no ha sido hasta el presente lo habitual. En general, los procesos de construcción de la paz, con liderazgo nacional o internacional, se han diseñado, dirigido y ejecutado desde los centros de poder al uso (instituciones internacionales, capitales, ministerios). Sin embargo, la propuesta que llega para el caso colombiano de La Habana, del Alto Comisionado para la Paz e incluso del sistema de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional presente en Colombia, es precisamente otra, innovadora, complicada, atractiva: poner en marcha un proceso que garantice la construcción de paz duradera, transformadora y arraigada, sobre todo en los diversos territorios de Colombia.

Ello nos lleva al tercer requisito, a saber: examinar, ordenar y reconocer, en general y en cada territorio, las capacidades y experiencias exitosas ya existentes en Colombia, numerosas, importantes y claramente resilientes, no en vano se han llevado a cabo en los últimos veinte años pese a la omnipresencia del conflicto armado. Las experiencias, aunque constatables entre actores privados y públicos y en alianzas público-privadas (APP), tienen gran relación con el compromiso y las tareas de la sociedad civil y de administraciones del ámbito territorial. Han dado lugar a centenares de

buenas prácticas, como las que recogen las bases de datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep).

El cuarto requisito, también imprescindible, se dirige a instituciones y actores: esforzarse en socializar, legitimar, concretar, implementar y seguir/observar los acuerdos y la agenda posterior de construcción de paz. Como las instituciones y los negociadores (Gobierno y FARC) no han desempeñado muy bien esa labor, como lo mostró el plebiscito, es ahora tarea central de comunicadores comprometidos con la paz.

En mi opinión, la pedagogía y la comunicación adecuadas para construir la paz suponen transmitir mensajes básicos sobre lo que está en juego y lo que significa construir la paz: Una tarea que 1) exige tiempo y estrategias coherentes, con enfoques territoriales que “apropien” e identifiquen retos propios a los ya involucrados en el *Acuerdo* de La Habana; 2) demanda cambios y esfuerzos colectivos, para lograr el objetivo de acabar con los ciclos de reproducción intergeneracional de la violencia política, por lo que todos los actores tienen roles decisivos; 3) requiere clarificar y entender que lo que puede esperarse a corto plazo difiere de lo esperable a mediano y largo plazo. Por ejemplo, a corto plazo se producirá un incremento de los conflictos sociales, no violentos, y ni siquiera es descartable la persistencia —cuando no, el refuerzo— de la violencia vinculada a actores ilegales no necesariamente políticos; 4) supone aceptar, y si es preciso exigir, que, si la paz debe hacerse en los territorios, la descentralización debe ser una práctica real y no un atributo presente únicamente en la Constitución.

El quinto requisito, al que ya he hecho mención, es la necesidad de abordar en cada territorio la superación de la escasa tradición de acuerdos o consensos amplios, interpartidarios, intersociales, que vayan más allá de una legislatura y del sistema de gobierno indirecto y el pacto entre élites capitalinas y élites departamentales. Negociar, acordar consensos a mediano y largo plazo, será clave para afrontar las tres grandes fases de la transición o la construcción de la paz en los próximos diez o quince años. Estas fases son:

A) De estabilización y diseño de los cambios futuros (en vínculo con los acuerdos de paz, de uno o dos años de duración), que exige estrategias de respuesta rápida y, de ser posible, éxitos claros y tempranos. B) De transición e implementación de las reformas derivadas de los acuerdos y del proceso que seguirá. C) De consolidación y evaluación, que supone como reto importante y gran tarea la comunicación a favor de la paz. En otras palabras, para abordar la triple transición que se produce en un país que sale

de un conflicto armado prolongado, serán claves necesarias: una transición social, que ayude a ir de la guerra y la violencia a la paz y la reconciliación; una transición política, y una transición económica o de modelo desarrollo.

Las prioridades de la construcción de la paz

Nos ocuparemos ahora de las prioridades —entendidas como tareas básicas— sin, de momento, establecer relación temporal entre ellas, y con la necesaria adecuación a cada caso concreto, a cada territorio e institución. En mi opinión, podríamos destacar al menos estas tres:

1). Buscar, en cada institución, constelación de actores y territorio, cambio real. Esto quiere decir, ponerse objetivos o metas concretas y comprensibles e intentar que todos los actores los busquen. En suma, evitar la solución “lampedusiana”, la que sigue la regla que Giuseppe Tomasi di Lampedusa puso en boca de uno de los protagonistas de *El Gatopardo*. Al hablar en su novela de la convulsa situación política de la Sicilia, sostiene: “Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”. El riesgo de cambio ficticio, lampedusiano, es alto en Colombia.

2). Acabar a corto plazo con el desconocimiento de lo negociado y elaborar la todavía escasa construcción de agendas territoriales, algo que ya debería haberse hecho, pero que, en gran medida, sigue pendiente. Solo la pedagogía y la construcción de agendas territoriales localizadas permitirán solucionar la esquizofrenia que muestra la demoscopia: la sociedad colombiana quiere la paz, pero cree que debe darse poco o nada a cambio de ellas a las FARC. En clave comparada, sin embargo, la realidad es tozuda: no hay acuerdo duradero ni construcción de paz sin toma y dame, sin concesiones mutuas. No hay acuerdo transformador si las partes no tienen la sensación de haber ganado en común y a la vez haber perdido en cuanto a la agenda propia previa. La falta de implicación, y nuevamente de conocimiento, de muchos actores que serán claves en la fase de construcción de paz, más allá de las élites, consideradas en sentido amplio, conlleva un peligro: es preciso empoderarlos para asegurar el éxito. Y eso solo puede hacerse desde el territorio y con distancia cómplice. Las partes que han negociado pueden hacer difusión, publicidad, campañas, pero no pedagogía creíble: eso les corresponde a actores cómplices, pero con alguna distancia, y ahí las alianzas con los comités regionales y locales serán claves.

3). Corregir la escasa preparación, al menos profunda, de los actores que deberán poner en marcha los acuerdos e implementarlos, así como la construcción de la paz: legisladores y partidos políticos de los que proceden;

actores territoriales (públicos, privados empresariales y sociedad civil); actores del Ejecutivo (fuera de los más directamente vinculados a las negociaciones); actores locales, entre otros. Y, en último término, pero no por ello menos importante, las comunidades y los docentes, cruciales en la construcción de la paz.

El Acuerdo de La Habana

Veamos pues la relación concreta y específica entre el *Acuerdo* de La Habana y la construcción de la paz. Ese Acuerdo es un punto de partida incompleto, pero con valor generador para construir la paz. La lectura del *Acuerdo*, que he hecho en otro lugar de manera detallada (Grasa Hernández, 2017), destaca, para lo que nos interesa acá, dos grandes puntos.

El primero corresponde al análisis de un acuerdo complejo, prolijo, con partes entrelazadas y con más de quinientos compromisos pendientes, muchos de ellos de negociación ulterior para seguimiento. A efectos de pedagogía, y de comunicación, destacaría lo siguiente. Las páginas iniciales, el preámbulo y la introducción del *Acuerdo* no son de valor sustantivo y dispositivo, sino interpretativo y contextual. Esta parte implica que sea una redacción plagada de gerundios (“considerando”, “recordando”, “reconociendo”), muy al estilo de las resoluciones de organismos internacionales, que reconoce que la paz requiere de cambios integrales y compromisos. Las referencias al sistema internacional de Derechos Humanos y de Derecho Internacional Humanitario, y a la Constitución colombiana son frecuentes, lo que ayuda a dejar claro el carácter peculiar y diverso del texto: un *Acuerdo* formal entre partes, apoyado por diversos países y organismos internacionales acompañantes, garantes y facilitadores; un texto que invoca el Artículo 3 común de los protocolos de Ginebra y la potestad de los beligerantes de hacer arreglos específicos dentro de su marco para hacer las paces, por lo que su contenido se depositará —en versión original, uno de los siete documentos originales firmados— ante el Consejo Federal de Berna, que actúa como depositario de la ratificación y el desarrollo de los Convenios de Ginebra; un texto que, a nivel nacional, y con una de sus partes por separado (Jurisdicción Especial para la Paz), debía incorporarse rápidamente, si el plebiscito hubiera apoyado el *Acuerdo* a la Constitución Política, formando parte de su bloque de constitucionalidad; y un texto que, a nivel internacional, se comunicará a Naciones Unidas mediante una declaración unilateral del Presidente de la República y la solicitud de que se integre en su totalidad a una Resolución del Consejo de Seguridad. En suma, el preámbulo

y la introducción hacen del texto un acuerdo entre partes, un acuerdo de Estado —anclado en la Constitución— y un documento referenciado en la legalidad internacional del derecho humanitario y del sistema de Naciones Unidas. La renegociación introdujo cambios, como resoluciones posteriores de la Corte de Constitucionalidad, pero en lo esencial el texto sigue teniendo ese carácter mencionado.

En segundo término, el texto sigue la lógica discursiva de abordar primero las causas del conflicto armado, luego las consecuencias y por último los elementos procedimentales para materializar lo pactado, aunque la negociación no respetó ese orden. Por consiguiente, los puntos que contiene el *Acuerdo* son, por orden del acuerdo general de 2012: 1. Reforma rural integral. 2. Participación política: Apertura democrática para construir la paz. 3. Cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y la dejación de las armas. 4. Solución al problema de las drogas ilícitas. 5. Víctimas. 6. Mecanismos de implementación y verificación, con ejecución en el presente, mediano y largo plazo. Dichos puntos están acompañados, además, de más de un centenar de páginas con anexos y protocolos, que, como ya he comentado, son muy detallistas, en particular en el punto de cese al fuego y fin de hostilidades.

Veamos, de forma rápida, algunos de los puntos.

El punto “Reforma rural integral” busca contribuir a la transformación del campo y dar solución al problema de la concentración de la tierra, tradicionalmente relacionado con las causas históricas del conflicto armado. Se trata de crear condiciones de bienestar y buen vivir para la población rural, de contribuir a la erradicación de la pobreza, de promover la igualdad y de asegurar el pleno disfrute de los derechos de los ciudadanos, por señalar algunos de los objetivos que plantea. Lo pactado en este punto deja entrever unas necesidades que el Estado debió asumir desde hace más de ochenta años y que requerirá de grandes esfuerzos para la puesta en marcha de una institucionalización que canalice y controle la materialización de lo acordado. Depende, además, de muchos procesos y desarrollos normativos previos, que exigen desbrozar temas de enorme complejidad técnica (catastro, titularidad precaria), de financiación a veinte años de plazo. No será fácil, por ejemplo, poner en marcha el Fondo de Tierras previsto en el acuerdo, el cual debe reunir tres millones de hectáreas para asignar a los campesinos. Las tierras deben proceder de cinco fuentes: 1) baldíos de la nación (son pocos y seguramente deberán rescatarse de privados, lo cual es jurídicamente largo y complejo); 2) tierras sometidas a extinción de dominio por actividades ilegales (una figura ya existente, pero poco y mal aplicada, lenta

por los recursos que se interponen); 3) expropiación con indemnización por razones de interés público y la extinción del dominio por vía administrativa por situación de improductividad (figuras que ya existen pero que implican demostrar, por ejemplo, algo polisémico como la improductividad. Adicionalmente, el punto ha generado polémica al haber alguien leído que tras ello se busca acabar con los latifundios, lo que no está acordado); 4) redefinición de las reservas forestales, habida cuenta de los cambios fácticos de las últimas décadas; y 5) donaciones. En cualquier caso, puesto que el Gobierno se ha comprometido a poner a disposición del fondo esos tres millones de hectáreas, de no tener éxito mediante esas cinco fuentes, le tocaría comprar tierras, lo que traslada el tema al costo y a la manera de financiarlo.

Por su parte, el punto de participación política y apertura democrática se focaliza en la necesidad de que surjan nuevas fuerzas en el escenario político para enriquecer la deliberación de los problemas centrales a nivel nacional, fortaleciendo así el pluralismo y la inclusión. Bajo este esquema, el nuevo grupo que siga la línea ideológica de esta guerrilla, hoy llamada Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, tendría que entrar en la competencia política por medio de ideas y no de armas. Se cambiarían así, botas por votos. En este punto, mucho de lo que se propone es un desarrollo de lo previsto en la Constitución de 1991. Especial interés tiene la supresión del umbral del tres por ciento, que será una de las fuerzas motrices del cambio del sistema de partidos que conllevará a medio plazo la implementación del acuerdo y la nueva agenda política.

El punto llamado “Cese al fuego y de hostilidades, bilateral y definitivo, y la dejación de las armas” es el núcleo duro del *Acuerdo* y la parte más detallada, a la que aluden gran parte de los protocolos y anexos. Vale la pena resaltar que el hilo discursivo seguido por el Presidente de la República Juan Manuel Santos en la alocución dada el día de la suscripción del acuerdo, enfatizó justamente este punto como la clave de lo negociado y acordado. Tiene cuatro grandes componentes: cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo, con 24 protocolos escritos y explícitos que regulan cómo proceder; el desarme y la desmovilización, es decir, la dejación de las armas por parte de las FARC-EP, un proceso que se prevé paulatino, vigilado y transparente, con un cronograma de destrucción total de las armas entregadas y su conversión en tres monumentos a instalar en Colombia, La Habana y la sede de las Naciones Unidas; la reincorporación de las FARC a la vida civil, tanto en su aspecto político (fundamental) como económico (reintegración y reinserción); y, finalmente, las garantías de seguridad y la lucha contra las organizaciones criminales de todo tipo, incluidos los paramilitares, un

punto que prevé actuaciones ambiciosas como la creación de un sistema integral de seguridad para el ejercicio de la política que busca proteger a todos los movimientos y partidos. Todo ello, si se lee en clave comparada, nos recuerda que los procesos de desarme, desmovilización y reintegración, si bien son complejos, constituyen un requisito imprescindible para garantizar el fin de las hostilidades, el silencio de las armas, y una oportunidad de iniciar la construcción de la paz. La buena noticia es que el desarme ha sido exitoso, el más exitoso de los últimos treinta años en el mundo: con 7.132 armas destruidas, a razón de más de un arma por combatiente, ha doblado la tasa de éxito con respecto a la desmovilización de las AUC.

Asimismo, la “Solución al problema de las drogas ilícitas” es un punto orientado a dar un tratamiento distinto a los problemas de cultivos de uso ilícito, la producción y comercialización de drogas ilícitas. Así se empleará un enfoque general de derechos humanos y salud pública, diferenciado y de género. Sus particularidades contemplan compromisos de las partes, y la necesidad de actuaciones de la comunidad internacional, pues no dependen solamente de la voluntad de las partes. Hay que destacar, empero, que existe un compromiso negro sobre blanco y sin matices de que las FARC-EP abandonen toda relación con el narcotráfico.

El quinto punto, el de las víctimas, es decir el que atañe a las consecuencias del conflicto armado, está en el centro de lo acordado, en consonancia con la corriente dominante de pensamiento en construcción de paz que sostiene que solo por medio del esclarecimiento de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición se puede lograr un verdadero proceso de reconciliación y de construcción de paz. Para el efecto, el acuerdo propone crear un Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJRNR), compuesto por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, la Unidad Especial para la Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas, y la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). A ello hay que añadir todo lo previsto en cuanto a reparaciones y a garantías de no repetición.

Debido a que este es el punto del *Acuerdo* que más polémicas, mitos, equívocos e infundios ha generado, conviene hacer varias precisiones. Por una parte, de conformidad con el texto del acuerdo, se concederán la amnistía y el indulto, propios de los acuerdos de cese de hostilidades y previstos en el derecho internacional, solo respecto de aquellos delitos políticos y conexos cometidos durante la rebelión por personas que formaron parte de los grupos insurgentes con los que se ha firmado el acuerdo, así como a aquellas personas que hayan sido acusadas o condenadas por delitos políticos o conexos mediante providencias proferidas por la justi-

cia. Por otra parte, el texto dice clara y repetidamente que, de conformidad con la jurisprudencia de los derechos humanos, el derecho humanitario y el derecho penal internacional, hay delitos que no pueden ser amnistiables ni indultables, como los de lesa humanidad, el genocidio, y los crímenes de guerra (por ejemplo, conductas como: la toma de rehenes u otra privación grave de la libertad, la tortura, las ejecuciones extrajudiciales, la desaparición forzada, el acceso carnal violento y otras formas de violencia sexual, la sustracción de menores, el desplazamiento forzado, además del reclutamiento de menores, entre otros), todo ello conforme a lo establecido en el Estatuto de Roma. De igual manera y en función de la importancia del principio de la seguridad jurídica, la ley de amnistía determinará las conductas tipificadas en la legislación nacional que no serán amnistiables, aunque los delitos no amnistiables ni indultables deben ser objeto del componente de justicia del SIVJRNR acordado por las partes. Asimismo, vale aclarar que no hay por tanto impunidad, sino retos importantes de implementación. Y no hay impunidad porque lo acordado está en el límite de lo que prevé el derecho internacional. Como ha declarado públicamente Fatou Bensouda, la fiscal de la Corte Penal Internacional, al felicitar que el *Acuerdo* no incluya amnistías generales ni olvido del carácter imprescriptible y no amnistiable de los delitos de lesa humanidad, crímenes de guerra o delitos de genocidio, así como que dé gran importancia a los derechos de las víctimas, la prueba de fuego estará en la implementación de la Jurisdicción Especial para la Paz, en sus resultados. De ello dependerá que no sea posible que en un futuro a medio plazo la Corte Penal encuentre motivos para intervenir.

El último punto del *Acuerdo*, titulado “Mecanismos de implementación y verificación”, es de gran transcendencia, pese a ser aparentemente procedimental. Entre otras cosas, crea una comisión de implementación, seguimiento y verificación del *Acuerdo* Final de Paz y de resolución de diferencias, que además de hacer seguimiento, pretende servir de instancia para la resolución de diferencias e impulsar la implementación legislativa, así como continuar negociando los pendientes y los detalles. Este punto reconoce la importancia de la comunidad internacional y articula la forma de ejercer las facultades de verificación del acuerdo.

Sobre el texto del *Acuerdo* en su conjunto, haré algunas consideraciones. En primer lugar, vale subrayar que, voluntariamente, el *Acuerdo* vincula cada uno de los apartados entre sí, articulando así un sistema integral, en el que cada apartado remite a otro y en el que se presentan incentivos y sanciones cruzadas dependiendo del grado de aportes realizados por quienes se acojan a lo negociado; también, que hay puntos que exigen

cumplimientos paralelos, coherentes y coordinados, como el desarrollo rural y la sustitución de cultivos ilícitos. En segundo lugar, cabe señalar que, al crear una jurisdicción para periodos de transición, con elementos de justicia restaurativa y de justicia retributiva, se opta por la práctica al uso en la doctrina internacional: una jurisdicción adicional a la ordinaria, aunque, mientras esté en vigor, canaliza casi todo lo relacionado con el conflicto armado.

Se trata, en suma, de un *Acuerdo* innovador, ambicioso, técnicamente complejo, comprensivo y que requiere de múltiples negociaciones adicionales, y de muchos recursos económicos, para ser implementado. Un buen acuerdo, quizás el mejor de las últimas décadas y con puntos que nunca antes habían sido acordados, pero con grandes desafíos de interpretación, financiación e implementación respecto de ciertos puntos. Adicionalmente, el acuerdo requeriría de una fuente de legitimación social adicional, como garantía de una implementación exitosa y de que fuera el pórtico a la construcción de la paz, lo que explica la importancia de la refrendación social, en paralelo a la refrendación institucional que el ‘no’ en el plebiscito dejó pendiente.

Ese es un reto adicional que va a lastrar, o al menos suponer un obstáculo más, al tránsito de hacer las paces a construir la paz, es decir, para pasar de la simple ausencia de violencia directa política (paz negativa) a la probabilidad de que casi nunca las tensiones y conflictos sociales generen nuevamente violencia política (paz positiva).

Conclusiones y recomendaciones

El *Acuerdo*, entonces, posibilita lograr, total o parcialmente, una paz negativa, entendida esta como la ausencia de violencia directa, pero la paz positiva va más allá de lo pactado, aunque se cumpla a cabalidad y en su totalidad. Supone este tipo de paz rebajar a límites no disfuncionales, tolerables, la violencia de las estructuras y, sobre todo, la violencia simbólica, que ha legitimado el mal endémico del recurso a la violencia política, generación tras generación. Esa paz deberá construirse día a día, puesto que su materialización y conquista requiere, tanto de la solución efectiva a temas que debieron haber sido tratados hace muchos años, como del compromiso de todos los colombianos —con un énfasis particular en las élites— de abandonar el recurso a la violencia directa como recurso sustitutivo del juego político. Y ahí, de nuevo, el papel de los comunicadores comprometidos con la paz será clave. Dicho de otra forma: no habrá construcción de la

paz sin perseguir tres objetivos: a) más Estado, b) más sociedad civil y c) más emprendedores/empresarios. Necesitamos esos tres tipos de actores, cada uno en su lugar sin violentar los intereses de otros, y —en esa lógica de confrontación y cooperación que es la propia de todos los mamíferos sociales superiores, incluyendo nuestra especie humana— afanándose en buscar sinergias y espacios de interacción, o sea, por ende, de concertación de procesos compartidos.

Para que se pueda llegar a la paz positiva, presento algunas recomendaciones:

Primero, insisto, ‘hacer las paces no es lo mismo que construir la paz’, y para construir la paz hay que devolver soberanía decisional a los territorios: capacidad de tomar decisiones sobre temas, recursos humanos y recursos económicos. No hay reglas fijas, sí necesidad de generar instancias de diálogo y consenso, diversas y, de ser posible, permanentes entre los tres actores sociales antes mencionados (Estado, sociedad civil, empresa privada). Y el factor crucial de esa construcción de la paz será el énfasis territorial: lo que cada comunidad, vereda, pueblo, ciudad y departamento añada a la agenda nacional, habida cuenta de que el conflicto armado se ha manifestado de formas muy diferentes en cada territorio y en cada fase del enfrentamiento. Por consiguiente, la construcción de la paz exige en cada territorio un traje a medida, surgido de cada experiencia concreta, de cada caso. Ayudemos, como colofón a este excelente proyecto con el que he tenido el placer de colaborar, a lograr que florezcan cien Habanas, cien concreciones, porque cada paz territorial debe tener su énfasis y su afán. Se trata, en suma, de poner en marcha la consecución de objetivos de construcción de paz focalizados en las ya mencionadas tres erres (resolver, reconstruir, reconciliar).

Segundo, respecto de las tres “erres”, la comunicación y la pedagogía tienen una función esencial, para transmitir que:

- 1) Deben perseguirse recíprocamente, para que se refuercen mutuamente, aunque su temporalidad y dificultad es y será diferente.
- 2) La menor complejidad, y la temporalidad más corta, corresponde a los objetivos vinculados con la reconstrucción; la mayor, a los relacionados con la reconciliación, que en clave comparada casi nunca se resuelve en una sola generación.
- 3) La reconstrucción en el caso colombiano tendrá especial complejidad, dada la persistencia del conflicto armado y la cantidad de dimensiones, tangibles y no tangibles, dañadas, y su diferente impacto territorial, lo que obliga a que los objetivos deban combinar énfasis nacional, regional y local.

4) La resolución supone buscar soluciones duraderas y sin recurso a la violencia a los conflictos, inevitables y persistentes, sobre la tierra/territorio y sobre el sistema político y social inclusivo. Y eso en algunos territorios donde el conflicto armado se ha dejado sentir fuertemente supone agendas diferenciadas, desde el diagnóstico a la evaluación de resultados, y temporalidades también diferenciadas, que exigen consensos o pactos de no menos de diez años de vigencia.

5) La reconciliación, por su parte, conlleva elaborar por consenso y aplicar políticas específicas, desde cambios institucionales a medidas de verdad, justicia y reparación. Pero debe considerar también proyectos orientados a educar para la paz y a fomentar una cultura de paz. No obstante, el objetivo último de la reconciliación, la garantía de no repetición, no depende solo de las actuaciones de reconciliación, sino de resultados indirectos, producto de los éxitos acumulados de la reconstrucción.

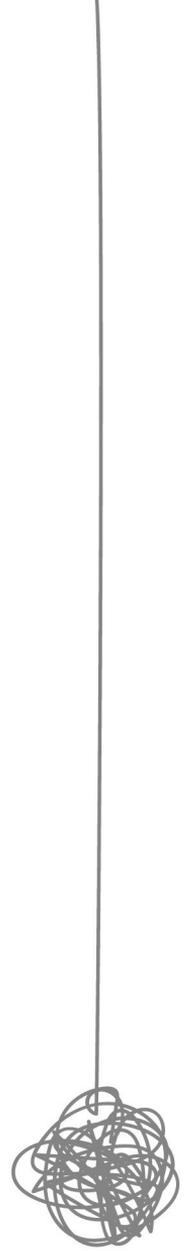
Tercero, y quizás fundamental, construir la paz supondrá poner el análisis y manejo de los conflictos de la vida política, social y económica de Colombia. Para decirlo con Estanislao Zuleta:

Si alguien me objetara que el reconocimiento previo de los conflictos y de las diferencias, de su inevitabilidad y de su conveniencia, arriesgaría paralizar en nosotros la decisión y el entusiasmo en la lucha por una sociedad más justa, organizada y racional, yo le replicaría que para mí una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Que sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz (s. f., p. 2).

El tránsito de hacer las paces a construir la paz permite ser escéptico sobre la fiesta de la guerra, por lo que el post-acuerdo y la construcción de la paz deben permitir hacer de Colombia un pueblo maduro para el conflicto y maduro para la paz. Y ahí esperamos, espero, que los comunicadores para la paz sean un factor motriz crucial.

Referencias bibliográficas

- Presidencia de la República (2017). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. Colombia. Recuperado de <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/acuerdo-final-para-la-terminacion-del-conflicto-y-la-construccion-de-una-paz-estable-y-duradera>
- Grasa Hernández, Rafael (2017). La terminación del conflicto armado y la construcción de una paz duradera y estable en Colombia. Acotaciones para la lectura del *Acuerdo Final*. *Analecta Política*, vol. 7, n. 12. Pp.7-17.
- Zuleta, Estanislao (s. f.). *Sobre la guerra*. Recuperado de <http://catedraestanislao.univalle.edu.co/SobreGuerra.pdf>



Índice onomástico

- Abad Faciolince, Héctor (1958-): 39.
Acevedo Sáenz, Liza: 14, 21, 295.
Agamben, Giorgio (1942-): 87, 98, 182.
Agee, James (1909-1955): 243, 249.
Agudelo, Juan Esteban: 202, 221.
Aguilera, Mario: 36, 40, 91, 98.
Alejo, Rito: 265.
Alexiéovich, Svetlana (1948-): 145, 146, 247, 249.
Aljure, Felipe: 188.
Alonso Espinal, Manuel Alberto: 14, 22, 280, 293, 319.
Anderson, Benedict (1936-2015): 131, 146.
Angarita Cañas, Pablo Emilio: 15, 23, 333.
Anguita, Eduardo (1914-1992): 238, 239, 249.
Aponte, Alejandro: 89, 92, 98.
Appadurai, Arjun (1949-): 311, 315.
Arafat, Yasir (1929-2004): 267, 268, 269, 273.
Arango Pérez, Débora (1907-2005): 218.
Aranzueque, Gabriel: 47, 62.
Arenas Grisales, Sandra: 14, 21, 129, 147, 279.
Arendt, Hannah (1906-1975): 84, 86, 98, 162, 232, 270.
Arias López, Beatriz Elena: 305, 315.
Aristóteles (384-322 a.C.): 29, 30, 40.
Aróstegui, Julio (1939-2013): 55.
Arrubla, Germán: 211.
Atehortúa, Kateryne: 331.
Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá: 265.
Avello, María: 98.
Ayala, Juan: 236, 237, 249.
Bachelard, Gaston (1884-1962): 107.
Bacic, Roberta: 311, 315.
Bacon, Francis (1561-1626): 30.
Badiou, Alan (1937-): 182.
Bajtín, Mijaíl (1895-1975): 106, 119.
Balló, Jordi (1954-): 181.
Barba Jacob, Porfirio (1883-1942): 180.
Barco, Virgilio (1921-1997): 87.
Barnet, Miguel (1940-): 234, 249.

Bauman, Zygmunt (1925-2017): 117, 119.
Bazin, André (1918-1958): 182.
Beauvoir, Simone de (1908-1986): 108, 109, 119.
Becerra, Mauricio: 202, 205, 221.
Bejarano Hernández, Julio Alberto: 191, 196.
Benjamin, Walter (1892-1940): 86, 98, 131, 195, 259, 269, 273, 274.
Bensouda, Fatou (1961-): 364.
Bernini, Emilio: 182, 196.
Bernstein, Carl (1944-): 242.
Blair, Elsa: 46, 57-59, 62, 126, 127, 146, 329, 331.
Bloch, Marc (1886-1944): 55, 85.
Bolívar, Edgar: 201, 221.
Bolívar, Simón (1783-1830): 83.
Bonasso, Miguel (1940-): 240, 249.
Borges, Jorge Luis (1899-1986): 109, 111, 119, 239.
Bornacelly, Jaime: 293.
Bosi, Alfredo (1936-): 116, 119.
Botero, Catalina: 100.
Botero, Fernando (1932-): 202, 203, 205, 212, 213, 221.
Bowden, Charles (1945-2014): 243, 249.
Braudel, Fernand (1902-1985): 352.
Bravo, Patricia: 207, 213, 214, 216.
Buchely, Lina: 325, 331.
Butler, Judith (1956-): 182, 291, 293.
Cadavid, Beatriz Elena: 28, 40.
Calhoun, Craig (1952-): 131, 146.
Calveiro, Pilar (1953-): 296, 297, 315.
Campo Hurtado, Oscar: 181, 182, 185, 186, 192, 195, 197.
Camus, Albert (1913-1960): 104.
Cano, Francisco Antonio (1865-1935): 206, 207, 214.
Cano, María Teresa: 218.
Caparrós, Martín (1957-): 238, 239, 249.
Capote, Truman (1924-1984): 138, 239, 249.
Cárdenas, Lázaro (1895-1970): 235.
Carlin, John (1956-): 244, 249.
Carmona, Mauricio: 207.
Carnap, Rudolf (1891-1970): 30, 40.
Carrasquilla, Braulio: 57, 58.
Castañeda, Juan Camilo: 321, 326, 331.

- Castillejo, Alejandro: 97, 98.
Castro, Fidel (1926-2016): 267.
Ceballos, Ramiro: 343, 348.
Cercas, Javier (1962-): 33, 40.
Certeau, Michel de (125-1986): 289, 293.
Chávez, Humberto: 206.
CINEP, Centro de Investigación y Educación Popular: 125, 146, 331, 358.
CNMH, Centro Nacional de Memoria Histórica: 14, 15, 62, 91, 94, 128, 228, 293, 299, 308, 310, 315, 330.
Cohen, Aron (1959-): 85, 98.
Colorado, Jesús Abad (1967-): 211, 214, 218.
Correa, Teresa (1961-): 168, 171, 173.
Coser, Lewis (1913-2003): 86, 98.
Costa, Marithelma: 182, 196.
Crettiez, Xavier (1968-): 327, 331.
Cruz-Díez, Carlos (1923-): 201.
Chababo, Rubén: 12, 19, 153.
Da Costa, Georges: 92, 98.
Da Silva Catela, Ludmila: 312.
Dalton, Roque (1935-1975): 234, 249.
Das, Veena (1945-): 297, 310, 315.
De Fontcuberta, Mar (1946-): 134, 140, 146.
Descartes, René (1596-1650): 30, 40, 41.
Devi, Rakini: 171.
Didi-Huberman, Georges (1953-): 169, 173.
Diettes, Erika (1978-): 296.
Dosse, François (1950-): 85.
Echavarría, Juan Manuel: 211, 218.
Echeverri, Clemencia (1950-): 202, 211.
Eichmann, Adolf (1906-1962): 84, 98, 232, 270.
El Tiempo: 146, 202, 217, 221, 222, 349.
Eliade, Mircea (1907-1986): 115, 119.
Eliot, Thomas Stearns (1888-1965): 180.
ELN, Ejército de Liberación Nacional: 58, 99, 211, 264, 280, 307, 321, 352, 353, 355.
Enzensberger, Hans Magnus (1929-): 106, 119.
Escobar Gaviria, Pablo Emilio (1949-1993): 205, 207, 212, 213, 264, 269, 282, 321, 338.
Espósito, Roberto (1950-): 182.

- Fajardo, Sergio (1956-): 339, 342.
Fassin, Didier (1955-): 91.
Fernández, Carlos Arturo: 200, 221.
Ferreira, Daniel (1982-): 179, 196.
Feyerabend, Paul (1924-1994): 11, 29, 30, 31, 40.
Fink, Clara Atelman de: 156, 157, 172.
Fink, Claudio Marcelo: 156.
Franco, Francisco (1892-1975): 234, 235, 250.
Franco, Vilma: 182.
Frínico (ca. 511 a.C.): 48, 49.
Fuguet, Alberto (1964-): 243, 249.
Galán Sarmiento, Luis Carlos (1943-1989): 338.
Galeano, Eduardo (1940-2015): 226, 249.
Galtung, Johan (1930-): 86, 99.
García Canclini, Néstor (1939-): 170, 173.
García Márquez, Gabriel (1927-2014): 111, 119, 148, 232, 234, 249, 266.
García, Luis Fernando, el “Gordo”: 281-283.
García, Rolando (1919-2012): 114, 119.
Gatti, Gabriel: 296, 313, 315.
Gaviria, Aníbal (1966-): 342.
Gaviria, Víctor (1955-): 206.
Gerardi, Juan (1922-1998): 241, 242.
Germano, Gustavo (1964-): 154-157, 161, 173.
Gil Ramírez, Max: 280, 293.
Gilmour, Ethel (1940-2008): 213, 215, 217, 218.
Giraldo Escobar, Sol Astrid: 13, 20, 199, 205, 214, 221.
Giraldo, Efrén: 219, 221.
Giraldo, Jorge: 182, 293.
Giraldo, Marta Lucía: 28, 40.
GMH, Grupo de Memoria Histórica: 60, 62, 74, 78, 91, 94, 126, 146, 299, 316, 322, 331.
Goldman, Francisco (1954-): 240-242, 249.
Gómez Lopera, Luz Viviana: 287, 293.
Gómez Martínez, Juan (1934-): 342.
Gómez Sánchez, Gabriel: 93, 99.
Gómez, Jaime Alberto: 28, 40.
Gómez-Peña, Guillermo (1955-): 169, 170, 172.
González Calleja, Eduardo: 125, 146.
González Gil, Adriana: 126, 146.

- González Arango, Isabel: 14, 21, 295, 299, 300, 304, 315, 316.
González, Marcela: 28, 40.
González, Mónica: 240.
Gramsci, Antonio (1891-1937): 105, 119.
Grandes, Almudena (1960-): 240.
Grasa Hernández, Rafael (1953-): 15, 23, 351, 360, 368.
Greene, Graham (1904-1991): 247.
Grisales Hernández, Marisol: 146.
Guachetá Campo, Jisele: 134, 146.
Guerrero, Felipe: 191.
Guerrero, Leila (1967-): 138, 146, 232, 243, 249.
Gurr, Ted Robert (1936- 2017): 125.
Gutiérrez, Federico (1974-): 342.
Hahn, Hans (1879-1934): 30, 40.
Halbwachs, Maurice (1877-1945): 85, 130, 131, 132, 146.
Haraway, Donna (1944-): 254, 274.
Hartog, François (1946-): 85, 86, 87, 91, 99, 142.
Henderson, James: 91, 99.
Herrera, María Ofelia: 337.
Hernández, Yhobán Camilo: 12, 123.
Herrscher, Roberto (1962-): 13, 20, 136, 137, 141, 147, 225, 249, 375.
Hibbs, Douglas (1944-): 125.
Hienich, Natalie (1955-): 142, 148.
Hoyos, Juan José (1953-): 136, 137, 139, 142, 147.
Hoyos, Mauricio: 219.
Huysen, Andreas (1942-): 85, 188, 196.
Inakayal, cacique: 161, 162.
Jaramillo Caro, Sergio (1966-): 356.
Jaramillo Marín, Jefferson: 85, 89, 99, 134.
Jaramillo Ossa, Bernardo (1955-1990): 179.
Jaramillo, Ana María (1956-): 324, 331, 343, 348.
Jelin, Elizabeth (1941-): 93, 94, 99, 131, 134, 147, 325, 329, 331.
Jung, Carl Gustav (1875-1961): 107, 117, 119.
Kaiser, Susana (1945 -): 256, 274,
Kapuściński, Ryszard (1932-2007): 247.
Kertész, Imre (1929-2016): 44, 52, 62.
Klee, Paul (1879-1940): 195.
Kopp, Matthias: 13, 21, 253.
Kraus, Karl (1874- 1936): 255, 274.

- Kubrick, Stanley (1928-1999): 237.
LaCapra, Dominick (1939-): 85.
Lacy, Suzanne (1945-): 219.
Lalinde, Fabiola: 308.
Lalinde, Luis Fernando: 308.
Lampedusa, Giuseppe Tomasi di (1896-1957): 359.
Lanusse, Alejandro Agustín (1918-1996): 238.
Laso, Francisco (nieto): 158.
Laso, José Domingo (1870-1927): 158, 159, 161, 162, 165, 170, 173.
Le Goff, Jacques (1924-2014): 85, 131.
Le Parc, Julio (1928-): 201.
Lederach, John Paul (1955-): 86, 99.
Lefranc, Sandrine: 89, 99.
Levi, Primo (1919-1987): 85, 99, 142, 147.
Lifschitz, Javier: 129, 132, 147.
Livraga, Juan Carlos: 229.
Loew, Jaques (1908-1999): 110.
Londoño Isaza, Juan David: 11, 27.
López Pan, Fernando: 136, 147.
Loraux, Nicole (1943-2003): 49, 62, 63, 85.
Ludueña, María Eugenia (1969-): 142, 147.
MacDougall, David (1939-): 188.
Machado, Antonio (1875-1939): 208.
Machamer, Peter (1942-): 28, 40.
Malinowski, Bronisław (1884-1942): 115, 119.
Mancuso Gómez, Salvatore (1964-): 344.
Mandela, Nelson (1918-2013): 244.
Margry, Peter Jan (1956-): 290, 293.
Marín Pérez, Consuelo: 288, 293.
Márquez Valderrama, Fulvia: 286, 293.
Martin, Gerard: 321, 322, 331.
Martínez, Alejandro: 33, 40.
Martínez, María: 313, 315.
Martínez, Tomás Eloy (1934-2010): 238-240, 249.
Martini, Stella: 134, 147.
Massey, Doreen (1944-2016): 208.
Mate Rupérez, Manuel-Reyes (1942-): 45-48, 51-53, 62, 141, 142, 147.
Medina, Álvaro: 221.
Medina, Carlos: 91, 99.

- Medina, Cremilda: 109, 112, 119, 120.
Meihy, José Carlos Sebe Bom: 105, 107, 111, 119.
Melo, Jorge Orlando (1942-): 284, 293.
Méndez, Orlando René (1946-1976): 155.
Mendoza, Rubén (1980-): 192.
Menéndez, Mario Benjamín (1930-2015): 237.
Merleau-Ponty, Maurice (1908-1961): 114, 119.
Metz, Johann Baptist (1928-): 46, 62, 73, 76.
Mill, John Stuart (1806-1873): 37, 40.
Mira, Pastora: 187.
Mitchell, Christopher: 86, 99.
Mladić, Ratko (1943-): 263.
Monsalve, Claudia: 308.
Montoya Carvajal, Laura: 217, 222.
Montoya García, Jaime de J.: 74, 78.
Montoya, Omaira: 306, 307, 311.
Montseny, Federica (19905-1994): 235.
Morillo, Pablo (1775-1837): 83.
Morin, Edgar (1921-): 113, 114, 120.
Mouffe, Chantal (1943-): 182.
Múnera, Ana Claudia: 202.
Muñoz Reyes, Juan (1870-1962): 162, 163, 164, 173.
Muñoz, Ana María: 146, 331.
Muñoz, Víctor (1957-): 211.
Murillo Bejarano, Diego Fernando, alias Don Berna (1961-): 269.
Naranjo Giraldo, Gloria: 334, 349.
Naranjo, Sergio (1944-): 342.
Negret, Edgar (1920-2021): 201.
Neurath, Otto (1882-1945): 30, 40.
Nichols, Bill (1942-): 176, 181, 185, 196.
Nieto López, Judith: 11, 18, 43.
Nieto, Patricia (1968-): 123, 147, 148, 243, 244, 249.
Noguera, Albert (1978-): 46, 55, 56, 59, 60, 62.
Nora, Pierre (1931-): 46, 48, 54, 55, 62.
Nussbaum, Martha C. (1947-): 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41.
O'Brien, Tim (1946-): 244, 249.
Oliva, Leticia Margarita (1948-1978): 155.
Ong, Walter (1912-2003): 104, 120.
Ortega, Francisco: 85, 100, 142.

Ortiz Jiménez, William: 148.
Orwell, George (1903-1950): 227, 249.
Osorio Vargas, Raúl: 12, 103, 120.
Ospina, Marta: 286, 293.
Palacios, Ana Patricia: 202.
Palacios, Leyner: 37, 39, 40.
Palacios, Marco: 91, 100.
Pareja, Deicy: 345, 349.
Peláez, Cristóbal: 200.
Peña, Juan Cristóbal: 240.
Pérez Gutiérrez, Luis (1951-): 342.
Pérez Hernández, Alba: 304, 316.
Perón, Juan Domingo (1895-1974): 229, 234, 235, 238, 240, 250.
Piedrahíta Arcila, Irene: 15, 22, 319.
Piglia, Ricardo (1941-2017): 182, 187, 196.
Platón (427-347 a. C.): 30, 46, 47.
Pollak, Michael (1948-1992): 131, 132, 148.
Poniatowska, Elena (1932-): 145, 148.
Popper, Karl (1902-1994): 30, 41.
Portelli, Alessandro (1942-): 108, 110, 120.
Posada, Gloria: 208, 210, 212, 222.
Posada, Juan Carlos: 205, 221.
Posada, Libia: 208.
Pretty, Chris: 248.
Proust, Marcel (1871-1922): 162.
Puerta Henao, Catalina: 12, 18, 81, 100, 141, 142, 148.
Quiceno Toro, Natalia: 14, 21, 295, 330, 331.
Quintero, Ángel: 308.
Quintero, Natalia: 293.
Rabossi, Eduardo (1930-2005): 45, 62.
Rama, Ángel (1926-1983): 111, 120, 188, 196.
Ramírez Gómez, Helí: 206.
Ramírez, Diana Emilce: 342, 349.
Ramírez, Dora: 217.
Ramírez, Imelda: 200, 201, 222.
Ramos Botero, Luis Alfredo (1948-): 342.
Rattenbach, Benjamín (1898-1984): 237.
Rechtman, Richard: 91.
Requejo Alemán, José Luis: 143, 144, 148.

- Restrepo, Beatriz: 66, 71-76, 78.
Restrepo, Camilo (1975 -): 176, 187, 188, 195, 197.
Restrepo, Esteban: 100.
Reyes, Raúl (1948-2008): 182, 185, 213.
Riaño-Alcalá, Pilar: 219, 312, 316.
Ricoeur, Paul (1913-2005): 46, 47, 55, 62, 66-75, 78, 87, 100, 107, 120.
Rieff, David (1952-): 28, 32, 39, 41.
Riera, Daniel: 236, 249.
Rilla, José Pedro (1956-): 53, 54, 62.
Rimbaud, Arthur (1854-1891): 185.
Rincón Gille, Nicolás (1973-): 192, 195, 196, 197.
Rincón, Omar (1961-): 124, 139, 148.
Rodríguez Gacha, Gonzalo (1947-1989): 213.
Rodríguez, Jorge: 137, 144, 147, 148.
Rodríguez, Marta: 192, 107.
Ronderos, María Teresa: 265, 269, 274.
Rorty, Richard (1931-2007): 38, 41.
Ross, Marc Howard (1942-): 86, 100.
Rousset, David (1912-1997): 34.
Rousseau, Henry (1954-): 55.
Ruggiero, Vincenzo (1950-): 327, 331.
Ruiz Montealegre, Manuel: 197.
Ruiz, Marta: 124, 148.
Saffón, María Paula: 100.
Salazar, Alonso (1960-): 324, 327, 331, 339, 342.
Salazar, Miguel: 191.
Salcedo Ramos, Alberto (1963-): 244-246, 250.
Samper, Ernesto (1950-): 264.
Sánchez Carretero, Cristina: 290, 293.
Sánchez, Gonzalo: 32, 35, 41, 228, 297, 316.
Sánchez Medina, Luz Amparo: 11, 65.
Sanfeliu, Alba: 311, 315.
Santos, Boaventura de Sousa (1940-): 114, 115, 120.
Santucho, Mario Roberto (1936-1976): 239.
Sarlo, Beatriz (1942-): 140, 149, 176, 180, 181, 196.
Schwarzstein, Dora: 234, 235, 250.
Scott, James: 281, 293.
Seethaler, Sherry: 28, 41.
Segura, Jaime Andrés: 342, 349.

- Semana: 337, 349.
Serna, Fredy: 204, 206.
Serna, Gloria: 302, 303.
Shapin, Steven (1943-): 30, 41.
Sierra, Diego: 293.
Silva, Jorge: 192.
Silva, Miguel: 338, 349.
Sims, Norman (1948-): 136, 142, 149, 250.
Sócrates (470-399 a.C.): 47.
Sófocles (496-406 a.C.): 37, 49, 62.
Sontag, Susan (1933-2004): 59, 62, 157, 173.
Soto Taborda, Juan: 179-182, 195, 196, 197.
Spivak, Gayatri (1942-): 254, 274.
Steinbeck, John (1902-1968): 239.
Stern, Steve (1951-): 94.
Stone, Oliver (1946-): 237.
Suárez, Juana: 188, 196.
Tahir, Nadia: 92, 98.
Taussig, Michael (1940-): 255, 260, 265-269, 274.
Tenenboim-Weinblatt, Keren: 256, 274.
Timerman, Jacobo (1923-1999): 238.
Todorov, Tzvetan (1939-2017): 31, 34, 35, 41.
Torrice, Mario Alejandro (1977-): 125, 149.
Traverso, Enzo (1957-): 85, 86, 100.
Trinca, Walter: 117, 120.
Trujillo, Francisco: 306, 307, 316.
Trujillo, Mauricio: 307.
Turati, Marcela (1974-): 228, 232, 233, 250.
Turbay Ayala, Julio César (1916-2005): 200.
Turró, Salvio (1956 -): 29, 41.
Uprimny, Rodrigo (1959 -): 89, 100.
Uribe de Hincapié, María Teresa (1940-2019): 76, 78, 281, 293, 320, 324, 331.
Uribe Vélez, Álvaro (1952-): 185.
Uribe, Alberto: 202.
Uribe, Carlos: 207, 209.
Uribe, Juan Camilo (1941-2005): 201.
Uribe, María Tila (1931 -): 306, 316.
Valencia Mesa, David Enrique: 313, 316.

- Valenzuela, Valeria: 182, 196.
Valle, Juan José (1904-1956): 229.
Vallejo, Fernando (1942-): 217.
Vallejo, Maryluz: 227.
Vásquez, Félix: 57, 62.
Vélez, Eladio (1897-1967): 206.
Vélez, Juan Carlos: 280, 293.
Verbitsky, Horacio (1942-): 240, 250.
Verdugo, Patricia (1947-2008): 240.
Vergès, Françoise: 46, 49, 50, 54, 62.
Vernant, Jean Pierre (1914-2007): 85.
Villa, Marta Inés: 343, 348.
Villamizar, Juan Carlos: 126, 149.
Villegas, Juan Miguel: 202, 222.
Villegas, Lucelly: 334, 349.
Viñolo Berenguel, María: 304, 316.
Walsh, Rodolfo (1927-1977): 138, 139, 146, 149, 228-232, 239, 249, 250.
Weber, Max (1864- 1920): 125.
Wieviorka, Annette (1948-): 87, 100.
Winton, Nicholas (1909-2015): 35, 40.
Wolfe, Tom (1930-2018): 136, 149.
Woodward, Bob (1943-): 242.
Yerushalmi, Yosef Hayim (1932-209): 46-48, 62, 63.
Zelizer, Barbie (1954-): 256, 274.
Zuleta, Estanislao (1935-1990): 367, 368.
Zuluaga, Pedro Adrián: 13, 20, 188, 196.

Índice temático

- 11 de septiembre: 346.
Acuerdo de La Habana (Acuerdo): 358, 360.
 aculturación: 111.
 AFP: 341, 348.
 Alemania: 36, 84, 124, 226, 325, 260.
 Alta Consejería Presidencial para Medellín: 201, 285, 286, 293, 325, 338.
 altares espontáneos: 282, 289, 290, 291.
 alteridad: 66, 67, 68, 69, 72, 108, 114.
Alternativas de futuro para Medellín: 338.
 Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR): 339, 348.
 amenaza de lo invisible: 169.
 América Latina: 44, 99, 111, 113, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 135, 136, 145, 147, 154, 158, 161, 226, 232, 242, 243, 247, 248, 341.
 amnistía: 89, 127, 363, 364.
 analfabeto secundario: 106
 analfabetos: 106, 107, 116.
 Antimili Sonoro: 284.
 antropología: 93, 98, 99, 113, 161, 243, 244, 253, 254, 292, 308.
 arte antioqueño: 206.
 artefactos políticos: 176.
 artista *transformer*: 169.
 Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos (Asfaddes): 298, 299, 300, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 315.
 Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón: 298, 301,
 Auschwitz: 51, 52, 98, 99.
 ausencias: 154, 155, 156, 172, 173, 325.
 ausentes: 296, 299, 310.
 Autodefensas Unidas de Colombia (AUC): 245, 342, 363.
 Balboa: 253, 258, 259, 260, 261, 263, 273.
 Barrio Comparsa: 281, 282, 283.
¡Basta ya!: 128, 146, 225, 226, 227, 228, 248, 249, 316.
 Biblioteca Pública Piloto (BPP): 287.
Biografía de un cimarrón: 234, 249.
 Bloque Cacique Nutibara: 342.
 Bloque Metro: 74, 280.
 borrar/mostrar: 153.

British Broadcasting Corporation (BBC): 35, 40.
Buenaventura: 52, 322.
Cacique Nutibara, Bloque: 269, 280, 342.
Caminos de vida, Gloria Posada: 108, 210.
Campaña al Desierto: 161.
carnaval: 106.
Cartel de Cali, el: 264.
Cartel de Medellín, el: 291, 321.
Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep): 125, 246, 331, 358.
Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH): 62, 91, 94, 128, 228, 249, 280, 293, 299, 308, 310, 315, 330.
cese al fuego: 361, 362.
cine y guerra, en Colombia: 175.
Círculo de Viena: 30, 40.
Ciro y yo: 191.
Colombia: 36, 40, 50, 51, 58, 60, 62, 71, 76, 78, 81, 82, 83, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 133, 135, 139, 141, 144, 146, 147, 148, 149, 175, 176, 179, 182, 186, 192, 205, 211, 212, 221, 226, 228, 232, 243, 245, 246, 249, 254, 255, 258, 259, 260, 264, 265, 267, 274, 296, 297, 298, 305, 307, 308, 309, 311, 314, 315, 316, 335, 338, 339, 341, 342, 344, 348, 349, 352, 353, 357, 359, 362, 367, 368.
Colprensa: 37, 40.
combos: 280, 285, 291, 321, 323.
Comfenalco: 287, 288, 289, 293.
Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR): 92, 98, 128, 299, 300.
Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición: 363.
Comité de Emergencias: 289.
comités cívicos: 337.
conflicto armado (confrontación armada): 14, 19, 20, 22, 23, 24, 27, 28, 29, 36, 40, 41, 42, 45, 46, 52, 96, 104, 115, 116, 121, 131, 135, 135, 164, 173, 179, 212, 218, 245, 253, 262, 263, 264, 265, 266, 269, 271, 285, 287, 288, 293, 294, 306, 312, 323, 325, 326, 327, 329, 331, 333, 334, 335, 336, 350, 355.
conflicto armado en Colombia: 82, 92, 97, 148, 296, 298.
conflicto social: 86, 98.
conflicto violento: 322.
conflictos bélicos: 254.

conflictos locales: 347.
 conflictos urbanos: 347.
 conocimiento científico: 28, 30, 38, 41.
 Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes): 285.
 Constitución de 1991: 201, 342, 362.
 construir la paz: 351, 365, 366, 367.
 consumo, sociedad de: 324.
 contra el unanimismo: 186.
 convenios de Ginebra: 83, 360.
 Corporación Presencia Colombo Suiza: 219.
 Corporación Región: 66, 78, 201, 219, 221, 293, 348, 349.
 Corte de Constitucionalidad: 361.
Corte de florero, Juan Manuel Echavarría: 218.
 Corte Penal Internacional: 364.
 Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón: 300, 303, 306, 312, 316.
 crecimiento poblacional: 334.
 criminología: 86, 87.
 crónica: 111, 118, 135, 128, 140, 147, 148, 192, 212, 227, 228, 232, 233, 236,
 238, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 248, 249, 250, 322.
 crónicas de guerra: 135.
 Cruz Roja Internacional: 83.
 cuerpo enfermo: 188.
Cuerpos frágiles: 179, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 197.
 cultivo de la ciudadanía: 27, 28,
 cultura paisa: 207, 326.
 cultura y violencias: 326.
De doble filo, Clemencia Echeverri: 211.
 debate de los historiadores: 85.
 década de los ochenta: 217, 285, 321, 337, 340.
 Decreto 1875 del 17 de agosto de 1990: 285.
 Defensoría del Pueblo: 289.
 demoscopia: 359.
 Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE): 334, 348.
 Derecho de la Guerra: 83
 Derecho de La Haya: 83.
 Derecho Internacional Humanitario (DIH): 82, 83, 84, 88, 94, 128, 360,
 Derecho Internacional Público: 83.
 Derechos Humanos (DDHH): 82, 84, 88, 94, 96, 129, 141, 142, 146, 241,
 242, 307, 308, 326, 341, 360, 363, 364.

desaparición forzada: 52, 95, 300, 308, 309, 310, 311, 315, 321, 339, 341, 364.
desculturación: 111.
Desde adentro: 113, 306, 316.
Desertepaz: 219.
desempleo: 285, 323, 334.
desesperanza urbana: 207.
desfotografiar: 158.
Entre Ríos, río Uruguay: 155.
desmovilización, Ley 975 de 2005: 88, 91, 92, 95, 128, 141, 298, 316.
desplazada, población: 93, 95, 208, 288, 341.
desplazados en Medellín: 340.
desplazados: 54, 288, 289, 334, 339, 340.
desplazamiento forzado: 95, 146, 281, 322, 327, 331, 339, 341, 364.
desplazamiento intraurbano: 340.
desplazamiento: 50, 86, 208, 212.
diálogo social: 106.
diálogos de paz: 28, 135, 298, 299, 308,
Diarios de caza, Germán Arrubla: 211.
documental del yo: 182.
documental: 157, 166, 176, 179, 181, 182, 185, 186, 187, 188, 191, 192, 195,
196, 197, 214, 247, 257, 280, 322.
drogas ilícitas: 336, 361, 363.
educación para la paz: 86.
Eichmann en Jerusalén: 98, 232.
Ejército de Liberación Nacional (ELN): 58, 99, 211, 264, 280, 307, 321, 352,
353, 355.
Ejército Popular de Liberación (EPL): 308.
Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP): 238.
el arte a la ciudad, Medellín: 201.
El arte del asesinato político: 240, 241, 242.
El nido, grupo La Miscelánea: 205.
El siglo del viento: 227.
En la parte alta abajo, Helí Ramírez: 206.
En lo escondido: 191.
Encuentro en Oxford: 248.
ensayismo documental: 186.
Entre Franco y Perón: 234, 250.
entrevista: 62, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 117, 119, 120, 196, 221, 230, 231,
232, 234, 235, 237, 239, 242, 267, 268, 269, 291, 341, 348.

- epistemología: 28, 29, 119, 154, 174, 312.
- erres, las tres: 354, 356, 366.
- escritura: 34, 106, 107, 111, 116, 117, 120, 135, 136, 137, 138, 142, 143, 147, 187, 191, 208, 211, 247, 311.
- espíritu emprendedor paisa: 336.
- Esta es tu casa*, intervención urbana: 212.
- estándares internacionales de protección: 84, 88.
- Estatuto de Roma: 364.
- Estatuto de Seguridad: 200.
- ethos* [de lo] antioqueño: 324, 326.
- Europa: 35, 98, 115, 165, 235, 263, 265.
- excedente social: 158.
- exclusión: 52, 68, 99, 169, 208, 297, 313, 323.
- exiliados: 234, 235, 236.
- exterminio, imagen fotográfica: 162.
- extorsión en Medellín: 349.
- FARC: 28, 36, 37, 50, 88, 90, 91, 98, 99, 127, 128, 133, 135, 179, 182, 211, 244, 245, 246, 280, 297, 299, 308, 310, 320, 352, 353, 355, 358, 359, 362, 363.
- fascismo criollo: 265.
- Festival Revolución sin Muertos: 284
- ficción narrativa: 53.
- filosofía de la ciencia: 28, 30.
- Filosofía: 28, 30, 45, 62, 73, 104, 113, 116.
- Finite games/ Infinite games*, Camilo Restrepo: 213.
- foto-documentalismo: 166.
- fotografías: 143, 154, 155, 156, 157, 158, 161, 162, 165, 168, 170, 171, 172, 173, 181, 188, 200, 207, 211, 213, 214, 280, 309, 310.
- found footage*: 179, 181, 182, 187, 196.
- fragilidad de la identidad: 67, 68, 69.
- frontera, entre los Estados Unidos y México: 166, 167.
- fronteras invisibles: 214, 181, 283.
- Fuego cruzado*: 232, 233, 250, 258.
- Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC): 362.
- Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR): 239.
- Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP): 20, 22, 23, 30, 31, 36, 44, 45, 58, 115, 116, 121, 123, 167, 170, 201, 235, 246, 263, 264, 274, 276, 287, 320, 321, 323, 326, 327, 330, 331.
- Fundación Ratón de Biblioteca: 287.
- GAA: 343, 348.

garantía de no repetición: 356, 367.
genocidio: 49, 51, 85, 95, 129, 134, 168, 173, 179, 263, 364.
giro hacia el pasado: 85, 99.
giro subjetivo: 181, 185, 196.
grafitis: 282, 285, 289.
Grupo de Memoria Histórica (GMH): 62, 74, 78, 91, 94, 126, 299, 316, 331.
grupos al margen de la ley: 88, 89, 95, 299, 316, 343.
grupos armados ilegales: 128, 336, 243.
Guayacán, Ethel Gilmour: 213, 215.
Guerra Civil Española: 234.
guerra contra el Estado: 282.
Guerra de las Malvinas: 234, 236, 248.
guerra, reparaciones de: 84.
guerra, situación de: 288.
guerras regionales: 127.
habla: 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 115, 117, 118.
hacer las paces: 352, 354, 355, 360, 365, 366, 367.
hacer un cuerpo: 300.
Héroes de Granada: 280.
héroes y mártires: 296.
herramientas de análisis de conflictos: 357.
herramientas de diálogo: 357.
herramientas y procedimientos para generar procesos de acción colectiva:
357.
historia oral: 105, 106, 107, 109, 110, 111, 115, 119, 120, 132, 180, 227, 234,
235, 236.
historia y memoria: 46, 53, 54, 55, 56, 98, 131, 187.
Historias de barrio: 219.
holocausto nazi: 35, 84.
homicidios en Medellín: 340.
Horizontes, Carlos Uribe: 207.
Horizontes, Francisco Antonio Cano: 206, 214.
Horizontes, Fredy Serna: 204, 206.
humano ser: 104, 105, 106, 109, 112, 116, 117, 118.
identidad y legitimidad: 58.
identidad: 45, 56, 58, 59, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 76, 93, 114, 116, 136, 141,
142, 143, 169, 170, 180, 186, 200, 206, 208, 234, 236, 243, 250, 265, 281,
326, 335.
imagen y poder: 153.

- imágenes del poder: 170.
 imprescriptible: 85, 86, 364.
 indio borrado: 165.
 indulto: 40, 89, 363.
 informe de la guerra: 226.
 infraestructuras de paz: 357.
 instante de verdad: 162.
 Instituto Nacional de Medicina legal y Ciencias Forenses (INMLCF): 340, 341, 348.
 invisible, lo: 157, 169.
 izquierdismo católico: 326.
 juicios de Núremberg: 84.
 Juntas de Acción Comunal: 326.
juridificación del espacio de las víctimas: 85, 86.
 Jurisdicción Especial para la Paz (JEP): 360, 363, 364.
 justicia a los muertos: 66, 78.
 justicia transicional: 83, 87, 88, 89, 90, 92, 96, 97, 98, 99, 100, 293.
La eterna parranda: 244, 245, 246, 250.
La gente de La Universal: 188.
 La Gorda, Fernando Botero: 202.
La impresión de una guerra: 176, 179, 182, 187, 188, 190, 191, 197.
 la memoria y el temor, era de: 176.
La muerte de Pablo Escobar, Fernando Botero: 212, 213.
La noche de Tlatelolco: 234, 250.
La pasión según Trelew: 238, 239, 249.
La piel de la memoria: 219.
La Sierra: 280.
La vendedora de rosas: 280.
La virgen de los sicarios, Fernando Vallejo: 217.
La virgen de los sicarios (1999): 280.
La Voluntad: 239, 249.
Las caras y las máscaras: 227.
 lenguaje textil: 305.
 lesa humanidad: 84, 85, 240, 241, 364.
 Ley de Justicia y Paz: 98, 128, 141, 298, 299.
 Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, Ley 1448 de 2011: 90, 128, 298, 315.
 limpieza étnica: 161.
 limpieza social: 270, 324, 337.

literatura testimonial: 85.
literatura: 36, 45, 85, 106, 136, 137, 138, 139, 144, 145, 146, 227, 230, 234,
247, 248, 249, 255, 282, 288, 322.
Lo que quedó, Patricia Bravo: 213, 216.
lógicas de la venganza: 86.
Los abrazos del río: 191.
Los escogidos: 62, 243, 249.
Los viajes del Penélope: 248.
Madres de la Candelaria: 290.
Madres de Plaza de Mayo: 129, 234.
Malvinas, la primera línea: 236, 249.
mandala: 107, 108.
Mapas y fragmentos, Gloria Posada: 208.
marginación social: 323.
masacres: 52, 138, 139, 146, 149, 166, 212, 228, 230, 233, 240, 250, 258, 262,
264, 265, 266, 280, 282, 285, 291, 299, 321.
Mata que Dios perdona, Patricia Bravo: 207.
materiales opacos: 182.
Medellín, un lecho de rosas: 201, 221.
Medellín: 66, 126, 146, 148, 187, 199, 200, 201, 202, 205, 206, 207, 212, 213,
217, 218, 219, 221, 222, 243, 267, 269, 270, 274, 280, 281, 282, 284, 285,
286, 287, 289, 290, 291, 293, 298, 300, 302, 306, 307, 308, 310, 312, 319,
320, 321, 322, 324, 325, 326, 327, 328, 330, 331, 333, 334, 335, 336, 337,
338, 339, 340, 341, 342, 343, 345, 346, 347, 348, 349.
Medellín: Reencuentro con el futuro: 285.
memoria colectiva: 17, 20, 22, 40, 45, 48, 66, 69, 71, 76, 85, 98, 131, 132, 146,
148, 208, 219, 254, 256, 257, 259, 273, 291.
memoria de la violencia: 128, 289, 305.
Memoria del fuego: Los nacimientos: 226, 249.
memoria del sufrimiento y de la injusticia: 75.
memoria histórica ejemplar: 39.
memoria histórica, naturaleza: 28, 55, 59.
memoria histórica, valor epistemológico: 28, 32.
memoria histórica: 27, 28, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 28, 39, 44, 45, 46, 51, 53,
55, 56, 58, 59, 60, 61, 62, 74, 78, 91, 93, 94, 124, 126, 128, 131, 227, 228,
234, 236, 249, 293, 299, 308, 311, 322, 330.
memoria impedida: 67.
memoria individual: 44, 181, 257.
memoria maloliente: 185.

- memoria manipulada: 65, 66, 67, 71, 72, 76.
 memoria moral: 73.
 memoria obligada: 66, 67, 71, 74.
 memoria política: 129, 139, 132, 132, 133, 143, 147.
 memoria urbana: 149.
 memoria y olvido: 47, 333.
 memoria, altares de la: 289.
 memoria, cultura de la: 62, 76, 77, 149, 196.
 memoria, deber de: 65, 66, 67, 71, 72, 73, 74, 75, 91.
 memoria, ejercicios de: 90, 128, 329, 330.
 memoria, iniciativas de: 289, 292.
 memoria, la ley del deber de la: 51, 52.
 memoria, necesidad de la: 49.
 memoria, noción: 46, 53.
 memoria, usos y abusos de la: 66.
 memorias de la ciudad: 323.
 memorias sobre la ciudad: 320.
 mercado de las drogas: 336.
 Metro, Medellín: 217, 221.
Miguel Mármol: 234, 249.
 mirada blanca y eurocéntrica: 165.
 Montoneros: 239.
 Movimiento 19 de abril (M-19): 280, 323.
 Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR): 57.
Mudas, Víctor Muñoz: 211.
 muerte violenta: 207, 321, 322.
 mujer: 20, 21, 74, 82, 97, 154, 157, 166, 169, 170, 202, 208, 211, 236, 238, 243,
 265, 266, 290, 299, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 308, 309, 312, 338, 347.
 Mujeres Vestidas de Negro: 290.
 Museo de La Plata, indios: 160, 165, 170.
 narcotráfico, subcultura del: 324.
 narcotráfico: 90, 127, 200, 201, 206, 217, 226, 232, 259, 266, 282, 308, 324,
 326, 327, 329, 331, 334, 336, 338, 363.
 narrativa textil: 298, 300, 312.
 narrativas nacionales: 296
narrativas periodísticas, Las: 109, 145, 256.
 neoculturación: 111.
New Horizons, Carlos Uribe: 207, 209.
No nacimos pa' semilla, Alonso Salazar: 206.

Noche herida: 191, 192, 193, 194, 195, 197.
no-repetición, La: 256.
noticia: 124, 134, 136, 143, 146, 147, 182, 185, 185, 191, 228, 248, 245, 248, 255, 256, 257, 260, 263, 264, 267, 268, 273, 306, 326, 345, 353, 363.
noticiero: 185, 186, 187, 254, 257, 258, 260, 267, 344.
Nunca más: 52, 61, 143, 225, 226, 227, 247, 248, 249.
objeción de conciencia: 284.
obras históricas: 45.
ochenta, crisis industrial de los: 338.
ochenta, década de los: 217, 218, 248, 285, 321, 330, 334, 337, 338, 340.
Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado (OHDA): 241, 242.
Oficina de Envigado, la: 269, 280.
olas/oleadas migratorias: 334.
olvido colectivo: 48.
ONG: 270, 280, 286, 326, 338, 343,
operación Anorí, la: 58.
Operación masacre: 138, 139, 146, 149, 228, 230, 233, 250.
Operación Orión: 288.
oralidad secundaria: 104.
oratura: 109, 111, 112, 116, 120.
Organización de las Naciones Unidas (ONU): 87, 100, 339.
Oscuro animal: 191.
Pájaro de la paz, Fernando Botero: 205.
Pájaro herido, Fernando Botero: 202, 203.
Pájaro, Fernando Botero: 202, 205.
palabra dada: 67, 68.
palimpsestos de guerra: 187.
Parábola del retorno: 177, 178, 179, 180, 181, 182, 196.
paramilitar: 265, 285, 326.
paramilitares: 37, 51, 88, 90, 127, 141, 187, 217, 245, 265, 266, 269, 274, 280, 284, 290, 291, 299, 300, 321, 323, 324, 335, 342, 344, 362.
parche: 285, 287, 289.
participación política: 361, 362.
Partido Comunista de Colombia - Marxista y Leninista (PCC-ML): 308.
Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT): 239.
paxólogos: 353.
paz negativa: 365.
paz positiva: 365, 366.
paz sin desaparecidos: 299.

- paz y desarrollo: 355.
- paz: 28, 33, 39, 40, 51, 76, 86, 98, 125, 128, 133, 135, 146, 179, 191, 222, 226, 244, 246, 248, 267, 270, 273, 297, 298, 299, 304, 308, 315, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 363, 365, 366, 367, 368.
- Pepes, los: 321.
- performativo: 176, 182, 185.
- periodismo abierto y democrático: 105.
- periodismo de crímenes: 240.
- periodismo de denuncia: 228.
- periodismo de investigación: 237, 238.
- periodismo de noticiero: 257, 267.
- periodismo narrativo: 135, 136, 137, 139, 142, 143, 144, 147, 227, 343, 344, 348, 349.
- periodismo táctil: 267, 268.
- periodismo: 32, 93, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 111, 112, 113, 123, 124, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 147, 48, 49, 227, 228, 232, 234, 237, 238, 240, 243, 244, 248, 249, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 267, 268, 306.
- periodista: 33, 50, 54, 109, 112, 124, 135, 136, 139, 140, 141, 144, 145, 148, 149, 226, 227, 228, 230, 232, 233, 234, 236, 238, 239, 241, 242, 243, 247, 254, 255, 256, 257, 259, 260, 263, 265, 266, 267, 270, 273, 282, 290, 321, 344.
- Periodistas de a Pie: 232.
- periodistas y narradores: 226, 227.
- perlaboración: 75.
- Personería de Medellín: 325.
- Personería: 289, 301, 305, 325.
- poder armado: 289.
- prácticas artísticas: 201, 212, 218.
- prescripción*, principio de: 86.
- presencia fragmentada: 296.
- presentificación: 108.
- Presidencia de la República: 352, 368.
- principio de distinción: 83.
- proceso de Independencia, Colombia: 83.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): 358.
- protección, defensa de las víctimas: 87
- protección, población civil: 83, 84, 232.
- provisión de justicia: 84.

proyecto de justicia: 72, 75.
Puerto Berrío: 57, 243, 244.
pureza racial: 165.
quitapesares: 302, 306.
Quito a comienzos del siglo XX: 159, 173.
reconciliación: 21, 62, 71, 86, 92, 93, 219, 244, 248, 359, 363, 366, 367.
Reconciliar: 88, 329, 354, 356, 366.
Reconstruir: 17, 20, 22, 45, 50, 56, 84, 158, 182, 219, 238, 286, 292, 306, 354, 356, 366.
Recreo Teatro: 283.
Red Elite Hip Hop: 284.
Red Juvenil: 284.
Reforma rural integral: 361.
régimen atemporal: 85.
Registro Único de Víctimas (RUV): 340, 341, 349.
relación víctima-testigo-testimonio: 87.
Relato de un naufragio: 234.
Relicarios, Erika Diettes: 296.
reliquias, las: 161, 214, 218.
reportero: 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 116, 134, 136, 137, 139, 142, 143, 144, 145, 214, 232, 242, 247, 254, 259, 266.
reproducción de la violencia: 352, 353.
resistencia, capacidad de: 292.
resistencia, lugares de: 289.
resistencias: 187, 280, 281, 293.
resistir al miedo: 279, 281, 283, 284.
Resolver: 31, 50, 89, 125, 335, 337, 354, 356, 366.
Retratos de una búsqueda: 298, 300, 309.
Ritual: 74, 75, 109, 113, 115, 154, 169, 192, 269, 290, 325.
Rodrigo D: No futuro: 280.
Rosario Tijeras: 280
Sal y Vida, festival: 285.
San Carlos, Antioquia: 187, 211.
Segunda Guerra Mundial: 33, 34, 52, 82, 84, 85, 86, 131, 141, 226, 235, 244, 341.
Señorita María: la falda de la montaña: 192.
Servicio de Inteligencia (SIPEC): 307.
setenta, década de los: 157, 222, 239, 334, 336, 337.
sicariato: 327, 336.

sicario: 217, 269, 280, 283, 285, 324, 338.
 siglo XIX: 127, 137, 181, 214, 217.
 Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC): 321, 349.
 Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJRNR): 363.
 sociedades post-conflicto: 21.
 sueño civilizatorio americano: 165.
 sujeto político: 297, 300.
 sujeto víctima: 88, 141, 300.
 superación de la escasa tradición de acuerdos: 358.
 Tejer en el espacio público: 304.
 tejidos: 21, 218, 295, 300, 304, 305, 306, 315.
Tenemos nuevos vecinos, Gloria Posada: 212.
 Teología de la Liberación: 286.
 terrorismo de Estado: 154, 186.
Testigos de un etnocidio: memorias de resistencia: 192.
testimonio, el: 19, 33, 84, 85, 86, 94, 134, 141, 142, 148, 276, 280, 291, 234, 237, 329, 321.
testimonio, tiempos del: 329.
 textualización: 110.
 tiempo de porosidad: 114.
 toque de queda: 282, 291.
Torso de mujer, Fernando Botero: 202.
 trampas de la nostalgia: 180.
 transculturación: 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 120.
 transición a la democracia: 352.
 transición económica: 359.
 transición política: 89, 359.
 transición social: 359.
 Tratado de Regularización de la Guerra, Colombia: 83.
 tratamiento y negociación de los conflictos: 86.
 Trelew, ciudad de: 238, 239, 240.
 tribunales de Justicia y Paz: 92.
 Turbo: 263, 266.
 Unidad Especial para la Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas: 263.
 Unión Patriótica (UP): 129, 134, 146, 179.
 Urabá: 264, 265, 266.

verdad: 19, 31, 39, 46, 50, 58, 88, 93, 99, 100, 113, 124, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 139, 141, 142, 145, 147, 161, 162, 188, 192, 208, 226, 226, 228, 230, 233, 237, 239, 242, 247, 248, 254, 255, 259, 260, 273, 298, 299, 302, 303, 304, 307, 309, 311, 348, 356, 363, 367.

víctima antigua: 85

víctima moderna: 85

víctima, Naciones Unidas: 87, 100.

víctima, noción: 82, 84, 92, 94, 97.

víctima, trauma: 33, 44, 92.

victimario, recuperación del: 53.

victimario: 32, 33, 34, 37, 38, 51, 53, 84, 86, 90, 192, 212, 213, 214, 226, 228, 231, 240, 244, 285, 291, 297, 310, 356.

víctimas de la violencia: 76, 87, 94, 243, 340.

víctimas del conflicto: 32, 39, 66, 82, 92, 94, 95, 191, 221, 305, 345.

víctimas inocentes: 73, 76, 291.

víctimas y victimarios, relatos de: 32

víctimas y victimarios: 21, 32, 33, 34, 37, 38, 84, 231, 285, 297,

víctimas, asociaciones de: 143, 298, 301, 306.

víctimas, aspectos jurídicos: 18, 81.

víctimas, caracterizar a las: 297.

víctimas, categoría: 82, 95, 96, 108, 296, 314.

víctimas, conflicto armado en Colombia: 82, 92, 296, 298.

víctimas, construcción social: 18, 68, 81, 82, 96, 148.

víctimas, contexto internacional: 82,

víctimas, genealogía del concepto: 18, 81, 92, 100, 148.

víctimas, Grupo de Memoria Histórica: 74.

víctimas, testimonio de las: 84.

víctimas: 18, 20, 21, 28, 32, 33, 34, 36, 37, 38, 39, 44, 49, 50, 51, 53, 54, 56, 59, 60, 61, 66, 72, 73, 76, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 128, 129, 135, 138, 141, 142, 143, 148, 166, 187, 191, 192, 205, 214, 221, 226, 231, 232, 233, 234, 235, 242, 243, 244, 256, 270, 285, 291, 295, 296, 297, 298, 298, 300, 301, 302, 304, 305, 306, 307, 308, 310, 311, 313, 314, 315, 316, 328, 339, 340, 344, 345, 347, 349, 356, 361, 363, 364.

victimología: 86, 87.

victoria del 'No': 352.

violencia criminal: 327.

violencia del narcotráfico: 201, 327.

violencia directa: 352, 353, 354, 357, 365.

- violencia e inseguridad: 342.
 violencia generalizada: 338.
 violencia intrafamiliar: 335, 353,
 violencia legítima: 323.
 violencia letal/no letal: 322.
 violencia letal: 322.
 violencia mutante: 346.
 violencia política: 19, 83, 87, 95, 125, 126, 127, 128, 129, 131, 132, 133, 134,
 139, 146, 148, 157, 282, 327, 331, 352, 353, 357, 358, 365.
 violencia prolongada: 126, 291.
 violencia pública y privada: 335.
 violencia y guerra: 331.
 violencia y miedo: 286.
 violencia y muerte: 339.
 violencia, actores de la: 328, 399, 355.
 violencia, borrados por la: 172.
 violencia, cultura de la: 76, 77, 78, 324.
 violencia, detritos de la: 214.
 violencia, época de la: 91.
 violencia, escenario de: 289.
 violencia, modalidades de: 280, 329.
 violencia: 19, 20, 21, 22, 50, 68, 69, 76, 77, 78, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91,
 92, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 131, 132, 133,
 134, 135, 139, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 148, 149, 154, 157, 166, 172,
 176, 186, 191, 196, 199, 201, 202, 206, 211, 213, 214, 218, 221, 226, 227,
 228, 232, 233, 242, 243, 246, 259, 263, 264, 265, 270, 281, 282, 283, 284,
 285, 286, 289, 290, 291, 293, 296, 297, 298, 303, 305, 306, 308, 320, 321,
 322, 323, 324, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 333, 335, 336, 337, 339, 340,
 342, 345, 346, 349, 352, 353, 354, 356, 358, 359, 364, 365, 367.
 violencias sociales: 323.
 violencias, prevención de las: 325.
 violentólogos: 353.
Virgen de Giotto llorando en Medellín, Ethel Gilmour: 218.
 vivencia-mediación: 115.
Voces de Chernóbil: 247.
Yo soy otro: 185, 186.



Hacemos Memoria es un proyecto de la Universidad de Antioquia que investiga, discute y propone un diálogo público sobre el conflicto armado y las graves violaciones a los Derechos Humanos ocurridas en Colombia. Desde el 2014 aporta a la construcción de memorias desde la perspectiva del periodismo por medio de asesorías a medios de comunicación, formación universitaria, debates públicos, producción periodística e investigación académica.



DW Akademie es el centro para el desarrollo de medios de la Deutsche Welle. Como socio estratégico del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania, fomenta con sus proyectos los derechos humanos de libre expresión y acceso a la información. Además, DW Akademie trabaja con fondos del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores alemán y la Unión Europea. En total, está presente en alrededor de 50 países en desarrollo y emergentes.

Este libro se compuso
en caracteres de la familia
tipográfica Minion Pro.
Se imprimió sobre papel
Bond 75 gramos y Propalcote
280 gramos.
Fue diseñado y diagramado
por Felipe Uribe en Medellín,
Colombia.



La memoria histórica ha estado vinculada a las posteridades de las guerras, cuando el tiempo es propicio para que los campos yermos vuelvan a florecer. Es en el despertar de las sociedades silenciadas por un sufrimiento intenso que la palabra ha abierto el túnel hacia el pasado que es también el camino conducente a afirmar que el horror no tendrá otra oportunidad. Lo anterior es lo que hemos aprendido a través de los testimonios que se han propagado como evidencia de valentía y de dignidad de individuos que lograron transformar sus entornos sociales a través de sus relatos.

Pese a la trascendencia del legado que nos dejaron los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial sus enseñanzas resultan insuficientes para iluminar los senderos por los que Colombia, escenario de un conflicto armado interno de más de 50 años, transita cada vez que intenta poner fin a la violencia por medio de procesos de paz. Una luz en la transición que vive Colombia es, sin duda, la incontenible emergencia de memorias locales, diacrónicas y polifónicas que los hombres y las mujeres de esta parte del mundo proponen como luciérnagas que les ayuden a echar luz sobre su propio destino y el de su comunidad.

Hemos propiciado y conseguido la escritura de *Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas* con el propósito de conocer la constelación de memorias que se configura desde hace unos años en Colombia. Queremos escudriñar en la trastienda cultural de su gestación, comprender la dimensión política del espacio simbólico que constituye y comunicar esta novedad a los ciudadanos (a los que hacen las memorias y a los que guardan silencio o se tapan los oídos). Veinte investigadores sociales han sido convocados por Hacemos Memoria para describir cómo la expansión de las memorias es uno de los acontecimientos políticos más importantes de la historia de Colombia; sus voces traen una noticia y con ella un mensaje: la memoria puede ser el soporte de la convivencia si la dejamos suceder.

Patricia Nieto

ISBN 978-958-5596-49-8

